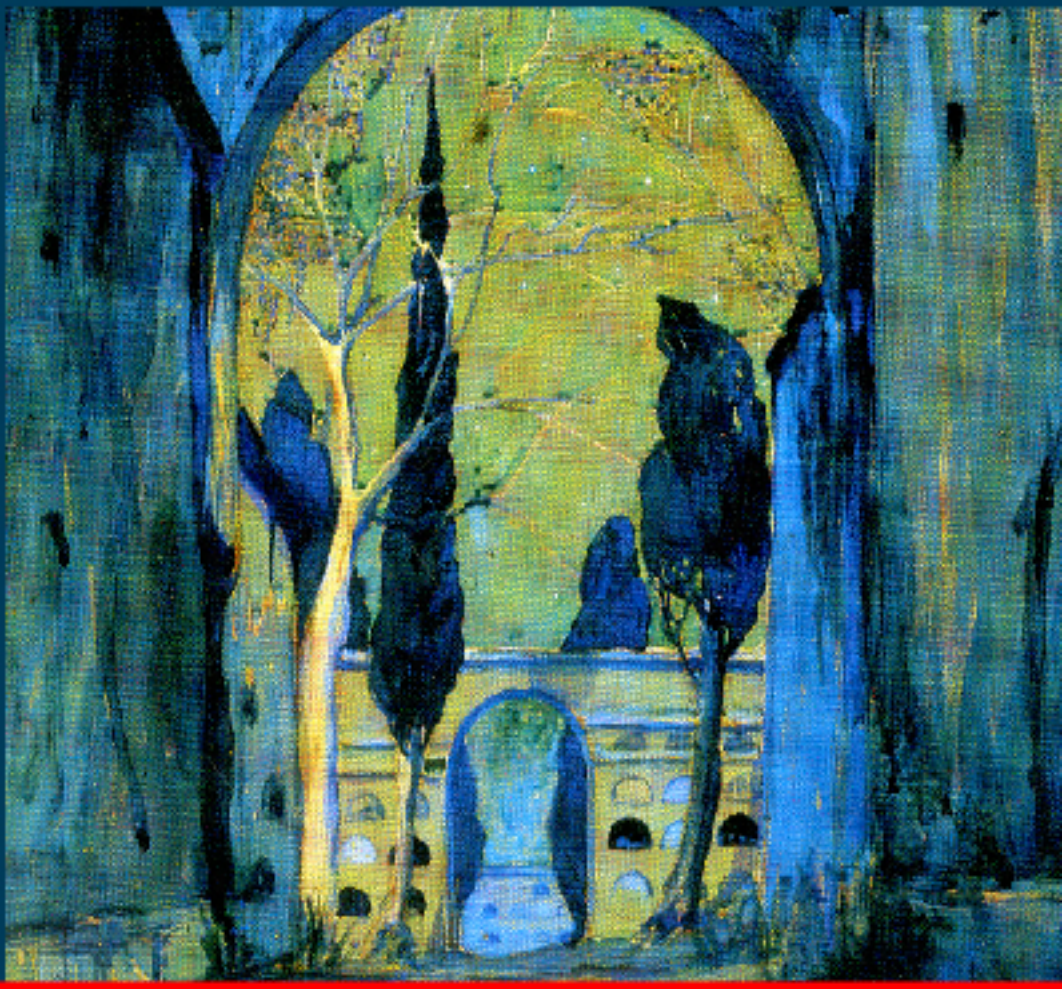
Antonio Márquez Salas

Ese salvaje resplandor de incertidumbre



ELPERRO yLARANA

narrativa

Ese salvaje resplandor de incertidumbre

EL PERRO y LA RANA

1. ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

© Antonio Márquez Salas
© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección
María López

Diagramación
Roberto Chávez Pabón

Diseño de portada
Ian Laprea

Imagen de portada:
Amanecer en el cementerio de los hijos de Dios, Nicolás Ferdinandov, 1919

Hecho el Depósito de Ley:
ISBN: 978-980-14-5489-2
Depósito legal: DC2024000142

Antonio Márquez Salas

Ese salvaje resplandor de incertidumbre

Cuentos completos

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL / 11

CUENTOS / 15

El Central / 17

¿Vuelves, ordenanza? / 27

El hijo / 41

El hombre y su verde caballo / 51

El mito transparente / 65

Ismael / 75

Cumpleaños /81

La niña y el mar / 87

Sospecha / 91

Adolescencia / 95

Crepúsculo /99

Dos gotas de sangre /103

Las tres dalias / 111

La imagen rota / 119

Una mujer y la muerte / 129

Cachupo / 139

Hacia los bellos días / 151

El hilo / 161

Torbellino / 169

¡Como Dios! / 177

Las manos vacías / 191

La huida del verano / 197

Vivir no basta / 207

La infancia de Judas / 211

Zorra de Palo / 223

Sábado sombrío / 227

El pozo / 231

Solo, en campo descubierto /239

El día implacable / 255

La colina de los ojos verdes / 263

Cuando nuestros deseos huyen, el sol es oscurecido por planetas terribles / 271

Andreas Baader / 283

DOMBO SALAH HAR Y SUS 32 MUJERES / 295

DISCURSO PRONUNCIADO CON MOTIVO DEL REENCUENTRO DE CHIGUARÁ / 321

NOTA EDITORIAL

Que la mención de un género aparezca en el título de una obra no debería contradecir lo que se encontrará dentro de ella. Sin embargo, este no es el caso. Disculpándonos de antemano, aclaramos que no se trata de un trampantojo para persuadir al lector. En efecto, los treinta y dos cuentos que recogen esta edición componen el legado genérico de Antonio Márquez Salas. Incluso más de lo que se ha publicado hasta el momento. Empero, no hemos querido dejar por fuera dos textos poco conocidos del autor y de naturaleza muy distintas: su *Dombo Salah Har* y el *Discurso pronunciado con motivo del reencuentro en Chiguará*.

Del primero podríamos decir —sin ser atrevidos— que difícilmente se podría calificar como un cuento (largo) o novela (corta), pues el lenguaje y lo que el autor hace con él diluyen las pautas teóricas para la infalible identificación del género literario. Publicado en 1983, estamos ante un ejemplar literario (extraordinario, por lo demás), cuya definición más acertada es la de prosa poética. Especie de *breviario* amoroso, en el cual un extravagante marinero describe a cada una de las treinta y dos mujeres que erigen su experiencia e imaginario erótico. Márquez Salas, magnífico creador de neologismos, de adjetivos derivados de su peculiar afición a memorizar los nombres del mundo animal y vegetal, sugiere —oculto en el mismo nombre del personaje— su intención narrativa: Salah (o Salat), palabra árabe que significa oración, rezo, reverencia, homenaje o adoración. Ciertamente, estas mujeres, descritas con encendida pasión amorosa, aparecen retratadas como diosas, como seres divinizados. Labores, cualidades o talentos, que en los tiempos que

corren podrían ser catalogados como prosaicos, son elevados, a través del lenguaje, hasta la divinización y cuyo único dogma es un deseo de carácter numinoso.

Quien tenga este libro entre sus manos también hallará un relato inédito, "Andreas Baader". Según la fecha señalada por el propio autor (26 de septiembre de 2000) este sería el último de sus cuentos. Su escritura habría sido paralela a la de su única novela, *Viaje a Thule*, publicada póstumamente. Sin ánimo de revelar lo que por derecho pertenece al ejercicio de la lectura, creemos necesario hacer unas cuantas aclaraciones en relación a este relato, pues estamos ante un cuento que bien podríamos definir de excepcional dentro de la producción narrativa de Antonio Márquez Salas. La excepcionalidad viene dada, en primer lugar, por la elección de un hecho histórico: los ataques terroristas producidos en la Alemania Occidental en la década de los setenta del siglo pasado, protagonizados por la Fracción del Ejército Rojo (RAF) o la banda Baader-Meinhof, como también se les conoció. Andreas Baader (líder de la organización), Gudrun Ensslin (pareja del anterior), Ulrike Meinhof (periodista que se unirá a la causa) y Jan-Carl Raspe fueron acusados, el 19 de agosto de 1975, de cuatro asesinatos, cincuenta y cuatro intentos de asesinato y un cargo por formar parte de una asociación criminal. Antes de que concluyera el juicio, Ulrike Meinhof es encontrada ahorcada en su calabozo (9 de mayo de 1976); y el 18 de octubre de 1977, el resto de los detenidos serían encontrados muertos, igualmente, en sus respectivas celdas, Baader y Raspe con heridas de bala en sus cabezas y Ensslin, repitiendo el mortal patrón de su compañera, muerta por ahorcamiento. En relación a las cuatro muertes, las autoridades alemanas argumentaron que habían sido autoinfligidas. Este acontecimiento es utilizado por el autor para recrear el traslado de los cuatro militantes desde Múnich a la prisión de Stammheim, en Stuttgart. Márquez Salas traza una peculiar analogía entre el hecho histórico, la trama del relato y Friedrich

Hölderlin. El paisaje por el que transitan los condenados alude a los lugares vinculador al poeta: el río Neckar, la cercanía entre Lauffan am Neckar —lugar del nacimiento del autor alemán— y Stuttgart, la conversación que se desarrolla entre los personajes a lo largo del camino, así como una cita textual a uno de los *Poemas de la locura* de Hölderlin (específicamente, "Der Winter", n.º 37). Pero desde hacía tiempo, el espíritu creador del lírico romántico estaba bajo la tutela de la locura, tal como lo evidencia el título del poemario. La manifestación del sino fatal de su enfermedad se expresa en Scardanelli, alter ego de la insania de Hölderlin con el que firmará muchas de las composiciones de esta última etapa de su vida y que tiene la particularidad de fechar los versos en años futuros a la muerte del poeta.

Hablamos de analogía y quizás la más destacable sea la que teje Márquez Salas entre el fanatismo ideológico, la locura y la poesía. La indiscutible grandeza narrativa del merideño brilla una vez más en "Andreas Baader", a pesar de que el autor no volviera a revisar el texto y cierta confusión nos alerta de ello en el párrafo final.

En cuanto al *Discurso pronunciado con motivo del reencuentro de Chiguará*, acentuamos la faceta de conocedor de la historia y defensor de la cultura local que despliega el escritor. Un documento que consideramos de un valor incalculable a la hora de comprender los cimientos de su singular narrativa.

Esta nueva edición parte de la revisión de las que la preceden y que, salvo una excepción, fueron publicadas con la venia del autor: *El hombre y su verde caballo*. *Cuentos* (Tip. La Nación, Caracas, 1947); *Las hormigas viajan de noche* (Asociación de Escritores Venezolanos, Caracas, 1956); *Cuentos* (Editorial Arte, Caracas, 1965); *Discurso pronunciado con motivo del reencuentro de Chiguará* (Centro de Historia del Estado Mérida, Mérida, 1968); *El día implacable*. *Cuentos escogidos*, *1947-69* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1970); *Dombo Salah Har y sus 32 mujeres* (Ediciones Con Textos, Caracas, 1983), y *Solo*,

en campo descubierto y otros cuentos (Monte Ávila Editores, Caracas, 1994). Nos hemos ocupado únicamente de corregir las erratas advertidas, adaptar los textos a las normas ortográficas actuales y a las pautas editoriales. Sin embargo, en algunos casos, se han conservado excepciones en la grafía establecidas originalmente por el autor.

LOS EDITORES

CUENTOS

El Central

La estructura de hierro y latón del Central contrastaba con la monótona simetría con que estaban recortadas las verdes parcelas. Por el camino, que formaba una especie de terraza, a ambos lados de los surcos de volteada tierra rojiza, marchaba una larga fila de hombres de color, llevando pesados y afilados machetes tendidos sobre el hombro, rumiando una brumosa letanía silábica. Un remendado pantalón arremangado hasta la rodilla y un ancho sombrero de paja eran toda la vestimenta de aquellos fantasmas de magras carnes bronceadas.

Cuando el sol comenzaba a tender su parábola de oro sobre la tierra, los hombres ya formaban grupo frente a la puerta del Central, esperando ser incluidos en el cupo de trabajo diario.

El mayordomo, un zambo alto y musculoso —que se había mandado saltar los incisivos para reponérselos de oro—, con voz mohosa recitó los nombres de los favorecidos, limpiándose la frente con un pañuelo de indefinible color.

Los que no escucharon sus nombres se volvieron silenciosamente por el camino, que ahora los conducía a una corta explanada, al otro lado de la vía férrea, donde estaban construidas unas sesenta chozas de un indescriptible aspecto de miseria.

Desgarbados perros sarnosos con los ojos hidrofóbicos, se paseaban de un lugar a otro escarbando en los montones de basura que se acumulaban en las orillas de las chozas. Oscuros hilillos de humo se despegaban trabajosamente de los techos de paja, danzando sobre ellos y desapareciendo luego en el espacio. Una mujer negra,

de senos como conos puntiagudos, lactaba una pequeña masa de carne oscura.

—Oye, tú, Narcisa, ¿p' ande vai?... —La mujer se detuvo dubitativamente, volviendo los ojos lentamente hacia el que la interpelaba y se le encaró:

—Mira, negro Pinto, tú soy muy metío. A ti t'importa p' ande yo vaya, polque tú no soy mi marío, que se murió y está muy enterrao.

El negro Pinto, que era el mayordomo del Central, continuó sin inmutarse:

—Pero no te pongái así, que yo no te voy a echá ningún maleficio. Na' más te quería preguntá pol qué no habéi traío más jembras güenas pal Central.

—¿Pol qué?... ¿Y tú me lo preguntái? —disparó Narcisa—. Después ustés querréi arreglarlas con cuatro reales y yo no las traigo de balde.

Narcias era una mujer de unos cuarenta años, metida en carnes, de gesto y porte decidido. Todo el mundo sabía que se dedicaba a la trata de mujeres. El negro Pinto prosiguió, tratando de ganársela:

—Mira, pronto va a comenzá el "corte", tráete unas cuantas jembras güenas, pa' que te hagas unos centavos. Yo me pongo al habla con el celador pa' que te deje tranquila.

Narcisa con los ojos de la duda, respondió:

—Vamos a ve… ¿Te acordái de la Juana Mercé?

Con una risita irónica en los labios se alejó lentamente, hasta hacerse un punto cada vez menos visible a lo largo de la vía férrea. Mientras tanto, el negro Pinto se había quedado pensando ensimismado en la Juana Mercé.

—¡Ay! Juana Mercé, Juana Mercé. Esa mujé sí que valía; cada vez que me recuerdo me da como un sarpullío en los riñones. Que sabrosa q'era. Si no juera sío por esa marimacha de Remigia Fuentes, quizás toavía juera mi rochela.

De pronto, como volviendo en sí, se perdió rápidamente en el sendero que conducía al Central.

"Detenga su beículo", se leía en el letrero puesto frente a la caseta, donde mandaba en jefe el celador del Central.

—¿Cómo estái, Juan de Dios? ¿No llevái extranjeros?...

—No, don Manuel, todos los que van aquí son gallinas del mismo corral, el único extranjero aquí es el carro.

Una carcajada de los pasajeros coreó la respuesta de Juan de Dios al celador, el cual, sin hacer caso, se volvió hacia una maciza mujer de brazos peludos, cabellos lisos y recortados y cara cuadrada con ojos vivos y chispeantes. Su aspecto era de hombre cínico y desenfadado, que no teme oír palabras crudas ni devolverlas tampoco.

—¿De dónde venís tú, Remigia Fuentes? Tú debéi traé contrabando, no me lo neguéi, polque cada vez que hay "corte", tú sacái de aquí tus mil bolívares aunque se mueran dos o tre.

—Eso te creí tú, viejo Manuel. ¡Ah!, mundo, si yo me reuniera unos centavitos para irme de puaquí— retrucó astutamente Remigia.

—¿Y qué habéi hecho los sesenta juertes que le ganaste al compadre Segundo, mujé del diablo?— preguntó intencionadamente el viejo celador.

—¿Y tú crei que yo no tengo mis vicios? —contestó Remigia.

—Bueno, déjalos pasar —ordenó don Manuel a dos guardas que estaban junto a la camioneta, la cual partió velozmente hacia el poblado.

*

—Yo no creo en eso. Esa mujé lo que's que se amarra muy bien las fardas. Yo la he visto tirando paradas de daos que no la tiran muchos, rodiaíta de machos. Y no le tiene mieo a nadie. Dicen que eya jué la

que apuñaleó al negro Estanislao, porque dizque el negro la estafó en el juego. Eso dicen y esa mujé es capaz de too.

—Yo les voy a contá —terció don Manuel—; esa mujé vino aquí hace unos nueve años, cuando empezaba a producí el Central y la trajo un tal catire Justino, que vendía ropa y aguardiente de contrabando.

—Dicen que en vez de sé Justino el macho de Remigia, era Remigia el macho de Justino. Polque ique ella tiene las dos cosas. Y yo creo que sí, polque ella trabaja para viví arrochelá con otras mujeres. Y las mantiene y les da too. El negro Pinto y ella son enemigos, polque ella le quitó al negro la rochela que tenía con aquella jembrita güenamoza que llamaban Juana Mercé. Además, yo nunca la he visto jayándole mujeres a otros hombres, así como hace Narcisa. Lo cierto es que un día amaneció ahorcao el catire Justino y dice que eya jué quien lo ahorcó pa' quitale treinta juertes que había recogío. Remigia se ha ido quedando y tiene el Central como si juera conuco propio. Un día destos vamos a tené que echala de aquí.

Don Manuel quedó en silencio, viendo cómo el cañaveral en sazón se rizaba suavemente en luminosas ondas verdes, que iban hasta el fondo del paisaje. Sobre ellas un gavilán parecía dormirse en el éter con las alas extendidas, y de pronto, como si hubiese descubierto algún bichejo, se desplomaba hacia la tierra en barreno. La alta y cilíndrica chimenea del Central comenzaba a despedir una negra y densa columna de humo, señal de que ya se estaba comenzando la molienda.

¡Cuánto dolor y cuánta miseria humana representaban aquellas verdes parcelas; aquella refulgente primavera verde que tornasolaba el viento y aquella mole de hierro y latón, de alta y desafiante chimenea humeante!

Era sábado. El primer sábado desde que habían comenzado los trabajos de "corte" en el Central. El pequeño poblado que antes aparecía apático, con su miseria fría y torturante, tomaba un

inusitado aspecto de alegría; de una enfermiza alegría que quería tornar rozagantes las flácidas carnes de aquellos hombres y mujeres. La risa se convertía en los labios agrietados por la sífilis en una trágica mueca, en un doloroso rictus que la pesadez del humo del tabaco y el abotagamiento del alcohol envolvía en una sola mortaja.

El sol —ese sol claro y brillante que seca los malos humores de la tierra y de los hombres— aparecía envuelto en una tenue película opaca, que hacía que todo se volviese gris y que el sórdido aspecto de aquella alegría tomase contornos diabólicos. Gente de color, gente blanca; hombres de color con manchas blancas, como si hubiesen sido desmanchados con agua de cloro; mujeres que en las cicatrices de la cara y la frente guardaban el recuerdo de unos celos o de una borrachera de su amante de turno. Viejas enflaquecidas por el hambre, con los ojos sanguinolentos, los senos como feroces garrapatas exhaustas, y las encías moradas y semipodridas. Niños desnudos y hambrientos que tendían la mano, aquí y allá, en busca de una moneda sucia. Una larga primavera de miseria daba la vuelta a aquel mundo de fantasmas vivos. Una sinfonía en *crescendo*, de dolor, de torpe alegría, arrancaba los últimos restos de sensibilidad a aquellas pobres gentes.

*

En la casa de la señora Teófila habían parado la fiesta. Mientras unos se daban empellones al ronco sonido de un cuatro y unas maracas, otros se servían una mezcla absurda de comida, que ellos llamaban "regüerto". De pronto, hubo un revuelo y aparecieron varias mujeres en el marco de la puerta y luego de vacilar un momento penetraron en la habitación ya bastante llena. Entre ellas iba una mulata de cuerpo esbelto; hermoso cuerpo de mujer joven que había llegado a los diecisiete años. Los grandes ojos rasgados le bailaban una danza

de alegría y juventud, la boca, con los labios un poco pronunciados, estaba, no obstante, bien modelada; el pelo muy negro y sedeño le caía suavemente en la nunca en densos y voluptuosos bucles; no era alta, pero su estatura estaba bien proporcionada a la expresión de su rostro, que reflejaba una mezcla de picardía e infantilidad adorable. Gruesas gotas de sudor le bajaban por las sienes.

Una oscura sensación de lascivia pasó por el cuerpo de todos los hombres allí reunidos, quienes abiertamente expresaron sus rabiosos deseos. Juana Mercé, que así se llamaba la mulata, no hacía otra cosa que mostrarles la perfecta blancura de sus hermosos dientes, con lo cual desarmaba la estúpida agresividad de aquellos sexos torturados.

*

En el aposento interior había un grupo que hacía rueda a una cobija tendida en el suelo, y cada vez que rodaban los dados sobre la mugrienta cobija, se contraían los rostros negros y blancos en una afiebrada mueca de angustia. El sudor, el humo del tabaco y los vapores del alcohol saturaban el ambiente. La suerte corría de un lugar a otro. Muchos rostros se tornaban amarillentos, como en un ataque de ictericia, al ver que sus esperanzas y el jornal de una semana se evaporaban rápidamente.

*

Alguien tocó el brazo de uno de los jugadores, el cual no era otro que el negro Pinto.

—Ahí está la Juana Mercé—. Esto lo dijo en tono confidencial, pero suficientemente fuerte como para ser oído por todos los presentes.

Los jugadores quedaron un instante en suspenso, observando los rostros del negro Pinto y de Remigia, que se habían quedado con los ojos fijos uno en otro. Una mancha morada circundaba los labios de Remigia y una lividez general había sustituido su oscuro color cetrino.

El negro Pinto era cobarde. En más de una ocasión lo había probado. Pero era astuto y cínico y recibió el reto de Remigia con una forzada sonrisa, que mostró sus grandes incisivos de oro. Un pesado vaho de muerte flotaba en aquella dormida claridad. El desenlace de aquella lucha que no había sido propuesta era inminente. Un odio salvaje, terrible, congestionaba el aliento de aquellas dos personas. Y sin embargo, aparentemente, eran un hombre y una mujer. Dos sexos distintos. Intereses también distintos, que extrañamente tenían una ambición común: el amor de una mujer; las caricias salvajes de una hembra joven. Eran dos naturalezas primitivas; dos animales en celo y todo hacía temer que sucedería algo definitivo.

Remigia fue la primera que habló con voz fuerte, en la que había cierto tono inseguro:

—Mirá, negro, tú sabéi que esa mujé es mía, y el que me la quiera quitá tiene que peliámela. —Pinto reaccionó lentamente, y con voz suave y sarcástica le respondió:

—Sí, yo sé, Remigia. Cómo no voy a sabé. Esa mujé es tuya. Pero tú me debéi ya diez juertes. Si queréi vamo a jugala en una "parada" de daos.

Remigia se fue levantando poco a poco del suelo con los ojos fijos en el rostro sudoroso del negro. Quedó un momento indecisa y luego, sacando del seno un par de dados y mostrándoselos, le dijo:

—Te la juego si echamos la "parada" con estos daos, polque yo estoy pensando que tú me estái ganando con dados "compuestos".

Pinto, sonriendo astutamente, se guardó los suyos y contestó:

—Como tú querái, Remigia. Yo me atengo a lo que tú mandéi.

Se arrodillaron al borde de la cobija, mientras los presentes formaban un cerco expectante alrededor de ellos.

—Vamos a ve quién echa primero —rezongó Pinto. Remigia asintió con la cabeza. Remigia fue la favorecida. Como cumpliendo un ritual, se escupió las manos frotándoselas fuertemente y haciéndose la señal de la cruz, echó a rodar los pequeños cubos de hueso. Por tres veces consecutivas echó a rodar los dados y en las tres ocasiones la respuesta del azar fue siempre ¡senas! Una sensación de alivio se había ido apoderando de los presentes, pues el sentir general era que Remigia tenía ganada la partida.

El negro Pinto, a todas estas, había empalidecido y los ojos se le habían ido poniendo vidriosos mientras el corazón se le agitaba con una furiosa arritmia. Haciendo un esfuerzo tendió la diestra para alcanzar los dados. Se quedó un momento mirando con odio, a duras penas contenido, los ojos de Remigia, quien le contemplaba con una risita inexpresiva, velando la emoción que le causaba el triunfo, que consideraba seguro de un todo. Los dados salieron de la mano del negro y rodaron por la cobija muy cerca de él. ¡Senas! Un ronco murmullo recibió la primera prueba. Volvieron a girar los dados y otra vez, ¡senas! El murmullo se hizo más sordo y por la sangre de todos corrió una malla de electricidad neural que puso en tensión todos los músculos. Echó por última vez y… ¡senas! Esta vez un significativo silencio envolvió el último par de senas. Los dos jugadores se quedaron un instante en suspenso, mirándose frente a frente. El negro Pinto se había quedado jugando nerviosamente con los dados en la mano. Remigia fue la primera que con gesto de felino se había ido incorporando lentamente. Su cara se había poblado de arrugas y sin poder contenerse explotó:

—¡Esos dados no jueron los que yo te di! ¡Me queréi estafá!

La gente sensiblemente se había ido apartando hacia la entrada del aposento. De pronto, Remigia se le fue encima al negro Pinto con un puñal en la mano. El negro esquivó ágilmente la puñalada

y sacó uno a su vez. Remigia se repuso y se le abalanzó de nuevo, logrando encajarle el puñal en el hombro derecho. El negro lanzó un gemido y con la mano izquierda le agarró a Remigia la mano que sostenía el puñal, y haciendo un esfuerzo supremo le hizo sacar el puñal sangrante y se lo tumbó. Dándole un empujón, la apartó un poco de sí, mientras le decía casi llorando:

—Ahora me toca a mí. ¡Dios mío! Ahora me toca a mí. Me la tenéi que pagá, marimacha.

Con el puñal en alto se le fue acercando a Remigia, que con los ojos hundidos y la mirada extraviada se iba retirando hacia un rincón de la habitación. El negro se le acercaba lenta pero inexorablemente. Con todo el rencor del animal herido, con todo el odio del macho ultrajado, le decía sibilinamente:

—Ahora de quién va a sé la Juana Mercé. Anda, ¿de quién? Quítamela ahora. Tú no vei lo que yo te decía, ¡que algún día me la íbai a pagá!

Los presentes, con los rostros demudados, observaban la lucha sin hacer un gesto ni en pro ni en contra. Al fin llegó el negro cerca de Remigia, jadeante y sudoroso, pues había perdido mucha sangre, y a esta comenzaron a bailarle los ojos de pavor. Una angustia infinita se pintaba en sus flácidas mejillas. En unos segundos había envejecido muchos años. Se sentía completamente aniquilada. Intercediendo un último recurso a su favor, le decía suplicante al negro Pinto:

—Yo tengo mucha plata, no me matéi, no me matéi.

No había terminado de hablar cuando el negro Pinto le hundió el puñal en la región del corazón. La mujer hizo apenas un gesto ridículo y se desplomó. Con una servicia demoníaca se le fue encima y se lo hundió veinte y tantas veces, hasta que exhausto quedó aplanado sobre el cuerpo de la mujer.

*

Una angustia lacerante, una angustia infinita se había apoderado del corazón de aquellas gentes. Todos sentían sobre sí el signo de un castigo que no podían eludir. La muerte física los aturdía. La tragedia no tenía para ellos otro sentido que aquel que les recordaba su propio destino. Los efectos de la borrachera habían obligado a más de uno a tenderse en cualquier parte, mientras los perros taladraban el horizonte con sus aullidos lastimeros. Los demás se habían acurrucado bajo los aleros de la chozas, castigados por la tenue luz de la media luna creciente, esperando sumisamente con la intuición que despiertan las cosas que no pueden ser detenidas, que no pueden ser contenidas, porque son más fuertes que todos los demás acontecimientos, la llegada del sol, ese sol reconfortante y preñado de esperanzas, que aparecía en el horizonte como una inmensa y desafiante bandera roja, tremolando vengadora sobre la tierra, cauterizando todas las ignominias y brindándoles paz y calor a todos los que en el mundo se hallaban acurrucados bajo los aleros de las chozas.

(1943)

¿Vuelves, ordenanza?

A veces, un niño desaparece, pero
los supervivientes continúan su juego.
Y es justo que así sea…

LAFCADIO HEARN

I

La noche está oscura. Un viento fuerte y húmedo barre las faldas de la montaña. El cedro corpulento que domina la casa cruje sordamente. En el corredor empedrado, un hombre mira indiferente hacia la noche. Alguien cruza por el camino. Llega con el viento, con la tempestad, con la noche…

—¿Quién va?

Sin responder, el que pasa se mete bajo el corredor techado, pues ya ha comenzado a llover. Sacude la cobija con la cual se cubre y va a sentarse al lado de un horcón casi junto a la lluvia.

Llueve ahora con gran violencia y en el aire crece un olor a tierra, a resinas, a piedra golpeada.

El otro no se ha movido. Escupe de vez en cuando hacia afuera. Por las tejas bajan gruesos chorros de agua.

—¿Quiere chimó?

—¡No!

De nuevo, solo se oye la lluvia azotar la tierra un poco antes reseca y agrietada. Un relámpago alumbra el cuerpo del hombre silencioso. Tiene la cabeza apoyada contra el puntal y la cara escondida entre

la cobija. Todo su equipaje es un pollero de raído liencillo que cae escuálido junto a su cuerpo.

—¡Noche fea esta! —comentó el hombre que escudriñaba indiferente la noche, como si en la sombra lo escuchara un atento auditorio.

—¡Hum! —Fue toda la respuesta que consiguió.

—Lloverá toda la noche. Los relámpagos anuncian que la tempestad apenas se está acercando.

El otro permaneció mudo…

—El año pasado se me ahogó una vaca… era una vaca machorra… me había matado a tres crías. Además, al compadre Lisandro, su mujer se le volvió loca… ¡Una mujer loca!... Bueno…, una mujer loca y una vaca muerta.

La lluvia arrecia. Los truenos hacen temblar la casa. El hombre que ha llegado en silencio comienza a quejarse poseído de una gran agitación febril. La luz de un relámpago lo muestra tendido sobre las piedras con los ojos fijos en la techumbre y los brazos cruzados sobre el pecho, como si tratara de proteger algo que estuviera a punto de quebrarse dentro de él… A poco empieza a delirar. Se queja y habla… habla desordenadamente…

II

El río había crecido. El agua parecía melaza negra. Se llevaba los cañamelares, los zamuros muertos, los sacos, los petates, hasta el pequeño todavía dormido se fue con el río. Era un río perdido… vengador… insomne. Yo estaba echado en el pajar… El caballo me pasaba la "jeta" por la cara. Oía gritar a la mujer desde el río… El río daba saltos negros y se metía en el pajar; la mujer estaba pariendo en el fondo del río junto a los perros de bofes hinchados. Un viento de algodón sucio se desollaba por entre los yerbazales. El caballo

me daba golpes para quitarme de la paja húmeda. Él también tenía relámpagos debajo de las patas. A veces relinchaba desesperado… Yo lo comprendía. El río llegaba desde todas partes; ahora, por ejemplo, estaba embalsamando mi pie con sus aguas podridas… Dentro de poco me hablaría al oído para decirme: "Ábrete la barriga y muéstrame las tripas; muéstrame las tripas saladas, quiero abrirte allí un camino para que pasen por él todos los sapos del mundo… Además, te exprimiré una mielecita como a tu mujer… como a los caballos viejos… como a los ancianos de dientes cariados". Y yo me decía: "¿Eres capaz de darle gusto a quien quiere machacarte como al maíz lleno de plumas de loro, de pedazos de tusa, de basura y polvo que trae el viento?... ¿Eres capaz de sonar los cueros de tu alma tan secos… tan duros… tan resonantes… para que te pise y apelmace el cuerpo este toro de agua agria y barro, que desde los cerros viene embistiendo?".

El río mordía la baba del caballo que relinchaba desesperado; la paja iba pegada al azul olvidado de las aguas y comenzaba a desmoronarse la caballeriza. El estiércol viajaba lleno de pequeños insectos; a mí me crecía el estómago como si ya estuviera flotando para siempre en la flor del agua.

III

María y el soldado Fermín estaban echados sobre el camastro de madera. María, mi mujer —mujer mía por tantos años y paralela—, estaba sin desear al hombre, deseándolo, allí en mi camastro hecho del mejor cedro por mis propias manos para que durara, para que durara siempre, como quería que durásemos yo y ella… juntos y apareados… juntos y con hijos… y gallinas y marranos y el cafecito que todos los años robaríamos a don Rafael.

Y ahora ella estaba allí tendida junto al soldado Fermín. Pero yo sabía, los dos sabíamos, que estaba sola y que no me era infiel, a pesar de estar ayuntada con ese soldado de viejo uniforme, con botas bien engrasadas de sebo hediondo y un "yerrito" relumbrante en la gorra.

Yo los estaba viendo a los dos juntos, arropados con mis cobijas, con las mías, con las que habían sudado conmigo y que compré aquel domingo, después de pasar una semana descerezando tártago.

Frente a mí estaba el espejo que no reflejaba sino sombras…

Casi era de día… El soldado se removió en la cama como si tuviera prisa. Empujó suavemente a mi mujer, que dormía. Ella abrió sus grandes ojos profundos y sorprendidos y dibujó en sus labios una sonrisa tímida.

Por el espejo entraba el sol en gruesos chorros negros…

El sol estaba tibio como la sonrisa de mi mujer para el soldado. Mi caballo daba coces en las venas dilatadas del cuarto… Yo sentía por dentro un frío que me subía hasta los ojos y se enrollaba en mi cuerpo como una serpiente…

El camastro jadeaba como un perro apaleado. Ahora en el espejo solo se veía un soldado… y por el viento llegaba un estertor innumerable…

*

La ventana se abrió y una nube de mariposas verdes cubrió el aire del cuarto. Poco a poco fueron solo como una baba que goteara de las paredes.

Una pierna caía con desgano fuera de la cama…

Sentí horror de la frialdad que la mujer demostró al hombre. Él lo comprendió porque comenzó a hacerle promesas. Le decía:

—La semana que viene me dan la baja. Tengo algunos cobres en la caja del cuartel. Nos iremos ese mismo día… ¿No te gusta?

Él sabía que era mentira. Sabía que no podía ser. Pensaba que María era mi mujer, que estábamos enterrados en la misma vida y que no podía ser.

Ahorita mismo ella estaba deseando que yo hubiera regresado… Quería verme a su lado y no a este soldado de facciones estúpidas. Porque había que verlo, y no es que yo tuviera ningún resquemor contra él. El cabello lacio le caía sobre la frente, una frente pequeña y obtusa; en el cuerpo delgado y plomizo mandaba una gran panza, y los ojos parecían los de un niño ciego que estuviera martirizándose la cabeza con deseos de ver.

El soldado estaba ahora desnudo mirándose en el espejo… La mujer lo observaba… ¿Cuántas dudas no habría ahora en su corazón?... Desde la cama, todavía metida entre las cobijas, María rio sarcástica.

Estábamos en el retrato María y yo. Desde allí mirábamos la escena. Ella sentada en la silla con las manos sobre la falda. El largo vestido le caía hasta los pies. Con la mano derecha se lo recogía un poco para dejarse ver los zapatos. Detrás estaba yo. Veía su moño negro adornado por un lazo rojo.

Ahora, después de tantos años juntos, la observábamos a ella riéndose con una risa fría y sarcástica de aquel soldado que miraba su desnudez en el espejo. María reía. Reía el espejo. Todo el cuarto y hasta el sol que entraba parecían reír… Era una risa que helaba los huesos.

Yo sentía a mi corazón endurecido como una piedra. Mis venas se abultaban debajo de la piel. María se encontraba sentada y veía la escena. Sus ojos estaban tristes. Un intenso calor salía de su nuca.

El soldado comenzó a vestirse. Una media. Otra media. Un zapato. Otro zapato. Y todo lo llenaba aquel río sordo de angustia. Por la ventana entraba un viento que mordía las entrañas. El sol

había traído tres abejas muertas. El caballo en el pesebre restregaba su belfo sangriento contra mi carne desolada. El agua lamía la sed de la tierra.

El espejo está como el hombre que se mira en él. Está como el espejo que nos mira a todos. A mí que estoy ahí en el retrato, vivo… a mí también me mira el espejo… ¿Qué puedo hacer yo? María, mi mujer, está doblando la punta del otoño.

Desde la cama, María me señala con su dedo de ancla taciturna. Vuelve a reír. Ahora su risa se disuelve en el aire de adiós que llena la alcoba. Desde el retrato miramos. ¿No es acaso esta María, mi mujer, la que estuvo con el soldado una noche entera? Ahí está, la vemos. Los peces le han hecho un nido en las entrañas tumefactas.

*

El soldado se vestía con una pasión de despechado. Había pasado toda la noche con una mujer y no había logrado conquistarla. La mujer, en cambio, se reía de sus arrestos fallidos, de sus sordos y angustiados estertores. Él había hablado de muchas mujeres… de mujeres donde la niebla azota las colinas y las espigas se doblan bajo el viento solitario. De mujeres que bañan y acarician a turbios caballos cimarrones. De mujeres que se desprenden de los árboles como culebras. De otras que por la noche entierran sus deseos bajo el cálido peso de la arena y de las que habitan pequeños cuartos asquerosos frente al mar. Había hablado… hablado a aquella mujer pálida como una estrella lejana y no pudo conseguir más que su risa, que más parecía un salivazo.

Ahora terminaba de ponerse su blusa verde y la alisaba cuidadosamente con sus manos. Estaba vieja la ropa del soldado. Sin embargo, tenía una cierta apostura con sus botines engrasados y su vieja ropa. Se peinó con cuidado y sin volverse salió del cuarto.

—¿Vuelves, ordenanza? —preguntó mi mujer al soldado.
Él se volvió con una risa maligna y no dijo una palabra.

*

Cualquiera habría podido ver al soldado frente al espejo. El cuidado con que se peinaba. Las bandas que ni para dormir se había quitado. Cualquiera… ¡cualquiera!

A pesar de que su pelo le cubría ridículamente la frente, y de que las bandas, sujetas firmemente a sus piernas, le restaban toda seriedad a su figura, este pobre soldado todavía se ufanaba de su raído uniforme, de su gorra de yerrito alegre, de su andar imperioso y rotundo de tamborero… ¿No se hizo acaso agria su voz cuando le preguntó a la mujer la causa de su risa? ¿Descubriría el significado de la risa sarcástica de la mujer? ¿De esa risa enigmática, con los ojos bajos, sin querer mirar de frente?...

IV

Desde el fondo del río mi mujer hablaba conmigo. Tenía la lengua hinchada; la lengua no le cabía en la boca y le golpeaba el pecho como un badajo. Por eso su hablar era pastoso como el barro que arrastraba el río. Entre tanto, gruesos troncos bajaban por el agua sucia. Eran como escamas arrancadas a la piel del mundo. Mi mujer me decía:

—¡Toma la pala y cava la fosa bien honda para enterrar toda esta placenta, toda esta sangre negra que me sale por los ojos! Anda, así, con fuerza. Después de la greda verás la arena y luego, ¡ah!, luego me verás a mí en el fondo del agua estrellada. Entra en el pozo,

anda, entra, no pares un momento, porque si no, ¿podrás llegar acaso a donde estoy?

*

El caballo se había sacado los ojos con los garfios de la caballeriza y los aplastaba con sus cascos llenos de mundo, de misterio. El caballo quería soltarse y echar a correr tras de sus ojos. Se hurgaba los cuencos en busca de sus ojos y no podía ver la sangre que llenaba todo el pajar y me chorreaba por la cara, bajaba por el cuello y ávido apañaba el río. Mi pobre caballo relinchaba como si él solo quedara en el mundo, como si con él se acabara la especie, como si todas las yeguas fueran a quedar sin macho. Sin embargo, yo le daba la razón porque cada uno tiene derecho a creer que consigo se acaba el universo. Y mi caballo, que tenía un rabo como un abanico para espantar los fantasmas, en cuyas patas nacía la luz, el sueño, la distancia, el viaje hacia los suaves campos de Dios, ¿acaso no era digno de que se le escucharan sus tonterías?...

*

Yo me hundía cada vez más hondo. Hacia su carne blanca de tanto reposar bajo las aguas, hacia su carne negra de tanto sobrenadar en aquel espeso lecho de limo oscuro, con burbujas que parecían estrellas que buscaran las estrellas. Cuando toqué su pierna pude meter los dedos hasta el propio hueso. La carne se desprendía, se deshacía como azúcar que se diluyera. La carne era suave, floja, de horrible flaccidez.

El río crecía lleno de gruesos troncos carcomidos, de balsas de ramas y hojas que formaban una rebaba en los bordes verdosos de

su boca hambrienta. Algunos troncos tenían vientres abultados y deformes. Parecían mujeres que murieron encinta. El barro les creaba una gruesa capa y los hongos proliferaban sobre la madera podrida… Chocaban entre sí y se hundían, para flotar luego, desplazando el agua con ruido amplio, flojo, inseguro.

El río resoplaba enfurecido buscando desenterrar los tesoros de un viejo caballo y de un hombre que apenas se aferraban a unas cuantas briznas de paja… Hozaba como si fuera una manada de jabalíes tumbando un árbol de frutas maduras. El río husmeaba avaro no sé qué polvorientas monedas que podía guardar aquella caballeriza de carrizo entrelazado y barro. Entre tanto, mis pies crecían inmensamente hasta llenar todos los espacios de mi cuerpo. Me veía ya convertido en un pie sangrante, gangrenado, monstruoso. En mi cerebro no quedaba lugar sino para unas gotas miserables de alcohol… ¿Podría, con este pie mío, desafiar las agudas aristas del tiempo… las afiladas guadañas de la muerte?

V

Yo quisiera volver al día en que María limpiaba los petates con buchadas de aguardiente, como se hace con los gallos sangrantes después de la pelea. Estaba yo sentado sobre un pedrusco negro que días atrás arrancara el arado. Era una piedra de grano fino como para amolar machetes… Los vástagos de plátano rodaban por el suelo mordidos por los marranos y las vacas. Desde el chiquero se oía a los verracos gruñir junto a la palizada que los separaba de las hembras… De los cañafístolos que sombreaban el chiquero, torcidos, ásperos y olorosos, tatuados de negras hormigas bravas, caían racimos de enroscadas culebras en celo, apareadas. Los verracos de ojos pequeños e inyectados, de espesa baba, con la pelambre ríspida y todo su berrinche mezclado con barro y agrios desperdicios de

comida, se abalanzaban gruñendo sobre ellas con feroces tarascadas. Desde donde me hallaba podía oírlos mascar desaforados, entre largos gruñidos, calientes pedazos de culebra.

*

María les sacaba sangre a los petates… Por algo, la noche anterior había sido mujer mía por primera vez. Era una mujer sin carne, delgada, con los senos altos y separados como son las mujeres nacidas para tener pocos hijos. Yo la veía mover los brazos como aspas, hambrientos de desahogarse en algo. Era una mujer ardiente… Cuando se peinaba se adivinaba que era una mujer ardiente… Yo me decía:

—Anoche no más ha sido mujer mía. Con mis manos la golpeé, la lancé sobre el camastro. Todavía tiene en la cara los costurones de los golpes que le di.

María me vigilaba astutamente… Caminaba de un lado para otro tratando de evadirse. Yo sabía que me quería con una gran borrachera de odio. Ahora estaba limpiando los petates… Durarán poco los petates en manos de esta mujer salvaje.

Cuando comenzaron a brillar las estrellas y el gruñido de los verracos se hacía más hondo, María, mi mujer, encendía un fuego de humeantes chamizas en la cocina. El chac-chac de la carne macerada… y luego el olor de manteca podrida pastando en el crepúsculo. Yo creía oír a mi mujer machacando los grillos, las cucarachas, las chinches, bajo las bisagras de su silencio empecinado… idiota. Y me arrastraba tras su olor rancio de mujer…, como a mi estómago aquella agria cecina que se doraba en el fuego.

*

Me gustaría volver a ver a María con sus piernas de cerbatana, estirada, sumisa, hambrienta de hombre sobre el petate de mugre irremplazable. Entonces yo era como el hombre del retrato a quien ella veía desde la cama con una mirada idiotizada, con una mirada de soldado de raído uniforme y botas bien engrasadas. Impulsivo, de ojos brillantes, con sobacos y deseos de amoníaco. Por eso, en el fondo no dejaba de reírme del soldado en la misma forma en que él lo hacía de mí. Todavía recordaba:

—¿Vuelves, ordenanza?

Y en los labios del soldado aún veía la sonrisa maligna…

En el día cálido oí perderse sus botas. Llevaba la cabellera de mi mujer prendida entre ellas, y caminaba lentamente como si lo hiciera sobre barro pegajoso. Y los cabellos le subían al soldado por sus piernas, hacia arriba… hacia arriba… como una lenta cólera. Y los cabellos de mi mujer eran ya como su sangre, como su muerte… porque el soldado había salido a recoger sus últimos soplos de aire tibio y el último salitre que pasaría por sus narices y luego se acostaría para siempre en el zaguán de la primavera… con su viejo uniforme de ordenanza y la risa que desde tan hondo le dirigiera a mi mujer, quien parecía preguntarle aún:

—¿Vuelves, ordenanza?

El soldado muy bien habría podido responderle:

—Es imposible volver de donde voy ahora. Porque yo voy "en busca de todo lo que está verde".

Igualmente le habría dicho este soldado de botas rudas, de uniforme un tanto raído, pero de cierta elegancia marcial:

—A la hora del combate vale más un garrote que una espada mohosa, una bayoneta roma o un fusil inservible.

El soldado tendría entonces razón, aunque la mujer lo mirara displicente desde su comentario irónico, que era como una puñalada.

El ordenanza marchaba ahora sin pensar en que la mujer lo llamaba haciéndole señales con un viejo tobo, con unas sandalias desflecadas, con unos pequeños monstruosos pedazos de trapo que sacaba y esgrimía desde debajo de las almohadas…

—¿Vuelves, ordenanza?

VI

Aquí, junto al pajar, el río lamía ya los tablones del pesebre. El agua negra y densa —vómito negro de tanta fiebre de la tierra— desmoronaba los últimos terrones de nuestra resistencia. Lo resistíamos con la misma insuperable violencia con la cual se resiste la ira para no matar a quien nos roba el aliento de nuestras flores… de nuestra alcoba… de nuestra hembra.

Entre tanto, buscábamos yo y mi caballo, en la oscuridad del mundo, aquí y allá, algunas señales de cenizas, de fuegos consumidos, de piedras ennegrecidas por un humo que nos mostrara el paso de tantas generaciones de hombres y de caballos bajo la persecución inmisericorde de la sombra. Dando vueltas, buscábamos a todas las piedras que pudieran esconder el secreto, aventando la arena hacia donde las huellas acaso pudieron quedar grabadas.

Al alba recogeríamos nuestras herramientas, nuestros aperos y nos echaríamos ambos por todos los caminos en busca de nuestros ojos. Él en busca de los suyos, tan suyos, tan de más nadie, sangrientos y luminosos; y yo de los míos, siempre atropellados de fantasía… y andaríamos leguas y leguas por todas las plantaciones y ciénegas divididas e inconexas, donde el río se hallaría, gran lagarto tendido, secando sus ropas de fango…

Queríamos llegarnos y estar en contacto con las manadas de yeguas que pastan y de mujeres que tejen indiferentes; estar en contacto con las estrellas, con la arena, con el destino de los viejos

pozos abandonados, en cuyo fondo las ranas echan sus huevos y se multiplican y nos van poniendo cerco con sus ojos fijos y tenaces de ídolos.

Mi pobre caballo sin ojos, con los cuencos vacíos y profundos, con los cascos en carne viva de tanto andar… andar… y, ¿por qué no?, de tanto soñar… ¿Acaso sufre, acaso padece como cualquier caballo de ojos redondos y vivos?

Él comprende que bastante estamos recompensados con saber que la tierra nos resiste. Con poder sangrar y llorar sobre ella. Que bastante estamos recompensados con ello, aunque supiéramos que todo lo demás habría de sernos quitado, cercenado. Aunque la misma tierra nos negara sus raíces y sus alimentos y su calor, estaríamos bien recompensados sabiendo que nos resiste, que nos resiste indefectiblemente. Porque cuando vemos cómo pueden ser destruidos todos los ranchos, todas las casas, todos los palacios, nos consolamos sabiendo que solo la tierra, la casa última del hombre, permanece.

Y este viejo caballo de venas gruesas y escleróticas, abultadas, de crin rala y opaca, de orinar pausado y doloroso, podría, antes de caer sobre el suelo con las patas quebradas, romperse la columna vertebral en un salto inverosímil.

VII

Pero mi caballo, ¡ah!, mi caballo, mi compañero, mi amigo de ceguera y de inocencia… mi amigo… Él sabía que yo no le habría puesto nunca una gualdrapa sobre su viejo lomo, que jamás lo hubiera cambiado por una estatua… Mi caballo… ¡ah!, mi caballo se fue también con el ordenanza… No lo detuve… lo dejé ir, lo vi alejarse paso a paso siguiendo al ordenanza de viejo y raído uniforme… Lo seguía oliendo la noche con sus ojos ciegos… lo seguía tropezando sus cascos en carne viva, sobre las piedras… lo seguía, lo seguía…

y yo no trataba de detenerlo, ¡porque sabía que mi caballo también iba en busca de "todo lo que está verde"!

Pero ahora, ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, somos dos, un hombre y una mujer desconsolados, quienes preguntamos al viento, a la noche, a la tempestad:

—¿Vuelves, ordenanza?

(1947)

El hijo

I

La neblina se enrollaba como una blanca bufanda al cuello de la sierra. Envolvía los altos páramos, las colinas partidas por la erosión y los barbechos en los que apenas se notaba el verde incipiente del trigo. Se pegaba en las paredes, en los cercados y se metía en las ruinas como un benévolo fantasma. Los perros la sentían enroscarse en sus patas y gemían suavemente con los ojos llenos de grave ternura.

Ambulaba por los corredores, por los patios, por las galerías, y como una liebre tímida se acercaba a la lumbre chisporroteante de las cocinas. Luego se regaba por los campos, por la hierba silenciosa, como un río que encontrara sus aguas finales. Los árboles la sentían llegar, lento incendio que arrasara sus copas de blancura y el torrente que bajaba a borbotones por entre las piedras limpiaba con su pulida lengua los empañados espejos de la brisa.

*

—¡Crasch! —La leña se hendía bajo el filo poderoso del hacha. Simón sudaba. Un copioso sudor se le enfriaba en las pestañas y en el bigote ralo. Deshacía a golpe rotundo, firme, de muerte, un grueso tronco de eucalipto. La neblina le cubría también su descuajada

humanidad y borraba los contornos precisos de su cuerpo. Desde lejos parecía flotar en el aire.

A pocos pasos se hallaba la casa, que semejaba una gran ramazón de granizo en el día pálido.

A cada golpe del hacha seguía un pujido del hombre. Las astillas de leña saltaban como dardos; se incrustaban en la tierra o rebotaban contra las paredes.

Desde el interior de la casa llegaba un llanto débil, ahogado, mezclado a un lamentarse en voz baja.

—¡Crasch! —Crujía la dura madera húmeda.

El sudor del hombre formaba pequeños ríos tibios que bajaban por su amplio cuello de toro. Su respiración profunda levantaba densos surtidores de vapor. Escupiendo con rabiosa energía, Simón secó sus manos gruesas sobre la cobija, abandonó el hacha y se dispuso a recoger la leña.

Desde la casa llegaban con monotonía exasperante los sollozos y lamentos.

Llevó la leña hasta un pequeño cobertizo apenas guarecido, y como si una mano invisible lo golpeara, se refugió mohíno en el rescoldo de la ennegrecida cocina, donde persistía lejano el olor del barrohorno, recuerdo de antiguos amasijos.

Fuera, más allá de las paredes cenicientas, de las palomas y de las golondrinas, había comenzado a llover. Llovía poco, pero tenazmente, como si la lluvia se afanase por lavar el suave piso celeste.

Desde los barbechos llegaba el grito cadencioso de los labradores que guiaban las yuntas de bueyes perezosos.

La lluvia arreció. Ahora el viento soplaba por entre las pencas de los tunales y barría los mohosos cercados de piedra.

Alguna vaca bramaba largamente llamando a la cría.

La lluvia despejó un poco el nubloso paisaje dejando ver en los potreros algunos caballos y acémilas entumecidos pastar en la escasa hierba.

Un perro ladró lejos en el día escuálido, anunciando la vecindad de un extraño.

El camino que pasaba frente a la casa se hallaba convertido en un fragoso torrente que se perdía en la quebrada cercana, llevándose una espesa capa de materia vegetal.

A poco chapalearon en el patio de la casa los cascos de una mula y se oyó el ajetreo característico de una persona que se apea. El tintineo de las espuelas anunció que alguien se acercaba a la casa. Un fuerte juramento acompañó el intento de aproximar la mula a un poste de madera, que formaba parte de la palizada.

De nuevo los pasos y el sonido metálico… y ahora un breve y conciso golpear en la puerta.

—¡A ver! ¡A ver! ¿Dónde está la gente? ¿Quién atiende aquí?

La voz dura y cansada llenó todo el espacio. Sin embargo, no encontró más eco que el de la lluvia que goteaba acompasadamente de las tejas y el chillido de una paraulata en algún aliso cercano.

—¿Es que no hay nadie? A ver, ¿dónde están los que viven aquí? —preguntaba con voz fuerte—. Caramba —comentó para sí—, me llaman para que auxilie a un moribundo y no veo a nadie. Estos campesinos son unos… —El esfuerzo que hizo para sacudir las botas cortó la última palabra.

Desde el fondo de la casa se escuchó una voz débil de mujer:

—¡Simón! ¡Simón!... Atiende al padre.

Sin mucha prisa se levantó el hombre del rincón oscuro y caliente de la cocina, y pegado a la pared, se acercó al corredor donde un cura de buen aspecto, envuelto en una capa, comenzaba a impacientarse definitivamente. Conservando por instinto una distancia prudencial, con voz humilde y aporreada, dijo:

—Pase, pase. Empuje la puerta. Cointa está enferma. No puede pararse.

—¿Quién eres tú?

—Yo… Yo soy Simón. Pero no puedo hacer nada. No tenemos cobres ni comida. Algunas papitas aguachentas ya se las he sancochado a Cointa y a Toto. Yo se lo decía a Cointa. Toto ronca mucho. Ronca como un marrano... Algunas veces grita, pero nosotros no lo oímos porque no hacemos nada con oírlo. Además, Cointa, señor cura, está muy mala. Si Cointa quisiera yo hubiera podido oírlo. Pero yo no oigo… no oigo. Cointa no quiere…

—Bueno, ¿y quiénes son Cointa y Toto? —preguntó el cura exasperado.

—Yo soy Simón. Se lo aseguro, padre. Toto es hijo de Cointa. Toto me quiere mucho porque yo lo cuido a él. Toto es bueno, padre, pero cuando le da el mal se pone malo conmigo.

El hombre hacía un terrible esfuerzo por articular las ideas.

Desde adentro:

—¡Simón! ¡Simón, el padre!

—Empuje la puerta, padre. ¡Empuje!

Entre tanto, el cura había sacudido la capa y se limpiaba la cara sudorosa. No sin cierto temor empujó la puerta. El aposento estaba apenas alumbrado. De él salía un fuerte vaho de excrementos y mugre.

Sin atreverse a entrar completamente, el cura preguntó, con el pañuelo sobre la nariz:

—¿A quién es que voy a confesar? Vamos a ver, que ya es tarde y tengo que regresar.

Desde el fondo de la habitación llegaba un sordo estertor y hacia allí se encaminó.

En el cuarto, apenas iluminado por un cabo de vela y entre una serie de objetos que llenaban el espacio habitable, podían verse dos camas separadas entre sí más o menos por un cuerpo de silla. En un rincón, a la derecha de las camas, se hallaba el "altar", atestado de cromos de santos.

Cuando se halló cerca de las camas pudo observar que había en ellas dos cuerpos humanos, que se agitaban y sufrían, cubiertos hasta la cabeza. Un hedor insoportable partía de las camas. El cura tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para quedarse allí.

—Dueño. A ver, ¿dónde está el enfermo?

Una voz débil de mujer responde:

—Acerque la silla que está junto al baúl, padre, que quiero hablarle.

El cura vaciló un momento, pero luego, en arranque violento, tomó la silla y la acercó a la cama.

La mujer habló de nuevo:

—Usted, padre Moreno, con seguridad no reconoce mi voz. No sabe quién soy. Sin embargo, me conoce bien, porque todo mi pasado es usted.

La voz de la mujer era desagradable, pero se notaba inmediatamente que era la de una persona que había recibido cierta educación.

Mientras hablaba comenzó a sollozar y se oía cómo las lágrimas hacían surco en la mugre de su rostro.

El cura no pronunciaba palabra. Se hallaba petrificado. Entre tanto la mujer hablaba, había fijado la vista en la manta de lana ordinaria que la cubría totalmente, y veía con grima irrefrenable cómo sobre ella pululaba una gruesa capa de piojos, los cuales se movían por toda la superficie despidiendo un hedor viscoso.

En la cama vecina, una voz suave y moribunda decía débilmente:

—¡Mama! ¡Mama!… ¡Mami… ta!

Era una voz quebrada de adolescente. Su hablar era dolorido y apenas perceptible.

La mujer continuó hablando:

—Usted me conoce, padre Moreno, porque yo soy… Bueno, ¿para qué ha de saberlo?, me basta con recordarlo a usted. Y lo recuerdo bien, muy bien. Quizás usted no me reconozca. Es posible que me haya olvidado…

Se escuchaba la respiración entrecortada de la mujer. Afuera, el viento aullaba como un endemoniado.

La mujer, con su hablar tenaz y desagradable, mantenía hipnotizado al cura.

En la vida de los seres todo pasa y se olvida. Solo los que sufren mantienen en carne viva sus recuerdos dolorosos. La carne no olvida, goza con recordar los más duros sufrimientos. Todo el pasado queda impreso en ella. Si queremos olvidar, allí está ella para recordarnos. Ella es nuestra pasión, nuestra venganza y nuestro destino.

La mujer quizás había tratado de olvidar su pasado, pero un hijo era un excitante demasiado fuerte para olvidar a un hombre… Ella recordaría siempre al padre Moreno… siempre. Y él… ¡Ah!, él había olvidado, pero ahora el pasado se adelgazaba como una cuerda y ya la sentía cerrarse sobre su cuello…

Mientras la mujer hablaba comenzó a revelársele el pasado al padre Moreno. Catorce o quince años atrás, cuando llegara al pequeño pueblo. La alegría numerosa y hospitalaria de la gente. La familia Sánchez, que con tanta cordialidad lo hospedara, y aquella muchacha a la que llamaban María Rita, por nombre cariñoso Cointa, a quien él asediara desde entonces.

Recordaba el sol de enero llenando las calles. La gente vestida de limpio como si aquel día fuera domingo. Los cohetes estallando sonoros en el aire de la mañana y la brisa fresca regando un cálido olor a pólvora.

Pasó por su memoria como una ráfaga todo el pasado. Había llegado a aquel lugar en el momento en que la plenitud de la vida —tenía entonces treinta y seis años— se imponía a todos sus actos. En su cuerpo, como en su corazón, había euforia. Sentía que su sangre no se resignaba a desaparecer sin que algún vestigio de su gravitar quedara sobre la tierra. Era la lucha de la vida por imponer sus eternos principios a las convenciones y prejuicios. Y aquel ser frágil, que tanta dulzura ponía en todas sus cosas, fue el objetivo

de la férrea voluntad de su carne de perdurar, de enraizarse para el dolor o la gloria sobre el mundo.

Recordó la noche en la cual aquella joven, buena, generosa, fuera violada por su locura. Es cierto, él no tuvo la culpa. Era un hombre y amaba… Era un hombre y deseaba aquel cuerpo sano, hermoso, donde brillaban dos ojos tiernos y profundos, apasionadamente maternales. Sin embargo, una cosa, una sola, se reprochaba y se reprocharía siempre: su cobardía.

Ella se le había ofrecido, se le había dado sin reservas, simple y humana como una mujer… nada más. No se enojó ni se arrepintió. Ella creía en la energía interna de su vida, no en las fuerzas oscuras y destructoras de la maldad. Se daba a la vida como una hoja se da al viento, sin cálculos ni proyectos. No veía más que por los ojos de la vida, que en ella bullía intensamente; que en ella se exaltaba, defendida solo por su solidez humana, como un árbol bajo la orgía del vendaval. Y él, en lugar de proteger aquella noble fuerza, aquella viva energía constructora, aquel poder creador y hermoso, lo abandonó. Y no solo esto, sino que contribuyó, cuando sobre sí recayeron acres y muchas veces abiertas censuras de la gente, a achacarle a la muchacha los más oscuros y sucios pecados y a empujarla sobre los lugares donde no hay más seguridad que la del viento.

II

La capa de piojos se desplazaba sobre la manta en forma semicircular. El sudor rodaba en gruesas gotas del rostro gordo del padre Moreno. Los gemidos del adolescente se mezclaban con la fetidez que exhalaba el aposento. El cura volvió a la realidad y al monólogo de la mujer, por la fuerza tremenda de sus palabras:

—Usted me corrompió el cuerpo. Después que me hizo suya, ayudó a que me echaran de la casa, del pueblo, de la vida. Usted me corrompió el alma. Por usted aprendí a odiar y a mentir.

La mujer hablaba entrecortadamente como en un delirio. Sus sollozos emergían de aquella manta monstruosa. En lo que hablaba recordaba incidencias oscuras de su vida de ramera. Hablaba de su hijo. Llamaba a Simón. Acusaba al padre.

—No te puedo querer con este calor inmundo, Valak, perro sucio. ¡Judío! Yo soy una mujer mala, pero tú me babeas. ¡Yo te odio! ¡Te odio! ¡No me gustan tus ojos grasientos! ¡No! ¡No me toques! Déjame; moriré de hambre, pero no estaré contigo…

Tornaba a sollozar. El bulto del pequeño se movía entre quejidos lamentables que revelaban un hondo sufrimiento. En voz baja, casi imperceptible, se le oía decir:

—¡Mama!… ¡Mama!… ¡Mami...ta!

La lluvia azotaba con violencia de látigo la tierra.

—Hijo… ¡Hijo mío! ¿Qué he podido yo hacer por ti? Aquí estoy, tirada en este petate con un hombre que odio. Yo digo que lo hago por ti. Porque no mueras ni pases hambre, porque no sufras. Pero tú estás hambriento, pasas hambre y sufres, mi pequeño, ¡hijo mío!

El padre Moreno sudaba. Sus ojos parecían hinchados vientres de niguas. Su respiración era fatigosa, anhelante. Con las manos se agarraba desesperadamente de la sucia baranda de la cama. Sentía cómo las pulgas resbalaban por el sudor de sus piernas.

—Recuerdo bien —continuó la mujer— lo que dijo usted un día en la iglesia. Lo recuerdo muy bien. Entonces yo amaba su voz. Era dulce, era fuerte. ¡Conmovía a todos! Esa vez su voz tenía un acento terrible, cuando dijo: "Prenderán al impío sus propias iniquidades, y detenido será con las cuerdas de su pecado".

El padre Moreno temblaba. El miedo, el asco, el horror lo retenían prendido a aquella cama. Una fuerza poderosa le impedía desasirse de allí. Su conciencia lo ahogaba. En su corazón había una

súplica que apenas barbotaba: "Señor, Señor, ¿por qué me persigues, por qué acorralas mi alma?".

La mujer continuó su monólogo delirante:

—Simón, Simón, no te vayas. No quiero que nos dejes ni un instante. ¡Qué hubiera sido de nosotros sin ti! Tú eres nuestro apoyo. Estamos prendidos a ti. Tú no eres inteligente; tú no eres instruido; no tienes palabras suaves ni sabes oraciones. Pero eres bueno. ¡Eres bueno! Yo no sé qué es el ser bueno, pero siento que tú lo eres. Tú padeces con nosotros de frío y de miseria. Tú con nosotros tienes hambre, y con nosotros sientes adoloridas las costillas. Eres como un río manso. Se puede ir hasta el fondo de tu alma sin peligro. ¡Simón! Tú eres como una bestia. Como una bestia santa. Nos podemos arrimar a ti con confianza.

—¿Cointa?... ¿Qué quieres, Cointa? Simón está aquí —respondía el hombre—. Ya tengo la leña. Ahora prenderé un buen fuego para que se calienten Toto y tú. Para que vivan. Simón lo quiere. Pero no quiero que me mires así. Yo estoy aquí… Simón no los dejará…

El cura se paró con el rostro cruzado de verrugas. La luz del candil apenas alumbraba.

—Padre Moreno, aquí estoy, véame. Tóqueme ahora.

Comenzó a correrse la cobija hacia los pies. El cura temblaba como un árbol remecido por el viento helado. De entre la cobija empezó a salir un rostro descamado. Los ojos ya no se le veían. Los labios apenas se entreabrían al hablar. Las manos parecían ramas secas.

—Padre, no se vaya. Míreme ahora. Aquí estoy. Antes tenía la caballera larga y hermosa; ahora solo me quedan estas mechas sucias. ¿No se acuerda que usted besaba mi cara con pasión? Tome, bésela ahora. Ahora que está descarnada. Ahora que no hay sino mugre… ¡Mugre!

El cura sacudió la cama y gritó:

—¡El diablo! ¡Aquí está el diablo! ¡El diablo!

Miraba enloquecido a su alrededor. El aposento estaba casi a oscuras. De pronto, se abalanzó sobre el pequeño bulto que se movía en la otra cama y lo tomó en los brazos:

—Hijo mío… ¡Hijo mío!

Estrechó contra su cuerpo aquella masa hedionda y gelatinosa. Un gruñido de dolor respondió a sus palabras.

—Me llevaré a mi hijo. Me lo llevaré. Es mi hijo. ¡Mi hijo!

Gritando y moviéndose como un energúmeno trató de llegarse hasta la puerta, pero una mano como una maza de hierro cayó sobre su cuello. Era Simón que lo obligaba a dejar en la cama a aquel grumo de carne lacerada, enferma.

—-¡Mi hijo, mi hijo! —sollozaba el cura.

Se dirigió como un loco hacia la puerta de la habitación. La abrió y se halló frente a frente a la noche, a la eternidad. Un viento terriblemente frío le heló el rostro. Se volvió un momento hacia el aposento oscurecido. Oyó el gruñido mortal, entrecortado de su hijo y a la mujer que gritaba con toda su alma, con toda su fuerza, con todo el poder de su venganza:

—No se vaya, Valak, Valak. ¡Judío! Esta noche iré por su casa. No lo dejaré esperando… No… No lo dejaré esperando…

El cura sentía el llanto de la mujer gotear sobre su espalda como plomo derretido.

—Malditos seáis… ¡Malditos! —gritó.

Y como poseído del demonio, con el pelo sobre la cara y las manos extendidas en busca de algo de que agarrarse, se metió en la noche cegada de hollín. A lo lejos podía escucharse aún su voz maldiciendo al hijo…

En la puerta del aposento quedó Simón. Guardaba firme, material, rocoso, la herencia del hombre. A través de la niebla ya se confundía con el viento, con la noche… con el universo. ¡Representaba en este momento la exacta potencia de Dios!

(1947)

El hombre y su verde caballo

Nace al dolor el hombre
y ya es riesgo de muerte el nacimiento.
GIACOMO LEOPARDI

I

Apoyando la muleta sobre la tierra encharcada, avanza el indio Genaro por el rojo camino del río. La muleta se hunde profunda en el fango. El sol húmedo de la mañana, el esfuerzo que hace por sacar la muleta del barro, mantienen su rostro goteando espeso sudor.

El camino es de greda roja, muy blanda, despedazada por el continuo pasar de recuas. Antes del mediodía, el indio se halla casi desfallecido sobre la tierra mientras la muleta permanece clavada en el fango. El sol llueve sobre la pobre cabeza del indio. Por el rojo camino cubierto de vapores azulosos nadie pasa. El indio se encuentra solo, con su muleta hundida entre la greda, que comienza a endurecerse, y con el obligado silencio a que somete todas las cosas aquel sol achicharrante.

Nadie pasa. Siente la lengua reseca entre las fauces. La humedad del fango podrido lo mantiene aletargado. Mira hacia arriba y aquel azul parece nunca acabar. No hay en él ni una raya blanca.

Una nube de moscas ronda el cuerpo del indio Genaro. Hace dos días que ha salido del hospital mutilado.

Meses atrás, una astilla de leña le levantó la carne hasta el hueso. Genaro se empeñó con los medios a su alcance por ver la herida seca, la pierna sana.

La herida sanó aparentemente, pero el mal seguía por dentro. Transcurrieron los días y las semanas y la herida no sanaba del todo. Entonces llegó aquella puerca mosca y le agusanó la carne. El dolor fue insoportable. Se arrancó la carne podrida con las uñas, se exprimió la llaga y vio salir gusanos rechonchos, semejantes a frijoles blancos. Eran conos anillados, con cierta dura movilidad. Alrededor de la herida la cane estaba tensa, tenía un brillo azulino.

Desde luego, no pudo trabajar más. Pocos días después se hallaba con la pierna gangrenada; entonces llegaron unos vecinos de más allá del río y lo bajaron en una hamaca hasta el pueblo donde nada pudieron hacerle, por lo que hubo de ser trasladado a la ciudad. Genaro llegó casi muerto. Él mismo hubiera deseado morir. Los ojos inmensos por la fiebre, se le hundían profundos en sus cuencas.

En la ciudad le cercenaron su pobre pierna podrida. Solo le quedó un pequeño muñón.

II

Los niños juegan con una vieja rueda escarchada de orín. Rueda abandonada, prestigio del lugar y blasón de la comarca.

Alrededor de la casa está el sol como un gato echado. El viento enmaraña el pelo de los niños que juegan con la gran rueda del hambre.

Camino abajo se ve llegar, casi a rastras, al indio Genaro. Es un pobre indio viejo. Llega con su único pie. El otro es solo un muñón lacerado del que aún chorrea sangre. Se le ve llegar con los ojos cansinos.

Los niños se disparan hacia él.

—¡Taita… Taita!

Los perros saltan detrás de los niños.

En la cocina se cuecen, al rescoldo, unas batatas terrosas. Casi no hay brasas en el fogón. Los niños tienen hambre, pero juegan con su inmensa rueda del hambre.

Son como las dos de la tarde y el indio Genaro llega. Llega, pero con una pierna menos. Los niños no preguntan nada. Solo piden qué comer.

—Tenemos hambre.

Detrás de los niños viene una mujer. Es Domitila, la mujer del indio. Camina un poco agachada, con los senos colgantes y los ojos intranquilos. Domitila tiene el cabello grueso y unos enormes pies rajados por la lejía de la tierra. Es una mujer con garrapatas que se prenden en su carne. Siempre tiene un nido de ellas en el fondo de las orejas. En este momento parece un pellejo relleno de paja, con partes gordas y partes flacas.

Pero el indio Genaro llega con una pierna menos. Esto es mucho pedir. Con una pierna menos, pero por lo menos llega. Por eso es mucho pedir. Porque los que bajan rara vez vuelven. O vuelven en forma de fantasmas, de apariciones que en las alcobas introducen viejos búhos con piojos, brillantes a la luz de la luna. Pero es un favor de Dios, un verdadero favor de Dios el que Genaro llegue, aun cuando solo traiga una pierna. Por eso, Domitila piensa en esto mientras camina al encuentro del indio que se arrastra por el camino en declive, ansioso de llegar a su rancho. A su rancho de hoja negra, que es como una encía desvestida, como algo lejano para sus ojos de fiebre y legaña. Pero llega. Y no es una ilusión, porque ve los senos flatulentos de Domitila; porque ve chocar las aldabas de rabia contra el vientre que le diera tres hijos que aúllan como perros en medio del lodazal en que se ha convertido su vida.

Indio y con una pierna menos.

Alguien la había cogido y largado lejos. La había largado para que los perros le arrancaran la carne a pedazos. Para que los perros o los zamuros, que daban los mismo, le levantaran los hollejos de

los huesos. Para que esos mismos huesos fuesen lavados por la lluvia y aparecieran en cualquier camino y los triturara alguna perdida… errante carreta. Para que una pequeña cruz ardiera alguna vez en torno de esos huesos, roídos de impaciencia, que antes lo llevaron a él sobre la tierra mansa y buena.

Ahora a su alrededor solo hay niños y una mujer con los ojos como garrapatas. Los niños aúllan, chillan y embeben todo el paisaje en su hambre que chorrea, que gotea por la pelambre de los burros y las vacas, por los terrones ardidos y por las conchas de los árboles sedientos. Y él mismo llega con la nostalgia, es decir, con el hambre de su otra pierna. De la suya, diurna y nocturna. De la suya, que excavara la barriga del perro buscando el anillo de oro que este había arrancado a Domitila mientras dormía.

Cuando se metía en el fango de la ciénaga sentía bajo su pie, ahora perdido, una alegre comezón que le llenaba toda la sangre; que lo hacía reír a grandes carcajadas, hasta cloquear como un viejo pato. Entonces sentía su gran sexo poderoso hincharse como una fruta de tuna, como una dura vara de carbón fulgurante entre los recios músculos de la fogata.

Genaro el indio, con su cara manchada de gruesas larvas de ají, llena de contracciones. Genaro llama a su pie. A su pie que ha sido cercenado y que ahora navega por las oscuras y polvorientas horas de su pasado. Quiere apoyarse y solo encuentra el vacío. Quiere saber que tiene su pie, que puede, al llegar a su rancho, meterlo en agua de sal, o untárselo con sábila, o simplemente bañárselo con agua. Y su pie no está con él, pero sí el sol rutilante y un pájaro que silba en la arboleda baja y frondosa que se ve verdear allá en la vertiente del río. Eso es lo que con él se halla. Y el sol y la sed. Y adelante, casi encima suyo, unos niños que se acercan con su hambre.

Que le gritan su nombre y le piden pan. No oye más que: "Taita, pan, pan…".

Y él, ¿qué trae? No trae más que una pierna menos y un palo, un garrote. La muleta quedó allá, pesada, hundida en aquel barro tibio y fétido.

Eso trae. Nada más. Una mera huella y la nostalgia de su otra pierna, perdida entre algunos chorros de sudor, de sangre y de alcohol. Que acaso ya humeara entre el estiércol, bajo las duras goteras de las cornisas rotas o en los nidos oscuros y malolientes de las golondrinas.

Eso es lo que trae. Una pierna menos. Pero la mujer, Domitila, dice que por lo menos ha vuelto y eso es ya mucho traer. Ha vuelto con una pierna menos, con un muñón que no ha sido curado, sangrante y oliváceo, lleno de pústulas blancas y costras falsas. Con un muñón que, maldito, cogió la misma gusanera que le hizo perder su pierna.

Eso trae, porque en el camino se durmió de puro cansancio y una mosca le puso, él mismo no sabe cómo, larvas que ahora son violentos gusanos taladrantes. Con cuidado, el indio Genaro se hunde en el muñón una astilla de leña, para arrancarse algunos pedazos purulentos, en un afán de aliviarse aquel dolor. La astilla se hunde en los huecos llenos de pus, como el garrote en el barro y con un suave movimiento de palanca, hace brotar gusanos que se mueven rabiosamente.

Eso es lo que trae. Nada más. Y ahí frente a él están unos niños que le piden pan y le llaman taita. Y, sobre todo, Domitila con su vientre bajo, siempre como si estuviera a punto de acurrucarse. Como si continuamente tuviera diarrea y necesitara agacharse. Y en la lejanía, casi en el pasado, su rancho frente al prado, como si fuera una nariz que husmeara el grueso aliento de río. De ese río lento como un buey inservible que baja tres cercados más lejos, pegado a las costras de la tierra.

Ya es algo lejano en su vida aquel toro amarrado a un lento tronco de laurel que alza con cierta majestad algunas ramas sarmentosas;

el marrano padrote detrás del almizcle de la hembra, estirando su gran trompa y mostrando sus dientes cortantes y sus berridos, y el caballo escondido en la sombra verdosa del pasado. Su verde caballo, con el negro cabestro dócil, extendido como la hierba, por dentro como la saliva, como los pingajos que le cuelgan de las orejas o como los pájaros que le danzan en la mañana sobre el lomo, picoteando garrapatas.

Este es su verde caballo, con luz en las patas hinchadas y que por las noches piafa en sueños acordándose de su hermosa y lejana juventud.

Allí está con todos los aperos de su alma el indio Genaro, esperando llegar a los costales para tenderse y olvidarse definitivamente de su pierna.

III

Los niños frente a la puerta atajan aquel río de hormigas que pretende desbordar y llegarse hasta la pierna agusanada del hombre. Los niños atajan las hormigas en un juego siniestro. Son los hijos de Genaro que defienden su derecho a matar hormigas, a comer batatas y ahuyamas.

Entre tanto, Genaro se halla sobre los viejos costales bañado de sudor, con aquel muñón gangrenado lleno de gusanos que excavan en su pierna, en su sangre, en su vida. Son los gusanos de Genaro La mujer con un paño aletea sobre la pierna para impedir que las moscas se sienten sobre ella.

Por las noches, las ranas se quejan en los charcos y Genaro en la choza. Los niños se hallan encogidos sobre sí mismos y duermen con los huecos de las narices llenos de insectos. Por eso tosen y despiertan al indio, que ve avanzar aquella rabia ulcerada de su pierna por las paredes de su cuerpo.

La mujer comienza de nuevo a manejar el trapo y los gusanos, a sorber el líquido putrefacto. Las toses se repiten en la noche y sobre el césped que hace frente a la choza, los perros ladran hacía los árboles que ocultan el resplandor lunar. Por entre ellos llega un viento suave y puro que se cuela por las hendijas de la puerta y baña de frío aluminio la frente afiebrada del indio Genaro. En la cuadra se oye de vez en cuando un fuerte resoplido y un roer la madera con lenta voracidad. Es su viejo y verde caballo de trompa desvaída. Su caballo que sabe que allá, en los costales que se apeñuscan al costado de su mundo, está el indio Genaro luchando con los gusanos que son como la gloria.

La fiebre es lenta y rabiosa, pero el aire dulcifica aquel trac, trac de los gusanos. La carne toda le cruje y él siente un dolor agudo.

Las sombras se alzan hasta la mujer, que espanta los mosquitos que pretenden posarse en la pierna del indio Genaro. Se alzan hasta sus ojos que brillan en la noche, hasta la saliva que pugna por salir de sus glándulas.

Un gallo despierta la noche y corta las sombras con un canto ronco, desesperado.

Los niños tosen encogidos sobre los cueros y la mujer se echa en la tierra apelmazada y parda, doblegada por el cansancio.

El indio comienza a sentir cómo las ratas le están oliendo su pobre pierna gangrenada, cómo roen el hueso tumefacto, cómo escarban en su carne y chillan en la sombra.

El indio Genaro no quiere despertar a su mujer, que yace tendida sobre el suelo, rendida, como una bestia mutilada.

El indio no quiere despertarla, pero las ratas llegan desde la sombra y se tiran encima de su pobre pierna gangrenada. El indio no profiere un solo lamento. No quiere quejarse, pero las ratas suben por su pierna como la muerte. El indio mira indiferente las sombras que salen de su cuerpo y se pierden en la noche. Él sabe que por su

cuerpo avanza aquella incendiada úlcera, aquella lenta quemazón, como un terrible verano que arrasara la oscura tierra de su cuerpo.

Sabe que por su sangre anda ya aquel estuoso delirio, donde se mezclan hongos de veneno latente creciendo como verrugas, llaves de latas de pescado, tijeras destrozadas, espuelas abandonadas que se hunden en el légamo de los charcos como patas de gallo, objetos de barro ennegrecido, que se deshacen entre los verbenales.

Él sabe que dentro de poco su cuerpo se elevará en una densa y ofuscante columna de humo.

En el pesebre, el caballo golpea las piedras con los cascos. Sus hondos resoplidos llenan el ambiente de aquel amanecer estrellado. Genaro atisba por entre las junturas del barro, el tenue resplandor de las estrellas. Los pájaros comienzan a despertar a los insectos que ponen sus huevos en la verde corteza de los árboles.

Genaro no quiere quejarse, pero ve cómo aquellos animales le succionan la sangre, le roen la carne desflecada. Los ve. ¡Acaso no se paran en dos patas y muestran sus dos ojos vivos y frecuentes! ¡Sus hocicos con largos pelos móviles!

Con cuidado va moviendo su garrota, lentamente porque no son muchas sus fuerzas. Lo coloca casi contra el vientre de una rata que intenta arrancarle algunos hilos del *catgut*. Con un desesperado y frenético esfuerzo hunde la punta del garrote en el vientre de la rata, que apenas da un chillido. Ahora, en el palo hay un fantástico anillo vivo de vísceras palpitantes, de ojos implorantes en la noche.

El indio se pudre en unos sacos de australes bordes indescifrables.

El resplandor del alba pone un bozal luminoso en la jeta del caballo y baña de listas azulinas su cuerpo desmesurado en la sombra.

El estiércol refulge bajo sus pisadas dementes, y por sus ojos baja una luz diáfana y pura.

El indio Genaro recuerda su verde caballo en los días en que su lomo temblaba bajo la alegría de la lluvia. Cuando los murciélagos dejaban caer sus frutos sobre el pesebre que el caballo mordisqueaba

asustado, y cuando con la totuma lo bañaba en el río raspándole el barro y la mugre con una raqueta.

A su caballo le faltó siempre un poco de orgullo para rebelarse y no conducir sobre su lomo tantas arrobas de "lela", de café o de panela, por años y años, para que el indio Genaro pudiera, finalmente, llevar a su rancho media panelita, un frasquito con kerosén y un pedazo de pescado hediondo. Y de vez en cuando, una zaracita para la mujer. Lo que sobraba lo dejaba para el michito… el michito que no pueden prohibirle ni su caballo que lo mira, él lo dice, con burla, ni la mujer que ahora yace boca arriba sobre el piso… ni los vientres abultados y deformes de sus hijos, que cuando llegó, no hicieron más que mirarlo a la cara con las comisuras de los labios llenos de baba verde. Nadie puede impedirle beber su michito. Por eso él, que se halla tirado sobre estos costales con la hinchazón que ya llega hasta las ingles y le vetea de rojas manchas el abdomen y sube hacia su garganta como un lento árbol ardoroso, piensa en el michito. Si lo tuviera quizás se sintiera aliviado, quizás pudiera arrastrarse hasta el patio, a donde llega el suave viento de junio rozando la hierba y se escuchan los ruidos intensos del despertar del mundo. Quizás pudiera llegarse hasta el río y lavarse su pierna túmida, que le late como un violento corazón desesperado.

Se lavaría la pierna con toda la fuerza de sus uñas, se arrancaría los nervios que lo martirizaban, quizás se la machacaría contra una piedra y oiría el chasquido de los huesos triturados. Haría cualquier cosa, menos dejar que este dolor que parecía una lenta y profunda cuchillada continuara victimándolo.

Se hace más profunda su soledad porque la muerte lo rodea con sus lentos pasos de sombra. Lo rodea, lo hiere en lo vivo de los ojos, hora a hora más densos y acuosos, en los cuales los párpados pesan como una vida impura.

Tiene los ojos hinchados, y lágrimas que él no llora ruedan por su rostro desmesuradamente pálido y confuso, como si la muerte lo

estuviera intimando desde adentro. Como si realmente lo llamara desde las vísceras, como si desde su pierna agusanada le hiciera misteriosas señales.

El muñón podrido es como el ojo absurdo de Dios, lleno de nervios saltados y viscosidades que avanzan hacia la dura realidad de la tierra, en busca del sol deslumbrador de la mañana eterna. Al encuentro de la pierna perdida, peregrina de los anchos mundos del delirio, bajo las estrellas trémulas y frías.

En esto piensa el indio Genaro cuando el sol ya brilla sobre los árboles en aquel hermoso día de junio. La hierba está mojada y el balde de latón relumbra bajo la luz tibia y fecunda de la mañana. Con golpes de lengua un perro bebe agua de un viejo cántaro. Es un perro lleno de huesos vivos con el pelo del cuello mullido de pulgas y los ojos cansados.

Un lento olor de arena tibia se levanta de la tierra.

Por la boca de la choza aparece primero un niño, que comienza a caminar hacia donde el perro se halla. Se siente frente al sol con los ojos cerrados y la boca abierta, como si esperara algún extraño mendrugo. Más tarde aparece otro niño y detrás de él, un tercero apenas vestido.

Dentro de la casa se oye toser angustiosamente a la mujer. El indio Genaro yace con los ojos semiabiertos. La mujer está solícita a su lado, como avergonzada de haberle descuidado. El indio la mira con dulzura, desde una lejana sonrisa. Alza con esfuerzo su mano descarnada y la pasa por los senos exhaustos de la mujer. Esta coge la mano del indio y se la lleva a la cara como si con ello se proporcionara un raro e intenso placer. Sin embargo, las manos del indio son duras, callosas, apenas puede darles flexibilidad a los dedos.

Domitila sale fuera de la choza y vuelve en poco tiempo con una taza de agua fresca, y con un pedazo de trapo comienza a limpiar el rostro manchado y sudoroso del indio. Este la deja hacer tranquilo. Piensa que ella lo limpia porque sabe que la muerte está muy

cerca y es bueno que los seres que se aman la reciban con el rostro limpio y reconciliado. El indio siente el dulce placer del agua sobre su rostro ardiente.

IV

Los perros ladran camino del río. Sobre el balde de latón que la mujer lleva en la cabeza, el sol brilla alegremente. Algunos pájaros pasan rozando la hierba.

Domitila piensa en el hombre que ha quedado en la choza. Piensa en ella y en la choza y en el hombre que madura su muerte allá, con su propio carburo, con su sangre de lenta corrupción, mientras ella va camino del agua adormecida del río. Piensa en el río con su lomo rojizo de tierra desleída y en los niños que se hunden en el fango hasta las rodillas. La mujer piensa en él, le ve las encías pálidas, los brazos caídos y el pelo de rala ceniza. Piensa en él, Genaro. Hombre suyo tantas y tantas veces. Hombre suyo hasta por todas las veces de su vida, hasta por toda su vida, hasta por la primera vez de su vida suya, tan suya que nadie más la salvaría ya de cargar con estos tres hijos suyos, paridos, malditos y benditos todos los días de hambre o de hartazón.

Algún día estos hijos la verían acabarse a ella también. ¿Estarían todos a su lado, como lo están mientras Genaro araña la tierra y la amasa con sus propios orines? Ya no serían niños, serían hombres con los ojos tristes y hambrientos.

Pero ¿morirían ellos también? No podrían crecer, crecer hasta llenar toda la tierra. Hasta que ni los amos de la tierra que tan duramente los había hecho trabajar, a ella y a Genaro, pudieran doblegarles sus cuerpos duros como la piedra; sus cuerpos de árbol de piedra, duros. Sus cuerpos y más todavía por dentro del corazón

como todas las llamas del purgatorio, como todas las llamas que incendian los pajonales, como todas las llamas.

Entonces traerían las manos como hachas, como venganza, como sogas para todas aquellas gargantas; para que todas aquellas cabezas mostraran la lengua roja de miedo, de agonía infinita y salvaje.

Ellos, sus hijos, quizá verían la tierra limpia, donde la luna y las estrellas y los grillos y hasta los alacranes dormirían tranquilos con sus propios ojos, mirarían con los ojos de todos, oirían para siempre con sus orejas aquellos ruidos y señales de la tierra. Vendría entonces la rotura del campo; la siembra y la germinación, las lluvias y las cosechas. Y habría abundancia para todos. Para el estómago ahora macilento y para el lomo cimbrado del caballo. Quizás también podrían conseguirse retazos anchos e hilo y… bueno, todo, todo. Y sus hijos serían fuertes como la tierra, con la sabiduría de la tierra y jamás dejarían de volver con sus piernas vivas, fuertes, enteras.

Esto piensa Domitila mientras se acerca al río, que pasa como una baba lenta.

V

Ninguno como Genaro sabe, ninguno, que la muerte le hace respirar tan hondo, que la fiebre le exalta sus últimos y definitivos humores. Pero él no quiere morir tirado en aquellos costales como un perro. Porque él, Genaro, tan fuerte siempre, toda su vida, ahora echado allí con una pierna menos y sin fuerzas, no puede salir afuera de la choza, no puede ver el sol secando la tierra y más allá la tierra verde en suaves olas temblorosas, como el lomo sucio de su caballo.

La tierra es un verde caballo. Su único y auténtico caballo de belfo sangriento. Ella está allí con sus pájaros y flores, con la hierba alta mecida por los vientos tristes de junio.

La tierra, su verde caballo sin fronteras. Ancha, extensa, hasta donde llaman el mar, para él, Genaro, moribundo, y para todos, todos, hasta para las negras hormigas que beben líquidos de su pierna podrida.

De todos. Todos cabalgarían sobre aquel lomo, en la noche intensamente azul, viendo a las estrellas refundirse en el horizonte.

Él, Genaro, marcharía entonces, con su pierna sana y firme, llevando a su mujer y a sus hijos sobre el lomo de su verde caballo, al encuentro del sol glorioso de la noche.

(1947)

-

El mito transparente

I

Llegó de noche como llegan los seres hambrientos; suave, con los ojos tristes. Era una sombra más en el gran terraplén de sombras de la noche. ¿Cómo llegó? ¿Por qué? Nadie lo sabía. Solo la mujer supuso que había sido enviado por fuerzas misteriosas. Y de sus ojos irradió una energía nueva. A la casa, con él, entraron secretos habitantes. Desde esa noche se inauguraron gestos, palabras y pensamientos nuevos en el corazón de la mujer. El aire, antes plano, se curvó como hoja de acero y dentro de él crecieron, como invisible bosque, los círculos de una atmósfera desconocida. La humedad no fue ya la misma, ni el polvo que el viento airado levantaba ni la lluvia que caía sensual sobre el sexo furioso de la tierra. Tampoco las estrellas tuvieron desde entonces el mismo fulgor, ni el crepitar del fuego inundó ya los espacios que antes conquistara. La mujer lo supo, pues todo desde ese día adquirió nuevo sentido.

Era un ser débil como todo lo que apenas es promesa en el mundo, su cuerpo no tenía aún inviolabilidad de flecha en el aire, ni fuerza desencadenada de árbol derribado, ni pasión de tempestad hiperbórea. Sin embargo, su presencia transformó el hastío de la habitante y, al encontrar la libertad de poder, perdió aquella que significaba su arranque esencial, la libertad del ser. Era el paso de la chispa —absoluta nacencia del fuego— al fuego mismo, transitorio y fugaz, perdurable solo como forma en el tiempo.

La chispa crea, el fuego destruye. Y así fue él, entró como la chispa y perduró en el tiempo solo como ceniza corrosiva. ¿Meditó antes de decidirse a trasponer aquel umbral? Allá estaba la mujer; la seguridad inmediata de los sentimientos. Es verdad que ardió como un leño de fibra purísima. La dorada seda de su vestidura escondía los resplandores, pero no bastaba para impedir que su calor inundara el mundo que la envolvía. Allá estaba la mujer y la muerte rodeaba como una corona de ojos su erguida cabeza desafiante. Acá estaba él. Su ser anónimo, confuso y eterno. Su transparencia, su irrealidad, su abierta brecha para la fuga hacia el caos. La vida era él mismo, el conocimiento de su propia aventura. El poder que ejerciera sobre las fuerzas externas. Y su iluminado ser interno, despeñado y ardiente. La muerte, lo progresivo, lo real, lo verdadero, lo satisfecho. Todo aquello que se oponía a la rabiosa hoguera de la que irrumpía.

II

Ella trató de imaginarlo bajo una precaria apariencia, pero no pudo soportar su presencia inaudita. Era una presencia en crecimiento, nada había de accesorio en ella. Pero la mujer guardaba en su seno la fría y dorada llave del hastío. Por eso este inmediato, tangible peregrino, hizo que refluyera sobre sí misma, como un río que comenzara a crecer hacia su origen. Fue un choque brutal del pasado y del presente, de lo muerto y lo vivo. Entonces la mujer lloró y la tierra fue como el mar para sus lágrimas. Y agitó su cabeza, y el pelo que la tijera y el hastío mutilaran creció como el loco deseo de un negro caballo en la noche.

Absorta y pálida, la mujer miraba el mar inmenso. Su corazón latía asombrado mientras en el horizonte la tarde no era más que un gran resplandor vivo. Las nubes se incendiaban y los pájaros marinos volaban a ras del agua dorada. El viento venía del mar

hacia la montaña y sacudía la dura cabellera salobre de los pescadores que remendaban sus redes. Frente a ella estaba a punto de abrirse la noche. Noche caliginosa, noche que goteaba espesa de su corazón. A sus espaldas, en el cercano pasado, se hallaba la voz fuerte del marinero, recorriendo los caminos pegajosos de sol, entre los cactus de orgullosa estatura y los cujisales de sedienta cabellera verde. El mar hacía muchos siglos lavaba los acantilados. Ella lo contemplaba ir y venir. Su corazón, en cambio, se estaba yendo en medio de las aguas turbulentas de la pasión, como la costra falsa que recubre las piedras heroicas. La noche invadía la tierra y todas las cosas se llenaban de una misteriosa fuerza. La mujer ya no fue más que un latido vehemente. Sus cabellos se confundieron con el bramar sombrío de las olas y por sus ojos cruzó la playa desierta, en medio de los arenales que pugnaban por brotar de sus ojos, radiantes y alucinados como la vigilia del mar.

III

El hombre hablaba con la voz del mar. Era alto como un pensamiento hacia el norte. Los ojos de un oscuro azul llameaban. Las manos, largas y finas, parecían lentos peces varados, brillantes bajo las estrellas. Hablaba y sus palabras tenían un raro sortilegio.

"Yo poseía un barco en la oscura noche del mar. Era hermoso y suave, pero celoso como una amante apasionada. Buque gallardo con sus izadas velas blancas. Había sorteado tempestades de silencio y los arrecifes azules conocieron siempre de sus ímpetus. Yo era su capitán. El silencio me nombró capitán de los vientos. Arcabucero venido a menos, el mar había suavizado la soberbia de mi espíritu. Ahora trato de recordar. ¿Fue acaso en la ciudad de las verdes nieblas donde las flores tienen siempre un aire de tristeza lejana, y los pisos parecen humeantes chimeneas, y la nieve vuela entre las

carameras de los ciervos salvajes? ¿O en aquella de saltos minaretes que las palomas cruzan por la tarde con nostalgia de golondrinas emigrantes, donde los hombres parecen andar siempre sobre alfombras voladoras? ¿O en la otra, donde lo primero que llega hasta nosotros es un canto suavísimo de mirlos y el aroma frío y puro de las flores de almendro; allí donde las madres, con sus pequeños a la cintura, cruzan los campos de oro del arroz sagrado, hacia las nieves alucinantes del volcán? No lo sé. Yo era joven y bello como el barco que se mecía en las revueltas aguas canelas de la isla. Un día bajé a tierra, ya que, desde la borda, con mi pipa humeante entre los dientes, descubrí ternura en la tierra reseca. Una ternura tan íntima como inexplicable. Bajé y entré en el primer círculo y solo encontré palmeras, donde la brisa crecía en úlceras perfumadas; fui hasta el segundo círculo y me hallé con el club de los murciélagos sedientos de ruidos oceánicos; penetré en el tercer círculo y la vi venir hacia mí, como quien camina en busca del viaje desesperado. Pero a pesar de todo, de la pesadumbre de su mirada, de la negligencia de su andar, del vago gesto insultante de sus manos, ya supe que muy pronto estaría escalando con su pica de fuego las altas vertientes de mi corazón, rompiendo para siempre la organización del humo de mi pipa. Tenía la cabellera oscura, de un verde suave como junco marchito o dorada como el vino que un día comprara en la tierra hedionda del judío Weiss. Sé que en la cabeza llevaba prendida una flor que podía ser una rosa, una gardenia o un bello tulipán. Nunca regresé. El barco se me fue alejando como un sueño. Entretanto, mi corazón florecía como el salitre en el pecho de la noche".

El mar se hallaba agitado como una mujer en presencia del hombre que ama. Era el canto de la profundidad, la alegría de los peces ciegos que devoran la luz que aún queda en el temblor de los muertos. No era el mar de las nocturnas fosforescencias, ni el del drama inconcluso del eterno naufragio de la espuma, ni el que solo es como un río para la nostalgia y el llanto de los hombres. Había en

él la vida de las salvajes costas interiores. Solo el hombre que eleva su voz en lucha con los eternos vientos, conoce el camino por donde el mar sube a cantar la noche. La mujer habla de la historia de los pequeños lirios que crecen en la boca de los peces que van a morir:

"Yo había llegado con mis manos llenas de flores para iluminar la piel apasionada de los defines. Eran los lirios de la tarde los que yo corté en las colinas, cuando los pájaros comenzaban a invadir el cielo para despedirse del día suave que llenaba la tierra. Y en esa hora, el mundo era como un campo de oro numeroso y habitado. En los antiguos vitrales del crepúsculo encontré por vez primera su imagen".

La noche había llegado. El hombre fue hasta la mujer, la tomó de un brazo y con ella se alejó bajo las estrellas. Sus pasos resonaban sobre la tierra, que estaba húmeda y palpitante, llena de savia misteriosa y poblada de fuerzas salvajes.

El hombre apareció desnudo bajo el resplandor de las luces encendidas en la noche, a su lado la mujer era solo una sombra. Una sombra dilatada, espesa, entregada a la desnudez infinita del hombre que ya no era más que viento, huracán rompiéndose la carne entre los arbustos espinosos. Por eso oía su voz trepar los negros acantilados de la sangre.

Rodeados de formas salvajes, en la noche apenas alumbrada por las estrellas, la mujer y el marinero estaban perdidos en medio de su propio silencio, que en él era como una conjura contra lo que ella representaba en aquel momento y en ella, la expresión de un confuso sentido de resistencia ante la creciente hoguera de insistentes y furiosos deseos llegados de la tierra a través del hombre. Ella comprendía que no le sería posible impedir que aquel mar de llamas arrasara las elevadas cimas de su corazón.

Aquella noche tenían que crecer y crecieron los hondos y puros ríos de la vida sobre el cuerpo de la mujer. En ella se refundió todo el calor del mundo y el hombre sobre la tierra no fue más que una

pequeña y delirante semilla perdida, bajo el temblor de la carne creadora, en medio de la potencia de las fuerzas desatadas por él.

Él se fugó en la noche. La mujer quedó como el ángel con su espada de fuego ante la entrada de aquel huerto de eternidad. No lloraba, besaba la tierra con su gran cabellera oscura que se extendía por el mundo persiguiendo el corazón del hombre. Este se hallaba en el centro de la noche como un esbelto animal de fuego.

Los ojos de la mujer brillaban en la oscuridad como ojos de serpiente. Por su rostro de suave palidez cruzaba una onda de fiebre que le hacía temblar el cuerpo. El sudor le comunicaba un aspecto mágico a su espaciosa frente. Él admiraba siempre su frente, de la que ella se sentía tan orgullosa. Recordaba haberla oído decir: "Tengo la frente de mi madre y soy feliz por ello". Comprendía que era realmente un sentimiento raro, con respecto a este asunto, lo que experimentaba. Sabía que la mujer cifraba en su frente no solo uno de los más fuertes atributos de su persona, sino también un vago, imprecisable, pero arraigado estilo aristocrático. En su frente resplandecía todo su linaje y el poder de los seres que descienden del sol y su frente era más hermosa si el cabello renegrido le caía en hondos bucles armoniosos. Y era su pelo tan fino, dotado de una tan particular untuosidad, que si ella hubiera nacido ciega le habría bastado su cabellera monstruosamente sensible para orientarse en el mundo.

Aquella noche los ojos le brillaban y en la oscuridad quedaba el brillo. El hombre a su lado se quemaba en el hechizo de su aliento. Se hallaba ciego y el mar lejano solo veía por sus manos de áspera melancolía. Junto a ella temblaba. Ella abría cada vez más los ojos hacia él. Su mano cruzó sobre el pelo del hombre, que sintió caer sal amarga dentro de su corazón. Él se dijo para sí: "así hablan los seres que se van". Y ella, ella se iba. Desde afuera el mar golpeaba incesante contra los muros de sangre que se imponían desde la noche. Era un corazón que se le aproximaba. Era una ventisca de huesos que

quería encontrar la piel oscura de las profundidades. Era la lucha del hondo mar, contra el ligero mar de las jóvenes rocas. De ahí que cada uno buscara aliados para el combate final. Del vientre de los delfines surgieron flechas que derramaron el ámbar del cielo, el cual se unió a la boca sensual y cálida de la mujer. Y el hombre tuvo deseos de apretar contra la suya aquella boca de erizados y mortales perfumes. De aquella boca llamativa, alucinada y bella. Pero llegó el viento que nacía en el corazón de las golondrinas y el hombre y su azar ya no fueron más que polvo de olvido.

Desde aquella noche, el hombre vagó por las colinas ardientes, por los riscos que hundían sus dorados cúpulas en el cielo dorado y profundo. Entretanto, la mujer llameaba en medio de las sombras purificadoras, y las lágrimas no hacían más que soldar el viejo paisaje de presentimientos a la dura piedra antigua que prolongadas lluvias interiores fueron labrando en su corazón. Aún no sabía si después de aquel oscuro choque con lo desconocido, como el árbol que el vendaval desconcierta en sus raíces, podría volver a sentirse fuerte, podría recuperar su sitio entre los seres cuya integridad, cuya esencia, no ha sido violada.

Creía, sin embargo, que era necesaria una reconstrucción de su fuerza interna, una larga convalecencia de los astillados huesos de su conciencia que aún no se habían soldado.

El hombre llegaba ahora hasta la mujer, como esos ríos que desaguan su tibia corriente en el lecho frío y poderoso del mar.

Exhausto, tendido sobre la tierra reseca, esperaba el alba. Un viento agrio inundaba los negros arbustos, se metía entre las rocas y hundía su hermoso cuerpo atormentado en el seno de las aguas brumosas de aquel lento y sonoro mar de las madrugadas.

Pronto estarían las estrellas bajo el nivel del horizonte y de nuevo se hallaría el hombre rodeado de formas tenaces y conquistadoras. Si el día llegaba antes de que despertara y echara a andar sobre la tierra al encuentro del mundo de su aventura, de sus sueños, estaba

definitivamente perdido. La fuga había sido su última esperanza. Sobre el mar creía ver aún mecerse gallardo el barco que un día abandonara. Aquella vigilia de esperanza fue corta. El aliento de la mujer había llenado la tierra y muy pronto estaría invadiendo el círculo donde se había refugiado el hombre, en espera de salvar la reducida zona llameante en que se debatía aún su corazón. Pero la mujer había enviado en su busca a los lebreles del aliento y ya las hechizadas garras de su cabellera asaltaban el foso que separaban al hombre de su ardiente contacto.

El frío se hallaba tendido como un perro muerto en el mundo suave y triste de las nieblas. En el campo se veía a los árboles elevar sus verdes cornamentas como impacientes toros elementales, mientras los grillos arrastraban su voz gris entre el resplandor final de las sombras.

El hombre había arrancado de sus dedos los brillantes anillos de aventura y echaba a andar hacia el calor tierno y profundo de la mujer. Antes de hundirse en la noche, envió a su viejo barco, que escoraba entre las aguas radiantes, algunas palabras donde el "adiós" parecía un pino incendiado al fondo de la noche:

"Desde mi corazón te veo refulgir en medio de las sombras. ¡Oh!, barco de las nocturnas gavias estremecidas; ¡oh!, barco henchido y esplendoroso como un gallo que despierta el mar de las sirenas inclinadas con sus alaridos. Cuando ya sobre el mar no quede sino la ansiedad de todas tus partidas y el temblor de los regresos felices, yo estaré elevando mi voz entre las olas clamorosas que te asaltan, empuñando la mañana como un bello timón al encuentro de las islas de perfumada lejanía. Estaré, ¡oh!, barco, resucitado de entre los barcos, en el tercer día de tu naufragio hacia el cielo de las palomas, en mi puesto de mando, tallando mi corazón en la sangre de tu noble madera, desafiando la tempestad que pretende arrancarte la severa arrogancia, el estilo apolíneo con que mueres. Estaré allí para morir contigo, entre las encendidas tinieblas de tus velámenes, cuando la

tripulación de enloquecidas ratas humanas te haya abandonado para siempre. Entonces, ¡oh!, barco, abanderado de los extraños galeones, pirata de todos los vientos y paisajes, floreceremos a la sombra de los negros cetáceos, en medio del azul cabeceo de las estrellas".

(1947)

Ismael

I

Desde aquel día me vine a trabajar a estos hornos. Todas las noches, mientras las estrellas caen en el horizonte, yo me hallo sentado en un reborde de la colina, solo, con mis pensamientos y mis recuerdos.

En los hornos arden con llama azul los trozos de carbón.

En este puesto me estoy horas y horas vigilando la noche que pasa sobre mi cuerpo cansado, amargos el corazón y el pensamiento.

*

A todas horas, en todas partes, me torturaba el recuerdo de Ismael. Muchas veces llegué a sentir el frío contacto de sus dedos sobre mi cara. Me hablaba, yo escuchaba su voz un poco sorda, como cuando me llamaba agonizante desde el lecho. Veía sus ojos grandes, cada vez más grandes a medida que la muerte se aproximaba. Su boca era fina. Era apenas como una herida. Hablaba para mí, solo para mí, porque, de todos los presentes, el único que lo comprendía era yo. ¿Qué sabían de Ismael todos aquellos extraños?

Él, que amó siempre el campo, las flores y los pájaros, que se deleitaba contemplando rumiar a un buey o viendo en la noche arder las fogatas que los campesinos prendían en el verano, él tenía que morir, agonizando en aquella cama, entre personas que no decían

una palabra que en verdad consolara a mi amigo. Todas le eran dirigidas, pero —eso me parecía— con el único objeto de consolarse a ellos mismos. Solo yo callaba, conteniendo mi emoción, porque Ismael, como esta noche, me hablaba con su voz sorda, con un tono de angustia que revelaba su aflicción por dejarme sin compañía en el mundo. Yo que le conocí y viví a su lado, no puedo guardar silencio, quiero contar algunas cosas acerca de Ismael.

Estoy seguro de que son contados los que, sencillamente, quieran oírme la historia de Ismael. No es una historia cualquiera. Cruza por ella la vida de un ser noble que poseía un alma parecida al árbol más hermoso del campo: humilde, buena, amante perenne y maravillada de la vida.

Hablaré para los caminos de la tierra, donde tantas veces quedaron grabadas seis huellas multiplicadas hasta el infinito, como signo de nuestro inevitable paso por el mundo.

Hablaré para la noche. Porque sé que esta noche inmensa y serena que cruza sobre el mundo me oirá.

Él amaba los caballos, paseaba junto con ellos por los campos y tenía su misma mirada, pura y tierna. Ya lo conocían, porque nunca intentaron hacerle daño. Sabían que era bueno como la hierba.

Ismael vagaba como un soñador, como un poeta; aunque, ¿qué otra cosa era él sino un soñador, un poeta? Vagaba, repito, por los campos cuando aún no había salido el sol, llenándose el cuerpo de tenues gotas de rocío que luego, cuando el sol comenzaba a alumbrar la tierra, parecían escamas de oro, lo cual le daba un aspecto fantasmal y mágico.

Se echaba a la sombra de un árbol durante el mediodía, sin temor, tranquilo, abismado en el cabecear de las hojas que el viento arrancaba, errando misterioso entre las yemas que crecían hacia el cielo. Estoy seguro de que las culebras pasaban por su lado sin tocarlo. Hablaba con los pájaros, y las mariposas se le posaban encima, como si todo él hubiera sido, que lo era, una flor de dulzura.

Por la tarde, cuando el sol del verano declinaba, se metía en el río y se dejaba llevar por las aguas, como dormido, en medio de los peces que le bebían la luz del cuerpo. Parecía un rey con su gran cabeza florida suspirando a pleno pulmón el aire enamorado.

Si las noches eran cálidas, se absorbía contemplando las innumerables estrellas que fulguraban intactas en el cielo. Movía apenas, con gesto leve, la boca como tratando de contarlas. Cuando se daba cuenta de que tal cosa no era posible, suspiraba y cerraba los ojos. No dormía, pensaba, seguramente, en su pequeñez frente a la unidad del cosmos. Imaginaba que quizás fuera él también una estrella que otros seres verían desde mundos diversos, a través de espejos maravillosos, proyectados por atmósferas desconocidas. Y si él, pienso yo, quizás lo imaginaba, para mí que lo miraba arrobado como un niño. Ismael era una verdadera estrella caída de algún mágico mundo de hadas y gnomos, para disipar la oscuridad en que yo vivía.

Si, por el contrario, las noches eran lluviosas y grises, escogía el sitio de la habitación donde la lámpara apenas proyectaba su luz y se envolvía en la sombra, con la cabeza erguida, a escuchar los ruidos que llegaban de la noche. Era esa la música que le hacía latir apresuradamente el corazón. Era esa su sinfonía favorita, su himno, el poema que más placenteramente, con mayor deleite escuchaban sus oídos.

II

No sé todavía cómo pudo pasar aquello. Lo cierto es que, para mi desgracia infinita y sin remedio, un mal día me levanté decidido a irme a la ciudad. La ciudad… la ciudad, como si las horribles calles de piedra, las torres solemnes y mentirosas, y sobre todo los hombres, pudieran consolarme ahora de mi dolor.

Llegamos a la ciudad por la noche. Estaba fría y hostil, por lo menos así lo sentía yo y es muy probable que también él, ya que durante bastante tiempo no habíamos comido nada.

Las luces brillaban intensamente. A mediada que nos metíamos en ella, se fue transformando en un infierno de gritos, bocinazos, chirriar de frenos y de gente que pasaba con fatigoso apresuramiento, como si todas llevaran entre manos algún negocio muy importante. A los dos nos ardían los ojos, nos chillaban los oídos, teníamos la boca reseca y posiblemente, un poco de fiebre. La ciudad indiferente y hostil me confundía a mí mucho más que a él. Él marchaba a mi lado firme, decidido, poderoso. Me bastaba mirarlo para fortalecerme. Era su manera tan desenvuelta, tan airosa, como si siempre hubiera vivido allí.

La tragedia ocurrió al día siguiente. Muy temprano me desperté resuelto a hallar un trabajo que nos permitiera sufragar, por lo menos en parte, nuestras necesidades más urgentes. Él, como siempre, estuvo en pie primero que yo. Esa noche habíamos dormido sobre un montón de paja y papeles que se hallaba al costado de una fábrica, donde caímos como pedazos de plomo, a pesar del ruido que las máquinas produjeron durante toda la noche. Así, pues, salimos muy temprano. A nuestro lado pasaban, de regreso del mercado, las mujeres cargadas con grandes bolsos y cestas donde, como un remate, se descolgaban los berros y emergían las lechugas. De los templos, de distintas direcciones, llegaba el grato repique de las campanas. Algunas fábricas sonaron sus pitos agudos.

Toda la mañana anduvimos de fábrica en fábrica, de construcción en construcción y hasta de casa en casa, pero en ningún sitio pudimos encontrar una mano generosa. Derrotados, digo, derrotado yo, porque a medida que sufríamos decepciones él parecía cobrar nuevas energías, deambulábamos por las calles.

Que no hubiera comido yo, que no pudiera comer, no me importaba, lo insoportable era el saber que Ismael padecía hambre. Al

promediar la tarde, yo me encontraba en un estado de exasperación tal, que me faltaba poco para robar, si en corto plazo no conseguía dinero y alimentos para Ismael y para mí. Él, entre tanto, me daba la gran lección. Erguido, señorial, marchaba a mi lado, sin un gesto de desesperanza, sin una arruga de impaciencia, ni una mueca de disgusto, ni un reproche. Sereno, impasible, con un imperturbable equilibrio y dominio de sí mismo. No perdía ni el rango de su espíritu ni la altivez de su corazón. En cambio, yo flaqueaba en la forma más vergonzosa.

*

Todavía no logro explicarme bien de qué manera sucedió. No hacía mucho que nos habíamos alejado de una plaza, pequeña, acogedora, que encontramos en nuestro andar y desandar la ciudad, cuando queriendo cruzar en diagonal la calle pasó un automóvil a fuerte velocidad y antes de que yo pudiera evitarlo, lo había lanzado con un golpe seco contra la calzada. Enloquecido, en una mezcla de dolor y de rabia, lo cargué en mis brazos. No sé quién, viendo el lamentable cuadro, mi desesperación, diré mejor, mi locura, sin que supiera cómo ni cuándo, nos metió en un carro. En estos momentos yo procedía como un autómata. Después de esto, no supe más de mí.

Cuando desperté me encontré en una habitación silenciosa, sin adornos, sobre una cama suave que invitaba a dormir. Poco duró esta impresión, ya que, al recordar la tragedia del día anterior, me eché de la cama vestido como pude y salí llamando casi a gritos: ¡Ismael!... ¡Isamel! La casa era amplia y callada y mi voz resonaba en toda ella. Una mujer vestida de blanco se acercó haciéndome señas de que callara y me dijo que me serenara, que Ismael estaba bien atendido, y que pronto me llevaría a él. Diciendo esto, me hizo pasar por un corredorcito hasta una sala, a donde llegamos en

el momento en que se abría una puerta y un señor, más o menos vestido como la mujer, me invitó a pasar. Sin poder contenerme me eché de rodillas junto a la cama en que se hallaba Ismael. Tenía los ojos muy abiertos y no lanzaba un solo quejido. Parecía sonreír más bien.

Como alejado, medio estúpido, me quedé mirándolo irse… oyéndolo hablar con sus ojos profundos y puros… sin miedo, sí, sin miedo a la muerte, que ya le estremecía sus escasas e hirsutas barbas.

III

Desde aquel día, cogiendo cualquier rumbo, me llegué hasta estos hornos donde ahora trabajo. No lo hago para nadie, ni para mí mismo.

Esta noche las estrellas están más hondas en el espacio y me parece que tienen un brillo especial. El viento arremolina la hojarasca, y las llamas en los hornos semejan azules puñales en la noche.

Toda la tierra está en calma. Toda. El mundo que me rodea es apacible y puro. Solo mi corazón, en medio de la noche, arde como brasa.

Estoy solo. Dentro de mí está cayendo la silenciosa arena de las horas. Salta una chispa y la sombra palpita como un seno. Escucho las pisadas de Ismael que llega olfateando mi presencia en medio de la oscuridad del mundo. ¿Quién, me pregunto, pondrá la mano ahora sobre la pelambre de su cabeza para que él cierre los ojos y sueñe?...

(1948)

Cumpleaños

I

Los zamuros habían estado todo el día revoloteando en el horizonte. Semejaban piedras negras y lustrosas gritando sobre el cielo. Era el atardecer.

Un viento rasero desgreñaba la hierba e hinchaba el vestido de Francisca.

—¡Qué viento! —exclamó.

—No es el viento, soy yo —escuchó que le decían a lo lejos—. Era la voz de Caballo Negro, que llegaba desde el gamelotal de la ciénaga.

La voz continuó llamándola. Era áspera y suave a la vez. ¿Era la voz de un hombre? ¡No! Era el relincho peludo y sudoroso de la bestia.

Su corazón luchaba contra el cálido aliento del macho exasperado y la noche le recorría los muslos como una lengua ardiente.

—Francisca, te esperaré esta noche, cuando la luna esté bien alta en el cielo y ya no puedas verla por el agujero de tu cuarto. Entonces vendrás. Sí, vendrás. Vendrás hasta aquí. Un paso… otro, otro más. Yo soy Caballo Negro y la ciénaga es el alma de la difunta María Rodríguez.

"¿La recuerdas, Francisca? Te escuché hablar una vez con ella, mientras te miraba con sus ojos pequeños y sardónicos. Se hallaba sentada sobre un catre, con el pringoso pelo sobre la cara y una

gran bolsa de sangre podrida caída a sus pies. Tú quisiste devolverte, horrorizada, pero ella te dijo: 'No tengas miedo, Francisca?'.

"Tú le preguntaste, haciendo un esfuerzo:

"—¿Qué te pasa, María Rodríguez?

"—No es nada —oí que te respondió—, es mi hijo que se revuelca en el suelo como un puerco. Es el hijo de Caballo Negro.

"Al otro día, mientras limpiabas la puerta de la casa, pasaron el cadáver de María Rodríguez, metido en su ataúd negro y con los ojos pequeños y sardónicos cerrados para siempre. Aquella noche no pudiste pegar los ojos, recordando la bolsa de sangre hedionda que María había llamado su hijo.

A Francisca le latía apresuradamente el corazón. Sentía unos extraños deseos de reír y de llorar. Miró al cielo y vio cómo una nube de semillas viajeras matizaba el aire.

—Mañana —pensó— cumple años de muerta María Rodríguez. Cuatro años. Tenía yo entonces doce y me gustaba oler las flores que se abrían con el día y escaparme a las ruinas cercanas a dormir por las tardes bajo el algodonero florido.

"¡Ahora… Dios mío! Caballo Negro quiere que salga esta noche a la ciénaga. No, no saldré. ¡No debo salir!

Sin embargo, dentro de su cuerpo había una fuerza que no podía controlar y que la obligaría a salir a la hora indicada.

II

La luna pasó por el agujero del cuarto. Francisca temblaba de pies a cabeza. Siguió un tiempo que le pareció un siglo. Se levantó, y abrigándose con un paño, abrió cuidadosamente la puerta y salió al campo.

La luz de la luna era clara y profunda y llenaba de misteriosa energía todas las cosas. El estridular de los grillos quebró por un

momento el silencio. La sangre le quemaba las entrañas. Sentía miedo, un miedo horrible; sin embargo, caminaba con seguridad y firmeza hacia la ciénaga. Estaba ya cerca del gamelotal. Un gran bucare florido, como un incendio nocturno, se alzaba en silencio. Algunas ranas comenzaron a croar. A medida que avanzaba, sentía que el mundo entero le dolía en los ojos. Las sienes querían estallarle y por los oídos escuchaba los ruidos desacompasados de su corazón.

Un rojo hilillo de ansiedad le ataba los sentidos.

—¡Caballo Negro! —llamó Francisca en voz baja y temblorosa.

El silencio, duro y terrible como un macho en celo, respondió a su voz.

—¡Caballo Negro! —gritó esta vez.

La voz de una mujer saltó del yerbazal y le quemó el rostro.

—¿Dónde vas, Francisca? —le preguntó—. Caballo Negro te matará entre sus patas. ¡No vayas, no vayas!

La voz sonaba sorda, como un machete clavándose en la médula del viento.

—No vayas, Francisca. Te romperá el vientre con sus cascos y mañana ya no serás sino pasto del cenagal.

La voz fue apagada por el desesperado relinchar de un caballo.

—Me llama —jadeaba Francisca—, me llama. —¡Caballo Negro! —volvió a gritar.

El croar, ahora incesante de los sapos y una especie de gemido que salía del centro de la ciénaga, le respondieron. Era el gemido ansioso de la bestia.

Francisca avanzaba, apartando con las manos el gamelote, que se las cortaba, produciéndole un desesperante escozor. A medida que marchaba, la tierra se hacía más fangosa y se hundía con mayor facilidad. Un hormigueo doloroso ascendía por sus piernas, hasta su vientre, hasta su corazón. Llamó de nuevo:

—¡Caballo Negro! ¡Ah! ¡Caballo Negro! —Su voz era tan ansiosa, tan tensa, plástica y salvaje, que parecía querer crear con ella

a aquel ser fantasmal que no respondía al llamado angustioso. Sin embargo, en el aire se sentía el hálito de una respiración fatigosa. La noche se hallaba impregnada de un sudor que enrojecía la sangre de la mujer en violentas llamaradas. Sentía ya sobre su vientre el poderoso y fértil cuerpo de la bestia.

No se detenía un momento. Caminaba hacia el centro de la ciénaga. Ya el barro le llegaba hasta las rodillas. De nuevo alzó la voz:

—¡Caballo Negro! ¡Aquí estoy… aquí!

La luna brillaba intensamente sobre el mundo, hundida en los charcos que se abrían entre el gamelotal como un huevo amarillento y gelatinoso.

Con las manos pequeñas y rudas, se levantaba la falda, tratando de impedir que el agua la mojara. La luz lunar plateaba sus muslos entumecidos. Todo su cuerpo exhalaba lumbre y temblaba.

—¡Caballo Negro!

Su voz desfallecía. El fango le llegaba a la cintura.

—¡Caballo Negro! —Imploraba la mujer perdida en el cenagal. El barro de la ciénaga la ceñía en un furioso abrazo.

La luna parecía un globo de semen en el cielo.

Francisca cayó sobre el fango y los sapos silbaron a su alrededor. Por la boca de la mujer salía una voz que parecía el oscuro galope de un caballo.

—¡Caballo Negro! —gemía débilmente.

El viento expandía su voz de monte a monte y por el mundo cruzaba el turbador aliento de una bestia desenfrenada, con el sexo hecho pedazos. Blandía su crin como una espada de llamas negras y su belfo sangriento prendía fuego a las tinieblas. Mostraba desafiante sus dientes a la luna, que parecía una úlcera en la pierna de Dios. Le retemblaban los ijares y una gruesa espuma le caía de los flancos.

Un relincho brilló en la ciénaga como una puñalada y del pecho de la noche comenzó a brotar a borbotones el alba.

*

Era de día y los zamuros, desde el encendido bucare, como negros frutos podridos, caían planeando sobre el cenagal.

(1948)

La niña y el mar

I

El mar choca contra las rocas. El aire salitroso me llena los pulmones. Desde el cerro llegan risas de mujeres ebrias.

Como me hallo solo me he puesto a pensar en voz alta.

En barcos y balandras han encendido luces.

Acabo de llegar de la provincia, de la sierra. El mar es para mí un desconocido. Brama como veinte toros juntos, como cien toros juntos. Sin embargo, es posible que algún día me lleve sobre su viejo lomo azul… lejos… quizás para siempre.

Hay neblina en mis ojos. Mi corazón es cruzado por látigos de nostalgia.

II

Se sentó junto a mí en el mismo banco. Al principio no noté su presencia, pero luego me di cuenta de que alguien zarandeaba los pies arrastrándolos suavemente contra el suelo.

Me volví. Una muchacha de poca edad se hallaba mirándome.

—Usted habla solo —me dijo—. Yo lo he estado oyendo. —Y se rio.

Es morena, con el pelo como la noche que hay en el mar.

Los murciélagos tumban los almendrones que rebotan contra el piso de baldosas de la plaza.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —me interrogó como si ya hubiéramos charlado bastante.

—Yo…

Pienso que puede ser bonita. Necesito que lo sea. Además, tan pequeña y delgada. No le veo senos. Quizás sea solo una niña extraviada por la voz masculina y hechizada del mar…

Al fin, y como notara que el silencio se hacía torpe, le respondí:

—Me llamo Manuel. ¿Y tú?

—Yo… yo me llamo Luz. —Esta vez rio suave, sin dejar de mirarme, como agradecida.

El mar furioso rompía contra la muralla y el agua salpicaba nuestras ropas. Su garra de sal arañaba mi rostro. La voz de Luz me llegaba despedazada por el viento. Ramalazos de sombra nos echaban el uno contra el otro, mientras las risas ebrias que bajaban desde el cerro eran segadas poco a poco por la hoz del sueño. La sangre nos empujaba hacia las abandonas plumas de la playa.

El mar enloquecido metía contra la muralla tremendos zarpazos de espuma.

*

No sé, pero siento que su cuerpo está muy cerca, junto a mí. ¿Con frío, con miedo, con amor?...

Tengo las manos heladas entre las rodillas. Pero mi sangre es como brasa. ¡Quema!

Ya no escucho las risas de las mujeres ebrias, ni el caer de los almendrones que los murciélagos arrancan de los árboles. El mar enciende y apaga luces en el puerto.

III

Es de día…

El mar está silencioso. Ya no ruge. Acaso lloró durante la noche.

Luz no era bonita, pero en la playa hay un reguero de huellas menudas que se van… se van… hasta perderse en el horizonte.

Sobre el azul una vela blanca parece decir adiós.

Saludo al mar, que ahora es mi amigo, y me echo a andar en sentido contrario de las huellas.

(1948)

Sospecha

I

Los cinco hombres dormían apretados en el pequeño aposento. Al apagarse la lámpara de kerosén caía una oscuridad pesada como de plomo sobre todas las cosas.

La oscuridad palpitaba como los hombres.

Había sangre mala en aquel cuarto. Los hombres se apretaban convulsos contra los petates. El sudor de los que dormían atraía a las ratas de pelaje gris y aspecto repulsivo.

*

Con el agua a la cintura drenaban la ciénaga del cafetal. El barro negro y pegajoso formaba grandes pilas humeantes en los bordes de la acequia. El chocar de las palas en el barro apenas era variado por una que otra palabra dura pronunciada por los hombres sudorosos.

Hacía varios días que trabajaban activamente para dejar listo el zanjón que abriría paso al agua de la ciénaga.

El sol se hacía borroso en la neblina que se desprendía del agua. Densas miasmas salían de la materia vegetal descompuesta.

*

Los hombres regresaban maltrechos. Les ardía la sangre. Tenían las caras amarillas y la barba gruesa.

Felipe, el más joven de ellos, dijo:

—Ya estoy cansado de esto.

Tenía los ojos febriles y sudaba copiosamente. Como ninguno le respondiera, repitió en voz más alta:

—¡Estoy cansado de esto! ¡¿Me escuchan?!... ¡Cansado!

—¡Cállate, que todos lo estamos y no decimos nada! —dijo colérico Manuel.

Después de una pausa, agregó:

—Además…

—Sí, ya sé. Me puedo ir si quiero. Pero no… no quiero irme solo… —concluyó Felipe.

Algunos murciélagos que revoloteaban entre los árboles anunciaban ya la oscuridad.

El cielo estaba lleno de estrellas. La noche bramaba dentro de los hombres. Del oeste llegaba un viento fuerte, rudo, masculino. Barría la hierba; pegaba en las puertas y envolvía el hojarascal en altos molinos.

Era un viento rasero, turbio, feo. Tenía pata de bestia aquel viento. En la ciénaga, aullaba como animal hambriento.

Los hombres inmóviles ardían en la sombra.

*

En el cuarto alumbraba la pequeña lámpara de kerosén y el viento que se metía por las rendijas intentaba apagarla. La llama se inclinaba desfalleciente como una hembra en brazos de su hombre. En la penumbra hablaban Juan García y Felipe. En el cobertizo que daba

contra el aposento relinchaban las yeguas. Olía a noche caliginosa, a yegua, a hombre deseoso de mujer.

Las yeguas sudaban en la oscuridad. El sudor agrio de estas entraba por las junturas de las tablas. Se las oía comer juntando los belfos con ruido amplio, baboso.

El viento penetró en una ráfaga violenta y apagó la lámpara. La oscuridad chilló en los oídos de los hombres despiertos. Densos escalofríos erizaban sus cuerpos. Tenían los ojos inyectados y se enrollaban ansiosos entre las cobijas. Se oía refregar los petates contra el suelo. A veces tosían. Había miedo. Desconfianza. Maldiciones apenas retenidas.

Cuando uno de ellos intentó levantarse, adivinó a los otros encuclillados en la sombra, espiándose mutuamente los movimientos, con ojos asesinos. Todos se habían descubierto los pensamientos… todos leían en la oscuridad las intenciones de los demás.

En el cobertizo, las yeguas pateaban contra el viento macho que les sobaba las ancas ansiosas y potentes.

Un chasquido se oyó en la noche y una maldición.

Los corazones de los hombres tenían ritmo de víboras.

(1948)

Adolescencia

I

Lo llaman Llagoso.

Se envuelve una pierna en trapos sucios. Las moscas relumbrantes le hierven sobre los trapos.

Vive a la mitad del camino que conduce el pueblo. Bajo un ceibo que le sirve de quitasol permanece sentado todo el día. Un poco fuera del camino, confundida con la maleza, se halla la choza que habita. Algunas personas pasan y le tiran monedas; otras, le llevan comida. Invariablemente, dice lo mismo:

—Dios se lo pague.

Su voz es gangosa.

Cuando yo paso y ya me encuentro a cierta distancia, le oigo:

—Adiós, niña.

Nunca me había fijado en él y apenas me detenía para devolverle el saludo.

Yo era niña y soy blanca. Cuando me suelto el pelo me veo hermosa. Como me dedico a lavar tengo las manos gruesas. A veces me miro en el espejo y observo en él mis ojos brillantes y apasionados.

Mi abuela no se cansaba de repetirme: "hija mía, la mujer pobre no tiene sino su honra". Yo sentía un gran miedo por esa honra de que hablaba mi abuela. En todas partes es lo primero que averiguan:

—¿Es niña?...

*

Una mujer del vecindario dijo:

—Qué feo es el Llagoso, ¡qué repulsivo!

No sé por qué, pero me interesó saber si era verdad. Un día pasé y le miré los ojos. De regreso me quedé mirando su cuerpo. Es feo en realidad, repulsivo. Tiene los ojos enrojecidos, el pelo enmarañado y el cuerpo gordo, fofo… Suda grasa. Pero hay en él, en sus labios gruesos y en su extraña mirada, algo que me desconcierta.

II

El dueño de la casa era un hombre de cierta edad, casado y con hijos ya hombres. Me instalaron en un cuarto tan pequeño que apenas cabía mi cama. Por las noches echaban candado a la puerta y me decían:

—Si quieres alguna cosa, tocas la puerta.

El señor siempre se mostró conmigo poco cordial. Me trataba con hostilidad.

Una noche dormía sobresaltada cuando, entre sueños, oí abrir el candado de la puerta y una voz que me llamaba y decía:

—Soy… soy yo.

Me puse a temblar. Sentía frío y miedo. Sin embargo, una rara sensación de angustia, de temor, de cólera y de placer, en mezcla espantosa, detenía las palabras en mis labios, bajaba por mi espalda, por mi vientre y me llegaba hasta los dedos de los pies. Cuando me tocó los senos, un sordo escalofrío recorrió mi cuerpo. Entonces recordé a mi abuela, pero ya era demasiado tarde…

Soy blanca. Quizás el color me ayude un poco en la vida.

III

Los ojos del Llagoso se posaron en mí largamente. La sensación que la primera vez detuvo las palabras en mi garganta, llegó nuevamente como una ráfaga. Ya no corrí. Al regreso me sucedió lo mismo. En esta ocasión hubo algo más: el Llagoso me sonrió. Su sonrisa era desparpajada, cínica. Sentí las caderas y los muslos llenos de sudor. El corazón me saltaba furiosamente en el pecho. Cuando estuve mucho más lejos que otras veces, escuché su voz gangosa pero firme:

—Adiós, niña…

Tenía los ojos duros y ardientes. Llegué a casa con fiebre.

Pensé y lloré toda la noche mordiendo la almohada. Sabía que caminando un poco más podía ir al pueblo por distinta vía. Así lo hice por varios días. Pero ya me sentía enloquecer. La mirada y la risa del Llagoso me perseguían constantemente. Poco tiempo después tuve que ir al pueblo casi entrada la noche. Cuando alcancé el cruce de los caminos, sin que mi voluntad hiciera nada por frenarme, me fui por el camino del Llagoso.

Di un grito casi al ver que, por extrañas circunstancias, no se hallaba en su sitio de costumbre. Francamente, no recordaba que dormía en la choza. Por eso, cuando entre la maleza divisé la habitación del Llagoso, sentí como si el alma escapada hubiera vuelto al cuerpo. Me acerqué y al llegar al sitio que ocupaba habitualmente, una nube de sucias moscas se pegó a mi cara. No satisfecha entré en la choza, a la cual se penetra por una abertura sin puerta que mira al campo.

En el aire flotaba todavía leve polvo de sol.

En el cuarto, la oscuridad era intensa. Al meterme en él, estuve por unos minutos casi ciega. Cuando me acostumbré a la oscuridad pude ver al Llagoso acostado sobre un montón de paja.

No hizo un solo movimiento, pero sus ojos se prendieron a mi cuerpo como dos voraces insectos.

*

Estoy despierta. Hay luna. Su resplandor entra por los boquetes que tiene la choza. Miro el cielo por uno de esos huecos y lo veo profundo y negro.

¡No sé por qué, pero en este momento recuerdo la sentencia de mi abuela y siento en el corazón un gran frío… un gran frío!

(1948)

Crepúsculo

I

Cuando llega a la planada, Juan Simeón suelta el aire que le arde en los pulmones y dice:

—Desde aquí el valle es azul… ¡azul!

—Y el río, taita —murmura a su lado Fermina.

—¡Ah!, el río es otra cosa. Camina y habla como un cristiano. Fíjate. Baja con la helada; sino mírale la espuma. Agua rabiosa la del Chama.

*

La tarde se suelta como haz de trigo mal amarrado. Hay un silencio hondo. Pájaros que chillan, balidos, rebuznos… soledad en el valle. Humo en las casas… Voces aisladas… Ladridos.

Fermina se queda pensativa, con los ojos fijos en el valle que se extiende ante ella. Luego, volviéndose suavemente hacia su padre, le dice:

—Y el crepúsculo, taita.

—¡Ah! ¡El *cripúsculo*!

El rostro del viejo Juan Simeón se va poniendo cenizoso, y por sus mejillas arrugadas bajan algunas gotas del agua que nace bien adentro del hombre.

*

Juan Simeón recuerda el pasado. Su padre le dijo en las ultimitas:

—Juan, te dejo esta tierra. No es güena del todo, pero siempre da pa' pasar la vida. Cuando sientas que vas a morir, dala como te la doy ahora, a mi nieto Miguel, pa' que Miguel la dé a su hijo y así…

Él se quedó en la tierra. Y había criado a Miguel, a Lucinda y a Fermina. Estaba también su mujer Ramona. Y la tierra dio siempre para todos. También para el marranito y la mula. Y para las ovejas.

Todos los años araba su tierra y sembraba papa o trigo. La mitad, claro, era pa' don *Rafail*, pero alguito sobraba. También daba diezmo al señor cura. Y todo, la tierrita, el taita, aquella noche de su muerte, tuvo razón…

Ahora él se encontraba ya viejo. La tierra de año a año se ponía más rijosa. La erosión la había sajado y le quedaban esas feas cicatrices.

Y fue desde el año en que Miguel le dijo:

—Taita, yo'stoy cansao e trabajar pa' otro. El hijo de Eufemia ique está ganando güenos cobres en la tierra llana, puallá en el Zulia. Dicen del petróleo. Y que chorrea la morocota…

Así le habló Miguel. Cogió un pollero, le pidió la bendición y se marchó.

Él lo acompañó hasta esta misma planada y lo miró perderse en el humo azul del valle, hacia el páramo, por la línea plateada de la carretera…

Así se fue Miguel. Naitica había vuelto a saber…

Después fue Ramona. Se había ido pa' dentro, pa' la tierra, cuando apenas estaba levantando la cebada. Ya'staba vieja, es verdad; además, trabajó bastante en su vida y le tuvo estos hijos.

Lucinda se había perdido en la oscuridad. El hijo de don Pantaleón y que la había tumbado en las parvas… De la pura vergüenza, se marchó una noche, con su ropita entre un canasto.

Pal' Zulia también… Pal' Zulia…

Él ya'staba viejo. Le dolían las piernas y las costillas. Ya no quería sembrar ni las papitas ni el triguito.

Todos le decían:

—Juan Simeón, se te'stá escuartizando toa la tierra, ¡árala a ve' si no se desangra tanto!

Pero él ya no quería hacer nada. Trabajaba de sirviente en la hacienda junto con la muchacha. Ya no le quedaba sino Fermina. Y ahora ella también se marchaba…

*

Fermina pidió la bendición al viejo y comenzó a bajar la cuesta. Ya no se le veía más que el cabello renegro, sujeto por una trenza. Saludó al viejo por última vez antes de doblar un recodo y se perdió entre las sinuosidades de la sierra, con su tesoro de azul y de esperanza, en la tarde que sangraba herida por la luz violenta del poniente.

La tierra tenía el rostro surcado de arrugas, lleno de cangilones.

Juan Simeón levantó la mano trémula, despidió a su hija, a quien ya no veía, y dijo mirando a la tierra mutilada:

—¡Caramba, es el *cripúsculo*!

(1948)

Dos gotas de sangre

I

El gato, dando pequeños saltos, se encaramó sobre la cómoda. Movía suavemente el rabo largo y peludo. Entretanto, abría y encogía las pupilas, mantenía la cabeza erguida, como en una especie de éxtasis, sin llegar nunca a tropezar con los frascos y vasos que se hallaban sobre el mueble, los cuales refractaban la luz amarillenta de la bujía.

El gato era de escaso tamaño, enteco, pero con una larga y hermosa cola que descolgaba hacia el suelo con pausados movimientos de onda. Los dos ojos le brillaban en la semioscuridad y del pecho le salía un extraño ronquido, que agrupaba a los demás ruidos del aposento y les comunicaba la imperiosa y grave personalidad del animal. La luz tenía un impresionante pulso felino. Los recodos de sombra soñaban en sus pupilas cambiantes y caprichosas.

Soy un hombre enfermo y necesito recoger los trozos de luz, como un mendigo recoge en la calle pequeños pedazos de cigarros para poder fumarse uno entero. Sin embargo, entra este gato que no hace más que enseñar sus ojos redondos e irónicos, turbios y malvados. Yo soporto su presencia porque me trae un poco de luz. ¿Acaso no es luz toda presencia viva?

Sé que fuera de mí hay un mundo luminoso y real. Un mundo que se acerca hasta mí como un ardoroso perfume, que cuando quiero hacerlo mío, gozar de él, se evade, resbala como el viento entre las hojas pálidas.

He acariciado a este gato voluptuosamente, ya que pensaba que ella se parecía tantas veces a él. Ahora como antes la veía en mis sueños.

Cinthya, forma de pez o brisa entre ciruelos; espina azul del llanto; aventura del oloroso vino de la tierra.

Ya en aquel tiempo mis manos comenzaban a perder su sensibilidad.

Mi pensamiento aparecía como un túnel humeante y hollinoso en el cual se ahogaba su cuerpo. A la sombra de los fríos árboles de la edad, ya no veía sino su cabellera oscura agitarse en el aire.

He de reconocer que soy repulsivo como el lomo sarmentoso del gato, aunque por dentro llevo también algo tan suave como su cola de espesa pelambre. Como él, me he acostumbrado a esta luz difusa, la cual, como un líquido espeso, se riega sobre la habitación.

¿Es de día o de noche? Estoy harto de hablarle a ella aquí en la sombra. El gato lo oye todo, todo lo comprende. De pronto, veo sus ojos audaces y sardónicos. Siento deseos de agarrarle por el cuello y estrangularlo, pero mis manos están túmidas.

Si fuera de día podría descorrer las cortinas de la ventana y el aire y la luz entrarían en gruesos chorros dorados. Sin embargo, no veo cómo pueda ser de día con esta atmósfera de humedad tan persistente.

II

Recuerdo como si fuese hoy el primer día de nuestro encuentro. Cinthya llegó con un traje color verde suave. En el costado lucía un lazo de cinta muy delgada. No me dio la mano, pero me tendió sus ojos hermosos y profundos. Ojos de una rara profundidad. Ojos tenaces y seguros. Era una mujer que sabía hasta dónde debía llegar. Su mirada era en cierto modo agresiva, desafiante.

Su presencia me turbaba, por eso mi voz era temblorosa cuando le hablé:

—Sabes, Cinthya, he venido.

—Ya lo sé. Has llegado como un camino que no sabe a dónde ir.

—Pero, de todos modos, he venido y solo espero que me dejes vivir un momento a tu lado.

—Tú no has venido. Te han enviado. Estás aquí con el encargo de confundirme, de soplar la tierra que me rodea y cegarme con el negro polvo del mundo.

—Es difícil escuchar tus palabras, Cinthya —le contesté.

—Ya lo sé —me respondió—. Diles, de todos modos, a quienes te han enviado que de mí no conseguirán nada. Que permaneceré donde estoy sin humillar mi llameante cabellera verde.

*

La oscuridad gravita intensamente sobre mí. La siento. Es pesada y no hay nobleza alguna que la aligere. También hay oscuridad dentro de mí. Es la peor. Oigo a lo lejos un llamado. Pero es a lo lejos. Pasos apresurados, voces roncas, la puerta de un viejo armario que se abre a disgusto.

Alguien pone sus manos sobre mi pecho. La sombra se cubre de sombras. Una, dos, tres y se van multiplicando hasta hacerse infinitas. El gato se hincha, se hincha y se confunde con la sombra. Está a punto de transformarse también en uno de estos objetos horribles que llenan a la habitación. Ya no veo sus ojos diabólicos. Todo él se ha llenado de tiniebla. Es la noche, es la niebla misma.

III

El recuerdo me llega en lentos zarpazos…

Pagué y la botella cayó en mis manos, que se ciñeron sobre ella tal si se tratara de un cuerpo desfalleciente. El líquido amarillento y profundo vibró bajo la presión de mis dedos.

Llevaba una angustiosa sensación en el pecho.

¿Estaría ella allí? Lo había prometido. ¿No había dicho, acaso, que le gustaba contemplar los árboles desde la ventana? Sí, lo dijo. Además, sin que ella lo manifestara, yo sabía que le agradaba estar bajo la influencia de las cosas que había en aquella habitación. La excitaban, la invitaban a trasponer el umbral de un mundo irreal, donde una vida mágica lo gobernaba todo.

Pero mis temores eran infundados. Allí estaba. De espaldas a la puerta hojeaba un libro. Cuando entré no se volvió, pero un estrechamiento la recorrió toda.

Por la ventana penetraba el aire en densas oleadas y las hojas de los árboles tenían un verde agudo. Pensé en que su cuerpo tibio, lleno de dulces vibraciones, estaba a mi lado. Un segundo como la muerte. Fue mía y ya no lo era. Pero estaba a mi lado. Estaba. Podía tocar su seno erguido de luz como la primavera y las piernas, que eran como un cauce misterioso por el que fluía un lento ardor.

IV

Ya mis manos están lejos de mí. Algo me roe las encías y un extraño temor se ha apoderado de mi voluntad. Cinthya es ahora en

mi vida como un líquido lento y corrosivo. ¿Verá ella mis labios resquebrajados y mi frente sudorosa? Las manos vuelven a posarse en mi cara y suben, suben, pero ya la sangre no sabe hasta dónde. Veo un mundo que no conozco y una luz blanca, amenazadora, que me hace daño.

Me cuesta mucho respirar y siento como si la garganta me fuera a estallar. No distingo bien si es frío o calor lo que comienza a ascender por mis pies. ¿Qué se mueve dentro de mí? Algo va a caer con un golpe sordo, intenso, seco. No es desplazamiento, es caída.

Me gustaría verle de nuevo a Cinthya su traje verde claro. Era un verde tan suave como si acabara de salir del mar y aún le estuvieran brillando menudas gotas de agua. Aquel color me desarmó, cercenó todos mis propósitos.

Siento en la carne una sensación de ardor, punzante y dolorosa. ¿Quién entra en la habitación? Ya no veo la sombra, la escucho. La escucho como un rumor de agua derramada. ¿Qué hará Cinthya en este momento? Alguien araña el suelo debajo de la cama. Es él. Ahí está. No me abandona. Sabe que la lucha sigue, aunque las sombras continúen penetrando en la habitación. Cinthya, ¿te acuerdas del vino dorado, de un color armonioso y profundo como tus cabellos? La luz que entraba por la ventana lo agitaba de extrañas fulguraciones. Había un lejano rumor que teñía la tarde y ella se hallaba junto a mí. Cuando pasé mis manos por su cabellera vi brillar sus ojos intensamente. Había tanto futuro en esa mirada que mi pobre cuerpo se sintió pequeño.

Cinthya, ¿por qué te despediste de mí como si ya nunca hubiéramos de encontrarnos? Tu recuerdo detiene el frío que como una araña sube por mis pies. Ahora comienza de nuevo y me llega hasta las rodillas como un oleaje persistente. Alguien me llama. Me pregunta qué quiero. ¿Qué puedo querer yo? Sí, quiero luz, pero el cielo sigue hondo y plomizo. Pon tus manos sobre mis ojos, Cinthya.

El gato pasaba junto a mi cabeza. ¿No era su vientre enfermo, casi luminoso, el que apoyaba contra mis sienes? ¿Dónde estoy? ¿Dónde he estado? Un aliento nuevo me invade el cuerpo. Los ojos comienzan a verlo claro todo, especialmente el pasado. Todo se atropella en mi mente, todo quiera aparecer primero, vivir un solo segundo más y luego como el día, entregarse a la noche perfecta. Veo hacia afuera y observo que me rodean rostros conocidos. Sin embargo, no puedo distinguirlos. Presiento que esta es la última, la final revelación del mundo que tendré. Siempre pensé que el mundo es bello, lleno de hermosura. Hay en él un esplendor mágico por el cual nos son enseñados planos desconocidos del universo. La luz. ¿Alguien se fijó particularmente en ella? Es algo que se puede tomar entre los dedos y frotársela en los ojos, en los cabellos, en el rostro. Y la noche. La noche puede beberse a sorbos lentos y profundos. La magia nocturna puede respirarse a toda intensidad. ¡Ah! Un solo día de vida exaltada y vital, plena y fecunda, justifica la existencia. La tierra está perdida para los que no saben apropiarse del secreto de la carne, de la maravilla del mundo.

V

Cinthya no imaginó nunca que aquel que le regara el cuerpo con el llameante vino de su mirada iba a machar un día tan hermoso con la presencia de su cuerpo dormido. Porque evidentemente dormía. ¿O era que ella no deseaba proporcionarle a su alma ningún sobresalto? De cualquier manera, aquel cuerpo mantenía en vilo a su conciencia.

Cuando llegó junto al lecho, sintió que un frío penetrante golpeaba el agrio sueño del hombre. Ella sintió ese frío a través de sus ojos cerrados, de su boca intensamente pálida, de su nariz perfilada y transparente y de las manos de un color amarillo exhausto. Ahora

creía estar oyendo su voz firme y sonora de otro tiempo, su voz que ponía una especial fuerza en pronunciar ciertas sílabas y en dotar a su hablar de una delicada atmósfera de misterio.

Desde el fondo de su memoria surgió su propio nombre, que él llevaba siempre sobre sus labios como un talismán, dándole un profundo significado poético. Decía, por ejemplo, Cinthya, cuando con las manos entrelazadas paseaban por las claras alamedas de otoño, y las hojas de los árboles caían con más lentitud, con un ritmo más puro, como si se tratara de las escamas del pez universal que envuelve entre sus vísceras todo cuanto invita al sueño, más allá de las primitivas tinieblas.

Una voz suave a su lado le dijo:

—Vamos, Cinthya.

Pero ella se hallaba como petrificada. No quería separarse de aquel cuerpo amado. No hacía más que contemplarlo, viviendo en aquella actitud del pasado.

—Vamos, Cinthya —repitieron a su lado—. ¿No ves que está muerto? ¿No ves que ya no nos pertenece?

Cinthya respondió como si las palabras le estuvieran quemando en carne viva:

—¡Muerto! No, no está muerto. Para mí no está muerto. Ahora más que nunca vivo junto a él y él junto a mí. Junto a mí para siempre.

Cinthya se acercó al lecho. Quería tocar el rostro, los ojos, las manos, de aquel por el que su cuerpo sufrió. Quería palpar aquel cuerpo amado por el que sus primeras lágrimas de mujer habían regado la tierra.

Ya estaba junto a él. Ya lo tocaba. Pero antes de que lograra su objeto, un pequeño bulto saltó junto a ella. Era el gato, pequeño, enteco, diabólico. Los ojos de ambos se encontraron. El animal la miraba desde sus ojos redondos y cambiantes. Ella desde los suyos, lejanos, impasibles.

En un raro impulso, en un gesto de desafío, tomó entre sus manos las manos frías del hombre. El gato enfurecido clavó sus dientes sobre la mano blanca…

Dos gotas de sangre brillaron un momento y se fundieron en la eternidad de aquel ser que yacía solo, como el viento entre las hojas, como la noche en la intimidad de la tierra.

(1948)

Las tres dalias

I

Abrí la puerta y el agua me bañó el rostro… Me sentí entre la lluvia… hacia la lluvia, en su busca. Porque estoy seguro de haberla visto cruzar intacta aquel intricado bosque de agua innumerable, por entre los naranjos de lluvia, con sus frutos de amarillas cortezas de agua, con su perfume que chorreaba lentamente desde los encendidos cirios del aire.

Celia, Celia…, no te extravíes entre tanto barro, entre tanta materia miserable… ¡No te pierdas, Celia! Ven y ahuyéntame estos demonios que me golpean la nuca con gruesos racimos de agua.

Celia, ¿tú recuerdas?... Yo daba entonces puñetazos en tus muslos, tu carne flagraba en mis manos como la ceniza. Te hallabas junto a mí, junto a mis poros, confundida con los tallos de agualimpia, mirando a los perros que arrastraban sus orejas podridas por donde bajaba la sanguaza en pequeñas gotas ambarinas. Celia, y tú me besabas… y tú besabas mi frente… y besabas el negro girasol que cortaba el cielo en mil pedazos.

Pero yo te vi entre la lluvia con tu trozo de pan blanco. El barro refulgía como un lecho caliente donde dos amantes se retorcieran. Un hombre ahorcado en el frío pasaba con una cruz de esponjas en el pecho. Cuando tosía, las esponjas se humedecían de esputos verdes.

II

Se me acerca. Camina un momento junto a mí. Luego se adelanta dos pasos. La lluvia apenas me deja verla. Me habla:

—Anoche la vinieron a buscar.

—¿La encontraron con él?

—¡Sí!

—¿Cómo hallaron la buhardilla?

—No sé. Pero fueron hasta la puerta y vieron todo por el ojo de la cerradura.

—¿Había flores en la mesa?

—Las tres dalias que ella robó de aquella cesta de apios.

—¿Entonces?...

—Maldición… Yo no sé por qué tú, yo y todos la seguimos. Porque no me negarás que, como yo, la has visto pasar bajo la lluvia.

—¿A Celia?

—A Celia…

Por momentos me sentía más intrigado ante la presencia de aquel desconocido que había venido a hablarme de la mujer, que lejos, bajo la lluvia, pasó como una fugaz visión azul dejándome en la conciencia su nombre. En la mano llevaba un bolso que más parecía un grueso ramo de violetas mojadas. Delante de ella caían las hojas de los árboles, entre los cuales la lluvia era un colmenar.

Y este desconocido vino a hablar de ella, de su vida, de su aventura con un mozuelo de 18 años. De que sus padres, los dos, la habían seguido para verla entrar en aquel mundo obscuro donde termina el sueño. Ahora pasaba como una dulce sombra bajo la lluvia, con las axilas olorosas a la mujer, con toda la hermosa tierra de su cuerpo hollada por los toros sangrientos. Pero yo me preguntaba quién era este que venía a decirme estas cosas de ella. A mí, que había escuchado todas las conversaciones, todos los cuchicheos, todas las

intencionales palabras. Que todavía llevaba en la sangre las graves mordeduras de su sexo.

Quise responderle a este señor que pretendía saberlo todo…

—Pero si yo…

—Sí, ya sé lo que va a decirme. Usted también se siente enredado en su cabellera, en los suaves cilindros de amor que suben por su pecho, en su gluglutear del agua dulce de su boca.

—No… ¡No!

—No mienta. Que usted como yo, como todos, es capaz de matar, de robarle a la ciudad el aire para que mueran todos sus habitantes, por solo obtener una sola de sus caricias. Y ya ve, pasa con su ternura bajo la lluvia, rodeada de un enjambre de jazmines delirantes, y apenas nos deja su rastro de rosa amarillenta.

¡Ah!, Celia, Celia, por tus espaldas cae el mundo hacia el silencio, hacia las ruinas donde se asoman pequeñas lagartijas de amor.

El desconocido continuó hablándome, hasta que llegamos a la encrucijada donde el camino se bifurcaba. Yo tomé el que despejaba un gallo con su prolongado canto, muy cerca del último hospital del aire. Este cruzaba sin brusquedad formando un amplio recodo. Mi inesperado compañero, hundiendo sus botas en el barro y escupiendo una espesa saliva plomiza hacia los tiernos repollos de las huertas, tomó la angosta vereda que llevaba a la solana.

III

Alguien me lanzó a la cara mi nombre como si fuera un montón de setas mojadas:

—¡Mauricio!

Me volví y me hallé frente a frente a Celia. Me detuve a examinarla un momento. Me dio la impresión de que se hallaba fatigada

en extremo. En sus ojos había cansancio. Y su boca tenía una fina línea de tristeza.

—Celia —le dije sorprendido.

—Mauricio —me contestó sin sonreír.

—¿De dónde llegas? Porque de repente apareces como el viento, con tu falda olorosa a cáñamo y con la rama de menta de tu frente.

—Tengo las manos frías —me dijo, poniéndolas dulcemente en las mías.

Las tomé y las apreté fuertemente.

—¿Qué te pasa, Celia? ¿Estás enferma? —alcancé a preguntarle.

—No. Solo que quisiera estar cerca del fuego, dentro de la cama con bastantes sábanas. Quisiera poder calentarme horas y horas… y ver arder el día con un hermoso sol.

—No sé, pero me angustia verte así. Me parece que puedes enfermar.

—Tú siempre tan tonto, Mauricio.

—Aunque me digas lo que quieras, no habrás de convencerme. Yo veo cómo un anillo de fiebre rodea tus tobillos. Y tienes las manos tan frías como la sangre de las palomas muertas.

Sorpresivamente, juntó su cuerpo contra el mío. Ahora caminábamos muy unidos bajo las últimas gotas de la lluvia. Sentía una vaga sensación de ternura que no lograba definir bien. La forma sorpresiva en que Celia se había acercado me llenó de una extraña ansiedad, de un amor dulcísimo y profundo.

Su cuello estaba a pocos centímetros de mi rostro. Me acerqué aún más y respiré lo más hondo que pude. Sus cabellos mojados me golpeaban el rostro por el ritmo del paso. Pasé mi mano por su cintura y le dije con voz más suave:

—Celia…

Un pequeño apretón a mi brazo me indicó que comprendía.

IV

Aquella noche, Celia tenía la cabeza apoyada en un suave almohadón de algas. De su cuello blanco, fino, nacía una transparente estrella de mar. Sus cabellos se derramaban como un río de mieles nocturnas y en sus ojos la ternura sacudía sus leves ramas.

De pronto, se irguió frente a mí y me dijo:

—Mauricio… Mauricio…, alguien está llamando a la puerta de la primavera. Alguien que viene segando el suave trigo de las colinas y quemando con su aliento los pájaros que cruzan el día.

—Pero, Celia, ¡¿qué estás diciendo?! Duerme… duerme. Descansa tu cabeza en mi hombro; reposa tus nervios excitados… tranquiliza tu corazón…

—Mauricio, estoy por creer que no me has comprendido. ¿No ves cómo mi pecho es ya un penacho blanco en el cielo? Oigo en el fondo de tu corazón el largo gemido de unos perros que aúllan y un intenso y sofocante trote de caballos. Por mi sangre estás pasando ahora como una abeja que no descubriera la flor del néctar vivo.

—Celia, estás excitada. Déjame pasar mi mano por tu frente para despejar los oscuros designios que la turban.

—Mauricio, qué bueno eres. Pon tu mano dulce en mi frente. Háblame. Cuéntame algo hermoso. Anda, Mauricio… Cuéntame, por ejemplo, cómo nació la espuma.

—Te contaré, Celia, lo que desees, pero antes has de prometer que dormirás…

—Te lo prometo, Mauricio.

—Bueno… te contaré cómo nació la espuma en el mar… Verás, una vez, algunos hombres sostenían por la brida —era una brida azul, guarnecida de llanto— un hermosísimo caballo blanco. El aire levantaba su melena como un torbellino. Sus ojos desorbitados e inmensos alumbraban la mar desierta. Los hombres le habían abierto un horrible hueco en el pecho y de él salía una roja nube de

venganza. De pronto, el corazón del caballo saltó fuera del pecho y se internó en el mar. El caballo encabritado rompió las amarras de helado cáñamo que lo retenían y se internó en el azul en busca del corazón que huía… Desde entonces aparece y desaparece constantemente en el mar en forma de blanca espuma, aquel caballo desesperado tras de su corazón. En las noches se le oye relinchar por todos los caracoles del mundo.

Todavía, y ya casi dormida, me decía:

—Mauricio…, qué lindas mentiras cuentas tú.

V

He dado vuelta a la tierra de los hombres. La primavera no es más que un pequeño ojal en la camisa del mundo. Todavía llevo en las manos los zapatos y el sucio libro de mis años. La tierra ha comenzado a secar… Aquí y allá veo los cuervos picoteando sobre la carroña. Solo que la paloma no ha vuelto con la rama de olivo.

Estoy decidido a romper con todo esto y transformarme en un hombre de aspiraciones modestas, de andar pausado de campesino, de ideas agrarias y a desear en lugar del título de ingeniero del alba, el simple y sencillo de hombre. Así, si un día encontraren mi cadáver roído por las ratas, la gente dirá:

—¡Murió el hombre!

—¿Muerto?

—Completamente. Solo se le encontró en los bolsillos un grueso montón de dudas.

Así pensaba yo mientras andaba por la tierra. El sol comenzaba a secar el lodo del mundo. Detrás de mí, una nube de moscas esperaba que mi cuerpo cayera. El mismo desconocido de que hablara antes, y que al parecer no se había separado de mí, volvió a dirigirme la palabra:

—El mozuelo la recogió del suelo sin sentido.

Loco de dolor la condujo a un suave lecho de hierbas, pero ya no había tiempo. Celia había muerto. Sus ojos parecían playas abandonadas y tranquilas. El hombre lloraba, lloraba como un niño. Desde la tierra de sus padres llegaban las palomas con el pan y la sal de sosiego.

—Seguramente llevaba un hermoso traje azul —dije yo, como hablándome a mí mismo.

—Sí, un hermoso traje azul. Parecía una estrella olvidada y refulgente en cualquier camino de la tierra.

—¿La enterraron?

—No. El mozo la cargó en sus brazos y se perdió tras los riscos del día. Desde entonces tú, yo y cuántos en el mundo no andamos perdidos por entre la lluvia, llamándola:

—¡Celia!... ¡Celia! Has dejado en el barro las tres dalias que iluminaban tu pelo…

(1948)

La imagen rota

Cuando María, peinándose su rojizo pelo bruñido, aparecía en el balcón de la casa, era frecuente que sintiera dentro de sí misma la turbia sensación de que alguien, desde un lugar no visible para ella, la observaba. Al principio, era natural, se sentía desconcertada, no logrando descubrir una maliciosa fórmula que le permitiera darle cierta complejidad teatral a sus maneras, gestos y reacciones, hasta entonces simples y sencillas. Algunas tardes, la invadía un dulce enervamiento que en poco tiempo se transformaba en ardiente y apasionada laxitud.

Al fondo, desde su balcón, veía subir la montaña trémula de verdes, invadida a trechos de franjas rojas o anaranjadas. Las colinas a lo lejos bajaban lentamente, perezosamente, su cabeza hasta el valle; parecían beber a grandes sorbos de animal cansado el agua que la noche terrible empozaba sobre el campo. A su mirada, a los sosegados pasos de su corazón, al vuelo tardo de su conciencia, llegaba en misteriosas ondas el canto del mundo.

María, en estas ocasiones, de inocencia y perplejidad, pensaba en lo extraño que resultaba para una joven como ella hallarle a la naturaleza tan fantásticas asociaciones y tan sutiles matices. Este estado en que se mezclaba, quizás no tan confusamente como se imaginaba, un ardiente deseo de expresión de sus propias razones interiores con la realidad concreta, eficiente y aparentemente inmodificable de la realidad que desde afuera le llegaba en olas continuas, tenía la transitoriedad de todo lo hermoso. Sabía que en poco tiempo la gran serpiente, la sinuosa y tenaz víbora de lo cotidiano, perdería

su antigua piel y otra vez se la prendería a su carne, llenando su cuerpo de serrín, de material e insensible serrín.

Los escasos segundos de esta vida, que esta verdadera y apasionada existencia restaban a la otra, a la despiadada sinfonía de la realidad, significaban para María y sus cabellos casi rojos, representaban para María y sus ojos de amortiguado azul, una especie de órgano inmaterial que le salvaban el equilibrio interno, que le aseguraban la afluencia constante de savia a los sentimientos más expuestos a marchitarse por el prolongado roce con las potencias del mundo.

Ella conocía su propio secreto, el secreto de sus vísceras sensibles, pero aparentaba ignorarlo para sí misma, a fin de no darle entrada al sutil y enfermizo demonio del hábito, que constantemente se le insinuaba adoptando mil circunstanciales aspectos. Por eso, ella lo sabía pero lo ignoraba, y en mantener esta mentira y esta verdad conjuntamente se hallaba el fundamento de su belleza y de su sabiduría.

Durante las noches, una vez que readquiría su implacable forma humana, luego de regresar de su fuga, de volver de su breve tránsito a la región de lo eternamente nuevo, de lo jamás rotulado, se detenía un momento frente a la vieja cómoda para sentir cómo tenaces y agresivas fuerzas destructoras despojaban a los objetos que la rodeaban de toda capacidad para comunicarle el secreto de su inmortalidad.

María quería cerciorarse de que todas las cosas que le eran más amadas y por las cuales sentía tierno afecto —afecto decididamente carnal— giraban como negros astros en torno al interno y absoluto gravitar de su muerte. Y por este hecho las amaba más, las olía mejor y eran diariamente para el tacto desconocidas presencias. Por esta razón, el espejo que ahora con dorada lentitud tomaba de la cómoda era un extraño disco de azogue y un nuevo e irreverente motivo de pasión.

Cuántas veces y cuántos minutos de tiempo impreciso, de tiempo sin tiempo, detuvo su rostro sobre la fría y sedienta superficie del

espejo, cuántas horas no torturó su corazón sobre esta velada sinfonía para auscultarse a sí misma, para mirar las líneas dubitativas de su frente y el surco seco, intenso y atrevido, de sus labios; para espiar sus ojos de taciturno brillo. Y en cada día y en cada oportunidad era como si de la cómoda extrajera un nuevo óvalo rodeado de soldadas escamas de marfil, y desde su fondo, y desde su fondo más puro empezaba a brotar su propia figura, simple, armoniosa, detallada, tan perfecta y semejante a sí misma y siempre tan distinta.

Y así, extendida sobre su lecho como una rara rosa de invierno, mostrando en el ademán de alcanzar el aire una extrema laxitud, comenzó a escribir el apasionado diario de su vida, el cual hubiera podido denominar con más certeza la historia de su melancolía. Pero a ella le era particularmente grato repasar sus propios pensamientos, darse a sí misma motivos para oír en el recodo último de su sangre el resonar de sus palabras. Mas lo que mayor complacencia le producía este trémulo ejercicio era percibir que su espíritu se organizaba para la lucha contra el tiempo.

En este instante bajaba sus ojos y cerraba el cuaderno, el rostro se le llenaba de luz y el sueño parecía inundarla. Se decía a sí misma: "Abriré mi libro por una cualquiera de sus páginas y la norma que encuentre será la norma de mi día". Y así, cada día iba encontrando que, de sus propias palabras, esto es, de su pasado más luminoso, extraía la ley, breve e intensa, que delataba el signo noble de su existencia. Aquí comenzaba el tránsito, aquí la luz hundía sus raíces en la zona más grata de su vida, era el inicio del sueño, el recorrido por lo siempre extraño y nunca bien conocido del mundo.

*

Camino de sombras, camino de girasoles, sendero de hojas aún tiernas y frescas, recién caídas.

Sobre la tierra cruzaba el fresco aire matinal de la montaña y entre los añosos jazmineros, los pájaros lanzaban agudos gritos de regocijo.

María salió al jardín con los ojos aún vendados y tibios de sueño. Se aproximó a una gran piedra, cuya mitad azul parecía un ojo ciego. Arqueó los brazos y dobló la cintura como si de pronto se hubiera sentido mal; luego de un salto felino, se sumergió en el aire y lanzó un bello grito de triunfo, de salud y de fuerza. La luz y su corazón se abrían paso entre ella y el mundo.

Pocas veces, pensó, se había sentido mejor.

Se encontraba realmente dichosa de poder amar tantas y tan diversas cosas a la vez y saber que en esta multiplicidad de sentimientos todos eran sinceros y, más aún, puros. Recordó, mientras oía la luz del sol reventar entre las hojas de los árboles y en la fina hierba del jardín, aquellas horas leves que había pasado en el recogimiento de su cuarto, purificando su corazón de oscuros dolores de adolescencia. Había soñado, había lavado su cuerpo, había levantado la tapa de algunos libros misteriosos y leyó la verdad entre líneas de algunos párrafos siniestros.

Descubrió, en el fondo tibio de un cajón, algunas rosas, cuyo antiguo y delirante ciclamen parecía haberse diluido entre los mil vetustos objetos que las recubrían. Esta era la vida y todos estos misterios llenaban la imaginación de un inmenso arsenal de sensaciones. Sin saberlo, sin tener exacta conciencia de ello, se daba cuenta de que una mano espontánea había encendido una gran hoguera en el fondo solitario de su juventud. Solo esperaba que la soledad pudiera comenzar con un bello libro y una dulce frase de amistad, porque es cierto que la soledad, la verdadera soledad, comienza cuando tomamos conciencia de que ya jamás podremos estar solos.

Todos estos pensamientos eran el hermoso fruto de sus sueños, la dulce emoción de su juventud, el canto fúnebre de su niñez. Todo lo que acaba, lo que perece, nos va anunciando su fin con una trompeta de apocalipsis. Oímos primero como una gran música de

amor que regresara, como un barco semihundido que despidiera los finales saludos de su orgullo, como una bestia herida que lanzara los últimos quejidos antes de su destrucción, después sopla sobre nosotros, tormentoso, el ruido de los vendavales, el rugido de los ríos que desbordan, la impresionante oscuridad del mar que inunda las riberas y se aposenta sobre la tierra, el crujido de los árboles que desgajan sus ramas cuajadas de frutos amargos, y ya cuando los ojos y las manos, el corazón y la garganta, están cansados de sufrir, cuando ya del pecho no quedan sino rojas estrías y cuando ya nuestra pasión ha sido triturada, molida, macerada en las aguas terribles de una nueva vejez, entonces, solo entonces, aparecemos al mundo nuevo que nos nombra y nos reclama. Cubrimos otro paso de la edad.

*

María escuchaba a su corazón decirle con voz nueva, como un canto sonoro que viniera de largas profundidades, como un piélago sombrío que se extendiera sin límites, como una larga hilera de animales torturados, como una masa compacta de hombres silenciosos y tristes, las palabras finales de una carta. Escuchaba nombrar una a una las fechas en que se cumpliría la leyenda que había invocado siempre para llamar su vida. Siempre pensando en voz alta, siempre dirigiendo sus pasos, a través de los bosques y senderos extraviados, en caminatas sin objeto. Pero ahora, un dolor apagado le sumergía la garganta, le levantaba el fuego de las mejillas, le entumecía la espalda tersa y le inflamaba el alma de una áspera sensación de ternura.

Comenzaba a cambiar lo infinito por lo limitado, el riesgo por la seguridad, el todo por el ser, a volverse, en otras palabras, tercamente egoísta.

Empezaba a pensar que nada humano le era indiferente. Ya no admiraba cómo ella producía armonía dentro de un orbe de pausados movimientos desinteresados; ahora necesitaba imperiosamente, con orgullosa exigencia, que el cosmos girara en torno suyo, al compás de los sincopados movimientos de su corazón.

Era su primera carta de amor. ¿Quién era el destinatario? ¿Quién iba a releer aquellas palabras sin coherencia, extrañas en razón de los sentimientos que expresaban, pero audaces, nuevas, húmedas y poderosamente adhesivas? ¿Era acaso ella misma la destinataria? Quizás María deseara asombrarse a sí misma, introduciendo misteriosos mitos de amor por entre la porosa substancia de su alma, no dueña aún de ninguna mágica fórmula que le permitiera arrojar fuera de sí, exorcizar los demonios que trepaban por su carne como millones de bullentes y diminutas hormigas. O quizás existiera un primer "él" en su vida, un incorpóreo ser, lejano, desconocido, absurdo, pero inexorable. Nada sabía ella misma, nadie podía explicarle los deliquios de aquel filtro amoroso, bebido en horas de plenitud, cuando todos los poros se hallan ávidos y abiertos, prestos a recoger el beso sangrante de los fantasmas, que como polen errante viajan a la deriva por los delirantes canales de la noche. Pero la figuración de esta nueva turbadora existencia hallaba su afirmación en todo lo que para ella había dejado de ser, en todo lo que hasta ese momento había provocado renunciación: y la enseña de esta vida, la bandera de este renacimiento era un atroz sentimiento de angustia. A cada resultado oponía una duda; a cada plegaria, un gesto de abominación; a cada caricia, un zarpazo.

*

Puesto que ella es María, ama lo que tiene el color de la sombra. Alguien puso en ella una palabra que solo ella puede decir, alguien

tatuó en ella un camino que solo ella puede mostrar a alguien, fijó en ella un dolor que solo ella puede aliviar. Puesto que ella es María, es como un parque donde las palomas tienen su amada sombra, y donde pueden hartar su hambre y saciar su sed.

Pero yo la llamo y en el centro del bosque se oye: "María". Y repito su nombre y en medio de las palabras se oye: "María". Pero la llamo una vez más y en medio de un denso vuelo de pájaros escucho: "María". Es solo el eco, el viejo y diluido eco de su niñez, el pasajero sonido que poco a poco se apagará, como si una imprevista presencia fuera apagando una a una las luces que hasta allí iluminaron en su tránsito.

Este es el comienzo, porque llamar, nombrar a María es el primer paso para hacerle la pesada caparazón que la niñez colocó como lápida funeraria sobre su alma.

Tiempo de crisálida, tiempo pasado. Ahora yerra en torno de la luz, en vuelos amplios, indefinidos, inmortales, aunque sabe bien que pronto, quizás demasiado pronto, irá reduciendo para su perdición la propia sombra, ¿quiénes son los que tomarán cuerpo para ungirlo, después que el fuego lo destruya? ¿O es que solo vendrán aves de vuelo tardo y rasero, en medio de la noche, con los grillos a su lado cantando un réquiem, y la lejana voz de los hombres llamando sus perros de presa? Ella, la hija del ciclamen, del ciclamen que adornó la frente de los héroes en horas de triunfo y en horas de agonía. Ella, la nieta del cedro hebreo, bendecida una y otra vez por quienes una noche besaron su frente, cuando los ejércitos pasaron hacia el furioso combate. Ella, la nieta del más hermoso cedro crecido en tierras de Judea.

Sabe que muy pocos verán el día en que los caballos lleguen todos enjaezados y redoblen los tambores, y suenen las trompetas y no aparezca un hombre, ni la sombra de un hombre sobre la temblorosa superficie del mundo.

*

Si todo fuera actividad externa, si esta actividad nos hiciera olvidar las imperiosas fuerzas que nos reclaman hacia dentro y si poseyéramos el suficiente poder de adivinación que nos permitiera invertir el orden de nuestra memoria sin causarnos daño irreparable, entonces, solo entonces, dejaríamos en libertad, como jauría enferma, las sensaciones que comparten el mismo plato de nuestra vida. Son tantas, son tan desiguales, que cuántas veces necesitamos de los viejos catálogos encuadernados y guardados en polvorientos archivos para hallar nombres y razones que de otro modo sería imposible conocer. Pero son muchos, entre quienes está ella, los que se laceran hacia dentro, los que dependen para su salvación de este faro que vierte en el interior los rayos generosos.

¿Quién duda entonces que en esta tejida malla de contrastes se fuera estampando con inigualable fidelidad la melancolía de su niñez? Allá, algunos campos flamígeros como ligeras espadas de sangre, a los lados la selva marginada de fuentes y como una corona, como una bella y sangrante corona, el humo en que se había fundido el cuerpo extendido y fluyente de su niñez.

*

Aquella noche, María, impuesta de los deberes de su nueva vida, puso sobre sus rojizos cabellos una cofia blanca para no ver su odiado pelo, su bruñido y odiado pelo, todavía rizado de niñez y que levantaba hermosos bucles, como si siempre se hallara batido por un viento caluroso. Alzó los ojos hacia el mundo, penetró en el agua sombría de su futura vida y comenzó a cerciorarse del definitivo espectáculo de su nueva creación. Vio sobre su cara aquella nariz temblorosa y los ojos saltones y oblicuos bizquear como salvajes peces dentro de

sus cuencas, y miró su rostro deforme, inmenso, quebrado, alegre, hinchado, fláccido, hundido, opaco, brillante, cubierto de tizne, con rayas azufradas, y sus labios hinchados, hendidos labios de liebre, partidos para dejar los dientes deformes, grandes, gruesos y las orejas como pedazos de carne amarilla, desangrada, y la frente cubierta de torpes manchas de *rouge* y las cejas negras y largas, largas, bañándole todo el rostro, como si crecieran incesante, continuamente con hondo y pertinaz sufrimiento.

María tocó entonces el espejo, puso en él sus manos y aguzó su tacto, comprobó que la superficie de azogue se hallaba intacta, densa, perfecta… Entonces bajó sus ojos, buscó el suelo, selló la fuente loca de sus sueños y derramó las lágrimas de su niñez sobre los leves trozos de su imagen rota.

(1949)

Una mujer y la muerte

En la mente de Cándida brilló por un momento el recuerdo de su juventud; como el humo de las hogueras abandonadas, se hinchó fugazmente, expandió sus fibras leves y un fiero aletazo del tiempo-gavilán-viento lo esparció, lo lanzó hacia afuera transformado en menuda lluvia de sueños. El mundo se redujo para Cándida a espacio curvo y tenso.

Embriagada por el intenso almizcle de la tierra, entregó su pequeño corazón rojo a la voracidad sin freno de una fuerza oscura, de un oleaje poderoso, de una incontenible y misteriosa sombra. Sus sentidos vigilaban a través del viento los signos de la muerte. Por su calle pasaba la desabrida, y a cada puerta se detenía y sonaba su cascabel gigante.

Por la noche se detenía alucinada al borde de la oscuridad, para impregnarse de la soledad del mundo, de su perfume y del intenso fluido de las cosas terrestres. Escuchaba atenta a los ruidos profundos de la creación y el canto caótico de las formas desconocidas. Sentía sobre su piel, triste y ávida a un tiempo, el golpear incesante de un grueso y dolorido aliento.

Cándida deseaba aparecer serena. Sin embargo, sentía que el corazón iba a estallarle por dentro. Pasaba su mano por la frente y el sudor la humedecía. Se arrodillaba y rezaba. Pensaba en las llamas, en el fuego purificador del purgatorio, adonde seguramente iría a parar Esteban. De pronto, como un árbol sacudido por el viento, despertaba balbuceando palabras, cuyo sentido se diluía en la atmósfera tensa y desolada.

El cuerpo de Esteban se hallaba extendido sobre unas tablas. En un atril improvisado, el ataúd semejaba una atenta y poderosa araña. Ataúd y hombre: a ras del suelo la luz débil de la lámpara se movía para atarlos y desatarlos. Un hombre y la tierra: ya nadie querría desatarlos porque nunca nadie más habría de atarlos nuevamente. El corazón y la garganta de la mujer se llenaron de palabras incoherentes, invocando una piedad pagana por el hombre desdoblado de toda duda que allí se encontraba tendido, el rostro hirsuto, cortado en trozos por el continuo parpadear de la llama. Las velas colocadas a los extremos del ataúd señalaban el cadáver de Esteban, como dedos fríos, vacilantes.

Entraba gente. La urna estaba llena de Esteban. Llena hasta los bordes de su carne y de su muerte. ¿Quién puede negarlo ahora? ¿Quién desdecirlo como lo que es? Nadie se atrevería a conjeturar acerca de él ahora que la muerte es su propio movimiento. La tierra vendría a ser la voz, la conciencia. Olvidarlo ya no podría nadie, porque ya no existe.

Era la media noche. En el centro de los que querían olvidar, él. Gente hablando, rezaba; riendo, rezaba. El alcohol, rodado a tragos, alejaba el temor a lo desconocido. Cándida no se atrevía a pronunciar su nombre. Sonámbula fue a la cocina, donde mujeres, viejas y jóvenes se apretujaban unas contra las otras y se daban nombres obscenos.

De momento se quedaba sola. El candil, el fogón, eran de sombra, pequeños cocuyos los denunciaban. La noche le hacía señales con sus árboles siniestros. Alguien ovillado junto a ella, una especie de animal triste, le respiraba cerca del seno. No decía una palabra. La cubría de pelos, de sudor y le entregaba a través del ardor de sus ojos un inmenso desierto. Cándida lloraba y no sentía que lloraba, pero sentía que aquel que se hallaba junto a ella le tocaba el seno. Se lo bruñía suavemente, con mano tibia y líquida. Ella sentía que la tocaban, pero no que lloraba. Y en verdad lloraba. Lloraba, pero

su garganta se había resecado. Esteban se encontraba muerto. ¿El llanto es por la muerte del hombre? Otros, cerca, cuchicheaban. Hablaban de cosas diferentes. El que se hallaba a su lado tocaba ahora su vientre. Los músculos le dolían. ¿Por qué había de suceder todo eso si Esteban aún se encontraba cerca, alumbrado, mirando desde su soledad la esperma de las velas chorrear sobre las frágiles alcayatas?

Ahora se hallaba sobre un montón de paja seca, mirando las estrellas y sollozando entre los brazos fuertes de un hombre a quien no conocía, pero que la hacía brutalmente suya, le enseñaba en este momento una verdad más fuerte que aquella muerte. El desconocido la hacía brutalmente suya, entraba en su cuerpo, la poseía sin piedad. Esteban se hallaba más allá de lo que ella era en ese momento en brazos del otro.

Aquella noche dormía Esteban para siempre y ella, mejor dicho, un hombre dormía junto a ella, la primera noche en la cual Esteban podía decirse a sí mismo: estoy muerto. La primera noche en que podía gritar a la tierra: estoy muerto. Estoy muerto, hubiera podido decir al aire, al agua, al mundo enronquecido de pájaros bobos y murciélagos. ¿Quién no escucharía sus palabras? Estas palabras buscarían obligadamente todos los oídos, se escurrirían, como la lluvia en todos los agujeros con forma de oídos. Eran palabras que se hacían escuchar. Decían: "Aquí estamos nosotras para anunciar que un hombre ha muerto. Somos la voz de su carne que ya no es más carne, de sus ojos que se hallan ciegos de frío para siempre, de su sangre reclamada por el jugo de la tierra".

Y ella aquí húmeda, y un hombre, un extraño a su lado. Ebrio él y ebrio el mundo a su lado. Acaso no fue suya porque quiso. Sus piernas se apartaron para que él entrara en ella y la estrujara contra su costra de betún y sudor, hasta que toda su sangre fue solo una dolorosa quemadura, como aserrín prendido. No había llama aparente,

pero la quemazón le andaba por dentro. Era como quemazón de olvido. Ardor, ardor obscuro, despiadado.

Era la media noche y ella menos que nadie veía ya al hombre Esteban sobre la tierra. Se encontraba definitivamente lejos de ella el hombre del celo, el macho. El nuevo, el extranjero, el desconocido, era otra fuerza. Era agua de otro río, fruto más ácido y joven. Ahora estaba dentro de su vientre: raíz cuajada dentro de la tierra, abultado, deforme, todo savia, todo vida como un crecido río de aguas ardientes, que empuja al mar una gruesa capa de despojos. Sentía que este hombre era una rama de carne que quería prolongarse, estirarse fuera de la nada, hacerse otra circunstancia y luego escupir sobre la tierra con desprecio.

A pesar de que Esteban aún la atormentaba con su recuerdo, el otro la llenaba de todo, la somete. Ya no quiere sino entregarse, entregarse sin pensar que Esteban puede llegar a ahogarla con sus propios cabellos. La llenaría de lágrimas y de impureza por el resto de su vida.

El desconocido pronto se halló a su lado dormido. Dormía. Dormía como el fuego que ha encontrado una barrera húmeda a su expansión. El otro, Esteban, dormía su sueño de mampostería, bajo el hierro del silencio. Este ronca y sostiene su nuca con la mano. Su pecho se expande brutalmente y le comunica un frío temblor a las altas estrellas y a la atmósfera apagada y deforme. En este momento es ella quien deseaba protegerle. La llegada del hombre-gavilán-tiempo la sacó de su letargo.

Esteban dejó en su vida la misma sensación de sed, la abrazadora sed que desnuda y violenta la tierra después de una despiadada sequía. Le agostó las fuentes y le comunicó un ciego y deslumbrante impulso a su sangre, un poco tonta hasta ese momento. Fue realmente un segundo de ciega maldición en su vida.

Pero antes, una fracción de tiempo antes, ella mantenía en su mano lustrosa y morena una pequeña taza de aceite, lámpara votiva

de una devoción. La llama se elevaba firme hacia arriba y la descubría a ella y a su sombre. Le decía: "Ahora tú diriges la mirada hacia arriba, verdaderamente hacia arriba". Y ella asentía con un movimiento de los labios, tímidamente, como si no creyera que tal cosa pudiera sucederle a una persona, especialmente a una persona como ella. Pero así era. Frente a aquella lámpara, por encima de ese juego de sombras y de luces, en la alcayata y en su corazón, había crecido, lo mismo que crece un árbol, había crecido un espacio habitado. Hubiera podido agacharse, reptar como una serpiente sobre la tierra y seguir en la fría humedad, multitud de huellas, extrañas y contradictorias, pero al fin y al cabo huellas humanas, por su intención y por su destino.

Cándida había cambiado la inocencia de la piedra por la inocencia de la carne. Ahora conocía que dentro de ella se hallaba escrita una leyenda. Comprendió que en adelante la vida no solo significaba espera, sino, por sobre todo, incesante llamada, anhelante y terrible llamada, búsqueda sin pausa.

Detrás de ella escuchaba una oración repetida por veinte bocas, detrás escuchaba el viento huracanado, sentía correr el azufre y el fuego que habían fundido a todos sus antepasados, detrás y delante de ella estaba la fe. Ella no oraba. Decía solamente: "Dios, Dios, Dios". No le era posible decir: "Dios te salve…". Apenas balbuceaba esa única palabra. No era cuestión de cambiar de pensamientos, puesto que sentía que la vida se le escapaba por estas palabras, porque no era sino que ella se imaginaba, solo lo que ella se imaginaba, lo que podía quemarse en la llama de la lámpara y ahogarse en su aceite.

Por eso, para Cándida estas cosas cobraron una vida sorprendente. Recordaba los perros que en la madrugada olían el silencio, recordaba igualmente el canto inmediato o lejano de los gallos. Las desiertas calles de la aldea, la casa con sus ventanas al ras de la acera. La mujer que abrió la puerta y, por último, el aposento frío y extrañamente íntimo, apenas iluminado. Dios había ordenado: "Apáguese la luz".

Pero esta luz horrible había desobedecido el mandato divino. En lugar de apagarse se hizo tiniebla. Así, el pequeño raudal de luz se transformó en un chorro de tinieblas que surgía cálida y desesperada de la voz de un hombre.

Apareció ante ella, en su totalidad, sin disfraz alguno, osado y desnudo, lo que en su alma habría de reemplazar aquella palabra que la aturdía, que la ahogaba en su afán de fe y conocimiento. Surgió para siempre el hombre-gavilán-tiempo; pero en su boca quedaba un golpe de sal, que a pesar de sus esfuerzos no quería diluirse por completo. Aceptó la tiniebla; había llegado a su hora de conocer el caos. Lo aceptaba porque su propio poder lo había buscado, no porque así tenía que ser. Aquel caos era un hombre, un trozo de madera, un sembradío arrasado por la voracidad de la langosta, un rayo que inscribe su ardor en la tierra, un río que crece desde las fuentes y se arrastra a sí mismo, devora su futuro. Este fue su hombre y ella sentía eso hasta el tuétano, porque había despertado en su alma una desconocida y apasionada lumbre.

Para algunos, quizás nada tenga que ver el que un gallo levante su cresta en la noche y confunda su canto con el grito desarticulado de una mujer, fundida, abierta, desesperadamente creadora. El canto de un gallo y el grito de la mujer son dos himnos jubilosos y eternos a la vida y a la muerte, al fin y al comienzo.

Esteban tenía ojos, tenía luz, tenía poder. Aquella noche ella quedó aturdida bajo su potencia. Sintió sudar sus ingles bajo el peso de aquel vientre, de pesada y densa seducción.

Más tarde él, como un animal harto, se había echado a su lado y le sonreía en la oscuridad. Aunque el sol brilló de nuevo sobre la tierra, ella se encontraba dentro de la dura tiniebla del hombre Esteban, participaba de su condición.

La distancia entre los dos se hizo alguna vez tan larga que a ella le pareció definitiva. Sin embargo, una y otra vez, y de invierno a invierno, crecía turbio el río y una vez más la inundaba. Pero hubo

una vez en que Cándida supo que en su vientre se había apagado la estrella del hombre-Esteban. Algunas veces ella, por su propio impulso, hubiera querido volver a él, pues sentía una desoladora tristeza cuando recordaba toda la verdad que encerraban aquellos días de juventud. Entonces sentía que él era una fuerza contra la que ella no fue capaz de luchar, una fuerza que le fue siempre desconocida y que la envolvía y la ennegrecía de miedo, de estupor. En sus manos ella no era más que un pájaro atrapado, tembloroso; un pájaro perdido en las garras del gavilán.

II

Esteban se estaba pudriendo, mientras alguien hendía un trozo de leña en el patio y los últimos pájaros silbaban en el corpulento y frondoso caimito. En la habitación solo se hallaban Cándida y Esteban.

Ya era cadáver, pero aún lo sentía en el pecho como si estuviera vivo. Tenía las manos moradas y gruesas y los labios estaban sajados por la fiebre. Sus dientes parecían amarillentos y torpes.

Estaba dormido, pero la piel era horrorosamente amarilla. Todo lo que había en la sala parecía querer huir de ese color. Las luces de las velas parpadeaban angustiadas, la esperma se derretía apresuradamente y las paredes, las butacas, los cuadros, y la misma urna en que lo iban a enterrar, parecían bailar sin concierto, buscando una oportunidad para escapar de la presencia de aquel que pronto había de morir. A pesar de la fuerza que emanaba de su cuerpo, a pesar de toda la potencia de aquella sangre, es ella la que en ese momento podía protegerle. En tal oportunidad cualquier débil mano, la de un niño, hubiera podido estrangularlo, hacer que su corazón cesara de latir, hundiendo hierro liso y cortante en su pecho. Hubiera sido fácil pasto de cualquier fuerza.

Cándida sentía una inmensa necesidad de proteger aquel desconocido que hacía apenas un momento atormentaba su vientre con su sexo inflamado, con su pasión turbia y desconcertada, con su pobre alma linfática, sin voluntad. Quizás esta necesidad le naciera porque un hijo suyo estuviera siendo concebido en sus entrañas. Quizás, pero por sobre todo sabía que necesitaba darle su protección de mujer débil. Había algo que la inducía a pasarle a aquel hombre su mano por el rostro bárbaro, por la mejilla saliente, por los ojos cerrados y enrojecidos. Al menos era esta su voluntad. Se hubiera levantado como un animal salvaje a defender a ese hombre a quien apenas si conocía. Había sido su hombre y no era menester otro conocimiento, era el mejor.

Él se encontraba en ese momento junto a ella, y mañana, en el próximo día, en el día en que ya estaban, en ese día primero de la muerte de Esteban, día primero del deseo y del vientre para otro, día primero y nuevo de sentir todo el corazón, todo el peso de su cuerpo para el salpicar de la baba de otro. ¿Estará? No importaba, existía, era libre y eso era bastante.

III

Clareaba, y Cándida permanecía con los ojos abiertos. Pensaba: "A medida que el mundo se llena de claridad, Esteban se sume en una tiniebla cada vez más espesa". Pero a la vez sentía que todo su cuerpo y toda su vida se colmaban de libertad. Su carne estaba alegre, tensa, y el aire que respiraba le quemaba los pulmones, excitándole la sangre. Ya no pensaba en Esteban como antes. Él tomó su libertad, ya nada lo sujetaba y hasta su nombre se perdería en el olvido, en el silencio, que ya ardía en el corazón de Esteban.

Esteban dominaba ahora su voluntad y triunfaba. No existía nada que atrajera sus ojos, nada que excitara y martirizara su carne.

Ninguna emoción que le oprimiera el pecho. Se encontraba solo con su libertad y con su infinita seguridad.

Su muerte se hallaba con él. ¿Quién podía desatar el nudo que formaban Esteban con su muerte?

Clareaba, pero el mundo todavía dormía. Todo iba adquiriendo movimiento a medida que avanzaba la luz. Todo iba adquiriendo forma, adviniendo de la niebla, de la torpeza de lo que aún no era. Cándida, en cambio, estaba entrando en el mundo donde todo resbala de la conciencia. ¿Puede mostrarle esta claridad la verdad desatada en su cuerpo por el hombre que dormía a su lado? A pesar de su experiencia anterior, no podía dudar que se encontraba al borde de una vida nueva, rodeada por las altas llamas de pasiones antes desconocidas.

Esteban se hallaba en su cajón negro, con sus últimos pensamientos, esperando para ser enterrado dentro de algunas horas. Ahí estaba: las velas apagadas, rodeado de un insoportable hedor, con sus últimos pensamientos. La fiebre se había lanzado sobre él como una gran serpiente de fuego. Antes de morir se le oía delirar. Era como si estuviese rezando. Ella, Cándida, no podía impedir escucharlo, oírlo. Jadeaba por la fiebre, no tenía rostro. Era como una montaña incendiada. Primero mordía las palabras entre los dientes. Las atraía, las desataba, las escupía. Salían de su boca quebradas, extrañas, rotas, sin concierto. Las volvía a tomar y las repetía; las repetía como si las estuviera descortezando. De pronto, caían una tras otra como si hubiera resuelto rasgar su voz y lanzar todas las palabras que conocía al encuentro de oídos invisibles. Sentía que la lengua ya no quería contribuir a su torpe y final expresión. Enredadas, inconexas, las palabras se transformaban en ronquidos, en estertores.

Cándida sentía estas palabras como punzadas. Al clarear, pensaba, se iría de allí para siempre. Hizo un movimiento y sintió una mano tosca clavada en uno de sus senos. Lo atajaba. Quería pedirle a Esteban que viniera en su ayuda. No quería nada más. Se iría.

Pero el otro se aferraba a ella. Se desprendió bruscamente porque sintió un dolor agudo en el pecho. El otro despertó, soñoliento, desconcertado y la abrazó. Alzó su voz y dijo a la mujer:

—Quédate conmigo, Cándida.

¿Cómo sabía su nombre? ¿Con qué derecho la nombraba? Su voz era pastosa. Estaba ebrio aún. La atraía contra sí. La poseía nuevamente, la tomaba íntegra, la envolvía en su aliento fétido. Era suya y ni un momento, ni una sombra de su pensamiento, ni de cualquier brizna de su alma quedaban para más nadie. La tenía como Esteban a su muerte y en ese instante era más suya que el ataúd que contenía el corazón de Esteban.

(1950-1952)

Cachupo

Lentamente —las manos caídas colgándole a los costados, opacas, de venas abultadas y nudosas, parecidas a trozos de cera negra, el rostro terroso alargado por el insomnio—, lentamente, Cachupo estiró su sombra, cubierta de polvo y hollín, cuesta abajo, dando a sus movimientos la extraña dubitación de la cerbatana. Por sus ojos, que eran dos huecos enormes —ojos de ídolo—, se filtraban resplandores de luz rojiza. Abría y cerraba afiebrado las aletas de su nariz y el olor de la tierra, como un vino ardiente, lo abrasaba. Cachupo sentía su cuerpo semejante a un árbol seco, horadado por los insectos, al que las mariposas, sobre todo en verano, formaban un denso cinturón de negras llamas.

Desde niño lo atraían el sol, la luz y las colinas.

Le emocionaba mirar la lluvia, superponer el blando ritmo de sus cristales sobre la tierra sedienta. Tenía el clima de las canteras abandonadas y se sabía entre los caminos un camino más, por donde los animales regresaban a su descanso.

Frente a su vista se alzaban, como lechuzas de brava pelambre humosa, las casas de la aldea. En medio de la calle, el barrizal podrido era una llaga azul y entre los desperdicios y el estiércol, las gallinas picoteaban con espasmódica voracidad. Las chozas eran sus animales queridos, sus gallos sucios y desplumados, sus malolientes pavorreales que miraban el silencio y conocían el nombre y la edad de sus muertos. En su niñez siempre tuvo temor de aquella humedad con sol: larga serpiente sin cabeza que le sonaba sus crótalos amarillentos.

Cachupo era un desgarbado como un viejo poste de camino. Una lluvia de muchos años lo había lavado, despegándole sus letreros y dejando que el viento le fuera tatuando las palabras y los signos del desierto. Ahora él era la memoria de otros y los rebaños lo buscaban para orientarse hacia el abrevadero, porque él era la certidumbre del agua y de la sombra. Pero él mismo caminaba inconsciente, perdido el hilo de la mente, como un hombre poderoso que de pronto perdiera su justo balance.

Sobre los cercados, se asomaban para recibirlo las ramas siniestras de los algodoneros, con sus penachos semejantes a trozos de salitre viejo.

El aire vacilaba como un caballo enfermo. De las casas, de la tierra, de las fósiles cepas de cal, de la espuma pestilente y de la carne agria del día brotaban ojos, mil ojos, igual que éxodo de arenisca. Sabía que en cualquier momento todo se llenaría de ojos y de vagas amonestaciones silenciosas.

El sudor le mojaba la piel, le espesaba la barba. Granos de sal le brillaban sobre el áspero fieltro del rostro. El pelo parecía sobre su cráneo un desapacible montón de negras virutas. La humedad era un ruido incurable que le hacía temblar las manos. Dialogaba consigo mismo, con palabras que él inventaba y reía mostrando el descosido pergamino de sus dientes. Se decía: "Los animales pernoctan siempre entre la hierba, sobre las colinas más altas, allí donde el sol llega primero".

Tenía el fulgor de un evadido y, sin embargo, sobre la densa fronda de su vida se escuchaba recóndito el nuevo canto de los pájaros.

Cachupo esperaba que al llegar a la primera puerta apareciese el rostro picado de viruelas de María Dolomita y le preguntase:

—¿Eres tú, negro? —Él reflexionaría: "Esta ha escuchado siempre las voces juntas y no puede imaginarse una persona separada de otra. Aunque la oiga hacerme preguntas, yo sé que es incapaz de

imaginarme tal como soy, y siempre pensará que soy un pueblo, un velorio o una partida de dados".

Él miraba sonreír a María Dolomita por los cuatro dientes que le quedaban, veía los bordes de su seno cuajado de azabaches y las pupilas temblorosas y sucias. Tenía el cabello opaco como si alguien, sin ser advertido, le hubiese espolvoreado ceniza.

A punto de contestar, cuando creía que iba a articular la palabra que lo acercaría a la sonora persuasión de aquella voz, escuchó otra llamada, no ya de María Dolomita, perdida en su choza como un eco en la montaña, sino de Esther Capaca, quien asomada por la ventana de hojalata de su casa le indagaría:

—Negro Cachupo, ¿tú como que quieres tomar café?

Él pensaba con sobresalto en esta invitación, pues era algo más que esto, era la revelación de todo cuanto había sufrido, el agua nocturna que lavaba la pelambre de su libertad, porque no en balde la gorda nariz de la negra Esther lo husmeaba, como los perros husmean la lejana luz de las estrellas, lo estaba desempolvando, quitándole aquellos cueros viejos y arrugados que ahora representaban diez años de vida por lo menos, liberándolo con unas palabras de odiosos tambores viejos, cuya percusión sin compás le sonaba en la cabeza, enloqueciéndolo con su tenaz golpe único.

La invitación era el sufrimiento, pero era también el ofrecimiento de la libertad.

Sabía que entrar en aquel aposento oloroso a yerba de sahumerio, recalcitrante de licor de albahaca, importaba en cierta forma una renuncia a vivir con los prestados sentidos de sus fantasmas. Después de tanto años de resecamiento, una taza de café, que saldría de entre los viejos trastos de la cocina como un manantial puro, que brotaría de aquel cuerpo brillante de la negra, con su olor a algo silencioso y cuyo misterio estaba precisamente en crear la vida a su alrededor, lo estaba llamando, impulsándolo a sacudidas a regresar a su antigua manera de respirar y de llevar la sangre. Pero cuando ya iba a levantar

la cabeza para mirar a Esther Capaca, con su cara como una Biblia negra, enmarcada en hojalata amarillenta; cuando había decidido trasponer el olvidado umbral de los animales negros, de los oscuros animales de su raza, vio las manos desolladas y los vacíos ojos sin luz de Eudocia Matera, que le hacían desesperadas señales.

Recordaba en su niñez a Eudocia Matera, gritando, envuelta en un remolina de zamuros y de perros, mientras buscaba desperdicios entre la basura. La recordaba con la llaga rojiza de sus manos en alto semejante a una violenta llama, murmurando en medio de los caminos, seguida invariablemente por una errante alianza de perros y tinieblas:

—Yo soy el viento…

El negro Cachupo pensó que esta era su salvación y comenzó a repetir cansadamente —huida la memoria y la razón de las cosas—, sintiendo en su corazón un melancólico alivio:

—Yo soy el viento…

Yo soy el viento…

*

El negro Cachupo avanzaba hacia la gran puerta metálica del edificio. Adentro se escuchaba el chirrido de las cintas de acero. Un fino y acre polvillo se expandía a través de todo como el ruido. El cielo, verde y azul, con altos macizos de nubes, estaba señalado por el lenguaje enigmático de los pájaros.

En la puerta había un hombre a quien alguien alguna vez, por llamarlo de alguna manera, nombró Potenza, quedándose así conocido por todos. De rostro cetrino, las grandes orejas le vibraban como alas de murciélago. Era de baja estatura, pronunciada calvicie y labios de un gesto salvaje. En este momento, paseaba sus ojos por la hierba requemada y el camino.

Potenza se dijo para sí: "Ahí viene uno que acaba de salir de la cárcel o del manicomio; estos siempre andan buscando algo en el suelo, mirándose las puntas de los zapatos".

Cachupo miró a su alrededor y las trozas de madera le parecieron vacas echadas rumiando bajo el sol. Apuñó las manos y comenzó a sonar una imaginaria campana.

Potenza escupía por entre las junturas de sus dientes ralos y fuertes.

Cachupo temblaba. Aquel ruido, líquido y profundo, casi lo levantaba en vilo. Potenza, desde la puerta, la espalda contra la pared, lo observaba con mueca irónica. Lo impresionaron los zapatos rotos de Cachupo, cuyas suelas ataba al empeine de sus pies con alambre mohoso, dejando al descubierto los dedos heridos por las piedras, con la sangre todavía brillante como lacre.

Cachupo hubiera deseado arrancarse uno a uno aquellos dedos que con tanta insistencia escudriñaba Potenza y quedar en la pura calvicie de los huesos. Agarrotó los dedos y buscó dentro de sí algo que lo ayudara a hilvanar los pensamientos.

Cachupo no alcanzaba a pronunciar palabra, nada quedaba articulado en su garganta, todo se le desgonzaba. Le parecía que de sus miembros y de sus ojos hubiese huido la sensibilidad, quedando apenas el viejo cuero que lo envolvía.

Con los ojos duros y enrojecidos y los músculos de la cara crispados, dijo a aquellas pupilas de cal viva que lo acechaban, a aquellas manos ácidas que lo desollaban, a aquel cuerpo un poco echado hacia adelante que lo repelía, dijo, como si no pensara decir nada:

—Son más de veinte leguas.

Potenza hizo un movimiento, la garganta le sonó y levantó la vista, diciendo malhumorado:

—Y otras tantas de vuelta.

Cachupo miraba tranquilo, con los ojos fijos y terrosos. Los ralos pelos de su barba goteaban el sudor del rostro. Potenza levantó una astilla que tenía en la mano, y preguntó:

—Y el dedo, ¿por qué tienes solo cuatro en esa mano?

Cachupo prestó más atención y respondió:

—Soy así de nación.

Potenza, sin moverse y escupiendo, dijo:

—Un dedo menos de nacimiento… Eso no es asunto mío… aunque todas esas cosas despiertan curiosidad… Y es el más feo de los dedos, pero sin este dedo grueso y feo estaríamos perdidos.

Cachupo pensó que aquello no tenía importancia. Sin embargo, Potenza se hacía ante su vista torpe y desesperado, semejante a un alacrán rodeado de llamas. Se notaba de inmediato que había decidido arrancarle a Cachupo lo que él pensaba era el secreto de su dedo y este se dijo, con cierta turbia delectación, que un desacierto de la naturaleza había vencido una vez más al hombre; este hombre se encontraba encadenado a su dedo imposible.

Sin transición, Potenza preguntó, pronunciando las palabras con fingida aspereza:

—¿Desde cuándo sabes que te falta un dedo?

Cachupo se puso en guardia, pero respondió:

—Nunca lo he sabido, porque verdaderamente nunca me ha faltado.

Potenza sonrió con cierta ironía, tratando de hacer entender a Cachupo que no intentara engañarlo, y dijo:

—Cuando falta ese dedo, verdaderamente sobra la mano…

Cachupo lo atisbó y se dio cuenta de que aquel tipo estaba obsesionado por una mujer. Por eso —pensó para sí— se mueve como un animal acorralado.

Potenza, por su parte, tenía claro que Cachupo sabía eso. Y argumentó: “Si lo sabe, tanto mejor. No es necesario hablar de otras

cosas ni intentar hacerlo pensar en otros hechos. Ya lo sabe. Bueno, pues que lo sepa: yo mismo se lo he estado diciendo todo el tiempo".

Cachupo se detuvo un momento, dejando que su alto cuerpo oscilara como un péndulo, y dijo:

—Todo esto es peor que estar enfermo. Usted no puede agarrar nada; es como si le faltaran todos los dedos.

Potenza levantó un ojo al vuelo y mostrando los dientes, dijo:

—Yo sé que usted comprende, pero me gustaría que lo viera con sus propios ojos.

—¿El qué? —preguntó Cachupo.

Potenza se apresuró a aclarar:

—No, eso no. No es lo que usted se figura. Todas aquellas ruinas —dijo, haciendo una señal con la mano—, todos aquellos escombros achicharrados que se ven hacia allá, las causaron ellos. Antes venían aquí tranquilos, parecidos a perros mansos, venían y le lamían a uno las manos. Pero desde aquel incendio se han vuelto temibles.

Cachupo envolvió a Potenza en su mirada y dijo:

—Pero todavía allá se puede vivir…

Potenza se entusiasmó con esto:

—Yo tengo aquí seis meses —dijo— y me siento muy bien. Solamente de noche tengo que levantarme y regar creolina en las puertas, porque desde allá —señalaba la sabana llena de árboles canijos— llegan ellos y se orinan en las entradas.

—¿Quiénes? —indagó Cachupo.

Potenza miró a su alrededor, como si temiera que alguien lo estuviese oyendo, y acercándose a Cachupo le susurró al oído:

—¿Usted no lo sabe?

Cachupo se detuvo un instante intrigado. Sentía que la saliva le afluía abundante a la boca.

Potenza continuó:

—Desde el campo llegan y rodean la casa, sueltan su pestilencia, se arrastran y gritan como humanos y en la madrugada desaparecen.

Cachupo se dijo, mascullando las palabras: "Siempre piensa en muertos y fantasmas".

Potenza se le acercó y, con un gesto de entendimiento, lo invitó:

—Véngase por aquí.

Caminaba por entre las trozas de madera con verdadera maestría. Movía todo el cuerpo y sudaba. En el aserradero el ruido se hacía casi humano, elevándose a veces como un alarido. Cachupo seguía a Potenza de cerca, pero cada vez que se empinaba, el alambre le rasgaba la carne que le ardía como si le echasen sal.

Cuando llegaron al extremo de las construcciones por detrás del aserradero, Potenza dijo a Cachupo:

—Allí donde ve aquellos maderos, todavía en el aire, estaba la torre de fuego y el viento enloquecido la hacía flamear como una bandera de oro.

Potenza reía a carcajadas cortadas por el hipo. Lentamente se fue calmando, con la mirada fija en las ruinas. Pensó: "Ella está allí. Mientras el fuego temblaba y subía, ella miraba por la ventana, sorprendida, sin comprender. Después de todo, quedó como en el mar cuando la tempestad termina: un apaciguado trajinar sobre la playa cubierta de esqueletos".

Cachupo, ladeando un poco la cabeza y mirando alternativamente al hombre y a las ruinas, dijo:

—A mí me garantizaron que lo que el fuego destruye no muere. El fuego es el padre. Tiene manos y ojos, pero hay que tener coraje para verlo vivir.

Potenza contestó, con cierta solemnidad:

—Yo no tuve miedo. Yo quise entrar, yo hubiera entrado, pero me agarraron y me amarraron.

Cachupo, en tono vago y confidencial, bajando la voz, dijo:

—Y ellos, ¿vivían allí también? ¿Estaban con ella?

Potenza convino:

—Sí, allí vivían. Ya le dije que eran como perros mansos, pero lentos y pegajosos. Los que huyeron dejaron todo cubierto de gruesos pelos húmedos.

Cachupo movió los dedos largos y flacos, luego, señalando las mismas, advirtió:

—Me gustaría ver algunos de esos bichos.

—Bubúes —corrigió Potenza.

Cachupo empezó a hacer gestos…

—Me parece que se tienden en medio del camino. Si yo tuviera una carabina como esas que pintan en los avisos, me entendería con alguno de esos bichos.

—Bubúes… bubúes… —corrigió exasperado Potenza.

Cachupo volvió la cara, sin darse por aludido, hacia el aserradero lleno de humo azul. Por la carretera una densa polvareda presagiaba lluvia. Cachupo movió la cabeza y dijo:

—Yo he nacido entre estos animales. Les sé ver los ojos de noche y les oigo las pisadas; les conozco el resuello.

Potenza se le acercó y le dijo:

—Usted debía quedarse aquí, así los domesticaría…

Cachupo levantó la cabeza y miró hacia el aserradero:

—Yo sé que tengo la sangre liviana para estas cosas. Cuando yo era camionero y parábamos en algún pueblo, me decían: "Este viene de los garzales; este debe saber de garzas y peonías".

Haciendo una pausa, como si mezclara los recuerdos, continuó:

—Había un pueblo que yo reconocía por el olor, como a una mujer. Cuando íbamos llegando, yo decía: "Ya empiezan las mandarinas…". —Moviendo la cabeza, haciendo ruido con la boca, nostálgico, concluía—: Y esto era siempre por la tarde…

Mientras hablaban los dos hombres, regresaban. Potenza, que había estado pendiente de su vestido blanco, dijo, escupiendo como lo hacía siempre y con tono demostrativo:

—¿Sabes manejar una carabina?

Cachupo sacudió afirmativamente la cabeza y respondió:

—Siempre me ha gustado poner el ojo en una mira; es como jugar con algo que está más allá de nosotros.

—Tienes razón —dijo Potenza—. Cuando a través de una mira se descubre el blanco, le entra a uno en el cuerpo un calor y un mareo de borrachera.

Cachupo vaciló un instante, y luego dijo:

—El cazador que no sepa de sonidos, de pisadas ni de huellas, está perdido.

Potenza se aprovechó de esto para decir:

—Por eso, los novatos se matan entre sí… no saben oírse.

Cachupo se rascó la cabeza:

—Seguramente por eso…

Potenza se volvió de pronto y le dijo:

—Pero no me explico cómo puede agarrar la carabina.

—Soy zurdo —dijo Cachupo.

Y Potenza, corrigiendo su pensamiento:

—Quiero que se quede aquí esta noche. Así podré dormir tranquilo, sabiendo que hay otro que también piensa en ellos. Pero debe estar en guardia. Espere…

Entró con pasos lentos, contados, en el aserradero, donde por momentos las hojas de metal parecían estallar. En poco tiempo volvió con una carabina terciada al hombro y desde la puerta, extendiendo el arma, dijo a Cachupo:

—Pruebe a ver si es verdad. Dispáreles desde lejos… No permita que se le acerquen porque estará perdido.

En el aire flotaba una pesada sensación de cólera. Cachupo se sentó en un montón de aserrín y se quedó mirando el camino. Por la línea recta de este zumbaba el motor de un camión.

Cuando comenzaba a cabecear, dominado por el cansancio, lo despertó el ramalazo de una presencia extraña. Desde las colinas de sombras verdes y negras, desde la noche aposentada ya como

melaza sobre las cosas, empezaron a surgir, arrastrándose, dedos mucilaginosos que pululaban como gusanos alrededor de la sombra de su mano.

Un golpe de náusea le hizo arquear su estirado cuerpo. Entonces se posesionó de Cachupo un extraño frenesí, y echándose a la cara el viejo aparato apretó el gatillo. Los fogonazos iluminaban aquellos dedos monstruosos que se recogían sobre sí mismos y pegándose a la tierra se vaciaban, mostrando sobre la piel la huella prúsica de la pólvora. La recámara del arma se enrojeció y el aire alrededor de Cachupo se fue cubriendo de humo negro y maloliente. Todo se le había hecho confuso. Solo escuchaba distintamente el ruido de las cintas de acero en su cabeza.

La sombra y su cuerpo, su sombra. Los fogonazos, la noche y los bubúes, siempre más cerca, la muerte.

*

El negro Cachupo pensó que después de aquello no era necesario decir una palabra a nadie. Cuando salió al camino, instintivamente, sacudió su ropa. Por vez primera notó que el pantalón tenía una mancha de sangre adherida como un parche. En la carretera resplandecía la arena y a lo lejos, sobre las copas de los árboles, el polvo que levantaba un camión parecía un enjambre desorbitado.

Cruzó el camino casi de un salto arrastrando los viejos zapatones. Con movimiento salvaje se abrió paso por el denso verbenal y buscó refugio entre los árboles. Abajo, en un barranco, apareció como un ojo ciego el agua verdosa de un pozo. Descendió. Sin agitación aparente comenzó a desnudarse. Apartó la verde capa de limo que se aposentaba sobre las aguas y con pausados movimientos de saurio se introdujo en el lodo tibio del charco. Una turbia sensación de

bienestar lo colmó. Desasido de todo se abandonó sobre la hierba de la orilla a un sueño reparador.

Cuando despertó ya el sol bañaba el redondeado vientre de las colinas. Por la noche, la lluvia había mojado su ropa. Sin embargo, se vistió alegremente y buscó entre los árboles algunas raíces comestibles. Salió a la carretera. Mientras caminaba, la ropa se le secaba sobre el cuerpo.

Pensó: "Hay veces que los sueños nos dejan un amargo regusto de placer, de turbia alegría, de irrazonable triunfo".

Entre tanto rumiaba estas ideas, marchaba con pasos cortos y sin prisa, bordeando la carretera, alejándose de aquel lugar donde solo quedaba el balido triste de alguna cabra y el golpe plomizo del pájaro carpintero sobre el negro Cristo suspendido a la entrada de la selva.

El sol se le reunía en los cabellos y en los ojos y lo transformaba en una momia roja. Toda su vida eran estos caminos, estos sueños y estos fantasmas. Algo dentro de él le iba diciendo:

"Cachupo, te conozco como a un espejo…

"Cachupo, espera que te quite las hojas que aún te quedan en el pelo.

"Cachupo, ¿junto a qué hoguera, a qué pozo, a qué mujer, velarás tu última hora?

Pero en las colinas, donde la noche lo llenaba con su grito, en los caminos que le confundían sus pasos y en las aldeas donde aparecían sus fantasmas, su carne crispada, su cuerpo magro y su mirada insomne, desesperada, lo defendían y lo llamaban: Padre. Árbol negro, tiznado, solitario, vestigio último del gran incendio. Cachupo.

(1950-1952)

Hacia los bellos días

But one thing we learned:
there is no glory in the deed.

HERBERT READ

I

Sí, él está ahí: detrás. Tiene las pestañas espesas como membranas de carne. Los ojos tensos y ardientes. ¿En qué misterioso tiempo viven estos ojos tan apasionados en su muerte? Vuela a mi alrededor con un vuelo denso de murciélago y descarga sobre mí la silenciosa noche terrestre.

Mi pensamiento no puede eludirlo…

Razono para mí: "Acaso haya muerto; entonces me habré liberado de su presencia". Tal vez él no ignora mis pensamientos. ¿Y si en su rostro lívido, atrozmente amoratado, apareciera su sonrisa blancuzca, esponjosa y fría?

No quería que inútilmente la sangre se precipitara en mi cuerpo. Me exigía una decisión. Me defendía como bestia ciega, herida en la oscuridad. Lastimosamente, pedía piedad a esa visión que bullía en mí. Decía: "Dios, ¡ampárame!". La respuesta era una bofetada. Sentía entonces que un grito me circulaba por dentro como una quemadura de cal hirviente. Experimentaba el agudo deseo de encontrar algo que me dijera: ¡Sí! La única respuesta para él: indiferente, absurdo, lejano; pero así y todo, era una respuesta. Esto lo creía, porque en cualquier circunstancia era una presencia humana capaz, en todo caso, de responderme con su sangre.

El desconcierto hacía que las lágrimas subieran a mis ojos. Sabía que las lágrimas algunas veces embotan el miedo, lo reducen a un sentimiento general de impotencia o de resignación, pero ¿cómo cruzar ese salvaje resplandor de incertidumbre?

La carne toda miraba hacia atrás. Una mano me blanqueaba con su sal de fuego. ¿A qué esconderme? ¿No se hallaba él ahí? ¿No estaba lo suficientemente cerca como para tocarme la frente con su mano helada? Podría levantarse y escupirme, ampollarme la cara con sus salivazos y cegarme los ojos con la ira de sus dedos. Pero, por otra parte, ¿quién hubiera podido decirme: "He levantado sus párpados y he visto sus pupilas fijas, vacías, inmemoriales". ¿No se hallaría allí extraño a todo, con sus pobres cabellos relucientes de vieja grasa de muerto, cubierto el cuerpo por una película de ceniza reciente, con su boca abierta, mostrando las encías ya negras y sacudiendo el rostro con sus eructos póstumos?

Todo esto podía resultar cierto, pero para mí no había solución ni verdad en ninguna de estas suposiciones. Cualquiera de ellas era y no era. Experimentaba la sensación de que solo me faltaba un estímulo para que mi voluntad adoptara una salida. En mi cerebro no había más que una nube negra, apelotonada y vacía. El cansancio había comenzado a invadirme, la saliva se me espesaba en la boca: el sudor cruzaba con dificultad mi barba rala. La indecisión, como una cuerda, se iba estrechando en mi garganta.

Confieso que es absurdo. ¿Era la adversidad la que me arredraba? No podía serlo, porque la vida no me ha sido nunca fácil y siempre hice frente, con éxito, a las circunstancias. Indefenso, sentía que las lágrimas arañaban mi rostro con sus garras ácidas.

II

Pensaba: "Ahora deseo la lluvia. Sentiría sobre la piel el líquido frío, cortante, y seguramente despertaría, vería con mis ojos, tocaría con mis manos, sentiría en la boca ese sabor extraño que se produce cuando nos quedamos pensando mucho rato". Por otra parte, ¿quién me decía a mí que efectivamente no llovía? La verdad es la que extraemos de la sangre sin edad. Lo que necesitamos es el fervor puro: no importa que sea blasfemia o plegaria.

Llovía. Esa era mi necesidad. Veía cómo la luna gruesa, sucia de lodo, se hundía poco a poco. Se elevaba de ella un olor de aceite mineral podrido. El agua resbalaba de la lona y me la hacía existente: vivía como una piel. La sentía con temor, el mismo que nos produce algo de lo cual dependemos. La lona para mí era una existencia extraña. La sentía unida a mis nervios, al fuego interno de las vísceras. No era un accidente más. Existía como los trozos de madera para aproximarme a la llameante atmósfera de los sentidos.

Todo lo que de mí nazca ha de ser alucinante: poseer el temblor primario de la tierra, el arranque elemental y puro de los seres.

El miedo había desangrado mi voluntad. Era la consecuencia de la incertidumbre, de la imposibilidad de cerciorarme si lo que se hallaba detrás de mí era, respiraba, odiaba aún, o solo yacía con sus zigzags de contracciones gaseosas, estériles, inútiles. Una cosa me era imposible: ignorarlo.

El agua caía de la lona y rodaba hacía mí a través de los trozos de madera, que de vez en cuando se agitaban, para luego latir sobre el barro con un entrecortado glu, glu. Rodeaba mi vientre y se escurría entre la hierba hacia él. De él me llegaba un rumor frío, insistente, colérico.

Si para acelerar todo aquello bastaba una respuesta, ¿por qué no la solicitaba? ¿Qué era necesario? Gritar, incorporarse y adoptar gestos determinados, ¿hablar simplemente de persona a persona?

Decir, por ejemplo: "Buenos días, fulano. ¿No siente usted que el tiempo está lleno de tensión y que de pronto nos hace vibrar una misteriosa energía? ¿Por qué me mira usted así?...".

Los demás piensan de uno cosas extrañas. ¿Tiene importancia que vivamos para mirarnos unos a otros, para luchar los unos por los otros, para que nos sea imprescindible buscarnos como ciegos en medio de la soledad? Yo requería en ese momento una respuesta, sin embargo, no sabía si entre él y yo existía la relación de tiempo que la hiciera posible. Pero ¿era que había alguien que pudiera escucharme? Yo mismo no estaba seguro de poder hacer uso de la voz para dar tal paso. Todo se escurría dentro de la posibilidad: dormía en esta agua de viscosas raíces flotantes.

III

A los lados de la vía de agua, la vegetación crecía con una exuberancia inusitada. Se levantaban tallos muy delgados, con hojas gruesas y deformes. Las raíces sobresalían como garras y flotaban voluptuosamente en el torrente. De la madera solo quedaban algunas astillas vagas, irreales.

La vegetación lo iba cubriendo todo alrededor de mi cuerpo. Las raíces se extendían de pronto como delgadas venas de aceite y el aire se hallaba saturado de ansiedad vegetal. La costra de barro que recubría parte de mi vientre, permitía a las raíces escalarlo. Bajaban apresuradas hasta las ingles o trepaban hasta el cuello, hasta el rostro: llegaban a los ojos. Comencé a luchar contra esta voraz irrupción de la naturaleza. Era insoportable sentir cómo estas delgadas venillas acuosas proliferaban sobre mi cuerpo. Muchas de ellas se me habían introducido en la boca y las cortaba con los dientes y las escupía desesperado. De nada servía que juntara fuertemente los labios. Hacían su trabajo con laboriosidad y rapidez y penetraban en la

boca, casi siempre por las comisuras. Yo escupía incesantemente raíces blandas, rabiosas, amargas. Tosía convulsivamente, pero la invasión poco a poco minaba mi resistencia. Aquel tejido de hilos vegetales me envolvía con toda firmeza. La nariz comenzó a sangrarme y la malla filamentosa se empurpuró como si de pronto se hubiera hecho incandescente. Las venillas de savia jadeaban sobre mí con una angustiosa sensación de sed. Demostraban una avidez espantosa, como si mi cuerpo solo fuera un cadáver corrupto. Yo escupía incesantemente una masa blancuzca y viscosa.

A la primera ola invasora siguió otra aún más feroz. Escuchaba perfectamente el crepitar del ejército de menudas venillas de savia y sin que pudiera impedirlo, estas se introdujeron en mis oídos. Primero fue un cosquilleo angustioso: quería gritar, pedir auxilio. Pero un momento que las hubiera dejado libres e inmediatamente habrían llegado a la garganta. Las que penetraban por los oídos engordaban como bulbos y de vez en cuando estallaban bañándome el rostro con un caldo espeso, que poco a poco se juntaba en grumos que rodaban como leche cuajada.

Por esas mismas raíces que me llenaban los oídos, escuchaba crecer el mundo vegetal con fuerza rabiosa, como si fuera la última, la definitiva eclosión.

IV

Las raíces comenzaron a estrangularse entre ellas mismas. Subían por los débiles tallos y las hojas carnosas caían con ruido vago sobre la tierra, para ser devoradas con furia de incendio.

La vía de agua empezó a hacerse espesa. Bajaba en pequeñas oleadas, untuosamente, llevándose por delante los residuos de la monstruosa vegetación.

Lo que realmente me desesperaba no era la situación en que me encontraba. Algo me decía que mi cuerpo luchaba con éxito, que mi carne se defendía apasionadamente de la red de tentáculos acuosos. Lo que verdaderamente me mortificaba era la incertidumbre acerca de las condiciones en que se hallaría él.

Esta preocupación, como es natural, disminuía mi fortaleza y daba lugar a que los filamentos viscosos, como si adivinaran mis pensamientos, cobraran fiereza inusitada. Porque si él se hallaba ahí, vivo, palpitante, sonoro, tembloroso aún de roja esencia mortal, las raíces que se reproducían con espantosa inocencia lo estarían ahogando implacablemente. Él, que era mi sola respuesta humana, estaba siendo irremediablemente aniquilado. Ya no tendría la posibilidad de contar con la única ayuda valiosa en la heroica tarea de rechazar aquella invasión de raíces palpitantes y sensibles, en dirección al mundo que les era propio y al sentido que las hacía esenciales.

Me laceraba el no saber con seguridad si aún vivía o estaba muerto. Si todavía se hallaba vivo, podía contar con que la carne no se deshace, no se entrega sin lucha. Es tenaz en eso de dejarse arrastrar por aguas definitivas.

A todo esto, la untuosa corriente llegaba ya muy cerca de mí. Veía su lengua sucia y sus ojos fríos mirarme despiadadamente. Con intermitencias escuchaba un ruido que era como el saltar de un sapo: plop… plop, y la corriente de espesa grasa se desplazaba lenta. La lona, ante la inminencia de aquella masa parda que rodaba pesada con sus vetas grises y verdes, como si se tratara de una gruesa capa de sesos y médula derramados, tuvo repliegues instintivos. Pero toda su voluntad y todo su miedo no podían vencer la inercia de su condición. La corriente de lava vegetal, de tardos, torpes movimientos y olor repulsivo se acercaba ya, definitivamente, a la lona temblorosa de espanto. Ya la llenaba, se extendía por debajo de ella y venía hacía mí. No había misericordia en aquella masa de materia plomiza. Ciertas inminencias de lodo que se hallaban ante

mí le opusieron débil resistencia, pero todo fue inútil. Ahí estaba. Ya lamía los costados de mi cuerpo. Ya sentía sus pasos de edredón sobre mi carne cubierta de barro y raíces. Las raíces giraban, se retorcían como si se estuvieran achicharrando y explotaban engrosando aquella serpiente de anillos trémulos.

A mí, en cierto modo, no me disgustaba la situación, porque la espesa sustancia llegaba cuando ya las raíces comenzaban a romperme la lengua en pedazos y a penetrar hacia mi garganta, de tal modo que lo que masticaba y escupía eran trozos de mi propia lengua. Aquella materia grisácea producía, por otra parte, un olor desagradable, que se expandía en el aire, comunicándole un color morado profundo. Poco a poco me invadía un sueño que me iba alejando lentamente de la fatigosa realidad. Era como una ráfaga de viento seco y ardiente.

Sin embargo, esta realidad que me torturaba se me había hecho necesaria. Me dolía abandonarla. No quería secar este río de sufrimiento. Era lo que necesitaba reconocerme a mí en el otro. Él, que se encontraba ahí detrás, a pocos pasos de mi cuerpo. ¿Por qué mi voz no le llegaba, ni la palpitación de la carne que solo pedía un leve gesto de sus pestañas, un tenue movimiento de su boca? Nada más deseaba. Me bastaba este "sí" para saberme nuevamente en el tiempo. Para cerciorarme de que existía, de que sufría como yo y que como yo sentía una invencible repugnancia por este mundo que violaba todas las leyes, que desconocía las normas regulares de su vida desde la oscuridad primaria del mundo.

Pero si él vivía, ¿por qué no me acompañaba en esta lucha que sostenía contra los monstruosos hechos? No, se quedaba allí, sordo, inmutable, como un "hecho" también. Sin embargo, yo no podía abandonarlo, era la única presencia humana, haz de luz en la oscuridad, y eso bastaba.

V

Aunque la masa gelatinosa iba cubriendo mi cuerpo, yo me sentía extrañamente bien. Algo me recorría con un lento oleaje. ¿Me movía? ¿Era la tierra la que me negaba con violencia de espasmo? De todas maneras, esta masa gris, cuyo olor denso me envolvía, había comenzado a lamer mi cuello. Trepaba por mi barba hacia el rostro. Cubría la inclinación de mis mejillas.

Cerraba la boca, mas sentía un peso que se acentuaba lenta pero firmemente. Soplaba por las fosas nasales y escuchaba cómo el líquido se hacía burbujas. Ya no me era posible sostener la presión sobre los labios. Aún no había pasado de los dientes. Los músculos hacían algunos movimientos para expulsar la masa espesa e inevitable. No había nada que hacer.

Una laxitud extrema recorría todo mi cuerpo. ¿Es que me había entregado ya? De cualquier manera, era muy poco lo que podía defenderme. El cuerpo no quería acompañarme. En la lucha quedaba solo con mis pensamientos. Las mandíbulas se habían relajado, los dientes comenzaban a aflojarse y un chorro de corriente pastosa me llenaba la boca. Los restos de mi lengua se movían hacia atrás, hacia la garganta. ¿Aún me preguntaba si no era yo una raíz que luchaba contra su condición? En todo caso, estábamos en primavera y la savia circulaba delirante. La tierra, aunque un poco triste, se abandonaba a esta brotadura, a este crecimiento espontáneo.

El tiempo me había sepultado entre sus músculos radiantes. Desde ellos luchaba aún por reconocerlo a él, por escucharlo y por sentir sus movimientos. No lo había abandonado y, estoy seguro, no podría abandonarlo jamás. Solo con él contaba y ya fuera desde su realidad o irrealidad, él me miraba y junto conmigo padecía y se alegraba en la tierra.

Ya no me cabe duda de que la vida que no me transcurre en el sueño tiene que soportar la horrible incertidumbre de si los demás

existen. Solo en el sueño nos rodeamos de presencias humanas y bellas. Únicamente él puede hacerme sentir vivo y en mi justa claridad. Es la hazaña de los elementales.

Definitivamente, sé que voy hacia los bellos días.

(1950-1952)

El hilo

Era una mujer menuda, con los ojos apasionados, algunas veces tristes; sonreía vagamente, como si la causa de su risa no fuera nunca nada determinado. Había, por otra parte, algo oscuro en ella que nunca penetré bien.

Yo no pensaba ni deseaba su muerte, pero con frecuencia me sentía interiormente alegre ante la perspectiva de un futuro, de cuyo advenimiento no dudaba, en que la vida sería por lo menos diferente. Intuía la posibilidad de mirar los seres y las cosas bajo una luz distinta; de ver surgir un mundo de nuevas proporciones; entonces cambiaría el destino de la tierra y yo podría llenarme del gozo profundo de la vida. Creía que fatalmente en este mundo redescubierto ya no habría lugar para "sus cosas".

Hoy me encuentro exactamente a un mes de su desaparición. No me importa recordarla, pero he comprendido que las cosas que le eran inmediatas, aquellas que reproducían todo su esplendor humano, se hallan absolutamente intactas. Son las mismas cosas; el odio como una grasa las preserva contra el tiempo, despiadas en su certeza y naturalidad. Repito, no me importa recordarla. Pero ¿por qué ha de imponerme aún las condiciones a las cuales hubo de adecuar su vida? ¿Por qué trata de forzarme a su verdad, de imprimir a mi vida el sentido de la suya?

Durante más de veinte años me ha dominado la terrible ansiedad de construir mi propia verdad, de disponer a gusto las razones de mi existencia, y cuando parecía que iba a lograrlo, su circunstancia, la de ella, se me echa encima y me anonada nuevamente.

Por eso he venido hasta aquí, a pedirle que nos reconciliemos, mejor dicho, a rogarle que se reconcilie conmigo, que me deje en paz. ¿Es necesario que aún después de su muerte cierna sobre mí su mirada irónica, su voz rencorosa, falsamente amable?

Es sábado y el camposanto parece una feria. Numerosos dolientes se dedican sin ningún signo de recogimiento a limpiar las tumbas y poner flores nuevas en los vasos de mármol. Hay, sin embargo, un anciano arrodillado sobre una pequeña tumba sollozando todo el tiempo mientras acomoda algunas calas sucias sobre la parda tierra.

El viento gira entre los cipreses trayendo un melancólico olor de gramíneas. Ella está enterrada allá arriba en el campo de nadie. Sobre un ladrillo de arcilla roja, un número escrito con brea ha sustituido su nombre. En la tierra que la cubre no hay una sola flor, pero a su alrededor el campo brilla y se escucha un rumor misterioso de pájaros.

Me he sentado al lado de su tumba y la he llamado. La tarde se vuelve lechosa y tibia. El mundo se recoge en una piel sonora y fragante.

La llamo y le ruego que me deje en paz. Hasta mí llega su voz, la misma voz aún sorda, velada por la cólera, con la cual aquel día me pidió le buscara el fatídico ovillo de hilo.

II

"Pablo —me dijo—, abre el armario y pásame la caja de costura". Me volvía hacia ella. Sentada en la cama me miraba con ojos maliciosos. Miré su pecho y la bata sangrienta me produjo una invencible repulsión. Pensé que en parte era culpable de la suciedad en que vivía mi madre. Sin responder nada fui al armario, tomé la caja con dedos torpes y automáticamente la coloqué sobre sus rodillas.

"Pablo —gimió con voz que quería ser dulce, poniendo su mano blanda y pesada sobre la mía—, ¿te pesa tanto servir a tu madre?".

Su mano me transmitía el odio profundo de su voz y sin saber exactamente por qué, la orina comenzó a empapar mi pantalón y a producirme un espantoso escozor en las piernas. Retiré la mano con gesto espasmódico. La suya cayó inerte sobre la colcha aceitosa que cubría su cuerpo, pero los ojos tibios, sardónicos, continuaron apoyados sobre mí, como dos moscas grandes y viscosas. Sentía la sangre rancia. En un rapto de violencia grité. No recuerdo si fue a ella. Grité, vomité toda mi angustia y mi torpeza. Corrí desesperado hasta mi cama, que se encontraba en el otro extremo, tomé el saco y me volqué hacia la luz, hacia el día, como agua empozada libre repentinamente. Pero todo fue en vano, no pude salir. Un cordón de repugnancia se me anudaba al cuello y me ahogaba. ¿Era posible que insultara a mi madre en esa forma y luego me marchara desvergonzadamente? El corazón latía furioso y lágrimas marcaban mi rostro con hierro de fuego. Me devolví y me acerqué humilde y arrepentido a su lecho. El sudor que empapaba mi frente caía en gruesas gotas. La observé y la vi tranquila, pesarosa, con los ojos bajos. En aquel momento me hallaba preso entre sentimientos contradictorios y ella, que lo sabía, me dejaba revolcar allí. En su gesto no había perdón. Me incliné y besé su frente. Comprendió el insuperable desagrado con que mis labios se posaron sobre su piel que manaba un sudor frío y hediondo. Turbado y buscando una salida, le dije:

—De nuevo veré al médico. Tú conoces lo dicho por él. Dijo que no debes hacer esfuerzos ni levantarte. Te suplico, mamá, que no te levantes. Me darías un gran consuelo si reposaras como lo ordenó el doctor.

Con voz sibilina, impregnándola con el odio y el amor de que era capaz, me murmuró:

—No necesitas esconderte detrás de mentiras. No quieres que te haga la comida porque me tienes asco. Te repugna todo lo que hago por ti.

Ha debido ver el golpe de sangre que me llenó el rostro, porque sintió miedo y se recogió más en sí misma. Cuando logré reponerme, tratando de conservar el aplomo, aunque me encontraba desazonado, le respondí:

—La verdad no es esa, mamá. —Aunque en verdad estaba harto de los pesados mazacotes que me preparaba—. Tú lo sabes bien. Lo que sí me repugna es lo que no haces por ti.

No respondió. Yo también guardé silencio. La lucha había cesado momentáneamente. Veía su mano alisar la colcha que caía sobre sus piernas estiradas. El rostro le relucía de grasa. Los ojos nerviosos y rojizos reían en silencio. Pensé que el día anterior había cumplido mis treinta y cuatro años.

III

La nicotina me tiene intoxicado. No fumo, pero, lo que es peor, trabajo desde hace cerca de ocho años en una fábrica de cigarrillos. He comenzado a quedar calvo y la piorrea ha aflojado algunos de mis dientes. No he querido casarme. No he tenido tiempo de pensar en ello. Aunque no soy viejo, sé que no puedo iniciar nada hermoso en este mundo. Mi madre me reprocha siempre que yo busco una oportunidad para abandonarla, que no me importa verla morir en la calle como una mendiga o en el hospital. Pienso que me hace mal; me odia y solamente viéndome en el infierno me amaría. ¿Por qué quiere destruirme? ¿Por qué se empeña en llenarme de oscuridad? Quizás su crueldad se deba a mi falta de humildad y me he propuesto ser más humilde aún; me agacharé hasta el suelo para que escupa sobre mí, si lo desea.

Estoy de vuelta a casa. En la calle me llamaron algunos conocidos, pero no hice más que saludarlos ligeramente. Nunca he tenido tiempo para hablar un rato con mis amigos de asuntos sin importancia. Todo lo he sacrificado al deber. Hay dos o tres muchachas que se reúnen cuando salen del trabajo. Deben vivir cerca de casa, porque con regularidad las encuentro en mi camino. Una de ellas me mira extrañamente, sobre todo cuando pasamos por la margen del parque. Me inspecciona desde su distancia, con los ojos arrugados como si fuera miope. Quizás le agrado; posiblemente sería mi amiga y hasta mujer mía si decidiera acercármele. Me duelen los pensamientos. Mi madre no debe sospechar siquiera que estoy pensando en esto.

Cuando entro en la casa tengo fiebre. Ni siquiera me fijo en los niños que corren por el patio. Me agrada verlos. Casi todos son morenos y tercamente inocentes. El patio de la casa se halla nublado de sábanas. Mujeres entran y salen de sus cuartos, con aire privado, rodean sus gestos de estúpida intimidad. La vecindad hierve.

Empujo la puerta de mi habitación. Un olor horrible como la vida me sale al encuentro. Me digo para mí: "Pablo, ¿crees que así huelen los muertos?". En voz alta me respondo: "No, solamente los vivos somos capaces de ensuciar el bello aire tibio con nuestros olores mezclados y espantosos".

Cuando los ojos se acostumbran a aquellos objetos que como una maldición he tenido que aprender diariamente, pues todos los días cambian de forma, de sitio, de contenido, de espesor, de vida, veo a mi madre con los pies fuera de la cama. Malhumorado, le reprocho:

—Debías estar acostada.

Casi llorando me responde:

—No, Pablo, el hilo…

—Pero, mamá, por favor, ¿de qué hilo hablas? Te pasé la caja, ¿no lo hallaste ahí? Además, puedo salir y comprarte un ovillo nuevo, si lo quieres.

—No, Pablo —me contestó—, yo tenía el hilo. Ahora no está, no lo encuentro. ¿Tú no puedes ayudarme a buscarlo, verdad?

¿De qué no soy capaz yo por no sentirla, por no escucharla? Estoy desesperado. Me arrodillo sobre el piso y comienzo a arrastrarme por el suelo como un animal, buscando aquel hilo diabólico. Algunas lágrimas salen de mis ojos y me queman. La vida, pienso, no puede ser más vil, más sorda e implacable. El piso está cubierto por una capa lustrosa de mugre. Las manos se deslizan con dificultad y el pantalón se ennegrece en las rodillas. Me meto debajo de la alacena, miro detrás de los baúles, me escurro debajo de su cama y quedo bajo su cuerpo. En la semioscuridad extiendo la mano en busca de ese ovillo de hilo, sin sentido, absurdo, y registro los bordes de la pared. Un escalofrío profundo hace tiritar mi cuerpo, cuando mis dedos tropiezan con algo mucilaginoso y vivo. Eso me abrasa los dedos y la sangre. Me doy cuenta de lo que quiere. Desea que termine como ella, asfixiado por la tos y la angustia. Desde arriba, su voz implacable me recomienda:

—Pablo, registra bien los rincones. No dejes a tu madre sin el hilo. Toda la mañana lo estuve desenredando y ahora no lo encuentro.

*

La cabeza semicalva de Pablo comenzó a sudar. La fiebre se le vertía por los ojos y todo se le aparecía borroso. Desde donde se encontraba buscando el ovillo de hilo, levantó un poco el rostro y miró la imagen iluminada por una lamparita de aceite. El hilo empezó a enredársele en el cerebro. Era una malla espesa, retorcida, nudosa, a trechos desenvuelta. Lo invadió la sensación de que todos sus movimientos tropezaban con una red de infinitos hilos, como si invisibles liliputienses lo estuviesen atando. Quiso llevarse las manos a la nuca, pero no lo obedecieron. Le parecía que de pronto

los ojos se le iban a caer como dos gotas de plomo. Las náuseas lo embargaron.

Buscó por todos los huecos del cuarto. No quería resignarse a soportar la insistencia de su madre acerca de aquel hilo. Pero no encontró nada. A la una oyó el pito de la fábrica, y sudoroso y hambriento como se hallaba se dirigió al trabajo.

IV

Murió el veinticinco de septiembre. Cuando regresé de la fábrica, por la tarde, encontré el vecindario reunido frente a la habitación. Algunos vinieron compungidos hacia mí: "Pablo —me dijeron—, nuestro pésame. Lo sentimos mucho". Me sacudió, no puedo negarlo, una alegría interna que se me manifestaba por un hipo desagradable y repetido. Entré a la habitación y la encontré tendida en la cama, cubierto el rostro por una sábana, a través de la cual, sus ojos, seguramente, me escrutaban aún imperiosos. Salí del cuarto. El viento me envolvió con un abrazo turbio y comprensivo. En poco tiempo arreglé el asunto de la funeraria.

*

Yo conocí a mi madre a causa de un hombre y cuando tenía diecisiete años. Antes la había ignorado. Ese día comprendí que existía un círculo de seres y de cosas al cual debía prestar atención, ya que tarde o temprano, como un anillo, se cerraría sobre mí.

Tiempo después cayó enferma y tomé un sitio en la cigarrería. Ocho años llevaba respirando el olor acre del tabaco. No me quejaba, pero ella cada día se mostraba más celosa de la escasa salud, de la precaria vida que arrastraba y sin cesar me atormentaba. Todo

lo había convertido en motivo de sufrimiento. A medida que su destrucción se acentuaba, pretendía acelerar la mía. Yo me resistía, pero ella implacablemente hacía su trabajo.

No puedo decir que el sentimiento de alegría que me conmovió aquel veinticinco de septiembre fue el de una feria vulgar. La verdad es que sí sentí los huesos más ligeros, la carne más libre y los ojos brillantes y generosos. El mundo me presentaba un aspecto nuevo.

El velorio estuvo muy concurrido. Vinieron algunos compañeros de la fábrica. Recolectaron algún dinero y lo pusieron a mi disposición. "Para los gastos", decían ellos compasivamente. Fue una manera de hacerme sentir más amargamente aquellas horas.

El plomero se me acercó, inclinó la cabeza y con voz asordinada, me preguntó:

—¿La quiere mirar por última vez?

No pude negarme. Fui hasta el ataúd, que ya despedía un cierto olor diferente a todo, extraño, turbador, como que era el olor de la muerte, y levanté el sudario. Le habían atado la barbilla a la cabeza con un pañuelo, para evitar la mueca horrible. La vi, tenía los ojos amarillos y sonrientes. En su profundidad gaseosa persistía una mirada irónica.

Cuando regresé a la silla, me di cuenta de que la muchacha de la fábrica, la misma que algunas veces encontraba en mi camino y me miraba desde su distancia, con su cara alargada y joven, estaba a mi lado.

Sin saber por qué me volví completamente hacia ella. Se turbó un poco, pero repuesta inmediatamente, me dijo, suave y lenta, sujetándose con nerviosidad el borde de la blusa:

—Pablo, siento mucho…

No la vi más, no la escuché más… Cuando abrió la boca, sentí la voz fría de mi madre pedirme suplicante el ovillo de hilo.

(1950-1952)

Torbellino

Torbellino lo arrebatará de noche.

JOB 27, 20-22

I

La lluvia era un lento arrastrar de cueros sobre la tierra. Rosadas víboras de leche palpitaban en el barro tibio y como humo de sangre se despeñaban por las grietas silenciosas. El viento enloquecido golpeaba el flanco de la montaña y el sudor espeso de los árboles, como un rebaño ciego, empujaba la oscuridad. Los líquidos de la noche desollaban los ijares sangrantes de la sierra.

Primitivo golpeó el frío con su voz de hacha. El grito se expandió como un derrumbe:

—¡San… taa!

Entre la furia de las aguas y del viento, se escuchó el ladrido de los perros.

La roca erguía su brillante cabeza y aspiraba el olor salobre y agrio de la noche, recubierta por el agua, como una cabellera de niebla, mientras el páramo se estremecía bajo el sordo estertor de su garganta. El cielo le golpeaba la espalda con pesado puño. La roca clamaba y ofrecía el rostro al castigo sonoro del espacio. En la tiniebla de la tierra latían los árboles y la sangre restregaba su hocico contra la húmeda superficie.

Santa se detuvo. Alrededor jadeaban los perros. Sangraba luz, por eso le lamían las piernas frías. El viento le apretaba entre sus músculos coléricos. Sintió las fauces hambrientas besarle el cuello tenso y ardiente. El cansancio la fundía por dentro. El vestido empapado le ceñía el vientre redondo y tibio, donde el ombligo insinuaba su llama a través de la tela. Más abajo estaba ese olor que la mordía suavemente.

Como un látigo levantó la voz y los perros se lanzaron contra el ganado. Las plumas de la tiniebla ablandaban la tempestad. El ganado descendía asustado.

La niebla embestía contra los cerros, y a través de ella, se escuchaba el fatigoso resollar de los animales. Algunos resbalaban y caían en las gruesas corrientes que aumentaba cada segundo. De las ubres de las vacas fluía leche tibia que se juntaba con el agua cruda, agria. Los becerros hundían sus hocicos en el fango reciente y graso, y mugían suavemente, resignados bajo aquel plumaje asfixiante. Una vaca quiso trepar el barranco, pero resbaló cayendo con ruido amplio al agua. De pronto se sintió un vacío y las rocas volvieron a surgir victoriosas.

Santa escuchó nuevamente el grito. La ansiedad la guiaba como una mano.

II

La noche ardía en lívidas llamaradas. El viento arrancaba de la profunda humedad del páramo una nube densa que lo envolvía todo, impregnando el aire de un olor ácido. En la extensión solo se destacaban formas vacilantes: animales, rocas crispadas, árboles arrancados de cuajo, arrastrados por el agua adornada y sombría. El barro era triste, pero existían aquellas piedras gigantescas que se destacaban contra el cielo, iluminando con sus ojos fríos y lisos la

tierra, que palpitaba como una mujer nocturna y frenética. Estas rocas podrían decir: hundimos nuestras manos en el barro, las sacudimos y sentimos la atmósfera cargarse de fuego. Como árboles puros desafiamos la noche.

Los toros se abrían paso en la niebla y Santa se sentía hundir hasta las rodillas en un cálido barro de pelos. La saliva se le agriaba entre las fauces relajadas y le bañaba las comisuras y la sedosa barba.

La voz negra y sólida del viento dominaba a lo largo de la vertiente y Santa oía crecer su sangre en medio de la tempestad.

La noche le llenaba todos los huecos de la sangre, la cual pugnaba por estallar y mezclarse ardorosamente a la batalla librada por las rocas firmes, tenaces, inexpugnables, contra la pesada fuerza del cielo.

III

En el fondo metálico del páramo repercutían los ladridos de los perros. Jadeaban convulsamente, y los ojos enrojecidos eran brasas dentro de las cuencas. La fatiga relajaba el sexo de algunos; dando saltos desesperados caían sobre el barro, aullando lastimeros. Los que pretendieron atravesar la corriente fueron arrastrados por la locura de las aguas. Un toro fue alcanzado por una estaca que dejó sobre su vientre una cinta roja. El barro lamía con fuerza las vísceras cálidas y el animal lanzaba mugidos cada vez más espaciados y cerraba y abría los espesos párpados, mirando por sus ojos vidriosos la confusa y ardiente humareda de resoplidos que se atropellaba a su lado.

Alisos y eucaliptos descuajados formaron poco a poco una rebalsa donde se acumulaban los detritus arrastrados por la corriente.

Comenzaban a desprenderse bloques de tierra húmeda, los cuales llenaban el páramo de un sordo y agitado rumor.

Primitivo comprendió que se produciría un derrumbe de toda la parte alta del cerro, en cuya estribación se levantaba la casa. Las

aguas retenidas habían contribuido a aflojar toda aquella zona de la montaña.

Los animales cubiertos de fango entraron al corral. En la caballeriza, coceaban los caballos y los perros se acercaban asustados chapoteando en el agua.

En la oscuridad, Primitivo sintió la presencia de Santa. Apenas hizo una pregunta:

—¿Se perdió alguno?

Santa pensó en el toro herido, y con voz lejana respondió:

—Un toro, creo.

Primitivo habló de nuevo, con la voz baja y ronca, como si temiera otra respuesta desagradable:

—Oí aullar los perros.

Sin responder, Santa los llamó a gritos. Pronto sintió que olfateaban en torno suyo.

Ambos se dirigieron al establo. Primitivo había tratado de protegerlo con un muro de piedra y barro. Santa sintió a su lado al hombre sudoroso y potente. Un vaho cálido y hediondo salía de los pesebres.

Caminaban con dificultad sobre el fango. De pronto, Santa dijo:

—Se está derrumbando el cerro.

Primitivo, no muy seguro, agregó:

—Sí, se está cayendo a pedazos, pero no creo que pase de ahí.

El páramo soplaba un viento frío y poderoso. El barro desplazaba su lengua amplia y viscosa, apoyándose en las paredes de la casa. Desde la altura, esta parecía una encía rota, desencajada.

El cansancio les producía fiebre. Comprendían que cuando la rebalsa formada artificialmente cediera, las aguas se precipitarían turbias, iracundas, y lo aplastarían todo entre sus pezuñas espumosas.

Desde la laguna, como si flotara, les llegó el aullido de uno de los perros. Primitivo, desconcertado, corrió hacia arriba tratando de localizar al animal. Cuando se alejaba, gritó a la mujer:

—Entra al establo, quizás la vaca nueva ya parió.

Cansada, agotada, Santa entró al establo, que la envolvió en un vaho desagradable. En la oscuridad, se arrodilló junto a un ternero recién nacido, el cual, una vez salido del vientre de la madre, se había echado sobre el barro fétido. La vaca mugía sordamente, y pasaba su lengua pastosa sobre el lomo blando. Santa trató de hacerle un lecho de paja húmeda. El agua se colaba por las grietas de la barrera de piedra y penetraba al establo. Entre tanto, se escuchaba el viento con su golpe incesante de hacha.

Tomó Santa la ubre llena de la vaca y la acarició. Acercó el ternero y un haz de leche caliente bañó el hociquillo moreno del animal. Instintivamente, este se lanzó contra el suave calor de la madre. El viento continuaba golpeando la oscuridad y la leche fluía ahora más liviana.

IV

El agua continuaba llenando el establo. Santa escuchó aullar los perros y gritar a Primitivo. El muro comenzó a desmoronarse. Comprendió lo que esto significaba. Sin perder un segundo, echó por delante a los animales, con gritos y piedras. No había más posibilidad que atravesar la rebalsa hacia la orilla opuesta. La creciente, en lugar de disminuir, continuaba subiendo impetuosa. Primitivo llegó jadeante con un perro herido en los brazos. Con la voz hueca por la ansiedad, dijo:

—Santa, la montaña se nos viene encima.

Esta, sin dejar de arrear el ganado, le gritó enérgica:

—Pasa los caballos, ¡que yo me encargo de los otros!

Con gran esfuerzo logró sacar a la vaca recién parida del establo. La juntó al resto de los animales y los obligó a todos a lanzarse a la

corriente, por momentos más salvaje. Sin embargo, las ramas y los árboles arrastrados lograban apaciguar su violencia.

Al ternero recién nacido hubo de abandonarlo en el establo; él intentó levantarse detrás de la vaca, pero gimiendo volvió a echarse sobre la paja fangosa. Entre el ruido de las aguas se escuchaba a la vaca bramar dolorosamente.

Los perros que habían quedado, rodeaban a Santa entre cortos aullidos. Ella se irguió, y aunque cansada, contempló al mundo oscuro que abandonaba. Sin pensarlo más, se metió en medio de la fuerte corriente. Los perros la seguían, aullando.

El viento del páramo llegaba en soplos envenenados. La tierra humedecida continuaba desprendiéndose en gruesas fajas.

Primitivo ayudó a Santa a salir del agua; demudada por el cansancio, cayó sobre la arena. La vaca, que había dejado al ternero, se acercó trotando hasta ellos: bramaba desesperadamente.

Santa dijo:

—No pude traerlo, pesaba demasiado.

Primitivo sintió las palabras de la mujer como un reproche, y murmuró como para sí:

—Traeré al ternero.

Desapareció en un torbellino de noche y agua. Pronto estuvo en la tiniebla del establo buscando el ternero abandonado. Los vagidos del animalito lo orientaron; agarrándolo por las patas, se lo echó sobre el cuello. El ternero, aún lleno de baba, le impregnaba el cuerpo de un calor extraño.

Cuando Primitivo se hallaba en medio de la rebalsa, forcejeando con el ternero a cuestas, la caída de un gran bloque de piedras produjo un intenso oleaje, que estuvo a punto de lanzarlo contra la malla de ramas que formaban la débil represa. Después de una feroz lucha contra la corriente y el fango, llegó extenuado a la orilla opuesta.

Santa los arrastró a ambos hacia los árboles, hacia la colina, donde los animales, ahora quietos, imprimían al paisaje una sensación

de seguridad. La vaca recién parida, que había olido al ternero, lo acariciaba con su pesada lengua.

De pronto, abajo, se oyó un trueno profundo. Santa supo que todo había terminado. El agua libre se lanzó como un ariete y la montaña resbaló bajo los efectos de un tajo. La noche pasaba su afilada cuchilla sobre el mundo.

El páramo detonaba aún. El viento ardía como una hoguera que hubiera vencido toda resistencia. Lejos, en las colinas del este, se escuchaba el ladrido miedoso de los perros y el largo bramido del toro. El hombre yacía sobre la hierba, atontado, y la mujer, a su lado, miraba la noche con los ojos enrojecidos por el sueño y el cansancio. Un olor a barbecho recién arado llenaba la atmósfera; el aire era frío y el cielo, plomizo y ciego. Santa tenía las piernas agarrotadas. Las deslizó sobre la hierba y sintió que los huesos le cortaban por dentro. En la oscuridad, oyó la respiración del hombre.

Amanecía. Ya el alba había estirado sus anillos de serpiente mansa y los pájaros todavía grises comenzaron a regar dorados plumones sobre el día. La madrugada olía entre las humeantes antorchas del barro. El viento bajaba en círculos furiosos y rasgaba con sus dientes salobres las formas confusas del día macilento.

Los cabellos de la mujer le caían sobre la cara, pegados, sucios; supuraban agua densa y fría. Una espesa capa de humedad había sustituido la lluvia. Sintió junto a sí al hombre y la tierra comenzó a llenarla con su aliento. ¿Era ardor, sueño, deseo? Sentía el sudor humearle en el interior de los muslos y lamerle el vientre con su lengua febril.

Sus ojos fueron cerrados por el último aceite de la noche.

(1950-1952)

¡Como Dios!

Tal vez nada sucede una vez y termina.
Quizás el acaecer no es único; sino que,
como las ondulaciones del agua cuando
se ha hundido la piedra,
avanza, se extiende…

WILLIAM FAULKNER

I

Sobre la tierra apareció una mano verde y con sus dedos estriados e innumerables empezó a tejer una líquida alfombra de humo. En el comienzo fue el humo, fueron ojos huyendo como pájaros y sonidos metálicos traídos por el viento. Fue todo lo que se depositaba sobre el río, espeso de cochinos y perros ahogados. En el principio fue el campo sembrado de maíz, con sus flores de rabioso plumaje y su amarilla barba flotando despeinada como una nube de ebrias langostas.

Autilo contemplaba la noche que nacía, con ojos fijos, más abiertos a medida que la sombra tocaba las estrellas; debajo de sus pies, o de su pie, o mejor aún de sus dedos, o del único dedo que dejaba huella, la arena —agua invisible— se iba filtrando, pálida, fina y pálida, como si estuviera tenuemente empapada de sangre.

Sentado solo en el patio, apoyando su cuerpo contra el muro, esperaba que vinieran a dar por él los pasos que se le negaban; entretanto, se complacía en aspirar el extraño perfume que traía el aire

y en comprobar bajo sus piernas el suave escozor de la arena. Desde el fondo del campo, como si atravesara un cuerno, parecía llegarle la voz de Lura Magina, turbia, mezclada con hojas y polvo. La luz y la sombra se confundían, parecidos a una muchedumbre agitada, y el aire se tiznaba de sordos ruidos intensos. Autilo desmigajaba entre sus dedos la lívida pulpa de un tallo.

Lura Magina era lo equidistante entre Lesubia y su vida. Porque Lesubia, su madre, de no estar muerta ya, pronto habría de morir, y todos, hasta el último de los seres en la casa de Alceo Jico, deberían pensar en cada uno de los detalles de su muerte, porque el fin de aquella mujer era como si de repente algo en la familia se rompiera y todos aparecieran desnudos, mostrando por sus cuerpos la medida exacta de sus limitaciones. Él pensaba que no era más un hijo de Lesubia, no lo volvería a ser. Una madre no es una madre porque conciba al hijo y lo alumbre; si en verdad lo es, ha de concebirlo y alumbrarlo aún después de su muerte y las virtudes o larvas del hijo serán simples larvas de su ceniza. Por eso si Lesubia muere, la misma que lo concibió y alumbró deforme, él morirá un poco más, se acercará, semejante a la hoja que tiembla suspendida en el aire antes de caer, al desenlace inevitable. Su madre le repitió muchas veces, sin fatiga, como si con eso justificara su vida: "Te levantarás, no volverás a arrodillarte ni te arrastrarás como ahora lo haces. Nadie más te mirará dormir sobre tus propios orines, sobre tu baba y sobre los sudores que te pudren, y entonces te irás y si alguna vez regresas a esta casa buscarás mi recuerdo y lo encontrarás como el de la mujer que te besó por primera vez sobre la frente. Y cuando el odio te suba por la garganta, te arañe los ojos y sacuda tu pobre cabeza de loco, buscarás mi recuerdo y lo hallarás como el de la mujer que te besó por primera vez sobre la frente". Autilo piensa que esto se lo dijo o se lo habría dicho o que en este momento lo estaría escuchando de aquellos labios desaparecidos. Pero sea lo que fuere, encontrándose condenado a la inocencia, deseó que el polvo, la ceniza de su madre

lo cubriesen como el agua al pez, así por lo menos estaría a salvo de otro semen, de otro vientre y ningún otro parto de mujer lo expondría a la luz como lo que era, una apretada nube oscura, una pequeña y sucia rata que estuviese mudando el pelo.

Caima escupe furiosa cada vez que escucha las locuras de Alceo Jico y expresa en voz alta: "¡Borracho, borracho!", pero recapacita y piensa para sí: "Lesubia no se ha marchado con ningún guardia rubio. Una mujer que tiene tantos años viviendo para su hombre no se marcha solo por marcharse. No es fácil irse un día u otro y dejar todo aquello que por nuestros esfuerzos gravita en torno a lo que somos. Porque todo lo que nos rodea es quizás nuestro único, nuestro verdadero placer; y así, lo que queremos ser o dejar de ser comienza por la palabra con que nombramos nuestras cosas, y es esto lo que nos halaga más adentro. Por algo han sido los mejores días de una vida, uno tras otro, contados como latigazos, comunicándole a los cacharros y a los muebles, a las paredes y a los pisos, a los árboles y a los animales, a la gente que ha muerto y a la que aún vive, la forma de estos ojos, que es algo más que una simple mirada; en realidad, es la mirada de nuestro corazón. Son los deseos y los miedos, chorreando como lodo desde la tibieza de la piel y de los sentidos, llenando de emoción las cosas, que terminan por ser ellas mismas el eco y el espejo de nuestra vida. Por eso ella, Lesubia, no se ha marchado con ningún guardia rubio como pregona ese cochino de Alceo Jico. Estoy segura. Pero ¿es que podemos hallarnos seguras de algo? De haberse ido… Bueno, de haberse ido es algo que le estaba sucediendo desde que nació. En todo caso, lo ha querido. Sencillamente ha hecho su voluntad y una mujer llama a muchas cosas hacer su voluntad. ¿Y si efectivamente hubiese muerto?

"Acaso no la escuchó esa tarde suspirar hondamente y con los ojos acuosos y amarillos decirle: 'Tráeme a Antino, pásame al pequeño, al Huevito —el niño no tenía pelo ni siquiera sobre las cejas, por eso lo llamaban el Huevito. Antino el Huevito —quiero mirarle

su carita redonda y triste'. Y yo misma llevé al niño a su cama y vi cuando los labios hinchados y secos de Lesubia besaban su cabecita monda. También es posible que Lesubia estuviese en el pueblo, o más allá, en la ciudad, o mucho más allá, porque nadie sabe, nadie, ni la propia madre, adonde pueden llevar los pies a una mujer.

Su madre ha de morir y entonces él mismo deberá disponerse a morir. Ya no será más un hilo de Alceo Jico, no lo volverá a ser. Aquí recomenzaba aquello de "un padre no es un padre porque engendra al hijo una vez, si en verdad lo es, ha de engendrarlo aún hasta después de su muerte. Y cada una de las virtudes o vicios del hijo serán simples engendros de su ceniza". Por eso, si Lesubia muere él estará un poco más muerto, más asquerosamente muerto. Lo que Lesubia le dejó dicho, lo que le repitió sin fatiga, él, a su vez, se lo repitió a sí mismo incesantemente hasta deformarlo en las palabras y en lo que estas querían significar. Se preguntaba: "¿Son las mismas o las he cambiado ya?". Porque Lesubia, siendo su madre, a quien él pensaba como "la mujer del cabello negro y brillante", le dijo o le habría dicho… y aquí de nuevo volvía a enredarse la negra malla de sus sueños: "No estarás más acostado, ni arrodillado, ni te arrastrarás más sobre el suelo. Alceo Jico, tu padre no podrá verte sentado como ahora lo haces, sobre tus propios orines, sobre tu baba y sobre las aguas que te pudren". Él piensa que se lo dijo o se lo habría dicho.

Eso fue cuando Alceo Jico aquella tarde llegó a la casa con un torete negro. Autilo pudo escuchar las voces de los vecinos que se acercaron a proponerle algún negocio. Alceo Jico solo decía: "No es para la venta", y movía los ojos como diciendo: "Algún día no será para la venta, pero ahora, en este momento, lo es, sí, lo es. Ahora más que nunca lo es. Ahora que precisamente no es nada, este torete es para la venta, ahora en que no sé si realmente es mío, este torete se vende, solo que cuando me lo preguntan y quiero decir que es para la venta, digo lo contrario, digo que no es para la venta, pero si la gente comprendiera, no habría problemas, porque entonces

dirían: 'Bueno, lo tomamos, es nuestro'. Sin embargo, no hubo uno que lo dijera, que dijera simplemente: 'Lo tomo, es mío'. No hubo uno que se acercara y alzara su dedo para decir: 'Ese toro es mío, lo compro, Alceo Jico'. Pero ninguno entiende, todos han pensado que mis palabras dicen lo que en verdad quisiera yo que se supiera y que este torete no es para la venta, como lo tengo dicho, no es la verdad de lo que yo pienso".

Él no pensó que algún día no sería para la venta, como aquel día lo pensaba, porque entonces no sabía, como lo sabe ahora, que una mujer enterrada en una simple caja negra, en una caja que él mismo pudo haber hecho y pintado, pudiera en esta hora de ahora ser un toro, que una familia no fuera más que eso, un toro y que él mismo se viera un día mirando por los redondos ojos de furia de un toro negro.

Ese día él llegó tan tranquilo, amarró el torete en el algarrobo, le dio de beber y le cortó pasto verde, y cuando alguien vino a preguntarle si el torete era para vender, solo respondió: "Nada de eso, este torete no es para la venta".

Y Caima, la abuela, decía: "Ese torete no es un torete sino una caja, una caja negra, una larga y fea caja negra, simplemente una caja para enterrar a Lesubia". La abuela decía: "Alceo Jico siempre ha tenido la lengua fácil y cuando él dijo que no volvería sin nada, yo sabía que no volvería sin nada, yo sabía que iba a traer la caja de Lesubia, sabía perfectamente que Lesubia iba a tener su caja".

Desde entonces ha transcurrido bastante tiempo, un tiempo largo como un río que no termina de pasar, un tiempo tan extenso y sin medida como el aire. Tiempo que apenas es un segundo, un breve aletazo, un golpe, algo que pasa, cruza, nos humedece por dentro brevemente y luego nos ciega con cien veranos juntos, con cien veranos echados sobre nuestras espaldas, hasta reducirnos a un pedazo de tierra rojiza, veteada. Solo un pedazo de tierra…

Lesubia ya no existía, o mejor dicho, Lesubia pasaba a ser un negro toro que rondaba los campos y por las noches bramaba largamente, arrancando tierra y hierba con sus pezuñas, eso era Lesubia, un negro toro rojo. Rojo en la noche como una estrella cien veces lejos y otras tantas cerca. Un toro rojo bramando y buscando en el suelo un amargo manantial de furia, de venganza. Un toro de brea y sangre, donde una mujer encerró la honra de una familia, porque ella, Lesubia, toro-mujer para siempre, yacía en su propio ataúd, atada así a todos los sucesivos días de los suyos.

Cuando Lesubia aquel día se tornó más y más pálida, como nunca lo estuvo antes, se estiró sobre el lecho y dijo casi en un grito: "No quiero morir", y todos habían dicho que murió. Llegó Fulvio Dínaro, con sus saltos cortos de pájaro y una gran caja negra sobre la cabeza y le había dicho a Alceo Jico, que movía la nuca y saltaba como si tuviera hipo alrededor de su mujer-cadáver, mujer-quizás-todavía, y le había dicho poniendo la caja en el corredor, poniéndola en medio del aire como si la caja estuviera hecha de humo negro, colocándola allí entre la gente asombrado, que se preguntaba quién iba a ser puesto allí y enterrado, a pesar de saber que la única que ocuparía esa caja era precisamente Lesubia; y había hablado al oído de Alceo Jico, como si se tratara de un secreto, de un torete, de un toro negro que la gente conocía o decía que conocía; Fulvio Dínaro, con los ojos muy abiertos como si siempre estuviese deslumbrado por algo, hablaba como en un secreto, lentamente, para convencerse a sí mismo de algo de lo cual él mismo no se hallara todavía plenamente convencido. Alceo Jico se había detenido un momento mirándolo de arriba abajo, sin decir nada, y luego había seguido con su hipo, semejante a un repugnante sapo, hipando alrededor de aquel extraño cadáver-mujer, que le había tocado en suerte en el gran reparto de carroña divina.

Alceo Jico comenzó a hacerse estas o parecidas reflexiones: "Es ahora cuando la gente quiere saber lo que aquel toro significaba.

Fulvio Dínaro dijo algo relativo al toro, se refirió a su lustroso pelo negro y habló de algún negocio que él había realizado y aunque no me lo dijo, yo pensé que seguramente el negocio tenía que ver conmigo, desde luego que yo era el único que en los alrededores poseía un torete de esa edad y ese color y una mujer-cadáver que era y no era Lesubia, pues es la única forma de ser y no ser en este mundo, así como para ser puesta, como para ser colocada en aquella caja negra, de madera forrada por el más negro betún".

Alceo Jico pensaba que Fulvio Dínaro le había dicho o sugerido algo así como esto: "Aunque nadie sepa realmente de dónde salió ese torete y a muchos no les importe, ese torete debería estar encerrado en mi corral, debería comer mi pasto y beber mi agua, y yo podría ahora decir acerca de él algunas palabras, que aunque se me ocurren no las sabría decir con propiedad, porque si no, últimamente, usted, Alceo Jico, no podría responder una sola de mis preguntas, usted no podría responder si su mujer fue enterrada o no en su propia caja. Es casi seguro que usted no podría contestar esto. Por eso digo que algunas palabras podría yo pronunciar sobre este toro". Alceo Jico pensaba que entonces él miró a Fulvio Dínaro como quien mira desde lejos, a distancia, una cosa que no se distingue bien si es un caballo, un árbol o simplemente un golpe de sombra. Y solo al cabo de un rato fue que contestó: "Yo no soy quién para decir la última palabra acerca de ese torete, aunque en verdad, por lo que a mí respecta, yo pienso que nunca he comenzado a hacer un trato con usted sobre las palabras que en ciertos casos un hombre puede pronunciar sobre un animal como este o como cualquier otro, y eso a pesar de que tuve que hacerme cargo de algo que debía ser enterrado en una caja, sepultado para siempre dentro de algo puesto allí por el corazón de los suyos".

Pero aquel día, Fulvio Dínaro vagaba por otros pensamientos. Recordaba que se había acercado hasta la casa y le había dicho a la abuela Caima: "Oiga, yo creía que Alceo Jico había traído el

torete para la venta y me hubiera gustado trocárselo por algo, no importa qué". Caima, soplando siempre la débil llama del fogón, le había respondido: "No entiendo a Alceo Jico, porque antes de irse y traer ese torete, me dijo: 'No estaré de vuelta sin traer nada y espero que Lesubia no haya muerto aún, porque entonces, ¿con qué o dónde la entierro? He de traer algo para cambiarlo por un cajón de Lesubia'. Y así fue, aunque no sé cómo ni con qué dinero compró ese torete. Quizás se lo dieron fiado, sabe, porque Alceo Jico es hombre de recursos. Puede ser, porque Alceo Jico, se lo digo yo, es sabia por la lengua. Y si no, ¿cómo se imagina usted que él pudiera en un momento dado tener entre sus manos una muerta, una caja y un toro, tres cosas que nadie más que él en aquel instante pudiese reclamar como suyas?".

Fulvio Dínaro la miraba y remiraba desde sus ojos oscuros, desde su rostro lampiño, y desde su incredulidad. A un hombre como Fulvio Dínaro es difícil enterrarlo con un pensamiento semejante. Un hombre que solo es dueño de una mina de arena abandonada —pensaba Fulvio Dínaro—, de pronto, y en vista de que su mujer se muere, sale de su casa, de su tierra, toma el camino y cuando regresa, muy satisfecho, trae amarrado a un corto ronzal un torete negro, negro y reluciente como sangre asoleada. Para un hombre como Fulvio Dínaro estas cosas no tienen más que una respuesta. Alceo Jico no compró ese torete negro, no pudo haberlo comprado, sencillamente lo sustrajo a un vecino, lo sustrajo por no decir llanamente que lo había robado. Porque quizás si Alceo Jico se hubiera parado en medio del patio de su casa y hubiera gritado, haciendo bocina con las manos, a los cuatro vientos y a todos los circundantes: "He robado un torete, vengan a verlo, lo he robado", nadie, nadie, es seguro que nadie, iba a creerle a Alceo Jico que él había robado el torete. En todo caso, la gente se habría dicho: "Este Alceo Jico siempre con sus cosas; para comprar ese torete ha vendido hasta

los dijes de los muchachos y ahora sale a gritar que ha robado ese torete… Vaya con Alceo Jico".

Era esto lo que Alceo Jico había inventado acerca de su madre —pensaba Autilo— para decir que había muerto, pero nadie, ni él, ni su abuela Caima, ni nadie, podría decir si ella había muerto. Autilo, entre tanto, se quemaba los ojos mirando hacia afuera, donde la oscuridad se adueñaba de todo.

Desde la cocina le llegaban los olores de las mazorcas tiernas del maíz. Escuchaba el chisporroteo de la leña verde y la columna de humo pegajoso que parecía un brazo sobre el techo. Miraba las brasas relampaguear entre las negras topias de piedra. De pronto Caima, la abuela, daba un suspiro, se pasaba su vieja mano negra por el pelo y preguntaba algo, preguntaba algo al aire, inquiría nostálgica algo de un ser que no aparecía por ninguna parte, y que sin embargo se encontraba presente. Aquí se enlazaba para ella toda una espesa conversación familiar donde sobresalían los detalles por los cuales podría reconocerse la fisonomía de todas las personas, que de una u otra manera influyeron en la vida de la abuela. Ella lo iba diciendo todo lentamente, entre gruesos resoplidos al fuego, como si temiera que de pronto ya no tuviera nada más que decir.

Autilo desde su catre escuchaba pacientemente todas estas cosas que hablaba la abuela, las vueltas que daba en torno a ellas y cómo al cabo volvía a recomenzar exactamente con las mismas palabras e iguales personajes.

Recordaba ahora —no sabía por qué extraña asociación de ideas— las cosas que una vez dijera Lura Magina acerca del mundo, del mundo que ella siempre se estaba imaginando y donde, sobre todo, encontraba olores y sabores, que a él le parecía, luego de aquella conversación, que nunca más iba a poder apreciar y que, sin embargo, de vez en cuando se le aparecían en los motivos más sencillos e inesperados. Y nada, absolutamente nada, tenía que ver todo esto con su madre, con Lesubia, la cual había subido o bajado, y según

decían estaba muerta; y la abuela Caima repetía que muerta o no, los pasos de la otra, de la inevitable, jamás le pondrían dar alcance porque Lesubia era eso, el aire; pero eso sí, en el caso de muerte real, de lo cual según la abuela era muy posible estar casi seguro, ninguno de los vecinos, amigos o enemigos, podrían venir a decirle: "Hay alguien que habla de que la enterraron así, de noche, borrando la luna con un trapo negro, para que nadie pudiera enterarse de su entierro fuera de una caja, lanzada al hueco como un envoltorio de trapos viejos". Porque si todo puede ser o no cierto, en el caso de Lesubia, Alceo Jico había provisto aquel torete negro, aquel negro-torete-caja, el cual salvaba a la familia de ser vista como se mira a los desechos, pues nadie, nadie, durante esa noche, y durante las siguientes noches en el mundo, nadie podría dejar de oír bramar a aquella negra caja hirviente, que rompía la tierra con su furia de cuernos y grababa su presencia para siempre en la garganta, en los ojos y en la angustia de todos, a fin de publicar que Lesubia yacía bajo las estrellas, bajo la tierra, en su propia caja, y de esta manera nada había deshonrado la familia de los Jico. Por eso, esto que Autilo recordaba nada tenía que ver con Lesubia, su madre, y sí con Lura Magina, quien era algo nuevo y diferente, quien era para él lo más extraño entre lo simple y sencillo de su vida.

En los días de Lura, aquella tarde de suave luz crepuscular, campo amarillo y chispas verdinegras en la vieja cocina, Lura Magina sentada en aquel pequeño taburete iba comentando, mientras con un peine de madera escardaba su pelo sucio, algo referente a los campos recién brotados, a los campos donde los frijoles crecían parecidos a culebras y donde los frijoles llovían empapando de savia el lomo peludo de las vacas rojas, las cuales no eran propiamente vacas, sino becerras que pasaban por allí bramando y sacudiendo alegremente los cuernos todavía no desarrollados. Ella decía que podían vérseles a todas los rabos levantados y las ubres todavía sin leche y entonces empezó a oler boñiga, como si los frijoles se

hubieran todos convertido en boñiga fresca. Esto lo decía así, sentada y con su voz sentada casi a sus pies, pasando el peine una y otra vez, y oyendo caer sobre su falda lo que parecían ser finos granos de arroz, sin levantar los ojos, sin levantar la vista, sin levantar nada que realmente ella pudiera levantar. Y luego contó que lo que ella nunca iba a olvidar fácilmente era aquel solar que estaba detrás de la casa de Fulvio Dínaro, donde parecía estar lloviendo todo el año y donde crecían como salvajes muñones los apios más negros y amarillos jamás vistos por ella. Y que ella observó cómo aquella manada de cochinos se internó en el solar y comenzó a escarbar allí hasta que todos aquellos muñones fueron volteados sobre la tierra todavía llenos de sangre, todavía cubiertos de tierra agria y olorosa. Y fue entonces cuando escuchó a Fulvio Dínaro decir que todas las mujeres olían a apio recién arrancando, y a ella le pareció que quizás era verdad porque aquellos apios, arrancados por los cochinos, despedían un violento olor que quemaba como brasa. Y continuó diciendo Laura Magina que a ella le parecía que nunca iba a comprender ciertas palabras, pero que francamente algunas veces le daban ganas de ir a ese campo de apios y orinar. Autilo, en aquellos días, encontraba bastante raro el modo de pensar de Lura Magina, porque ella siempre parecía estar dando traspiés con las cosas que le eran propias, ya que nunca estas cosas concordaban con las que hacía, las cuales, generalmente, eran bien distintas y puesto que a él ahora lo tenían sin cuidado, ella con algún oculto propósito o con ninguno quería aparecer dándoles importancia y trayéndolas a cuento cuando menos. Autilo se lo imaginaba, aunque él las dejaba pasar y las escuchaba como si estuviera oyendo narrar otras cosas. Pero si Lura Magina insistía, él se daba cuenta de que poco a poco iba cogiendo el sentido de todo aquello y se iba formando su propia imagen, una imagen de lo que sucedía, probablemente diferente a lo sentido por ella, por Lura Magina, o no tan diferente, pero, en fin, de todas maneras, particular. Lura Magina insistía frecuentemente

en contar faenas conocidas por ella cuando era mucho más niña. Decía recordar las tablas con ruedas de madera que los muchachos fabricaban poniendo en cada una de ellas una vela, y todas aquellas velas caminando en la oscuridad le daban tristeza y le parecían ser los movimientos misteriosos de las personas dentro de sus casas, que no se atrevían a salir en la noche, porque los que creían hallarse libres de miedo, lanzaban prolongados silbidos más allá de los barbechos, o por entre las angostas calles de la aldea, oyéndose estos silbidos más libres que todos los que pudieran escuchar por labios de ninguno en cualquier otra hora, y eran como si alguien se quedara silbando y escuchándose a sí mismo en este silbido. Lo mismo dijo de aquellos que trabajan cosiendo sacos de café, con largas agujas parecidas a dientes, en medio del tibio olor del fruto. Ella entraba y miraba la curtiembre y se iba orillando las tapias en ruinas y veía por entre algunas tablas el reservado de los hombres y se encuclillaba a mirar la corriente de agua donde todo se confundía con el color de la sangre. Y esto lo narraba Lura Magina para ella misma, como si con ello tratara de estimularse un secreto conocimiento, algún misterio de su cuerpo que aún no había logrado develar.

Entretanto, Autilo se envolvía lentamente en una malla de sueño y como si saliera de un túnel iban apareciendo ante él nuevas cosas y otros inesperados sucesos, donde no brillaba por ningún sitio la luz despedida por la sucia y hedionda cabellera de Lura Magina, y donde Lura, con sus cejas altas y pobladas y la boca siempre temblorosa como un farol acabado de apagar, se sumergía en los lugares más empapados de sombra y desde los cuales solo salía a tomar el aire, como un animal solitario y salvaje. Para Autilo, cada vez que volvía de ese túnel era como si renaciera y entonces se miraba a sí mismo lleno de claridad como el sol, bañando de luz y calor todos los objetos que lo rodeaban.

"Nadie muere cuando debe morir. Todos dejan algo inconcluso detrás de sí, y algunos mueren sin siquiera haber comenzado nada".

Autilo pensaba en esto o en cosa semejante; porque él dentro de sí oía el rumor de algo que lentamente se diluía, se desataba. Pero ahora, en que ya apenas se movía, en que todo se le aparecía horizontal como su propio cuerpo, solo sentía dentro de sí aquellos recuerdos donde Lura Magina, echada sobre un petate, dejaba ver su pierna hasta el pubis.

Pero era que a él ya no le importaba porque había iniciado el desprendimiento de todo aquello que de alguna manera hubiera podido interesarle, retenerle. Si Lesubia, su madre, había muerto, si todo lo que lo rodeaba iba a desaparecer nada significaba que él mismo, que apenas había tenido tiempo de hacerse presente entre los suyos, huyera, se perdiera para siempre bajo un poco de tierra lanzada como al azar sobre un hueco abierto quizás por accidente. Lamentablemente, todo era así. Esta era la verdad de lo que lo esperaba y aun más, él no podría preguntarse, ni nadie, ni siquiera su abuela Caima, si él, Autilo, el hijo mayor de Alceo Jico, iba a tener su caja negra, su barnizada caja en la misma forma en que su padre pregonaba el entierro que se había dado a Lesubia, su madre; pues quien la vio morir dijo luego que aquella mujer había recibido sepultura en su propia caja, siendo la caja llevada a un hueco vacío con su cuerpo, y que el hombre dueño de ese cadáver podía hallarse seguro de que la que había sido, se sentiría en medio de la tierra dueña de su propia ceniza.

Esto lo pensaba Autilo en los últimos días, cuando ya los ojos no veían por sí mismos sino con mucho esfuerzo. Si Alceo Jico se hubiera presentado con un toro negro, como en el caso de Lesubia, hubiera traído amarrado a un corto ronzal otro animal como aquel, de brillante y lustrosa pelambre, es muy posible que los vecinos se hubieran levantado de sus camas y lo hubieran rodeado nuevamente, preguntando algo que no les importaba y meditando fantásticos proyectos acerca de un animal que jamás podrían tener como realmente propio, y que nadie, ni el mismo Alceo Jico, se iba a atrever a utilizar

más que como enviado de los poderes que se ocultan en la noche y que aquel toro-mujer representaba con la fuerza tremenda de su presencia. Pero si Autilo moría, su cuerpo, después de amortajado en las sábanas que su madre había reservado desde tanto tiempo para el caso, sería enviado a la tierra sin otra ceremonia.

Esto era en la última noche de Autilo, casi al alba, cuando la muerte, como un gavilán de hielo, voló sobre su frente. La sombra de Alceo Jico se proyectaba siniestra contra los muros. En medio de su agitación se les veía caminar encuclillado o dando pequeños saltos. De vez en cuando gemía, y recogido sobre sí mismo, se volvía un ovillo en el suelo.

La luna, como fruto de cristal, caía desde lo alto del bucare celeste y así el patio parecía todo enharinado. Un gallo amarrado a un horcón sacudió las alas y comenzó a lanzar sonoros clarinazos. Alceo Jico se incorporó de un salto, corrió hasta el gallo y lo tomó entre sus manos, acariciando la cabeza del animal con moroso abandono. El gallo tenía la cabeza roja y desnuda, y como una anguila buscaba alterado una salida entre los dedos roñosos de Alceo Jico.

Entonces se asomó la abuela Caima a la puerta del cuarto de Autilo y dijo lentamente, con un sonido de boca sufrida y maternal, permaneciendo tranquila con las manos secas sobre el pecho: "Ha muerto". No fue sino eso, pero bastó para que Alceo Jico sintiera en torno suyo un vacío, y lentamente hiciera presión sobre la rojiza cabeza del gallo que con un breve alarido estalló entre sus dedos, cubriéndole la mano de sangre fresca. Alceo Jico pensó entonces y dijo en voz alta: "No se murió todavía". Pero ya el aire sonaba con sus miles de pájaros y el sol desde el este parecía un tierno hongo silvestre.

(1952)

Las manos vacías

I

Emilia rompió el papel en que había comenzado a escribir:

—Anda, Berta, dame otra hoja, que eché a perder esta.

La aludida hizo un movimiento de impaciencia, pero sin responder fue hasta el fondo del cuarto, abrió una pequeña maleta y volvió con una nueva hoja de papel.

Emilia secó la pluma en el borde de su enagua y malhumorada, dijo:

—Esta pluma no sirve. No ves que tú la prestaste y la dañaron.

—La que no sirve eres tú —respondió Berta—. Has gastado todo el papel y no has escrito nada.

—No hables tanto y dicta, boba —pidió Emilia.

—Bueno. Ponle que ayer lo vi con la otra mujer. No, así no. Dile más bien que debe estar encantado con la otra, porque hace más de una semana que no viene.

—Bueno, Berta, por fin qué es lo que le voy a poner. Por eso es que no puedo hacer la carta, porque tú me dices una cosa y otra.

—Ponle eso que te dije, Emilia. También ponle que hace quince días que no me da un centavo.

Al cabo de un gran esfuerzo, Emilia concluyó la carta. La leyó en alta voz, y como quien hace entrega de una obra maestra, la pasó a Berta, haciendo un gesto de fastidio con los labios. Esta la metió dentro de un sobre y, apresuradamente, poniéndose sobre

los hombros un abrigo viejo y con oscuras manchas de grasa, salió a la calle.

Entretanto, Emilia se había acercado a la ventana. A través de ella se contemplaba, en primer término, las casas bajas del puerto, techadas de tejas y zinc; más allá, una multitud de pequeños barcos bamboleantes y luego el mar de verdes y florecidas ondas.

"Pobre Berta", pensó, y sus labios se entreabrieron en una maliciosa sonrisa. "Ella es tan buena conmigo"; y recordó las glaucas pupilas de Berta, ansiosas, frente a la torpe escritura que ella no comprendía. Absorta se había quedado, pensando que el mar era una flor que se abría y cerraba constantemente. Ella también era una flor. Instintivamente, se volvió para mirarse al espejo, pero cayó de rodillas, pues las piernas se le habían dormido. Se sentó en el suelo y comenzó a frotárselas para desentumecerse. El vestido había resbalado, dejando al descubierto sus muslos, donde la piel era dorada y suave. Se puso de pie y se acercó hasta una mesita, que hacía de *toilette*. Allí tomó el peine y lo pasó muchas veces por su pelo negro, levemente ondulado. Entre tanto, inclinaba, siguiendo el paso del peine, su cabeza. En el espejo brillaban sus dos ojos, como dos puntos de luz. Se acercó más a él y empezó a darse golpecitos con el canto del peine sobre los dientes, mientras que con ayuda de la lengua hacía pasar copitos de saliva por entre las junturas de estos.

La tarde avanzaba. La pesada atmósfera del mediodía había refrescado con el viento suave, pero tenaz, que llegaba del mar. La luz amarillenta del sol se cernía por entre los barrotes de la ventana, proyectando sobre el piso negras listas y pálidas fajas de sol.

Un gato pequeño entró maullando al cuarto, y Emilia corrió hacia él, y tomándolo en sus manos, entre mimos exagerados, le decía:

—Puchito, mi amor, ¿dónde estabas?

El gato, haciendo esfuerzos por desembarazarse de los brazos de Emilia, la arañaba. A todas estas, ella protestaba:

—No seas malo, Puchito. No seas malo.

Diciendo esto, lo apretaba tanto que estuvo a punto de ahogarlo. Lo llevó hasta la cama y allí se puso a conversar con él.

—Tú no eres un gato; tú eres un muchachito. Yo soy tu mamaíta, ¿verdad, mijo?. Deja, te voy a arreglar bien bonito. —Y mientras buscaba un pedazo de cinta roja para adornarle el cuello al animal, este aprovechó para huir por la puerta que se encontraba entreabierta—. ¡Qué gato desagradecido! —alcanzó a decir Emilia, quedándose con la cinta en la mano.

II

Eran poco más o menos las seis de la tarde. Las dos muchachas iban tomadas del brazo, calle abajo, animadas por una alegre conversación:

—Pero, Berta, ¿no lo viste?

—Cómo lo iba a ver, si está de guardia.

—¡Mentira!, hoy no le toca guardia. Tú eres muy zoqueta. Has debido pedirle permiso al teniente.

—No, Emilia, no quise, porque ese teniente es muy antipático. Cada vez me dice que "¿cuándo salimos?", que "¿cuándo viene a mi casa?". Yo lo odio. Él cree que porque es un muñeco, yo me le voy a entregar.

Todo esto lo decía, acompañando las palabras con sus correspondientes gestos burlones.

—Antipático no es el teniente —protestaba Emilia—. Lo que es, es muy buen mozo.

—Sí, es muy buen mozo y muy enfermo —recalcó Berta—. La señora Gerónima, que le lava la ropa, me lo dijo.

—Berta, por Dios, no digas eso que ahí viene.

En efecto, el teniente de cara huesuda, con ojos oscuros y penetrantes, se cruzaba en ese preciso momento con ellas, al salir de una calle lateral.

—Adiós, mi teniente —le dijo burlona Emilia.

Este se dirigió a la otra, tendiéndole la mano.

—¿Para dónde vas, Berta?

La nombrada lo miró de arriba abajo, y sin hacerle caso continuó su camino.

El teniente palideció, y haciendo un gesto desagradable, dijo:

—Estas putas, se dan un tono que ni las princesas.

Emilia se volvió hacia Berta y le dijo:

—No importa. Que diga lo que quiera. Lo dice por despecho.

Cuando pasaban frente a una venta de frutas y flores, Berta le preguntó a Emilia:

—¿Qué se hizo aquel que te llevaba flores y te decía que tú debías quererlo porque él era poeta?

—¿Cuál? ¿Tú dices aquel que tenía los dientes de oro?

—No, ese no. Aquel que tenía la sortijita de plata en el dedo.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo. Yo misma ni sé. La última vez lo vi borracho en casa de Juanita.

A todo esto, ya habían llegado a la placita que se encontraba frente al cine. Esta se hallaba cubierta por las grandes hojas de los almendrones. Un fuerte hedor de amoníaco llegaba de la parte trasera del muro. El mar golpeaba con gran fuerza contra las piedras. En el horizonte, una vela mojaba de blanco el enrojecido crepúsculo.

Las dos muchachas se sentaron en un banco, como decía Berta, "a ver pasar gente". Era realmente un espectáculo ver cruzar tantos seres desconocidos, cada cual con sus preocupaciones, sus alegrías y esperanzas.

—Yo no tengo suerte —gimió Berta.

—Más que yo, por lo menos, sí tienes —dijo Emilia.

—Ahora —continuó Berta—, fíjate tú que no tenemos ni un solo centavo. Yo tengo hambre. Cuando uno no tiene plata, todas las ganas se juntan.

—No te preocupes, ya verás —dijo Emilia.

Diciendo esto, cruzó de un salto la calle y se metió en el bar que se hallaba frente a la plaza. Berta seguía desde el banco, donde se habían sentado, todos sus movimientos. La vio sentarse a la mesa donde algunos hombres ingerían licor y, poco a poco, levantarse apresurada y regresar.

—Fíjate. Ya conseguí. Ahora a comer.

Berta experimentó un profundo alivio. En un arranque de ternura oprimió con fuerza el brazo de Emilia.

—Si Francisco me da dinero —le prometió—, mañana te voy a regalar las peinetas que tanto te gustaron en días pasados. ¿Quieres?

Emilia respondió, diciéndole:

—Yo estoy cansada de comer pescado, Berta. Prefiero el plátano asado y la carne.

—Vamos donde la madama, Emilia. Allá no es tan mala la comida. Donde ella, comíamos Francisco y yo.

—Deja a tu Francisco quieto —le dijo Emilia con sorna—. Ese es otro que se vuelve puro cuento.

La tarde ya era de noche. En el mar había luces que se encendían y apagaban. La sirena de un barco rasgó el aire con su alarido. Las dos mujeres comenzaron a subir hacia la casa, y Emilia le dijo a su amiga:

—Mañana me voy. No quiero seguir aquí. Voy a ganar dinero.

(1960)

La huida del verano

Así huyó aquel verano, a través de un invierno de
vientos veloces (…), que casi no dio tiempo de
brindar sus ofrendas a la primavera.

LAWRENCE DURRELL, *Clea*

Sol de humo, sol de pie negro y reluciente, sol fuerte de cigarra y aceite, sol de pan como un ariete. Las manos separaban sus dedos en espera de la lluvia, los pies tallaban la ceniza de la tierra buscando la humedad y los ojos temblaban como habitáculo de serpiente mirando la sorda calvicie de los árboles. Restallaba el fuego su látigo sobre lo que aún quedaba del melonar y la fruta sin sazonar se abría pasiva ante aquel estío macho y torpe. Todos esperaban que la noche cerbatana devorara su apasionado compañero. Entonces sobre la quemada tierra se extendía el grato aroma de hoja chamuscada y la fragancia acariciadora y femenina de los algarrobos. En los patios, donde el sucio apisonado parecía lava, algunas mujeres desgranaban maíz viejo horadado por los insectos. Mantenían sus cigarros con la lumbre hacia adentro horneando sus pensamientos y el chimó alejaba el hambre con su olor a sahumerio de leproso. El día se parecía a la tierra; la tierra se parecía a los hombres, y estos eran en todo semejantes a la sordidez y a la desesperanza, porque sin desearlo, nada había que no cristalizara en forma de áspera dehiscencia.

En aquel estío, la copulación de los seres no tenía conciencia, era larvada como al principio del mundo. Los grillos apenas elevaban

su estridular cadencioso, los búhos agitaban banderas de humo sonoro y rompían la soledad angustiosa con su ofrecimiento, y los murciélagos cruzaban como espectros la espesísima capa de betún que la noche había derramado en los muros de las ruinas y en las solitarias naves de las iglesias.

Crisanto Vivas manaba de la tierra como sangre viscosa. De sus manos se desprendía constantemente una capa de arena que borraba insensiblemente sus huellas. Solo conocía las palabras precisas para nombrar aquellas cosas que le daban el título de hombre; y como los caballos tascaba su freno y como los cerdos castrados se sabía, por los minutos de los minutos, sujeto del matarife. Crisanto Vivas amaba la pasta fétida de frijoles y maíz que comía, y su masticación agriaba el aire de la choza, donde se reunían bajo el mismo peso del hollín todos los que junto con él pernoctaban en la densa atmósfera del único dormitorio: su mujer y su hija, sus perros y sus cerdos.

A Crisanto Vivas las piernas le sonaban, le sonaba el cuerpo y la cabeza era una colmena. Era una gran colmena llena de miel y de grumos de sal y cera. Era la cabeza de Crisanto Vivas, y si la cabeza le sonaba, él decía que también sonaba el mundo. Era la guerra. La guerra de las uñas que nunca habían crecido, de los ojos donde ya aparecían cataratas y de sus pulmones donde resoplaban bestias, cubiertas de musgo verdadero, de musgo verdadero y silvestre. Del corazón de Crisanto Vivas, con su fiera quemazón de hojas y racimos. Era la batalla de la ponzoña. La ponzoña de los labios y de la garganta, que le había calado de antiguas escarpaduras y de internas cicatrices.

El melonar se parecía a una mano abierta. El camino que lo cortaba en diagonal, humillado de pisadas humanas, traducía siglos de opresión. En la choza del espantapájaros, las coas, desgastadas como encías varicosas, yacían olvidadas; en el silo primitivo, el maíz sonaba de insectos. Solo quedaba el melonar con la "M" cabalística de sus caminos como una mano abierta e iracunda, como una garra

de uñas mondadas, como una mano traicionada, como una mano a punto de cerrarse para golpear: como una mano que golpeará.

Nubes como pedazos de lana sucia cubrían momentáneamente la tierra de los Vivas, la casa de los Vivas y al propio Crisanto Vivas. Todo lo que se hallaba a su espalda no contaba, no importaba para nada, porque sus ojos no veían la leyenda de las nubes, ni lo que para él significaba que un día bajaran estos grasientos pedazos de lana, humedecieran su recodo y levantaran tantos y tan salobres olores.

Crisanto Vivas soñaba con escarbar la tierra y el lodo y la sangre de su familia, con la misma confusión babeante de un verraco. Su celo era el celo del verraco y sus gruñidos despertaban sus vísceras de padrote. "Un hombre —se dijo— no es menos que un verraco. Quizá sea más. Quizá su almizcloso mensaje sea más pobre que el del verraco, pero —pensó Crisanto— no todos los verracos como él saben moverse en asuntos de mujeres. Es cuestión de buen olfato, es cuestión de verraquería". Crisanto Vivas maculó de dos hachazos el seco árbol de sus pensamientos.

La vida de Crisanto Vivas era rica en boñiga; por eso, aunque el estío había agostado su parcela, el melonar se había cuajado de frutos. Había boñiga en todo el campo, que señalaba caminos de ácidos ocultos. El que quisiera ver a Crisanto Vivas tenía que mirar aquel cascabeleo de requemada boñiga. Tres cerdos que regaban boñiga, como flores el apamate en mayo; dos ovejas esparciendo su boñiga alrededor de la choza, donde además dejaban sus vellones. Por eso —pensaba Crisanto—, dos ovejas tienen el pelo negro y son como la luna en medio de un rebaño blanco, e igualmente pensaba —según se lo dijera su padre— que un hombre nunca debe olvidar lo que debe hacer y cuándo debe hacerlo, para hacerlo tal como se debe, y entonces nunca resulta lo contrario, sino simplemente lo que es.

Y que también su padre le habría dicho que todo es bueno saberlo desde el principio, saber hacer las cosas desde el principio, porque según él era como ir a la muerte y despertar luego, si tal

cosa fuera posible; despertar siendo como un niño de todo lo que se aprende, según su principio y su fin. El sentir así era para él el máximo acoplamiento con su familia, el verdadero camino para llegar al manantial de su parentela. Entonces el orgullo de saberse en posesión de un secreto, como un asesino, lo ahogaba. Crisanto Vivas sabía y pensaba y murmuraba algo sobre todo esto; algo con seguridad manaba de su cabeza y él lo machacaba para hacerlo cada vez más real dentro de sí y, sobre todo, para que no se le perdiera en tantas cavilaciones. Por eso, cuando vio venir a aquel hombre, Crisanto esbozó apenas una sonrisa desde la empalizada de su feudo pueril. Sonreía pensando que ya nada estaría tan alto y tan arriba como aquel hombre que venía desde abajo, que llegaba de su propia casa, de su propia y segura tierra, midiendo los pasos, parcelando con sus ojos vacilantes los hornos del fuego donde se cocía la tarde, como un abrumado pan sin levadura y dejando en los montones de cal la señal de sus pasos.

Crisanto Vivas puso una de sus manos debajo de la barbilla y escupió sin dejar de observar con decisión los pasos del hombre, que se acercaba con un caminar que había participado de todas las formas del miedo. Crisanto Vivas, que a medida que se acercaba el hombre, este levantaba con más frecuencia sus ojos del camino. El pelo lacio lo traía echado sobre el rostro sudoroso y rojizo. Crisanto Vivas no se movió, apenas encogió los párpados y puso uno de sus pies en el tramo más próximo de la empalizada. Un tábano comenzó a rondarle los ojos, pero Crisanto no se dio por aludido, aunque de pronto lanzó una maldición y se sacudió de un golpe el moscón de la cabeza rapada. El hombre se paró en seco. Sacó su pañuelo del bolsillo y empezó a secarse el sudor. De pronto, y sin levantar los ojos del suelo, dijo:

—Trato de comprar algo, no sé, ya lo olvidé. Trato de adquirir alguna cosa semejante a muchas otras. Insisto en recordar… en recordar; pero, en fin, no tiene la menor importancia; todo aparecerá

de un momento a otro, todo se me mostrará y todo será como un espejo.

Crisanto Vivas no dijo nada, pero ya no sonreía. Miraba al hombre con cierto desdén y no dejaba de apoyar la barbilla de hirsuta pelambre en su mano. El recién llegado repitió sus movimientos y dijo otras palabras que se confundieron con la oscura boñiga que llenaba el camino. Crisanto Vivas escupió con un silbidito burlón, pero permaneció inmutable. El otro continuó hablando, y esta vez dijo: "Este camino suyo es como pisar culebras". Crisanto se echó hacia atrás y movió la cabeza afirmativamente. El intruso reprochó: "No es otra cosa. Es como pisar culebras. Viejas culebras duras, de gruesos y relucientes anillos viejos. No sabe uno si está o no está, ni qué es lo que tiene debajo. Y uno maldice esta tierra negra y seca, negra tierra culebra que se le mueve a uno debajo de los pies, claro está, si uno tiene luego pies para apoyarse sobre ella". Crisanto pensó que quizá con aquellas palabras el otro estuviera preparando alguna usada y conocida mentira. Se decía para sí: "Algo debe estar preparando este sujeto. Algo relacionado con el camino. Algo relacionado con esta tierra y con el camino. Algo relacionado conmigo, con esta tierra y con el camino. Definitivamente, mi mujer va a tener que ver con este asunto. Mi mujer va a tener que entrar en todos estos pensamientos. En el mío y en el de este sujeto. Mi mujer va a necesitar un par de zapatos nuevos, porque yo pienso que seguramente tendrá que ver con esto, de hacerse cargo de esta situación". El otro miró de reojo a Crisanto Vivas, y dijo: "Macedonio es un nombre tan pesado como este camino, pero yo prefiero llamarme como me llamo. Prefiero llamarme Macedonio y no Polidoro o Bermejo. Yo prefiero esto, a tener que volver por este camino, un camino que le escribe a uno en la cabeza todos los malos pensamientos".

Crisanto Vivas hizo un movimiento de resucitado, y quitando una de las trabas de la talanquera, dio un salto y cayó macizo en el camino, y limpiándose las manos sudorosas en la camisa, se acercó

lentamente al visitante y de medio lado casi, sin mirarlo de frente, le preguntó: "¿Hay algo que yo pueda venderle?". El llamado Macedonio se le acercó como si le fuera a hablar en el oído, y le dijo: "Sí, algo, exactamente usted lo ha dicho. Este camino y este sol no es como para venir a nada. Pero si usted me lo permite, quisiera una sombrita". Instintivamente, Crisanto levantó la vista y miró la cara del hombre, reflexionando en voz alta: "Este quiere una sombrita, pero también quiere algo más que una sombrita. Entre lo mío debe haber algo demás, algo que me está sobrando, algo que estorba. De verdad que me estoy poniendo viejo". Con gesto despectivo, extrajo del bolsillo una cajita y con una pajuelita le ofreció chimó al hombre. Macedonio, con movimientos rituales, tomó la cajita y con la pajuela arrancó un trozo de aquella masa negra y la llevó a la boca. Escupió y se limpió luego con el revés de la manga. En seguida pensó: "Estoy entrando en la vida de un muerto". Crisanto, por su parte, pensaba: "Estoy saliendo de la vida de un muerto". Macedonio volvió a hablar y dijo: "Chimó de buen tabaco". Crisanto observó a su vez: "De buen gusano, dirá". Macedonio regustó la sustancia y, convencido, agregó: "De buen gusano ha de ser. Para chimó no hay tabaco como este. Tabaco con grandes gusanos". Antes de devolver la cajita, escupió hacia un lado y repitió la dosis con cierta fruición. Luego sonrió y dijo: "Esto es estar de buenas". Crisanto bizqueó los ojos y tomó el pequeño recipiente de carey, haciendo con él un movimiento como si tomara nota de su peso aproximado, y dijo: "Casi siempre estoy pensando en cosas que no debieran importarme, porque la leña es de quien la toma y por estos lados hay que madrugar. Ya ve, usted viene por aquí y yo le estoy tomando el pulso a sus pensamientos; ya yo estoy mirándole el propio espinazo como si usted fuera de vidrio, nadie me negará que viene a lo que viene, que ha venido por ese camino de fuego, que ha venido por ese horno a lo que viene. Y cada uno tiene derecho a buscar lo que quiera, pero nadie puede coger la

cosecha de otro. Usted tendrá cuidado de no llevarse lo que muy bien podría ser de otro o de nadie; pero que ahora, efectivamente, pudiera no ser suyo. Esto es lo que estoy pensando y lo que usted está pensando". Macedonio frunció el entrecejo, se comenzó a secar el sudor con el revés de la manga, y dijo: "Todos creemos lo mismo; algo le está diciendo a usted que yo voy a perjudicarlo, que yo voy a arruinar su sementera. Que los últimos árboles que aún tienen algo verde caerán por mí. Usted, que estaba tranquilamente mirando el mundo desde su valla, también lo cree. Usted estaba más seguro de lo que nunca lo ha estado ningún hombre acerca de lo que debía hacer hace un momento, y ahora está tan cansado como si hubiese trepado una montaña. Ahora soy yo el que ríe y le estoy dando la mano para que termine de subir. Usted está cansado de prevenirse, de pensar en cómo defender lo que cree que tiene perdido o perderá, aunque usted sabe perfectamente que todo eso que defiende está condenado". Macedonio mismo se sorprendió de pensar que estaba diciendo esto, pero realmente no lo estaba diciendo, sino pensándolo, y una cosa es pensar ciertas cosas y la otra hilvanar los pensamientos y lanzarlos fuera para que los demás sepan cómo y qué pensamos nosotros. Todo esto, sin embargo, es una forma extraña de luchar. Y ningún hombre se resigna a hacer un sacrificio si en ello no va su recompensa. "¿Mas qué otra recompensa pretenderá este? —piensa Crisanto Vivas— ¿Existe acaso alguna recompensa superior a tener lo que uno ha pensado día tras días que quisiera tener y de pronto lo tiene?". Macedonio dice en voz alta: "Tal vez". Crisanto, airado, indaga: "¿Tal vez qué? Somos muchos hombres y muchas mujeres y todos nos creemos asistidos de razón". Crisanto Vivas piensa: "Somos unos malditos; este hombre viene a sustituirme, viene a reemplazarme. Este hombre viene a tomar mi tierra y mi arado, viene a arrebatarme el melonar y la casa, viene a coger como suyos mi catre y mis animales". Macedonio vuelve a repetir, esta vez escupiendo con fuerza hacia donde se halla Crisanto: "Esto

es tener suerte. Después de venir por este camino, aquí se está muy bien y se respira y se habla". Crisanto Vivas, mientras camina, mira lentamente hacia la casa y luego hace un movimiento de desesperación. Piensa que no es fácil dejar todo aquello que le rodea, todo lo que ha construido con esfuerzo, todo lo que ha levantado dando su sangre y su aliento. Hay gran amargura en todo lo que piensa y no puede poner en orden sus pensamientos. Dice para sí mismo: "Este Macedonio, con las letras de su nombre, con el zumo de su nombre, con todo ese hierro flamante que le pesa sobre el cuerpo, tiene cierta razón en lo que dice". Y Macedonio, por su parte, no deja de observar los movimientos de Crisanto, como si temiera ser herido alevosamente. Pero Crisanto Vivas miraba solo la tierra y las nubes; las nubes que llegaban cuando ya él debía marcharse, cuando ya todo se había secado y cuando de su melonar apenas quedaba una red marchita de bejucos y de frutos fermentados y sus perros eran solo pellejo y casi todos sus cerdos habían muerto.

Un polvillo gris se desprendía de los árboles cubiertos de intensa floración y las abejas hacían trepidar el aire con el ruido de sus alas tibias. El verano parecía querer terminar y ya lejos aún, pero ciertamente, se anunciaba la lluvia. Un vientecillo fresco comenzó a barrer el polvo del camino. Las noches ahora serían más leves y podrían mirarse las estrellas, más grandes y hermosas, como desde el fondo de un pozo. Extrañamente, la vida comenzaba de nuevo, de un momento a otro renacería todo lo que hoy se encontraba mustio y los animales y las alimañas volverían a resbalar por aquella tierra ahora calcinada y fría, a pesar del fuego que la agrietaba.

Crisanto Vivas sabía que aquel hombre estaba allí para arrancarlo de su tierra como se arranca una raíz. Él había hecho su trabajo, había tomado mujer y la mujer había dado su fruto. El hombre venía por ese fruto que sus manos no debían tomar, aunque él ya no podía tomar ni siquiera el producto de su melonar; él ya no tenía nada que ofrecer, ni podía disponer de cosa alguna. Solo su

cuerpo estaba esperando que la tierra lo llamase para echarse como un cerdo sobre el fango y dormir en aquel barro negro, hueso por hueso, pellejo por pellejo. Sin embargo, Crisanto se dijo que había una última cosa que a él le tocaba realizar. Una hembra no puede ser entregada al primero que pase; una hembra, una hija que está allí, junto a él y su mujer, sufriendo aquel sordo calentamiento de la tierra, sufriendo como él y su mujer la agria pasta de granos que los alimentaba, donde lo único que alentaba era la sal que los animaba a beber el agua áspera y oscura del pozo; una hija así, con un único vestido que había que lavar por las noches; una hija que no reclamaba zapatos, a pesar de tener los senos hermosos y los ojos limpios y tristes; una hija así, que se parecía a su madre, aceptando la miseria y la pudrición de la tierra; que ya no lloraba porque se perdían los frutos; que solo suspiraba cuando morían los animales; una hija así, no era para escupir ni ofrecer como chimó. Por eso, Crisanto sabía que la sombrita que pedía Macedonio era su hija y se decía que una persona que no había pensado nunca, que nunca había tenido en mientes saber qué pasaba del otro lado de las paredes, de Crisanto Vivas, aquella hija, tal y como él la ponderaba, debía realmente tenerlo sin cuidado, pues qué cuidado iba a tener un extraño que no conocía, que nunca había ojeado siquiera una vez a su hija. Porque aún, una vez no es suficiente para percatarse con certeza de qué es lo que es y de qué es lo que no es, aunque él sabía que con música o sin música, una mujer no necesita ser conocida como se hace con las cosas que se las examina, se las sopesa, se prueba su calidad y se indaga su procedencia; una mujer es otra cosa, o mejor dicho, es algo que es menester ver con mirada diferente y aún sin verla un hombre en la soledad, un hombre en medio de la noche, un hombre capaz de recorrer los viejos caminos nocturnos silbando alguna melodía, necesariamente es algo que una mujer comprende sin conocer, pero que un hombre debe tomar como se toma lo que se cosecha en la tierra. Una mujer debe ser arrancada

de muchas cosas, debe ser arrancada de cuajo, con su propia macolla y sus propios juegos. Por eso a él, a Crisanto, ya nada le importaba; solo quería que aquel hombre tomase su tierra como se toma a una mujer y a su hija como se posee la tierra. Una rabia sorda impedía que la ternura de aquel sacudimiento, de aquel esplendor le inundara los huesos. Ya iba a terminar el verano y todo de nuevo florecería.

Macedonio piensa ahora que quizá Crisanto Vivas lo esté buscando con todas aquellas nuevas palabras para marido de su hija, y aun cuando no piensa decirle nada, pues el que calla está dos veces a salvo, espera que él, distraídamente, o con apariencia de tal, le haga alguna observación que así se lo indique. Él desea hacerle saber a Crisanto que su apariencia parece querer ofender siempre, pero que a la postre resulta solo un animal triste e inofensivo. Macedonio no quiere insistir en su silencio, porque quizá Crisanto lo interprete como un deseo de intimidad, de cuita, y él francamente no desea verse envuelto en aquel turbión de pesadumbre. Prefiere mirar la tierra agujereada, mirar los leños a medio cortar, mirar las escasas herramientas inertes y quedar pensativo, concluyendo por mover la cabeza y con ella su melena negra, para decirle a alguien, a Crisanto Vivas, al tiempo, al viento que empezaba a llegar anunciando la lluvia y de nuevo la vida, su deseo, su enorme deseo de continuar por aquel camino, en aquella tierra, sin malos pensamientos. Solo que, como si alguien lo hubiese aherrojado al suelo, ya sabía que había llegado allí para quedarse; para empezar de nuevo, con las manos llenas de gloria, a abrir los surcos en el melonar, barrido ahora por el viento, que como una poderosa levadura henchía y fermentaba la fluyente intimidad de la tierra.

(1963)

Vivir no basta

La muerte era un presagio en las manos sudorosas de Blanca. Los que se iban la habían malogrado con su saliva espesa y maloliente. Al borde de la tarde, como un hilo amarillo, vaciaba la carretera su pesado caminar de serpiente. Blanca, desde sus dientes postizos, hería sus cuarenta años, envolviendo sus senos ya lánguidos en la fina batista de la blusa. Los pezones todavía sobresalían como gallos erguidos en el pajar del alba y los ojos mostraban el brillo acerado de los locos. Había engordado y los hombres se fijaban en aquella gordura resquebrajada, que le daba un aspecto de punto y coma entre la náusea y el deseo. Pero ella llovía sobre las cosas, con su lento y firme cuerpo de mujer, dando sorpresivos saltos en medio de la avaricia de los campos que rodeaban la casa de bahareque. Aquel día tomaba el pulso de la hora bostezando como las iguanas que le servían de bandera. Ella era una bandera estática, inerme a los pegajosos rayos del sol y sedienta, con sed que goteaba todas las hendiduras que iba encontrando en su cena. Las remolachas finalmente cortadas, los rábanos como enanos homosexuales y las ruedas de cebolla como niñas de piernas flacas e inmenso busto. El pan lo envolvía en una máscara de sudor, y su denso masticar hacía estridular los primeros grillos de la tarde.

Con un movimiento de la cabeza, dijo: "Estoy harta". Estas palabras se parecían a las últimas cenizas en que se sumergían las salamandras del deseo. La fatiga de no saber qué se quiere. De estar casi enamorada de la muerte o de lo más próximo a ella, que es el hastío.

—Estoy harta —repitió Blanca—. Oyes, espejito, estoy harta de mí. Dile a la tierra que me queme, que me vuelva negra, con rizos negros y la boca sin dientes, como una baya deshecha.

El mundo no perdona, pero el sol arrasa con el perdón y con la maldición. Arrasa con los espejos rotos, con el pan desmigajado, con las cortinas sucias. El sol blanquea hasta los huesos; aquellos que se sientan y aquellos que no se sientan. El sol emerge como un látigo y castiga al blanco cuello de las cortinas y los letreros infamantes de los retretes.

Con un abanico que exhibía un desnudo de metal, Blanca se sentó en un taburete apoyada contra la puerta de la casa. El sol ya se humedecía en la hierba que bordeaba la carretera y poco a poco iba desapareciendo tras los cerros rojos y moteados de amarillo. Pasó un camión dejando una hirviente colmena de polvo que la envolvió en su desafiante bordonear. Blanca cerró los ojos, y como si hubiera sufrido un mortal espasmo, su cabeza se tornó blanquecina.

Por una curva de la carretera asomó un perro. Blanca pensó que los perros preceden a los hombres y, en efecto, a poco, mientras el animal se sacudía frente a Blanca, en el atardecer se dibujó la silueta pesada de un hombre que intentaba prenderle fuego a la oscura frente, que ya comenzaba a lacerar los cerros. Blanca, no sabía por qué, se imaginó así a Gulliver, y pensó que pronto vería al hombre tendido, rodeado de insignificantes criaturas, tratando de inmovilizar su cuerpo atezado y llameante.

El hombre llegó y se sentó sobre una pequeña eminencia del terreno sin decir palabra, fumando sin cesar. Él también miraba; la noche se dejaba acariciar por la noche, que comenzaba a calar su negra mancha sobre todas las cosas.

El hombre habló de pronto y dijo: “Tengo hambre”.

Blanca sonrió y dijo: “Se ve, pero no hay comida”.

El hombre dijo: “Soy Claudio y tengo hambre y sed”.

Blanca respondió: "No hay nada, nada. No hay nada que darte, ya no tengo nada; me parece que siempre he carecido de todo".

El hombre puso su mano huesuda sobre el muslo de Blanca. Pensaba que nadie lo había hecho así nunca. Todos habían llegado sonando sus moneadas o mostrándolas: te invito, te brindo, te regalo, te ofrezco, qué quieres, qué más deseas, qué has querido toda tu vida. Tengo una casa y una nevera que enfría el agua y las bebidas, y sillas y sus vasos y una cama. Blanca pensaba en todas estas palabras. En cambio, aquel hombre había llegado pidiendo algo, pidiendo pan y agua. Hallando su cuerpo, según dice la Biblia, en plena corriente y recogiéndolo. Por eso, ella se había sentido acariciada hasta el fondo de su alma. Este desconocido la había hecho sentir, por un insignificante momento, necesaria; de ella dependía un trocito de la felicidad de aquel ser y eso la había llenado, como nunca nadie había logrado hacerlo.

El hombre volvió a hablar, y le dijo: "Vamos hasta el puente para que oigas el agua cómo grita, solloza, se entrega".

Blanca se levantó y siguió al hombre, que comenzaba a caminar. Este se acercó a una acacia cercana, le arrancó una vaina reseca y sonora. Suavemente la hizo sonar en el oído de la mujer. Se rio esta, y luego el hombre la sacudió golpeándola en la nalga con la misma. La mujer lanzó un grito y la ira la envolvió como una llamarada. Pero el hombre la tomó de la cintura y la empujó hacia el camino. Blanca se dejó llevar y pronto estuvieron apoyados en la baranda del puente. El agua abajo sonaba, y en medio de aquella cantata nocturna se oían en el cercano burdel las risotadas de hombres y mujeres. El hombre pasó las manos por sus cabellos y ella se dio cuenta de que le estaban acariciando sus solitarios cuarenta años.

En un momento, el hombre se volvió hacia ella y le dijo: "Tú fuiste rubia, ¿verdad?".

Blanca, un poco airada, contestó: "Fui no, soy".

Claudio señaló, un poco turbado: "Tenía el pelo rubio, hebra por hebra". Blanca, que no comprendía muy bien, dijo: "Si una es rubia, es hebra por hebra". Claudio repuso: "Quizá".

Entonces Blanca comprendió. Fue como un relámpago. Qué importaban las palabras. Él quería decir que un día ella había sido pura y que todavía en ella quedaba algún rescoldo de ternura. Sin propósito definido, apretó la mano del hombre. Este vibró como un cable tenso, entreabrió sus labios gruesos y sanos y besó suavemente la mano de la mujer.

Ahora desandaban el camino. Iban ebrios del licor que mutuamente se habían ofrecido. Iban llenos de aquel pequeño pozo de felicidad que se había filtrado en la noche hasta ellos. Iban ebrios y felices, es posible que un poco tristes, porque toda sed es triste, pero iban igualmente saturados del hechizado mundo nocturno que los rodeaba.

(1963)

La infancia de Judas

El muchacho estaba deslumbrado; había huido, era libre; sentía la madrugada en sus ojos y jubiloso escuchaba las sonoras y lejanas notas de los clarines de Machareus; los gallos de Endor despertaban el mundo adormecido aún y muy pronto las abejas de Soreq inundarían las viñas, cuya floración se esparcía por todas las laderas como un himno.

Negras sirenas adornaban su melena negra y el aire tibio de Judea había establecido una residencia fija en sus ojos, prodigando un olor suave de azúcar quemada y sarrapia. Las palmeras eran puntos en movimiento; pero ante Judas se erigían como un horizonte y símbolo. Todo despertaba a su alrededor y la vida abarcaba una dimensión que le era desconocida, pero a semejanza de los mástiles vacilantes en el puerto, expresaban el mundo cuyos límites no terminaban ahí.

La blancura de las manos del hombre se volvía contra él; aquel hombre era su enemigo, porque en su cara alcoholizada había cierta fascinación, cierta tensa euforia manifestada en sus pobladas cejas de metal rubio y en sus acuosos ojos azules. Tato calzaba inmensas sandalias y se desplazaba con la fuerza vacía de una nube, siempre asombrado como si estuviese juzgando el mito de los pajarracos que pescaban lanzándose de cabeza al mar. En el día monótono, el desplazamiento de Tato no asombraba a nadie, pero Judas se fijaba intensamente en él cuando trasponía el umbral de la casa y la mujer gorda, que habitaba contigua, lo miraba con parsimoniosa complicidad, como si hubiese leído por arte de hechicería sus próximos pasos. El impacto de esta presencia encendía en su corazón una

hoguera que iluminaba aquella zona misteriosa de su vida aún no revelada, pero próxima como el frío que precede a las grandes lluvias.

Hasta ahora había sido educado en un sentimiento familiar que rechazaba los extraños: por eso era tan sensible a todo lo que viniera de fuera. Por eso, igualmente, pensaba a su madre no sujeta a los hábitos del mundo; aquella viuda sagaz y alegre, llena de intimidad, no se fijaría en esos pies monstruosos y en esos ojos casi verdes.

Él y sus hermanos venían del éxodo. Como en los cuentos antiguos, los lobos seguían el carruaje de la joven mujer, pero la sabiduría de sus ojos y de sus manos la defendían. Los árboles gigantescos de su país natal, donde anidaban las lechuzas, le habían comunicado su grandeza. Los rutilantes charcos del invierno le habían dado su pericia y el mundo de las alimañas y de los insectos le ofrecieron su don de gobernar.

Aquella noche, mientras atravesaba el ancho espacio embaldosado, donde rebotaban las hojas del viejísimo sicomoro, levantó el brazo derecho como si en la mano llevara una antorcha humeante y de pronto se hubiese propuesto prenderle fuego a la ciudad, abandonada como una mujer a sus olores grasientos. Apresuradamente, se internó en la fresca profundidad del zaguán, entreabrió la puerta y miró dentro, donde lo recibió el extraño espectáculo de un hombre intentando evitar una espasmódica contracción ante el aceitoso olor de las frituras y de las rancias emanaciones del patio. Furiosamente salió ceñido por esa cauda de inmundicias, decidido a vender su orgullo al primer negro encontrado para que lo redujera a la condición de las cabras y le pagara por reptar en los más sórdidos tugurios del puerto, allí donde nada valía nada y cualquiera podía recitar un poema: una prostituta le escupiría una risa salvaje y desdeñosa y le diría, mostrando una moneda con la efigie del César: "pasa y será tuya", guiñando unos ojos bizqueantes. Lo envolvió un sordo clamor de insectos, cuando se precipitó hacia la calle. En sus ojos llevaba una escuadra de guiñapos, de sucias y desvencijadas cortinas.

Pero no todo era polvo y destrucción. Una mujer en la última, en la final buhardilla de un burdel de Machareus, le enseñaría el tono y la tibieza de otro cuerpo, tatuándole la dolorosa señal de una silenciosa enfermedad que mancharía para siempre el maravilloso escudo de Venus. Muy pronto aprendería a tener en sus alforjas monedas como versos y resinas exquisitas para los grandes momentos del amor. Cada mañana establecía nuevos datos y cada mañana agonizaba un poco más, pero también cada nuevo día su orgullo crecía como un torrente.

De golpe se vio en las callejas donde reinaba el alboroto del mercado, de hombres y mujeres afanándose, de cosas saltando como animales en la mesa de los sacrificios y de árboles asquerosos guarneciendo las maldiciones de los dementes y de las mujeres impetrando la pérdida del hijo mal concebido. Odiaba aquella pequeña población mestiza, donde hombres de mentes elefanciacas oraban al pie de la muralla, pero no porque oraban sino porque despreciaban la oración.

El aire de la tarde lo envolvía en su túnica verde: a menudo se paraba a escuchar el tañido de las campanas y se internaba en los senderos que conducían al mundo salobre de las frutas y de la inestable presencia del mar. En el relente nocturno, las mujeres freían el pescado, y las palabras y los perros lamían la cimitarra ósea de los peces. El mundo nocturno era un mástil bamboleante, donde todos los seres, por sus fuerzas y por su instinto, se desplazaban en busca de su equilibrio y de su verdad.

Semejante a una crisma se izaba la fortaleza del Tetrarca, y como un animal prehistórico gobernaba la bahía, batía todos los redaños del puerto y emergía fantasmagórico en la noche, mostrando su dentadura a trechos vacía, como viejo energúmeno y salvaje su encía desdentada. A sus pies las ánforas lanzadas contra las paredes. Un mundo opaco se ve volatilizada en cada marinero y en cada una de las mujeres que merodeaban las callejuelas de aquel barrio.

Mackla, la madre de Judas, abandonó Carioth, ofendió a Simón el Mercader, el hombre que la había tomado por mujer, honrándola, pese a los hijos que trajo del éxodo. Pero ella renunció a sus hijos, menos a Judas, porque este, desde niño, impuso sus condiciones para vivir. Era intolerable vivir frente a aquellos ojos, inmutables, pérfidos, silenciosos. El hijo amaba y odiaba a su madre con desesperación, como si por ella hubiese de morir y por ella hubiese de resucitar. Toda la vida al lado de la mujer que era su madre fue un constante mirar y callarse; ahora daba con sus ojos las flaquezas y las alegrías que habían buscado hospitalidad lejos de Carioth, lejos de la comodidad y del lujo, lejos de los serviles agasajos de los amigos de su marido y lejos de ella misma. Ahora no era más que Mackla, la bienaventurada porque no amaba, la bienaventurada porque no lloraba, la bienaventurada porque no daba de beber a nadie. Ella sentía que la lucha no era contra nadie en particular, sino que el corazón de todo aquel huracán era su propio hijo Judas. Él la vigilaba, él se movía como un reptil entre la hojarasca; no pronunciaba palabras, pero implacablemente la miraba y callaba.

Sin embargo, Mackla no sabía que por la garganta del muchacho corría la ternura despedazada, que le hería y escaldaba las entrañas. Él conocía a su madre y sabía que había abandonado el ocio y los placeres del rico por él. Él no era un hijo más, era el hijo que había poseído su alma con hambre insaciable; la obligó a vivir en un tugurio de aquel puerto, porque desde allí él se levantaría contra la Tetrarquía y contra Roma; desde allí él se alzaría contra la doctrina de Juan el Bautista; desde allí él escribiría su propio tratado sobre el silencio. Ya comenzaba a encontrar insatisfacción en su propio pecado y por ello escogió a su madre para hartar su voraz orgullo. Deseaba que la gente supiera que estaba de pie primero que el primer gallo; que, siendo aún un niño, padecía hambre y sed voluntariamente; pero eso sí, la miseria ajena, la verdadera e insuperable de

los pobres, lo colmaba de agonía, de asco y la ira lo coronaba con un estremecimiento de epilepsia.

Mackla era un ser de contornos finos e incontrolables flaquezas, como corresponde a los desesperados, a los henchidos; estos entregan algo más que su cuerpo y sus deseos, dan sus palabras, sus gestos, los temblores de su piel y los secretos humores de sus vísceras. Se ofrecen sin condiciones y se saturan de la letal resina del sacrificio. El pensamiento de que Tato amaba a su madre lo desazonaba todo; entonces corría por el puerto, por los tablones podridos del muelle, por las playas pedregosas y por la noche aturdida de ruidos y lamentos, estertores y gemidos. Judas odiaba a Tato, no por su estatura, no por su color, no por ser extranjero y ni siquiera porque sabía que su madre se le entregaba; lo odiaba porque comprendía que los minutos que Tato obligaba a la mujer a rendirle no eran suyos; que en esos minutos, la mujer se liberaba y huía de él, quizá en esos momentos no existía. Pero a Judas le dolía hasta la muerte ese sentimiento, porque otro que no era él suplantaba su ídolo.

Veía a su madre en el tope de la colina despejada, rodeada apenas de arbustos, escuchando la voz diabólica del viento y mirando cómo desde abajo el fuego emergía —un gigante de rojos brazos estriados— desde el fondo de las aguas donde temblaba la verde y rechinante vegetación marina. Allá estaba ella mirando la lenta declinación de su ombligo hasta su vientre, más abajo hasta sus piernas y más abajo hasta la tierra que la sentía y sostenía allá vertical y limpia. El fuego, aupado por el viento del mar, iría quemando toda la vegetación de la colina hasta llegar allá, donde ella se disponía a morir abrasada, saturada hasta los huesos de amor, poseída por el silencio y la ira de su hijo.

Judas torció la boca, movió sus ojos en círculo y lentamente detuvo la respiración para sentirse frío y desprovisto de sangre; quería llegar a la lividez de los cadáveres: quería morir. Pero todo aquello resultó inútil porque siempre giraba en torno al mismo

punto. Él estaba creciendo y se sentía el ser más líquido, más maleable, más fácil de empujar, de conducir de un extremo a otro. Poco a poco las pasiones le iban mostrando sus rostros: la ira, los celos, los deseos absurdos. Sentía que había llegado al fin del viaje de la niñez; en adelante la lucha contra el peligro sería constante; él prefería el desierto a este enfrentamiento con la realidad. Él, como su madre, estaba cercado por las llamas; estaba solo en medio de aquel fuego que lentamente subía hasta él, sin hacer ruido, pero inexorablemente. Desde arriba, desde la buhardilla, contemplaba el mar. Habían pasado los años y contemplaba su niñez y la delgada cinta de recuerdos que lo ataban a la realidad. Vendió su amuleto para estar cerca de aquella mujerzuela, que antes de entregársele haría resplandecer su orgullo, disminuyendo todo lo que su cuerpo entregaba y exaltando el cuerpo maravilloso de Judas. Un cuerpo así no podía pecar, un rostro así no se inmutaba en el placer; él simplemente ponía a girar a su alrededor el número infinito de los seres que lo amaban y de las cosas que por él adquirían sentido. Para Judas aquella mujer era su descubrimiento y su triunfo; venía de las minas de cobre de Egipto y conoció los puertos griegos. Judas le besaba frenéticamente los labios y la hacía bailar hasta que caía frente a él entre espasmos y convulsiones de agotamiento y de deseo. Tenía la rabiosa inteligencia de las mujeres del desierto. Luego venía un abrazo y otro abrazo y otro, y así hasta el más profundo y definitivo agotamiento; tanto que el cuerpo caía como un fardo al lado de la alegría. Todo este enervamiento se detenía cuando la puerta era golpeada, indicación esta de que había que entregar una nueva moneda para tener derecho a permanecer en el tugurio; pero no importaba, ahí estaba, ebrio, desnudo, arrasado, herido hasta la muerte, despojado de todas las dudas y lanzado al agua embravecida de aquella corriente, tan nueva y mortal.

Judas tenía una admirable cabeza de artista. El pelo negro y ensortijado, los ojos fijos y tenaces; si alguien miraba desde la

inteligencia, ese era él. Mientras otros hacían milagros levantando las manos, él los haría con sus propios ojos. La boca fría y madura, como los frutos cuyo sabor está en el propio corazón; y el cuerpo enjuto y tenso como un grito. Había desertado de la oración y del amor, había huido de la verdad y la justicia. Para él todo consistía en mirar y callar, porque aun cuando gritara, nadie le oiría; porque aun cuando concurriera al templo, entonces sería tarde y nadie lo notaría. Se había lanzado al azar buscando las recónditas razones del peligro, las extrañas fuerzas que gobiernan el fuego y la muerte y las formas ineluctables del deseo y del amor. ¿Qué es lo que se ama verdaderamente? ¿Las manos finas, sutiles del amigo; su boca joven y sus palabras, que son como afrecho, como azúcar, como café maduro? ¿Los cabellos del amigo y su dolor; su frente ancha y su mirada tímida? Pero estas razones se le deshicieron a Judas como la sal en el agua tibia. Él ya tenía su marca y su pecado, como esos árboles azotados en forma inclemente por el viento, curvados en una sola dirección, con fisonomía de apátridas.

Judas comenzó a silbar en la noche una áspera melodía que agonizaba como los ríos de verano. Llenaba su cántaro con fuertes golpes de lágrimas, lágrimas que le apretaban por dentro, como la soga del ahorcado. Todo en él era vacilación y angustia. Todo en él crepitaba con furor ciego: el agua regia de la muerte grababa su brutal mordedura en su faz todavía dulce.

Se había curtido en los salineros de la playa. Durante el día metía su nariz en las olas rebeldes y secaba su cuerpo en el duro sol del estío anticipado. Sentía el odio que su carne animaba por los otros seres; un pegajoso sentimiento de crueldad le llenaba el pecho.

Tato llegaba al amanecer, husmeaba los alrededores y, precisando su tiempo, entraba en la casa. El muchacho no se atrevía seguirlo, pero escuchaba que la gente hacía comentarios mordaces, que no iban dirigidos más que a él. Él se vengaba escupiendo el rostro de los viejos y golpeando la cabeza de los niños. Deseaba continuar

escondiendo las razones de aquellas visitas y de las relucientes monedas con la efigie de César que diariamente aparecían en la alforja prendida a la alcándara. Él las tomaba entre sus dedos y veía aparecer las garras del águila romana y brillar la nítida y hermosa figura del César. Pero él quería desahogar la rabia sorda que lo inundaba, quería ofrecer sus riñones al torvo impacto de la revelación, de la desesperación de conocer lo que sucedía entre Tato y Mackla. En otras palabras, quería tener para sí todo el misterio de esas visitas y así satisfacer su envidia carnal, babeando frente a la ruidosa excitación ajena, ante los espasmos del amor, de todo lo que desnudaba la intimidad de sus ojos y mostraba a un extranjero ávido, curvado tensamente como un arco, sobre la crispada faz de la mujer de Simón. Por eso, lentamente se acercaba a la puerta, oyendo golpear arrítmicamente su corazón y sintiendo su boca inundarse de saliva gruesa y sulfurosa, y sin escuchar ni oír nada, desaparecía velozmente en el corral de la casa, donde la higuera comenzaba a florecer y la tierra blanquecina se estriaba de lagartijas que se movían a saltos. Desde lo alto de la pared veía salir a Tato, bizqueando bajo el sol amortiguado de la tarde.

Pero Judas no conocía toda la verdad. Ignoraba los actos del deseo y del amor; desconocía la fábula de los cuerpos desnudos y felices y, sobre todo, su pena era tan íntima que no revelaba a nadie más la fiel exasperación de sus sentidos. Él solo entendía los hilos de la trama que singularmente envolvía todo cuanto era: la música de sus labios y las cicatrices que dejaban en las cosas con sus ojos. El sueño turbado por otros sueños más precoces y los árboles que padecían con él la salobre mordedura de la ira. ¿Quién se había interesado por su felicidad? ¿Quién había mirado el suave bozo que comenzaba a dibujarse en su rostro? Nadie había seguido junto con él la aventura de su cuerpo, trasmutando el mundo de la niñez y de los sueños infantiles por el mundo de la realidad, de la ciencia de las cosas y de la infidelidad de todos los seres.

Él, mucho más tarde, lo vería todo desde la risa de la primera mujer que le había comunicado la llameante iluminación que hoy tenían sus sentidos. Muy temprano comprendió que la entrega de una mujer y un hombre es algo más que la entrega física. El don de la elección solo está dado a los seres que aman, y él no amaba el amor sino sus desechos. Consumía hachís, sorbía algunos tragos de vino y miraba a todos los harapientos que como él buscaban algo. Conocía y usaba a mujeres de todas las razas; niñas casi impúberes como él y viejas sin dientes o de postizas dentaduras. Jamás participaba ni dividía sus emociones; él sentía florecer su destino como las rosas de Jericó. No vio a la primera mujer que se le iba a entregar; la mujer lo vio a él. Lo asedió, lo alumbró, lo hizo conocer primero de todos y de todo lo que podría atarlo. Lo conquistó a fuerza de acecharlo en medio de la turbamulta del burdel. Se dejó golpear por otros, se dejó arrastrar por no prestarse a los deseos de otros. Su olfato le decía que ese era su hombre, que ella era la luz y la vela a la vez en aquel ser. Así aprendió Judas los misterios del amor. Al principio, él se dijo: "¿qué misterio?"; efectivamente, en todo aquello no había misterio, ni aventura, ni siquiera imaginación. Era escuetamente un acto vacío de forma y de fuerza. Pero los seres que aman escogen sus amantes entre los más solitarios y ciegos: los que debían ser llevados de la mano al sacrificio. Judas no amaba, no podía amar; su naturaleza se lo impedía, su orgullo, que día a día crecía, era una muralla a todo sentimiento que pudiese, según él, significar debilidad. Sin embargo, la mujer se le entregaba sin reticencias, se sumía en el amor como un cántaro en el agua fresca. Esta mujer, con sus monedas rojizas, su manera de vestir y su permanente excitación que lo maceraba, le hacían sentir hondas aprehensiones de su propia persona. Porque ella no jugaba un juego. Ella ponía toda su intención, toda su carga de soledad en lo que hacía. Simplemente lo había invadido como una plaga, lo estaba descociendo por dentro, lo estaba ahogando en su carne.

Aquel era su día de gloria y de triunfo. Había vencido la inocencia del muchacho de alma apergaminada, había vencido su conocimiento del mar y de los caminos violentos de la noche y había acorralado para siempre los ojos desnudos, el vientre opaco y los labios húmedos de aquel ser irreverente, cuya ternura arrancaba de su soledad y cuya verdad partía de los íntimos tugurios de aquella miserable selva de manos, que desplazaban los aparentes caminos del desierto. Todo huía: los faroles, las estrellas nacidas como brotes súbitos de las luces que circulaban en el puerto y la luna viscosa y sucia, como mantel después de la orgía.

Mackla vivió la infancia para su madre, respetaba su credo y veía el mundo a través de una tradición de libros sagrados, de palabras colocadas en sus oídos, como halcones en sus perchas y de gestos finamente delineados y celosamente conservados por muchas generaciones. La familia desaparecía tras el llanto de todas sus mujeres y la ira de todos sus hombres; si alguna vez se atrevía a volar aquellos códigos, cuyas normas estaban escritas en el aire y debían cumplirse en beneficio de los ojos que lloraban, de las bocas que maldecían, de los labios que oraban y de las manos que suplicaban. El mundo era un caballo inservible, era una piara de cerdos hambrientos; el mundo eran aquellos perros que ladraban a intervalos en la noche maloliente del puerto. El mundo era Mackla, acicalada y brillante; era ella, con su hijo caminando con donaire hacia la dársena, donde se hallaba anclado el viejo barco que Tato aparejaba. Él no quería ver a su madre desnuda, pero ella lo llevaba para que mirara su desnudez; él no quería ver a su madre humillada, pero ella lo llevaba para que sintiera su humillación. Él hubiese deseado ser sepultado antes de ver a Mackla mostrando sus senos extrañamente jóvenes. Pero nadie escuchaba su muda súplica; solo el rumor continuo y persistente de las olas golpeando la madera del muelle, le maceraban los oídos y la mente. ¿Por qué volarían las golondrinas a esa hora y por qué esos hombres arreglaban sus viejas redes? Cuando estuvieron dentro del

barco, encontraron a Tato barriendo la cubierta. Se volvió hacia ellos y saludó reverentemente a la mujer. Llenó sus manos de pistachos y los entregó a Judas. Este miró aquellas manos monstruosas y los ojos verdes, taladrantes. Tato tomó a la mujer por los hombros y la separó de Judas. Ambos le pidieron con un mudo gesto de reto que no los siguiera. El muchacho tenía el corazón vacío, encogido. Todo aquel armatoste le era hostil; el agua del mar le parecía sucia, y el leve cabeceo le daba náuseas. En aquel instante, todos los sueños se hallaban convertidos en ceniza y ya no sentía su cuerpo sino como una pintura mal hecha de los niños que jugaban a la gallina ciega. Quería ver aquellos ojos verdes y aquellas manos gigantescas prendidas como moscas sobre el cadáver de su infancia. En adelante ya no habría barrera para él; estaría en capacidad de saltar, sin inmutarse, todos los códigos y de utilizar todos los medios para alcanzar los fines deseados. Ya no le importaba saber de qué vientre había nacido, sino cómo habría de vivir en el futuro. Un frío angustioso le llenaba los ojos; una sensación de soledad le consumía las vísceras. Ya nunca más sobre la tierra habría sol que calentara sus huesos ni emoción que le sacudiera el espeso fondo de miedo y de odio, por todo el horror que ahora sentía.

Sumó sin querer, como un autómata, los peldaños de la escalera, y sin avisar, sigilosamente, llegó al camarote de Tato. Se lanzó sobre la puerta y la abrió de un empujón. Estaba encandilado, entorpecido por el pesado sol de la tarde; sin embargo, la vio a ella desnuda en los brazos peludos de Tato, cubierta por sus manos pringosas y amarillas. Él se había engañado antes diciendo que aquella era la mujer de Simón, pero ahora sabía exactamente que Mackla era su madre; ella lo había traicionado. Ella estaba ahí como antes había sido él toda su vida: mirando y callada. Se erigía en su rival y lo desafiaba. ¿Por qué se había mostrado desnuda junto a aquel esclavo de Osiris? ¿Por qué se acrecentaba la vejez de todos sus ídolos, Mackla que era bella, que era su madre y había renunciado a su riqueza

para servirle a él? Lo que sintió fue como si hubiese sido envuelto por un remolino; su turbación le ahogó todo pensamiento; ya no deseaba nada, solo correr y perderse lejos. Confusamente, salió del barco, barrió el muelle con sus gritos, y ya en la casa, sacó de la alforja atada a la alcándara, las monedas que le cupieron en la mano y enloquecido huyó hacia la playa solitaria. A medida que corría, lanzaba las monedas y maldecía al César, al Tetrarca, a Herodías, a los barcos y a las casas, maldecía a su corazón y a su voz. Su cuerpo era una hoguera de odio y Judas supo desde entonces que ya nunca más tendría paz.

(1963)

Zorra de Palo

La carretera era un rumbo de asfalto que se internaba en el medanal. Los cardones parecían soldados presidiendo un cortejo fúnebre. Antes de llegar al pueblo, el burdel semejaba un ojo de vidrio, tirado en medio del campo árido y desafiante. Las paredes y el techo eran de zinc corroído por el salitre, todo dentro de una empalizada de cactus viejos. Aparte de la escuálida sombra que proyectaban los cujíes, la tierra reverberaba. La vieja nevera no alcanzaba a enfriar la cerveza, que se transformaba en un líquido viscoso y rancio. El burdel era un mensaje de sed en medio del espinoso y reseco paisaje. Sin embargo, la madrugada era una brutal y maravillosa sinfonía. Miles de pájaros mezclaban su canto en un denso aguacero melódico, que comprometía el futuro con una inmensa aspiración de armonía. A flor de la madrugada, las gandolas se despedían del viejo burdel y se escuchaba el bufido de satisfacción que articulaban al producirse el cambio de velocidades. De pronto, el mundo volvía a su punzante silencio. Entonces un niño, vendedor de pichones en la carretera, tomaba un trozo de tiza amarilla y dibujaba el sol en el horizonte, tan puro y liviano como un girasol de Van Gogh. En un momento, el calor comenzaba a inundar las resecas sementeras y el arcilloso fondo de las quebradas. Al dar contra el zinc, la luz se cuajaba y el metal entraba en una desesperada agonía.

Lentamente abrí los ojos y vi la mujer tendida a mi lado, desnuda. Era mulata, y su pureza estaba en la ingenuidad de su pecado. Ella no sabía hacer otra cosa; estaba allí para ser poseída, porque nadie, ninguno de aquellos salvajes gandoleros, la había amado, pero ni siquiera acariciado. Se acercaban a ella cuando el alcohol había

deshecho todos los resortes de su embotada sensibilidad y tan solo quedaba el delirio de los sentidos, brotando de una sórdida fuente de cansancio, de oscuridad y hastío.

A aquella mujer nadie la había llamado por su nombre verdadero. Todos la conocían por un remoquete absurdo: Zorra de Palo, y tanto se había acostumbrado, que se sentía tercamente antipática, leñosa y feroz. Se conjugaban todos los elementos para que ella se sintiera así y adoptara la actitud orgullosa y bestial que inundaba todos sus actos. Por eso, cuando estuvo con algún hombre, fue eso siempre: una zorra de palo. Nunca mostró nada de lo que se hallaba detrás de aquella cortina y su aspereza crecía a medida que se hacía veterana en el conocimiento de los hombres que diariamente pasaban por el lugar. Cuando alguien se le acercaba, reía, dejaba ver su dentadura postiza, donde un oro, no de buena ley, refulgía equívoco. Pero no todo era una pesadilla en la vida de Zorra de Palo, porque cuando iba al pueblo al control sanitario, se detenía en una choza miserable, donde una pequeña, mulata como ella, la llamaba mamá. Entonces la mujer perdía su aspecto hosco y lentamente se arrodillaba ante la niña, la tomaba en sus brazos y la paseaba triunfalmente por el patio interior de la vivienda. Su alegría se extendía por la vecindad como pólvora china y curaba los males de los viejos y el hastío de los jóvenes. Todos gritaban: "llegó Amalia, la puta de Bajo Seco". Era como si hubiese llegado el hada madrina de todos aquellos desheredados, puesto que en alud acudían junto a Amalia a manifestarle, de una u otra manera, el respeto que les causaba su condición de ramera. Amalia era lo que se dice el intérprete de aquella comunidad sedienta, y todos deseaban hacerla participar de sus secretos y cuitas. No pocas veces, ante la algarabía de la vecindad, el cura se acercaba a la mujer y dulcemente bendecía aquella putísima condición que permitía a Amalia ser la madrina de casi todos los niños del vecindario. Además, nunca olvidaba algunos bolívares para los tabacos del buen párroco. Las madres le encomendaban a sus hijas y los

varones la saludaban como si ella hubiese fundado una dinastía de doncellas. Las más viejas muchas veces le preguntaban por ciertas aventuras maravillosas, por ciertas leyendas y fabulosas historias que sobre ella se tejían. Le tomaban las manos, amortiguados dedos, nudosas estribaciones, y las auscultaban, buscando, con hipnótica mirada, en los signos de su rostro el destino de aquellos que, a cada nueva partida de ella, quedaban orando por su salud y por su vuelta. Cada viejecita se regocijaba con sus cigarros y cada niño con su caramelo. Cuando Amalia se marchaba, el pueblo se hacía más solitario, y los naranjos, escasos y cenicientos, comenzaban a apergaminar su fruta en agraz.

No bien partía, no bien entraba al bus cargado de abigarrada multitud, su rostro y su conducta se tornaban siniestros, a la defensiva. Volvía a ser Zorra de Palo. La obscenidad como un escudo la cubría y la apertrechaba, y cada referencia a su sexo era una simple manera de despreciar a los que hacían escarnio sobre ella y de lo que ella consideraba su trabajo. Cuando llegaba abatida al burdel, todas las mujeres, esperando quizás alguna noticia de liberación, se le acercaban solícitas. Todas querían una palabra, un mensaje; todas pedían devotamente un gesto de piedad. Sin embargo, la mirada deslustrada de Zorra de Palo era ya bastante para hacerles comprender que para ellas no había redención. De ahí que buscaran refugio en el haraganear alrededor de los gestos y de las palabras más duras. Cambiaban el tono y no llamaban a la mujer por su nombre, sino que escupían el denigrante remoquete de Zorra de Palo.

Esto sucedía hasta que al atardecer comenzaban a llegar las gandolas, a pararse los camiones y se detenían incluso los carros elegantes. Entonces el burdel era una colmena, se llenaba de rumores, de risas, de chillidos, de estertores. La cerveza era un guarapo caliente y el ron un lanzazo en la garganta endurecida de los choferes.

No eran todavía las ocho de la mañana y Amalia estaba junto a mí dormida, roncando a veces y desnuda sobre el exiguo lecho. Su

cabello lebruno le resplandecía sobre los hombros, y los labios duros y carnosos dejaban escapar el ruido de la vida. Como las turcas, se afeitaba las axilas y solamente en el pubis se le notaba escaso vello. Las piernas eran lisas y uniformes y los senos abundantes y llenos. Por su garganta corrían hilos de sudor y su frente parecía un maizal de verano.

Cuando salí, la mujer dormía y había cesado el canto de los pájaros. El viento triscaba la arena del medanal y la arrojaba con violencia sobre el burdel silencioso. Seguramente abrió los ojos, todavía hermosos y sedientos, al escuchar arrancar el automóvil, que comenzó a desplazarse por aquella henchida cinta de betún.

(1964)

Sábado sombrío

Todo fue preparado minuciosamente. Cada uno de nosotros se asignó el nombre de un héroe y cada uno se atribuyó así mismo sus cualidades más sobresalientes. Fueron elaborados mapas y planos, y los cinco estampamos las firmas que por muchos años identificaron el arduo exilio de la escritura. Cuando nos señalamos la correspondiente jerarquía, nuestros ojos brillaron de gozo y nuestros sentidos viraron alocados como un barco que, de pronto, en medio de la borrasca, pierde su timón.

Muchos días y semanas nos costó diseñar y luego elaborar cada uno de los detalles del proyecto, pues no era fácil verter en los inestables moldes la fluida materia que la imaginación preparaba. Ensayamos los túneles y las canales de agua cenagosa; realizamos vuelos imaginarios a las zonas desérticas; cavamos fosas profundas para enterrar los despojos de la cacería; establecimos numerosos bosques de piedra y señalamos los puntos donde era casi posible encontrar agua; fraguamos a puro martillo algunas especies de árboles raros para obtener melaza fresca y sembramos algunas semillas del asombroso "go", para alimentar las hormigas del pan. Sin embargo, muchos problemas se escapaban a nuestro apresuramiento. Sabíamos que no era posible combatir con simple ceniza las enfermedades de la llanura y que, a cierta altura de la marcha, los perros y los caballos quedarían cegados por las manchas que iban dejando los perseguidos. Pese a esto, una horrible alegría frotaba como azufre cálido nuestra piel. Las madrugadas preparatorias eran como un incesto, y el frío, intensísimo, impedía la delación a los traidores. Pero era evidente que los días se iban tornando más oscuros y que el verano,

como una exhausta mina de cobre, llegaba a su fin. La tensión de todos era tan comprometedora, que ya nadie volvió a acordarse de su persona, creciendo en algunos la barba como hierba en tierra de nadie. No nos acordamos más de nuestros nombres, como si de un momento a otro fuese a estallar a nuestro alrededor una pesada ola de metralla. Muchos días y semanas hubimos de preparar aquella masa humana para una lucha sin precedentes, quitando a las madres los niños más pequeños, mientras ellas acarreaban trozos de roca granítica y los hombres encadenaban los gigantescos saurios que brotaban del lago como petardos. Las noches eran intensamente frías; por eso, la gente se agrupaba en ráfagas, de tal modo que cuando la mañana se alumbraba y los pasos del tigre despejaban la sombra, la tierra parecía solemne y marchita, vacía e infinitamente solitaria en medio de aquella masa chirriante y áspera, que no dejaba más que un profundo vaho excrementicio, tiñendo el aire de sórdidas calabazas sepulcrales, defendiendo el humo linfático de sus deseos pegajosos. Los íbamos dejando atrás mientras los caballos resoplaban abrumados por el cansancio. El horizonte solo mostraba los rostros de los que caían, por un lado, y de los que avanzaban, por el otro. Los niños se transformaban en cálidas miniaturas implorantes, que las madres dejaban con una sonrisa estereotipada en los labios. Los pequeños iban a morir, pero el continuo fluir de aquella turba humana era imperturbable. Allí no había agua y solo siete días más tarde, según nuestros cálculos, podíamos comenzar las primeras comprobaciones acerca de la existencia en la llanura del líquido. Nuestras aspiraciones comenzaban donde terminaba la esperanza de aquellos bárbaros. A principios del verano llegó hasta nuestro campamento aquel espectro ácido y nos comunicó que la gente moría por millares diariamente. Los arquitectos y los ingenieros sonrieron apenas. El emisario indicó que su misión era pedir que los cientos de caballos que diariamente matábamos, por su imposibilidad de continuar, le fuesen entregados a la población,

para aminorar las cuantiosas pérdidas que por hambre y sed diariamente sufría. Los de mayor jerarquía hicieron su respiración casi imperceptible y dejando ver el resplandor de la frente olímpica y los ojos brillantes y tensos, negaron con un gesto la petición del enviado. Sin embargo, se decidió que una comisión examinara el problema desde sus ángulos más extremos, especialmente para considerar la posibilidad de que las jóvenes vírgenes no fuesen violadas por las jaurías de lobos, que como un río de invierno atravesaban la muchedumbre, abatiendo a las mujeres y a las adolescentes. Se comentó, igualmente, que los caballos debían servir para que su podredumbre estableciera la necesaria barrera entre los hombres libres y aquella gorda y gigantesca burbuja humana que los seguía. Entretanto, el verano se fue haciendo más y más caluroso, los rosales sembrados alrededor de la tienda de los jefes exhalaban su intenso y delicado perfume. Las abejas llenaban las colmenas y las vacas criaban los terneros con leche dulce y cremosa. Por las tardes, las panaderías dejaban escapar el aroma del pan tierno, recién sacado del horno, y en los laboratorios se elaboraban continuamente nuevas fórmulas para hacer mejor la comida de los técnicos. Aquello era el sueño, la belleza, el buen humor y la bondad. La abundancia concilia y el vino y las magnolias nos provocan ansias de recitar hermosos versos y de sentirnos equilibrados al *borde de los acantilados.*

(1964)

El pozo

Cuando un hombre cava en un pozo para encontrar agua, para encontrar siquiera arena húmeda, para tocar las paredes del hueco y sentir la arcilla fría; cuando un hombre se hinca de rodillas en tierra para sacar con sus propias manos el cascajo y por más que araña el fondo no encuentra sino piedra caliza, ese hombre tiene todo el derecho de volverse contra los invisibles fuegos y escribir a saliva y sangre su historia del desierto, porque ni la voz más aplomada puede desarmar el corazón donde la nada es la mesa de la miseria y del hartazgo.

Cornelio Cuicas bajó al pozo ennegrecido por la sombra, miró la tierra reseca y la tomó entre sus dedos para averiguar la razón de por qué se le negaba a él lo que otros obtenían hasta del viento. Pensativo, devolvió el polvo al polvo, pasó su mano por el rostro, y en su muda protesta, levantó los ojos al cielo donde la luna —horno sideral— crepitaba dorando levemente al atardecer. ¿Qué había sucedido en estos años, que nada le había cuajado? El maíz, que hizo accesible los sueños, no había llegado a florecer, y el quinchoncho, terco y fiel, se mustiaba sin soplo y sin luz, dejando el campo semejante a fusil envilecido en manos muertas. Allí, en la vega, el cambural se pudría en sus rizomas y las gallinas que aún quedaban hipaban de sed con las alas esponjadas. Desde varios kilómetros, entre el polvo y la herrumbre del campo, Cornelio Cuicas traía el agua indispensable para la vida. Un agua sucia, verdosa, espesa de lodo y cundida de sabores a mugre silenciosa. Se había empeñado en sacar agua de su propio pozo, de abrir la tierra y sacarle a cualquier

precio la linfa primordial, pero hacía un mes que cavaba y del pozo solo fluía soledad.

De su cuerpo quedaba una espina que le dolía, que lo hería a él mismo; quedaba una piel rugosa como piedra, sin poros, porque no había nada que drenar; una piel que ya no temía a los mosquitos ni a las serpientes, una piel que apenas lo cubría del relente de las madrugadas, que un viento agrio y frío desollaba. Él sentía latir su corazón como animal en cueva y los ojos le ardían de tanto mirar la tierra sufrida, tasajeada por el sol de días inclementes y donde las cosas se hacían cada vez más pequeñas, como si alguien las fuera encogiendo mediante algún encantamiento. La impotencia, como leche artera, le encendía las entrañas y sintiéndose así, la cólera le aceitaba los huesos y lo impulsaba a seguir viviendo.

Tomó el pico y lo sembró en tierra, acompañando el acto con una maldición; pero a la coa, con su vara lustrosa, la colocó tiernamente, como a mujer en lecho fragante, entre los palos del silo abandonado. No podía y no quería maltratarla, porque casi no se acordaba de los años que le había servido con humildad de cosa que piensa. Mucho tiempo lo había conducido a través de los surcos, repitiendo la faena de anudar el sudor a la tierra para que resplandeciera la harina tibia de la yuca y el sabor a cuerpo de mujer nueva del quimbombó.

Bebió un sorbo de agua amarillenta y agarrando un trozo de palo comenzó a desbaratarlo lentamente con el machete, hasta que le nació en la mano el alba como un caliente pan de agua fresca.

Miró con rencor el aire caliginoso del atardecer, y sintió en la nuca la mirada colérica de la mujer —así lo pensaba—, quien en la cocina callaba para hacer hervir unas cuantas raíces. La mujer, en acto ritual, golpeaba con un palo el aire en torno suyo, pues, según su creencia, con ello incrementaba la aletargada llama. La leña gomosa ardía con dificultad y dejaba un humo negro y espeso que sellaba en el techo de zinc un lamparón de brea lustrosa. Sobre una lona, en la misma habitación, dormían los hijos de cuerpo

fragmentado, ciegos en la noche sin sueño, quienes a intervalos tosían dolorosamente. Cada vez que lo hacían, la mujer miraba hacia afuera, donde el hombre se aferraba desesperado al filo ciego del machete. Ahora mondaba el palo con ruido de ira y sin que pronunciara palabras se escuchaba su maldecir. La mujer se acercó y clavando sus dedos sin uñas en la pared de barro, dijo algo en voz inaudible, que era como un reproche o como una simple y lejana solicitud. Pero los dedos decían un lenguaje superior a las palabras; habían grabado sobre el barro la historia de infortunios y agravios sufridos por todos los años de una vida que apenas tenía sentido. La mujer dejó caer la mano y con los ojos gruesos de lágrimas que no querían brotar, se arrinconó cerca de la estera donde convulsos y desesperados dormían los hijos. Cornelio Cuicas tembló de pies a cabeza desde lo íntimo de su mente y de sus riñones, sin moverse; su alteración era polvo en el dolor que le agarrotaba los músculos de las piernas tensas y acalambradas.

Entre tanto, la noche era un arma disparada y sonidos, las cosas que rodeaban a Cornelio Cuicas. A la par que vaciaba el pozo en busca del agua-trampa, en su corazón y en su cerebro se abría una sima como saliva de oscuridad. Ahora, desde este hueco miraba el cielo, llanura suavemente agitada, y en aquel potrero estelar descubrió que aun para ver la abierta vena del verano la vida tenía sentido. Cientos de bestias en libertad limaban el potrero siempre verde y el agua corría en arroyos azules desde el centro del saco de carbón, formando lagunas donde bebían los animales de Cornelio Cuicas. De su sueño lo despertó el hipido de los hijos y el llanto silencioso de la mujer. La noche olía a sequía, a rama seca, a tierra endurecida y a choza abandonada. En el silo, alguna rata hambrienta roía las tusas del maíz y a ras del camino, por entre la frescura nocturna, alguna serpiente se deslizaba morosamente hacia la vega estridulada de grillos y las luciérnagas quemaban como ojos de mujeres solitarias. Lo demás era silencio. La noche se extendía hacia lejanos lugares,

sin una voz, sin ruido, como si solo seres inanimados se desplazaran sobre el mundo; ni el ladrido de un perro ni el canto de un gallo, nada alteraba aquella paz torva y seca.

Cornelio Cuicas recordó los días de su llegada a aquella región. La montaña no tenía claros y el agua se desnudaba a pleno sol al fondo del barranco. Escogió para la casa el mediodía de una colina; la fue emparedando con lodo y paja en implacable mezcla. No había transcurrido un mes y ya sobre el lomo limpio del cerro se alzaba una albeada y tibia piel, con paredes sensibles y pisos como rumores. Construyó un chiquero, que huía de lo negro, para cerdos de bronce resonante y caney cubierto para bueyes solares. Gallinero despertador, porque seguramente en la madrugada los gallos lo llamarían para participar en los misterios del fuego y de la lluvia. Perros perdigueros con los cuales saldría a montear lapas en oquedades y conejos al pie de marchitos bucares.

Cornelio Cuicas amaba el silencio y quería tener cerca de él todo lo que palpitara; por eso, además de animales, deseaba tomar mujer, pero antes se propuso quemar sus propios pies con el fuego salobre del hacha, porque le impedían la roza para el conuco. La tierra que había visto y olido era tierra madre, mano para tomar el umbral de la puerta, como gallo de familia de ojos tupidos. Le tomó tiempo talar su propia sombra, porque hubo de arrimar hacia los linderos el silencio del guayacán, del cañaguate del apamate. Guayacán pecho-para-candela, sonoro campo prometido a la niebla, ira contra el hambre. Guayacán pantano, barro, ahora simplemente leña, humo inútil, llano de miseria.

Entre las cosas que había traído y que más amorosamente cuidaba estaba la coa, a la cual había colocado una pértiga de vera legítima. Con ella sembró el primer maíz que echó barba y murió. El denso bosque —corona de testigos— fraternizó de insectos la cosecha, pero hubo peso de frutos en las manos de Cornelio Cuicas. Las mazorcas fueron lámparas de abundancia en el amanecer y el quimbombó

reverdecía secretos que encadenaban el miedo. Aunque era hombre menudo, su cuerpo era un fusil nuevo.

Pero cada año se fue haciendo más torvo el sembradío y cada nuevo año la tala del bosque lo llevaba más arriba, hasta que solo quedó la tierra descuartizada por el agua y el viento. En lo que quedaba, y cada vez con más dificultad, Cornelio Cuicas sembraba maíz y frijoles que ya no le producían nada; pero él se aferraba a aquel pedazo de tierra por una extraña razón de fidelidad, que ciertamente no lograba comprender bien. La quebrada se oscureció y por más que registró no encontró ningún manantial. Entonces comenzó la sórdida búsqueda del agua cada vez más lejos. Algunas veces era la mujer que volvía con los ojos hinchados por el polvo calizo del camino, pero también era Cornelio Cuicas quien regresaba derrengado por el cansancio, con la boca agrietada y los labios hinchados.

Ahora bajaba al pozo para mirar su ganado, que pastaba en el perenne atardecer de la noche estrellada. Contaba los terneros y se frotaba las manos pensando en voz alta con altivez de dueño. Caballos trotaban en el cielo y bueyes y toros mugían en medio de la majada. Que todos esos eran sus animales, que ahora podía tomar los terneros y juntarlos y venderlos; que la próxima vez mataría un novillo y haría una fiesta, y para ello llamaría a todos los vecinos, y a los que quisieran venir a comer y beber a la casa de Cornelio Cuicas, porque ya nadie más diría que Cornelio Cuicas era un pobre, un miserable, un indio perdido en los peladeros de la cordillera, un indio que no podía ni alimentar ni mantener a sus propios hijos ni a su mujer; que ahora y en adelante era un hombre honrado, capaz de hacer cimbrear un caballo al montarlo y reír por entre dientes espesos de oro fino, y la mujer achinada de tan gorda y los hijos hipidos y tiesos como niños ricos, de aquellos que tenían siempre a su alrededor las cosas buenas de esta vida: la leña, la buena comida; carne olorosa y bien cebada. Podía tener un cebollar y una huerta para los tomates y el quimbombó fresquecito, y para los ajos y los

apios y todos los medios que dio nuestro Señor para poblar y alimentar la tierra de los hombres, que no todos podían llamarse así, porque seres como él, en este momento, solo tenían de hombres los menguados atributos y el saber, eso sí, que resistían con los riñones, con el hígado, de frente y de espaldas, y que jamás dirían que no a la faena, aunque se tratara de abrir un pozo de donde no saliera ni una gota de agua, sino pura piedra caliza, piedra reseca y dura, casi roca; un pozo que a la postre no daba sino sombra durante las horas en que el sol embalsama todas las cosas y ya de noche le pudría los huesos de angustia, pero dejaba ver el más puro y hermoso cielo estrellado, de tal manera que, sin quererlo y sin desearlo, porque no había envidia en la vida de Cornelio Cuicas, le ponía de frente o ante él el más extraordinario rebaño que hombre jamás tuvo.

Y así Cornelio Cuicas podía soñar que vivía y se hartaba los ojos y el estómago, y hartaba los ojos y el estómago de sus hijos y de su mujer, que aunque no la nombraba porque una sola vez le dijeron su nombre y ya no lo recordaba, siempre la tenía presente cuando respiraba, porque tenía que admitir que sin ella habría muerto de soledad, de lo que solo puede morir un hombre a quien no le ha sido otorgado ningún privilegio en este mundo, y que ni siquiera podía decir que la borrachera le borrara por unas horas todo el universo de insensibilidad que lo ataba y envolvía y que apenas lo dejaba respirar.

Cornelio Cuicas sabía que su única esperanza era encontrar agua en aquel pozo; que su oportunidad estaba en hallar agua en aquella cisterna seca, y que a partir de ese momento, no tenía otra alternativa que esa: escarbar con las manos, con las uñas, digo, con los dedos, y lanzar contra el suelo en terca desesperación la coa que se aferraba a su mismo pensamiento, como si también participara de aquel brutal destino. Coa y hombre se penetraban de aquel odio por lo que se les negaba tan obstinadamente, y día a día se empeñaban en ahondar el hueco, que le enronquecía la voz buscando el filo de una veta de

agua que no encontraban. De pronto creía ver una piedra húmeda, pero la caliza persistía y la humedad desaparecía casi tan pronto como Cornelio Cuicas se aferraba a ella. Pero el agua, el agua verdadera debía estar más abajo, no había duda. Uno, dos o tres metros más abajo, debía brotar un tumultuoso río de agua clara, de agua limpia y transparente, de agua donde pudiera mojar su lengua la pobre y desgastada coa, y donde él y los suyos encontrarían amparo contra la destrucción que inexorablemente los amenazaba. Allí habría agua, para cocuyos y libélulas, para sapos y ranas, para pájaros y gavilanes, para culebras y zorros, para caballos y bueyes, y también para sus perros. Habría agua para todos, y entonces, desde su casa, por las noches, podría volver a sentir ansiedad por los ruidos y ya no sería aquel conuco como cementerio de páramo, donde no se escucha pasar ni el viento, porque todo está quemado, atravesado por una onda de reseco polvo amarillento, donde la vida es un animal sin piel y sin lengua.

Pero Cornelio Cuicas anulaba el olvido, amputaba el hambre y arrancaba la mordaza a la luz a punta de pulmón, de músculo, de tesón. Sus dedos estaban desollados y ya su corazón no resistía el entrar y salir de aquella oscura y asfixiante mina. Quizá la riqueza besaba sus manos fraternales, pero el agua no salía, el agua parecía alejarse cada vez más; parecía que nunca en ningún momento del mundo hubiese habido algo tan elusivo, con sabor a boca satisfecha, pues Cornelio Cuicas desesperaba de hallar nada semejante a aquel enemigo dormido, encerrado, que no conocía el barro ni la brisa. Ahora solo aspiraba a un pequeño charco, ya no deseaba un río, ni un manantial, ahora se conformaría con un pequeño charco, donde las estrellas, que eran sus animales, su majada, su rebaño, pudiesen siquiera abrevar en las estuosas noches del verano. Ya no le quedaban fuerzas, solo lo sostenían la humillación y la vergüenza —brasa que le quemaba los ojos— frente a su pobre mujer, que diariamente esperaba que volviera con una sonrisa en los labios, con

algo que anunciara la libertad de aquel pozo y la libertad de aquella familia encarcelada a la sed, al odio, al color de las ramas sin savia, a la ceniza de los caminos y de la risa. Pero Cornelio Cuicas cuando salía era solo para mirar las nubes que de vez en cuando aparecían como plumas iluminadas en lo más alto del cielo, para mirar hacia la luna donde la mujer, como animal acosado, se asomaba; sentía que alguien lo llamaba, pero era el rumor de su sangre o de algún lagarto en busca de sombra. Abatido, agrio el sudor, volvía a entrar en el pozo que lo aguardaba como tumba: grata y suntuosa al cadáver.

Un día no volvió a asomarse, y aquel día un viento suave, un viento vengador, se posó sobre la tierra endurecida, y como una lengua, como una mancha difundida comenzó a limpiar aquella costra enferma.

La mujer corrió hacia abajo, resbalando y tropezando hasta llegar a la boca del pozo. Cuando se asomó al borde, sintió vértigo. Desde la hondura surgía hacia la vida el furor impotente de la coa y allí mismo, mirando el cielo, que ahora era su espejo, Cornelio Cuicas mostraba por sus ojos el fuego intacto de sus manos y de sus pies y la resplandeciente aventura de su corazón. Su sed había enmudecido, pero el ronco grito de los suyos lo mantendrían despierto, cavando aquel pozo, en cuyos dientes de piedra y sombra, quedaría su semilla, y así la muerte, como una burbuja inútil, se extendería sobre la tierra para borrar cada noche el espeso río de silencio, que como un muro negro lo había separado de sus sueños.

(1964)

Solo, en campo descubierto

Ahora vemos por espejo, en oscuridad.

1 CORINTIOS 13, 12

I

Yo lo vi. Vi su cabeza nublada apoyada sobre la piedra, como si soñara. Vi su sangre correr y detenerse formando espesos coágulos y mezclarse con la tierra rojiza; le habían arrancado masas de pelo, ahora incrustadas en la piedra a la que le crecía una barba monstruosa. Sentí que la sombra lo había traspasado y ardía en él como una lámpara, pero nada podía hacer por mi padre, ni cerrar sus ojos esmerilados, que escrutaban el mundo donde se hallaba y del que cuando vivía no hablaba, porque decía que no quería nada con la oscuridad. Yo sí lo vi mirar a una mujer y a un pájaro y a la trayectoria de una bala, y sus ojos tensos ofendían la piedad.

Yo no quería pensar que estuviera muerto, que se encontrara allí sin vida, con las venas de la garganta cortadas y derramándose sobre aquel peñasco como si hubiesen quebrado una botella de vino. ¿Podía morir, secarse de pronto como un río, el que fermentaba la masa del pan con solo mirarla, el que curtía los cueros y cuidaba el abejar? ¿Podía morir así el carpintero que fabricaba el día, el herrero que alumbraba la noche, el capitán de la tempestad y el proveedor del agua y del fuego? Ciertamente, yacía sobre su tierra, sobre sus líquidos amarillentos, esperando solo el tercer día para resucitar,

para respirar como la semilla que impacientemente busca la luz que el sol reparte sobre el mundo.

Las ramas de los arbustos temblaban; era el viento frío de la tarde que mecía también sus cabellos alborotados y se paseaba por sus ojos y se adormecía en la boca que ya no diría más palabras a nadie. Cuando lo vi aquella tarde, un caballo relinchaba en el campo, y en un galope corto saltó el seto vivo. Después la tarde quedó en calma mientras él soñaba, mirando al cielo palidecer y las nubes girar al pie de un árbol negro. Cuando me acerqué hasta su cuerpo pude darme cuenta de que estaba casi desnudo. Le habían arrancado su antigua faja de cuero, y en su vientre espeso y curtido de pelo alumbraba un sol, como miel derramada, dejando ver sus piernas, que habían conocido el desdichado clamor de todos los apetitos. Yo no sé si le dije alguna palabra, pero seguramente lo toqué, porque en medio de mi llanto sentí su frente helada y puedo decir que su mano retiró mi mano como diciéndome: "Déjame, ahora es tarde para que estés a mi lado". Sin embargo, insistí en permanecer junto a él, porque sabía que era lo único que podía hacer por aquel hombre que había sido mi padre y que se encontraba tendido sobre la tierra, apoyándose sobre la tierra a la que tanto había amado. Yo quería exclamar algo que se oyera donde él estaba, pero nada salía de mi garganta. Yo quería gritar, porque los gritos por lo menos resuenan en nuestros propios oídos. Pero este no era el momento de hacerlo. No sentía ningún deseo de decir oraciones; sabía que a él no le hubiesen agradado, porque él se sentía el más vivo de todos los seres de este mundo, y lo último que seguramente se le ocurrió fue pensar que iba a encontrarse muerto, tumbado su cuerpo sobre la tierra y su cabeza como puesta sobre un peñasco.

Un pájaro negro de esos que llaman guainís se posó sobre su hombro y estuvo un momento dando coletazos, buscando rumbo. De pronto, dando un chillido voló lejos y se perdió en el seto siguiendo las huellas del caballo. Era como si huyera de la muerte;

como si la peste se hubiese posesionado de aquella tierra y ya nada, ni los negros escarabajos, ni las hormigas de barriga henchida, ni los minúsculos dardos del jején quisieran ocuparse de aquel cadáver de pronto envejecido, pero que resplandecía e iluminaba la tierra parda y fresca aún; toda la alegría había sucumbido al derrumbarse aquel sonoro fuego humano, aquel árbol donde pastaban rebaños de intensas amapolas y sobresalía la muda saturación del espasmo y de todo lo que resuena y canta, y de lo que se da y entrega a cambio de nada.

Yo, que soy su hijo, aun cuando ya esté muerto y sea un cadáver más entre los cadáveres, sé perfectamente que nada me atará tanto al eco y a la luz, al sueño y a la vida, como la presencia de aquel hombre que sonreía para que la entera vecindad se conmoviera y comenzara a ver y a oír, a gustar y a sentir con los dedos y con las uñas y con el sexo y con las rodillas y con los movimientos del cuerpo; porque sin él, toda aquella heredad aparecía muerta, herida por el rayo anonadante de la trivialidad. Era el devorador de ojos, de dedos, de manos, de lo que fluía a semejanza de la vida, pero de la vida respirada y vivida como el río vive su caída, el árbol su noche y el animal, el regocijo de su agonía. Pero ese de quien hablo estaba allí, tendido, muerto, asalariando la impudicia y mostrando sus dientes, como si riera sarcásticamente de sus asesinos, de los que lo ultimaron por verle morir, de los que no quisieron volverlo a mirar cara a cara, y no deseaban continuar soportando la presencia del gavilán que sembraba su esplendor sobre el cielo y lucía como debe lucir el que es primero de una estirpe. No importa que apresen a quienes deseaban verlo arañando el hueco vacío de la muerte; ellos ya no podrían comparar la vida diciendo su nombre, que era la verdad de aquello que si no tiene precio, es la consagración de lo que, con pasos de jornada, ha de llevarnos hasta la irreversible noche.

II

A Aaron[1] Torrealba lo mataron. Cuando supe tal cosa, me dije a mí mismo que eso ya lo había previsto; no sé por qué, pero en cierto modo ya lo sabía. El aire de la tarde se hizo de pronto demasiado cálido; las golondrinas voltejeaban incesantemente y alocadamente iban y venían en el corto espacio que divisaba desde la herrería. Yo intentaba darle forma a un pedazo de hierro; pero mi corazón se negaba a traducir el lenguaje de la fuerza, dejando el metal inanimado e iracundo. Lo dejé todo para escuchar el silencio sin cobrar aliento.

Aquel día, el pueblo se asemejaba a un colmenar alborotado. La certeza había huido de la gente. De pronto, no sé quién dio la noticia. Traen muerto a Aaron Torrealba, lo traen enjuiciado, lo traen sucio de barro, lo traen con la cabeza cortada, lo han despeñado, le cortaron el pelo, lo acribillaron, está todo cortado a machetazos, lo envenenaron, está todo amoratado y verdoso en partes, como sábila oxidada; lo encontraron boca abajo, casi enterrado; lo encontraron amarrado a un palo, lo hallaron entre un espinero, lo encontraron como si estuviera soñando, con la cabeza apoyada suavemente sobre una piedra; lo encontraron comiendo, ¿comiendo? Los muertos no comen; sí, lo encontraron comiendo hierba tierna como un caballo; lo encontraron bebiendo leche, ¿bebiendo leche?, sí, bebiendo la leche que las nubes le derramaban sobre los labios como leche postrera; lo encontraron con una mujer, ¿con una mujer?, sí, porque le vieron la mano sobre el sol de su vientre.

En improvisada parihuela entró al pueblo; yo vi que lo traían como si fuera caza mayor. Bamboleaba de un lado a otro, todavía pensando, porque su rostro hería la soledad que había invadido a todos aquellos que miraban muerto a un hombre que se les metió por las vedijas, por las orejas, por el enmarañado pelo, por las junturas

1 Hemos conservado la grafía original.

de los dientes, por los huecos de las narices, y ahora sabían que se quedaban solos, sin aquel huésped que les ayudaba a obtener de la vida la infinita y solicitada aspiración de darle forma a las cosas, de numerar el aire y de contribuir a las buenas cosechas, como la lluvia benéfica. Allí lo traen al rítmico paso de los parihueleros, de otros que se habían ofrecido para ir a buscarlo, de otros que deseaban ser testigos de su última vigilia, porque él se consideraba inmortal; de los que querían mañana decir que aquel hombre, que le había dado el nombre a la comunidad, que había sido su fundador y su depredador; aquel por quien los perros aullaban ahora en horrible y acompasado coro y los pájaros habían emigrado, fulminados y piantes, había muerto descuartizado por desconocidos.

Me dijeron que formara parte de la comisión, pero yo me negué a ello; no quise ir a ver los despojos de quien parecía un cedro solitario, florecido, y siempre despidiendo el penetrante aroma de los varones; no quería encontrarme allí con otros para que comentaran inútilmente su muerte, para que me recordaran su faz y sus modales y la afiebrada noche fiel de su corazón; su andar pausado y firme y la mirada que sometía al polvo y favorecía la amortiguación del agua sobre la tierra. A este Aaron Torrealba lo traían ahora sobre aquella parihuela y yo me quedé con la mandarria en alto, absorto, atontado, viendo venir el cortejo que lentamente se engruesaba como flor de fango.

Cuando estuvo cerca, vi que las piernas le caían de la parihuela; no traía pantalones y había perdido uno de los zapatos. Aquella carne tan prieta, tan entonada, me pareció ahora indefensa, como animal que pierde el olor de los suyos. Mientras más se acercaba, comencé a ver crecer su pie, primero como un grueso melón y luego lo vi hincharse, hincharse, de tal modo que los dedos parecían bueyes. Me impresioné de tal manera que entré en el cortejo y a medida que este se acercaba a la puerta del templo, el pie descubierto había adquirido el tamaño de la ceiba que presidía la plaza del pueblo.

A los parihueleros derrengados se agregaron vecinos que tomaron el muerto por donde pudieron, pero les fue imposible hacerlo entrar a la iglesia, pues aquel pie tumefacto y monstruoso se oponía rotundamente a ello. Colocaron tablas en el centro de la plaza y, allí, sin ceremonia, dejaron aquel cadáver que pedía a gritos que lo vieran, que miraran una a una las puñaladas y los balazos que lo habían agujereado. Cuando alguien dijo: "Que Candelario, el herrero, venga para que le corte esta pierna", yo me negué a ello, pero casi me llevaron delante del cadáver a rastras. Yo balbuceaba: "No tengo herramientas, no tengo sino estas manos, no tengo sino estos ojos, y no creo que nadie, aunque quisiera, pueda cortar esta pierna. Además, yo no voy a tocar a un santo, yo no quiero tocar a un hombre como este, que apenas está dormido, porque él ya resucitó hace tres días". "Que le corte la pierna", gritaron los que así han de hacerlo hasta el fin de los siglos, porque tiene que entrar a la iglesia; pero yo me negué a ello; dije que prefería morir; que primero me dejaría arrancar mi propia vida, pero que yo no profanaba aquella pierna ni aquel cuerpo que sabía por sí solo tanto o más que todos los allí reunidos y que hacía brotar cosas maravillosas con solo plantar el pie sobre la tierra. ¿No fui yo acaso con él, cuando ambos teníamos mocedad, a aquel bosque donde lo vi armar cuidadoso y precioso un serpentín de cobre reluciente, el cual, en cosa de nada, comenzó a destilar el mejor aguardiente que nunca había bebido y que nunca beberé? ¿Y no fue él el que me tendió el vaso y me dijo que probara y que me emborrachara, porque por una vez quería verme tendido y borracho, como aquel personaje que descubrió la embriaguez y cuyos hijos le vieron el cuerpo para su bendición y para su infortunio? Me dijo que él quería verme por los tres que habían visto a su padre tendido y desnudo; que quería verme trino y uno y fundir y refundir en mí mismo el mito de las razas, porque yo era el padre creador de la nueva raza. Decirme eso a mí, que hasta entonces no había conocido mujer, que no sabía sino ayudar a mi padre a darle

con el pie a aquella fragua y ayudarlo con la mandarria, a pulir con la escofina los bordes de las herraduras, de los clavos, de las bisagras y de cuanto trebejo hacía mi progenitor para poder vivir.

Sin embargo, aquella tarde, al dulce calor de la bebida, del elixir que Aaron Torrealba había preparado, me convertí en un hombre, volví como Lázaro de la inercia y entré en movimiento y fragüé y di forma y construí y me transformé en padre y canté a pleno pulmón y caminé por los caminos de la comarca y cacé los animales que allí había y bebí agua de fuentes escondidas y comí raíces y frutos extraños y perdidos en lo intricado de la selva y me curé las heridas con barro y bajé a los infiernos y subí de nuevo a la tierra y fui definitivamente y cabalmente un hombre y aquí estoy ahora, viendo el cuerpo yacente de quien me dio la condición del agua y del pájaro, del felino y de la rata, de la sombra y de la luz, y yo, aunque tenga que morir en una tarde como esta tan especialmente albeada y tranquila, no cortaré su pierna, porque el que la tiene es un santo y es más que un santo: es un varón tan hombre como la sensación que se siente cuando agarramos una serpiente por la cabeza y miramos cara a cara la muerte en sus pupilas fijas, sin pestañas y sin párpados.

No es necesario verle para saber que está muerto. Pero este no es un muerto desarmado, no es un muerto destinado a corromperse. Este está muerto y ya resucitó. Ya volvió a la vida, porque es un hombre que está en el pasado, recorriendo los campos con su voz asordinada y mirando la nocturna claridad a través de los ojos de una gigantesca cerbatana. Cuando ambos pasábamos por la sementera donde los mulatos cirimbel cultivaban maní, veíamos el plantío extenderse bien pulido, bien regado y con sus bellas flores amariposadas oler pesadamente. Entonces Aaron Torrealba decía, mejor aún, musitaba algo entre dientes y me invitaba a visitar las mulatas que habitaban unas chozas a la vera del camino. Aquellas mujeres de tez casi cobriza o gris, de ojos alargados y de pelo como

negra viruta de hierro, lo recibían sonrientes, mientras él rasgueaba suavemente la guitarra. Casi sin mirarlas, con voz apenas audible, se acercaba al oído de la mayor, que reía con los ojos y que no sé por qué tenía el extraño nombre de Quiroba, y le recitaba, como si se tratara de un animal o de otro ser no perteneciente a este mundo, algunos versos sangrientos, rotos, germinales, con olor de semilla viva, le decía algo que comenzaba: "Yo quiero ser la agonía del santo que te corrompe o que está permanentemente dentro de ti, que echa flor y se pudre en ti". La mujer sonreía y mostraba sus dientes blancos y uniformes.

Cuando por la noche regresábamos, la mujer lo esperaba bajo los frondosos mangos y cohabitaban en medio del campo, aspirando el áspero olor de las flores de maní, en medio de la tierra recién removida y viendo volar las lechuzas en persecución de los insectos nocturnos. Pero nada en él correspondía a lo que los demás llamamos realidad, porque vivía en estado de permanente alucinación, en perpetua agonía, como si la vigilia de Dios le hubiese sido encomendada para que solo permaneciese sobre la tierra atento a los hechos de los hombres, viviendo al mismo calor de los animales y sumido en los mismos sueños y anatemas de todo lo existente. Porque una cosa era vivir como Aaron Torrealba y otra muy distinta entregarse a la simple contemplación, al discurrir de un tiempo sin sangre, alimentado su cuerpo reblandecido por la pura e impersonal vía de la linfa. Aaron Torrealba era un animal de aurora, pensador de sonidos y gustador de esencia de aromas y perfumes y, sobre todo, de los líquidos sombríos de las horas densas del amor. Era el que soñaba por todos, el que disponía los planes acerca del alma de sus amigos y el que entregaba a cada uno su cuota de miel negra, que es el honor del hombre de valor, que es la fiebre amarga de los que sufren y de aventura que es la noche del desierto.

Recordándolo así, me abrí paso por entre la turba y penetré en la iglesia donde el cura esperaba el cadáver con todo su atavío. Le

dije: “Ese cadáver no entrará aquí, vaya y búsquelo donde está, en medio del río, en el centro del charco, cubierto por su propia sangre y amarrado como un árbol a las raíces de la vida”.

III

Aaron Torrealba era el dueño del verano y ha muerto. Aaron Torrealba gobernaba la lluvia y ha muerto; él era como el sol que se da a todos; él era como el sol y como un vientre que se da en un lecho; pero él no era ni la firmeza, ni la constancia, ni la sólida tierra, era simplemente el abismo, el corazón en permanente guerra, incesante y renovada y la confusión como un pan en manos del ebrio. Pero, así y todo, Aaron Torrealba ha muerto. A despecho de esta amargura, han venido a avisarme y a preguntarme si ya estoy listo para que le imponga la extremaunción, para que ponga óleos sobre su cabeza y sobre su corazón, como si aquel corazón y aquella cabeza fueran efímeros y ensordecidos desiertos, como si aceites y aguas y salivas pudiesen impedir aquel huracán, aquella inmensa desovación de los salmones rojos que llevaba el santo en la espalda.

La gente llenaba la plaza y yo fui hasta él, hasta el que sangraba por las espinas y por los clavos, hasta aquel divino animal sufriente. “¡Señor! —grité—, déjalo entrar, deja que penetre aquí su cuerpo y su corazón, permite a su voz y a su alma que se devuelvan en tu eco, que se laven en tu sangre y vivan y resuciten y regresen a los caminos y estos echen a andar sobre sí mismos. Señor, permítele entrar aquí para que coma tu pan que es tu cuerpo y beba tu vino que es tu sangre”. Pero el Cristo continuaba en su mudez sin dar señas de querer oírme. Fui entonces ante Timoteo, ante Simón, ante Isidro, y les pedí que intercedieran por este pobre cura de pueblo, para que el Cristo volviese a ser Jesús y mandase a cortar aquella monstruosa pierna, y así Aaron Torrealba se llenase de la unción de

todos sus amigos y transformase la amargura de su muerte en motivo de regocijo y júbilo, sabiéndolo recuperado para la vida eterna, porque él era el segundo de la resurrección de los muertos. Yo, que nunca quise acercarme a los grandes por miedo a la razón, ahora siento que acerté. Pero no dejé de pensar, como campo inundado, en las noches en que Jesús y Timoteo e Isidro y también Simón, el pescador, salíamos acompañando, porque él era nuestro guía, acompañando a Aaron Torrealba a beber el aguardiente que penetraba hasta los tuétanos, ese licor que destilaban sus serpientes en las cuevas suaves y desnudas del bosque, a orillas del río, mientras todos en la oscuridad, mirando las estrellas por entre los claros de los árboles, entonábamos canciones y pescábamos guabinas siderales, camarones de cristal, cangrejos empapados de aurora y lanzábamos la red para sacar bagres olvidadizos como mujeres desnudas en el sueño. Pero ahora mis amigos de siempre me han dejado solo, me han dejado como cura, y yo podré serlo para los demás, pero para Aaron Torrealba no es posible, porque yo pertenezco a su carne y a su sangre, yo pertenezco a su parentela, que él decía era el viento y yo soy el albacea de su alma. Yo no puedo ser para él el cura, el que impone aceites y atribuye oraciones. "¡Señor! —exclamé—, reunámonos aquí como antaño, venguémonos de sus asesinos y echemos a cara o sello por aquellas mulatas a las que él hablaba tan suavemente al oído. ¡Señor!, no me dejes solo; yo te prometo velar hasta el día del juicio final, y para ser más fiel a tu memoria, te negaré no tres sino hasta cien veces, si ese es tu deseo".

Avisé a todo el pueblo cuando conocí la noticia, y dije a las gentes que habían matado a Aaron Torrealba y por primera vez abrí yo mismo las puertas del templo y corrí a la sacristía y tomé la escoba y barrí los excrementos de murciélago y los avisperos que habían caído y encendí los cirios y despejé el altar y coloqué en custodia la mejor hostia que pude hallar, dura como galleta y sucia de tanto

haber sido pasada por labios de feligreses, ya que en mucho tiempo había sido la única consagración del divino cuerpo.

La tarde parecía una bambalina sobre la ceiba umbrosa de la plaza, y desde lejos pude escuchar el golpe humano, la marejada que venía rodeando el cadáver de Aaron Torrealba. ¿Y quién lo asesinó, quién cuajó de cuchilladas y balazos su cuerpo? El que lo hizo está entre los que lo traen; el que tomó el puñal e hizo fuego sobre él, allí está, llenando también con su voz de melaza rancia la ira del pueblo; él también viene pidiendo llevarlo a la iglesia, para que el cura le otorgue el pase a la vida eterna. Y cuando los vi venir, cuando vi el arco de voces que se formó sobre el marco extremo de la plaza, corrí y preparé los óleos, me cubrí con las vestiduras sagradas y tomé el hisopo para exorcizar los demonios que seguramente habitaban ya el cuerpo y el alma de Aaron Torrealba. Por eso me quedé sin habla cuando el herrero vino a decirme que él, Candelario, no tocaba aquel cuerpo; bueno, pero que ni siquiera era capaz de pensar en cortar la monstruosa pierna de Aaron Torrealba, esa pierna que impedía que el cuerpo del muerto penetrara en la iglesia, y fue entonces cuando yo me acerqué a Jesús y a Timoteo y a Simón y a los otros y les pedí que vinieran a ayudarme a buscar y a entrar aquel cuerpo, que era más nuestro que del resto del pueblo, porque nosotros, junto a él y junto con él, estuvimos casi toda nuestra vida, y vimos por sus ojos y oímos por sus orejas y sentimos por su piel y cohabitamos por su sexo. Pero aquella iglesia era piedras y paredes, cal y materia inerte, madera podrida y la mandarria de un tiempo cien veces muerto, puliendo todo metal y toda piedra; aquel lugar no podía ser el lugar de Aaron Torrealba, no podía ser su catafalco; él, hasta para su último acto, necesitaba su escenario natural, necesitaba la vida.

Y él me oyó, bajó; y con él Timoteo, Andrés, Simón y todos los santos, y nos reunimos y juntos dijimos: si él no puede entrar, esta no es la casa de Dios y echamos todo abajo y prendimos una gran hoguera y nos despojamos de las vestiduras, y como hombres,

mientras la iglesia ardía como farol suspendido en el aire, y todos hablando como solíamos hacerlo cuando por las noches recorríamos los caminos, bajo las estrellas y gozábamos el derecho de ser hombres, a la par del pueblo que llenaba la plaza, y que sumados y divididos eran su gente, lavamos sus heridas, cosimos su mortaja y ungimos su cuerpo con nuestras lágrimas y con nuestras palabras, y su pierna monstruosa se hizo tan ligera como esponja seca, y cuando quisimos enterrarlo, aquel que había descendido de la cruz para velarlo, se acercó a su corazón y dijo: "Este corazón vivo", y para probarlo, conteniendo el aliento, sopló sobre el cadáver que como llama de sándalo perfumó el mundo y desapareció arrebatado al paraíso, hacia el tercer cielo, para escuchar palabras aún no reveladas. Porque si murió solo, en campo descubierto, estará aquí el día de nuestro descendimiento.

IV

Aaron Torrealba fue mi piel y mi sueño, mi necesidad y mi lujuria; apaciguó mi cuerpo como la lluvia que riega la tierra después del verano, y nunca volví a conocer el hastío. Me decía que todas las cosas tienen su lugar y su hora, y que no solamente lo que aparece como primero y más alto tiene derecho a ser llamado así, porque todos, todos los seres de alguna manera alumbraban su propio sol y amanecen desde el vientre de su propia tiniebla, salvo que era necesario esperar a que cada cosa tuviera su oportunidad, su época, porque había un celo para la piedra y un celo para la flor; había un celo para la vida y un celo para la muerte, y que en este orden no existe nada que no sea principal.

Yo subí a piedras y aires, a balcones y árboles para estar más alta y poder ver cuando pasara cerca, pero la gente, como baba derramada, lo escondía. Sin embargo, lo traían, no me cabía duda, porque en el

viento se sentía su aliento de tigre, su bufido de toro y su tremendo resoplar como de caballo recién amansado. Yo no quería llorar, sabía que mi llanto hubiera sido ruido mortal a su silencio, y ahora, en este momento, él me poseía como la miel posee la dulzura. Él me había tomado así, simplemente, como se toma una cosa propia, como se toma el agua o se respira, pero además, tan intensamente como el carburo toma el agua que lo destruye. Los hijos de Aaron Torrealba, orejas y ojos y vientres recién paridos, que llenaban la tierra de una familia asistida por el demonio, donde un hombre gobernaba todas las generaciones de hormigas y cangrejos y por cada pulgada de tierra ocupada por los otros, ellos se hacían sentir como huella de una piara de cerdos salvajes pidiendo a gritos revolcarse junto a su padre en el fango del río y poder contar a sus descendientes que habían visto el cuerpo peludo de aquel que amanecía tendido sobre el rescoldo de las hogueras nocturnas, borracho y haciendo crecer con su aliento los hongos y los líquenes que marcaban para la eternidad los depósitos del viento, de donde nacían las sinfonías y las mujeres, como él lo decía.

Amasaba el barro como el pan, porque él decía que no había nada como construir algo de barro, del barro puro, que era lo primero que había estado cerca del soplo de Dios. Él decía que todo su cuerpo se le caería como carne de leproso si viera a los caballos y a los perros y a los otros animales deambular hambrientos buscando las huellas del agua y de la sal, y mientras los hombres no tuvieran en sus casas sino raíces y lodo que llevar a su boca. Para mí era suave como el día reciente y rudo como las crecientes del oscuro río que nos alimentaba; iracundo como la seda madre y tan inocente como el peligro. Sus ojos lo veían todo, veían la ambición de la muerte y la marcha de los muertos, su llanto era risa y su risa sombra, ardía en el fuego de sus enemigos y vivía para estar siempre pronto a mover todas las piezas del mundo, con el regocijo, la audacia, la ceniza, el cansancio, las veloces sorpresas del futuro, la caída de los negros

pájaros sobre la tarde y el piar atemorizado de los pichones. Él decía que yo me parecía a las nubes que en verano alimentaban vanas esperanzas de lluvia, porque mi corazón se dejaba seducir por las pequeñas cosas que traducen el mundo al lenguaje común. "Tú te llenas —me decía— de cosas suntuosas, de placeres que encantan a los ojos, a los oídos, a la piel y un orden vegetal apacienta el rebaño que embriaga tus entrañas".

Cómo no haberle amado en las colinas, con el torso desnudo, corriendo entre la hierba como los venados cuando miran el mar, y cómo no haberlo deseado, tendido allí a la luz tenue de la tarde, mientras mordía frutas en agraz que hacía madurar con el carburo de su risa y la ancha y derramada lava de su voz. Correr tras él era inútil, porque él estaba detrás y delante a toda hora, a la hora del crepúsculo y a la hora del amor. Entonces había que escuchar sus palabras: horno oscuro y profundo, donde se cocía un pan sin levadura. Él decía que habitaba como las abejas que animan la maternidad del mundo, entre los helechos y las flores del campo, y que su libertad estaba en poder tomar a tiempo, a tiempo, absolutamente a tiempo todo lo que le era necesario para respirar, para sentir, para oler con las manos y con los pies y con todos y cada uno de sus poros y para oír por todas las espinas del aire, pero que para gustar, el mundo entero era su propia lengua, porque en ella latían todos los placeres, que por ella pecaba contra la primavera y ponía duda en todo cuanto hacía. Era la sombra en medio de la faena del campo, donde los pájaros habían comenzado a anidar y los cernícalos elegidos por estandarte las frías tardes de octubre o las noches cálidas de agosto. Yo sobresalí entre todas como burbuja de silencio, porque calentaba el agua, cerraba las ventanas, ardía en su presencia y quitaba el polvo que el viento había depositado sobre su cuerpo.

Pero eso sí, una noche me trajo perdices, me trajo gallinas de monte, puso a mis pies alcaravanes y garzas, abrió una gran cesta

y me cubrió de serpientes como collares relucientes y quebró una vasija y los escorpiones anidaron entre mis dedos y en mis cabellos y quemó mi traje y me dijo que yo era desde ese momento el sitio donde nace el sol, y por eso, ahora que ha muerto, siento que la vida ya no tiene más música ni canto y que las estrellas se han apagado como ceniza y el día está tan bajo que se le puede tocar como a una lepra.

V

Yo creía que lo había alumbrado, pero no fue así; fue él el que me parió desde su vientre, me entregó al mundo desde su corazón y me puso aquí para que viera y oyera la gigantesca hoguera que había de levantarse desde sus pies hasta llenar el mundo y tapar el sol.

Me parecía decirle: hijo, está puesta la mesa; mis manos se han esmerado en hacer el pan, para que lo partas con el gran cuchillo, con el filo de las generaciones que te han precedido. Sí, hijo; he puesto sobre la mesa el mejor mantel y he traído el pan recién sacado del horno y allí lo he puesto, y he colocado la vajilla sobre la mesa para los manjares. Pero estás como si estuvieras dormido, y tu barba está creciendo hasta formar un río, un pesado río de brea. La gente dice que estás herido, pero yo te veo como un pedernal; la gente dice que estás muerto, pero nunca te he mirado más vivo; la gente dice que ya hueles mal, pero yo digo que nunca los jazmines dieron un olor tan suave; la gente dice que tus ojos se han apagado, que tus manos se han puesto frías y nudosas, pero yo veo tus ojos brillantes y dulces, y tus manos cálidas. Pero la gente dice muchas cosas, y yo, que soy tu madre, que te conozco mejor que los que ahora te rodean, lo dice. En tu dedo anular brilla una alianza para que todos sepan que estás unido a mujer, pero no hay nadie que conozca mejor tu cuerpo que yo, porque desde que eras niño lo fui amasando amorosamente con

mis dedos; ¿quién ha sufrido por cada una de tus miradas, de tus pasos, de tus gestos en este mundo? Tú que eres un molino donde se almacena la harina para el pan; tú que tienes el olor de la cebada recién cocida; tú que te dejas sacar de la tierra como el apio y te dejas moler como la caña y no existe nadie en este mundo que no se sirva de ti. Pero ahora vienen todos a decirme que estás muerto, que hasta los santos han salido de la iglesia para ungirte, que han lavado tu cuerpo con sales y pomadas y te han vestido en medio de la gente, en medio de la plaza, para que todos te vean y sientan tu peso y tu poder. Yo he preguntado si tus hijos saben algo de ti, si ya han tomado la azada con que abrirán tu hueco, si han ido a secar el sudor de tu frente y si están listos a cargar la mesa a la que han amarrado tu cuerpo. Yo pido que te dejen venir a comer, a sentarte a la mesa para que yo, tu madre, pueda servirte y verte tomar las cosas con tus manos y comer y llenarte los ojos y los oídos y la lengua con el lento y puro sabor de las cosas, como solo tú sabías hacerlo, como solo tú podías tener el don de proveer a estas necesidades que únicamente para la madre tienen valor, porque una madre jamás desea nada para sí; todo quiere verlo expandirse en el hijo, como el sol desde la mañana, madurando los frutos y las flores de la tierra; yo quería ver el esplendor de tu fuerza y sentir cómo manejabas el látigo y la pértiga y la voz moviendo los rebaños y educando los hijos y cavando la tierra para los nuevos árboles y distribuyendo la semilla en los surcos y capando los machos y haciendo de matarife y de alarife y riendo junto a tus soldados y yendo el primero a la batalla y tomando al enemigo y cubriéndolo de metralla y no pedir cuartel y no dar cuartel y amar a los niños y oscurecer con tu mano el sol y morir cada muerte con los justos.

Y si es verdad que has muerto, yo, ahora, no soy más que una madre, un rehén de aquellos que han de morir el día en que seamos inútilmente sueños.

(1964)

El día implacable

En la difundida cavidad del cielo se había agolpado el viento, dándole un repentino tono azul a la aullante cerámica que con mano prolija y firme educaba el hombre, y así el plantío de apios de hojas difusas, cortadas e iracundas, retenía la placenta profunda a donde se encaminaba todo sabor, todo aliento, todo calor de venas entrelazadas y suplicantes, de ojos preteridos por mugrienta soledad y de palabras para decir lo más duro y sin ternura que el hombre conoce. Allí, solo aquel furioso viento asaltando el muro azul del cielo los envolvía —por un instante— en la piel liviana de los sueños. Después todo, volvería a cerrarse dentro del mismo círculo sin cambio de los que no pueden compartir su exiguo pan con la familia de aquellos que buscan la nueva visión del tercer milenario.

—Sálvano… Sálvano, ¿estás ahí?

Tecla había regresado y estaba apoyada en el tronco podrido, tomando aliento, como si de pronto hubiese de emprender veloz carrera. La lluvia espesa y continua le impedía la visión; pero sus pies, agrietados y sangrantes, eran un espejo por donde podía ver el campo extendido ante sus ojos y detallar el repecho donde Sálvano se afanaba en mantener la corriente a través de los surcos previstos.

—Sálvano… Sálvano —hablaba o pensaba la mujer—. Contéstame; yo sé que estás en ese cerro, junto con el agua. Lo que lucía en su mente avanzaba unos centímetros, pero su corazón sentía un profundo agobio.

"Estás ahí —se repetía—. Pero ya no lo sé: solo sé que una piedra es igual a ti, que el agua que cae es igual a ti, que toda la tierra se mustia porque has regresado al lodo, al paraje de la lluvia y al láudano

tibio, adormecido, tibio, penetrante, amigo del fango. Sufres como si tu mano izquierda estuviese cansada. Calado de agua te enfrías en ese charco, porque no quieres que se pudra el apio. Pero el apio se pudre, se llena de agua y sus ojos ya no pestañean y las manos del apio se han puesto blancas y el apio se ha hecho tan humilde porque tú has regresado y estás allí mugriento, sudando esta lluvia de copiosa lentitud hasta el propio sitio en que la colmena se llena de insectos y comienza también a perderse en la humedad, dejando a su paso lo más solo y mojado que he visto en mi vida".

¿Pero qué es lo que lo haría regresar, qué es lo que lo haría escuchar entre aquella zarza líquida que lo envolvía? Ya no tenía ningún pensamiento, solo su lento murmurar ascendía a través de la lluvia fina e infinita hacia donde el hombre detenía la herrumbre de la muerte, sin otra finalidad que luchar, que mantener el cuerpo tenso y curtido, bajo aquel lechoso diluvio sin vida que mojaba los espacios escondidos del cuerpo, y ya sin ímpetu, probaba entre las hojas marchitas del apio la sensación de acceder hacia adentro, retorciéndose en la boca de los gusanos y en el olor arisco del apio. Con la vida el agua está cayendo y cavando minúsculos pozos donde solo se ve oscuridad, negros agujeros en avanzado camino hacia lo que nunca llegaría, a aquella incongruente masa verdosa, fácil de arrancar y convertir en cosas para contar y dejar que el caliente vapor que una vez manaba de la tierra llenara de burbujas sonoras la superficie de aquel olor que ardía como una linterna a medio apagar u oculta entre ramas mojadas y verdes. Pero desde el rugido de la tierra que había perdido la noción de su lugar, de las piedras que caían, del agua que llegaba hasta los pies de Tecla, se sabía que ellos habían venido para sembrar aquel repecho oscuro y ceniciento, cortado como cuello de ahorcado.

"Ahora —se decía Tecla—, voy a gritar su nombre… y voy a gritar, si no me oye, cosas que lo van a perder, que lo van a condenar"…, ya que no sabía que el hombre en su acometida, en aquella incierta

descarga líquida, sentía entre sus piernas el ardor recalentado del orinar porque había encontrado, entre la maraña del agua su infancia y su vejez, como si hubiese vivido siempre en un eneal, amando la visión de los pájaros piantes y ateridos, mortificados, mudando sus plumas húmedas y soplándolas con un huracán donde la vida era el ojo por donde los hombres veían ahogarse una cólera que se parecía a un animal suplicante; veían despellejarse sin piedad la líquida superficie de todas las superficies que se podían tocar con el amor, con el amor que los hombres sienten por lo que se desconcierta y se pierde, anonadado, desgastado y que no deja ni siquiera soledad, porque lo más olvidado que hay en este mundo es un hombre en medio de su cólera y de su silencio mientras la lluvia se mezcla a la hierba y la deshace y se introduce hasta el agujero lúbrico del apio, que comienza a caer en el mismo insomnio de aquellos cuyas caras no pueden reconocerse porque no hay voz que repercuta en ellos.

El agua aquí subía de la tierra como si se hubiese abierto un incontenible manantial y lentamente la humedad se transformaba en una mano, en un ojo, en una baldía sensación de laxitud, de temor, de oquedad, de amargo regusto, reflejándose todo en la apresurada incineración del apio en medio del agua, que había cubierto de sonora palidez la hierba que aún se mantenía erguida. Había que vivir doblemente sacudida: el sucio desprendimiento pluvial y la desvelada quemazón que le hervía por dentro como una úlcera. Todo en este momento se le había resuelto en imágenes, en figuraciones, en largos y sostenidos sueños, donde aparecía siempre su incertidumbre y su voluntad como un fantasma frente a otro fantasma innominado. Sálvano gravitaba sobre aquella tierra como la desolada y chorreante atmósfera. La luz le llegaba apagada y tenue, como si hubiese pasado a través de un cementerio de tumbas abandonadas. Quizás ella pudiese hallar otro medio de encontrar comunicación con la desesperación del hombre, pero ahora, precisamente ahora, había una pared que dividía su vida actual, su estado semiconsciente,

con el pelo pegado a la espalda, con la ropa adherida al cuerpo y con una fría sensación de estupor en el sexo. En este preciso instante no dormía, pero se sentía consumida como una mujer vieja, rodeada de pequeños recodos y meandros como un río de verano.

—Sálvano —murmuraba delirante la mujer, abrazada a la sonora podredumbre del viejo tronco—. Sálvano, aquí estoy —musitaba apenas.

El agua caía a su alrededor cubriéndola como si fuera una olla, retenida allí, vacía y vacilante, abriendo entre sus piernas surcos de fija profundidad, como ojos de incendio y dejando toda la certeza de su cuerpo sujeta solo a la transitoria ebriedad de aquel decaimiento del cielo, que se vaciaba enfermo, dejando la vida extraviada y oscurecida como un muro sediento de sus limos eternos, sin saber si uno mismo no podría ya nunca volver a sentir la constancia del árbol y su definitiva y desheredada sombra, porque no basta reconocer por el olor a quienes viven sometidos a nuestra tutela, desapercibidos de toda otra señal y que por su dentadura, de firmes y plantados molares, adquirirían la sabiduría de los rostros que están destinados a mirar el tiempo y atestiguarlo, en medio de la dulzura y del desamparo de quienes ya no tendrán otra alimentación que vestigios de raíces saturadas de la muda eternidad del agua.

Cuando Tecla quiso continuar subiendo el repecho, resbaló y quedó sentada cubierta de lodo que se le pegaba a la piel como grasa de animal sagrado; quedó mirando el chapotear incesante del agua que caía sobre sí misma y oyendo el viento que comenzaba a subir ahora, que estaba de espaldas en busca del hombre, que se apoyaba en sus dedos mayores para mantener el equilibrio y perseguir y sembrar, como había sembrado el apial, las menudas e insistentes saetas que habían comenzado a descuajar lo único que da a los muertos un nombre y a los vivos, la certidumbre de que han de morir por algo. Tecla sabía que para el agua ella no tenía nombre y lo mismo sabía Sálvano, y que lo que diariamente habían construido con sus

manos y con su corazón zozobraría en la indiferencia sin edad que los rodeaba, donde lo que caía los había manchado de simulación, dejándolos con apenas una cubierta de hambre y desamparo. Si ha de morir aquella que sus manos curtieron al calor de su egoísmo y de la avaricia triste y sin ruidos del pobre, ya solo queda el resonar del lodo que se arrastra sobre su propio vientre y que deja para siempre el lecho de su antigua costumbre, sin recordar que detrás de sí solo queda la noche envuelta en su propia disipación, como el rencor es dulce para el corazón que nunca ha cuidado un rosal ni separado las espigas retorcidas del grano oloroso y fecundo.

—Sálvano…

Tecla solo movía los labios para pronunciar el nombre. Por algo se había abierto paso entre el humo del fango y la punzante sensación de vértigo que la lluvia compacta y fría le producía. Había llegado acezante hasta allí, pero no podía avanzar, no daba más de sí. Resbalaba, caía, rodaba trechos y volvía a incorporarse para tratar de llegar más arriba, hasta donde el hombre oye atento cómo crece el corazón de la tierra invadida, pero que tenazmente defiende de la completa desnudez que es su propia cubierta; que es su personal latido debajo de cada uña, en la profundidad de cada poro y allí donde se asoman nuestros humores como hijos pródigos resueltos a regresar, desde la despiadada sombra donde solo se complace el que nunca ha conocido el gong suavísimo de la infancia, ni la piedra de atraídos musgos ni nada de lo que transcurre bajo el pie de la madre.

"Ahí estás tú, que no eres hijo mío, aferrado al tábano de la fiebre y sin embargo, tu semblante se mueve hacia mí como una rodilla, sobre cuyo movimiento se abre semejante a un jardín la voz de nuestras resistencias, para designarnos la cadena sujeta al muro de lo que no podemos aprender sino como amigos del silencio, del moho y de todo lo que nos está destinado. Si por mi pie caminas, aquí estoy pisando el barro donde construimos la savia que te iba a levantar tu esplendor de árbol y tu ancha risa terrestre".

Son las únicas palabras que pensó, que oyó dentro de sí misma goteando como sal vieja por los muros deshabitados, mientras a su alrededor la lluvia desleía el agua enmudecida hasta saturar el aire, el silencio y lo que aún la vida concedía más allá de aquella derramada y pegajosa muerte. Por sus cejas baja el agua y siente que la inunda y la socava, como si siempre hubiese estado expuesta a recibir sobre su cabeza su enloquecida persistencia.

Con las rodillas abrazadas contra sí misma se defendía del agua y del viento y prendía en su cerebro un breve descanso, esperando que el hombre, por una extraña razón de consecuencia, si no escuchaba sus gritos, por lo menos sintiera su clausurada proximidad de mujer, su latido y su firme olor de asustado animal que solo venía a buscar su reservada amargura y el consuelo que da la soledad de dos. Pero ya ni siquiera recordaba, en medio del tedio acuático que lo envolvía, a qué había venido; ya ni siquiera tenía conciencia de por qué había desafiado aquella mano líquida que con sus infinitos dedos enemigos la saturaban ahora de cansancio. Se sentía reconocida fuera de sí misma, atada a la tierra, junto al tronco podrido que había comenzado a fermentar en su propia desesperación, diciendo aquel nombre que para ella significaba la vuelta a la jurada fidelidad de los enterrados, a su tapia original donde descansar el humo de los huesos y de la carne y la sensación de saber que se estaba oculta de la ominosa presencia de lo que murmuraba y ardía, de lo que envenenaba y producía escozor, allí donde después del cuerpo solo queda el aire y la ventaja de las violentas hojas del ñandú y la vela a medio apagar, o la humeante llama del kerosén, o la llave mugrienta que nunca había conocido la abertura sonora del candado, o la pluma vacilante en la hendidura, o la estera gastada de sudores y excrecencias, o el barniz trabajado por los días insensatos sobre el umbral de la puerta, o las sillas unidas a todos los ángulos de su cuerpo como garras, a la luz que los domingos barría suavemente, tercamente la voz pronunciada del hombre, aún en el sueño, aún

en la fiebre, aún próximo a la soledad del despertar de nuevo, a saludar el cardo y lo que el cardo dice, la tierra y lo que allí tiene su conocimiento y todo lo que de algún modo él o comprende bajo su mirada, en sus oídos o alcanzado por su tacto resucitado e inminente. Todo eso la guiaba a estremecerse, pronunciando con apagado sonido aullante el nombre del que debía responder por ella y por la sumaria persona que había quedado en la choza agarrándose de la última y maloliente lluvia.

(1964)

La colina de los ojos verdes

La noche —desmantelada hoguera— rodeaba con sus abrazo rojizo y caliente el calvero de la colina. Allí se alzaba la casa en ruinas de Juana Faro.

En la casa de la colina, el dial de la radio apenas se hallaba abierto. Una minúscula luz verde denunciaba su permanente contacto con el mundo exterior: se escuchaban voces, palabras sin sentido, ruidos entrecortados, bostezos interminables y una inalterada sucesión de gorjeos, de golpes y de aleteos musicales que le daban el sentido y la distancia de las cosas a Juana Faro. El bisbiseo de la radio la perseguía como un tábano secuestrado. Todo su cuerpo se erizaba y un hondo temblor la conmovía desde dentro, obligándola a enviar hacia el mundo, hacia la noche tensa, una leve y angustiada sonrisa, que ampliaba su boca y mojaba, como si de pronto le hubiesen pasado una pincelada de barniz finísimo. Entonces se sacudía el moño, dejaba suelto su pelo e indolente cerraba las pupilas.

Sus ojos vacíos brillaban, lanzaban destellos metálicos y los barcos que hacían cabotaje y los aviones de rumbo incierto, la llevaban en las vísceras herrumbrosas de los viejos motores de explosión.

Juana Faro se mojaba cada noche con el incesante y turbio grito del mar, que parecía gemir al alcance de su aliento, como bestia necesitada y hambrienta.

Juana Faro lo había percibido, señalando en su vientre el celaje del hombre acuclillado en el mastrantal. Aquella señal estuvo todo el día como una gota de ámbar alrededor de la casa. Ella escuchaba el oleaje desesperado que anunciaba su llegada. Sin embargo, lo veía sin verlo, con las fauces abiertas, recibiendo el acre aire del

mar. Más tarde, cuando se lo preguntaron no lo supo, pero alguien había bebido sorbo a sorbo, lentamente, durante toda la noche, el agua dulce y melancólica de los ojos de Juana Faro, llevándose para siempre en su corazón el conocimiento de la mujer.

El padre de Juana Faro era una selva y había muerto, talándose él mismo.

Había comenzado a abrir camino entre los gigantescos ceibos y apamates que por miles de años crecieron en su corazón. Por eso, la muerte de aquel hombre era una fábula. Vivía en el tope de la colina rodeado de loros reales, de amarillas cacatúas, gesticulando tan fuerte como el olor del algarrobo.

Entonces los contrabandistas aún le temían; temían su arcabuz de pedernal y la siniestra linterna de sus ojos acostumbrados a la oscuridad como ojos de víbora. Sobre su crecida barba anidaban los insectos nocturnos y en su arrugada frente, el sudor latía como un espejo en el fondo de un pozo.

Luis Barril era un conejo o quizás un zorro con una exhausta provisión de suero antiofídico; un viejo animal de mirada triste; sus ojos vacilaban con los ojos de los perros durante la cópula, y todo lo olía, se olía a sí mismo, olía sus ruidos y sus olores, olía el peso de su cuerpo durante el caminar y su nariz se henchía con su propio amoníaco.

Por aquella peculiar manera de oler, la noche le había entregado esa colina de ojos verdes, enseñándole el camino de la mujer que hacía sollozar, con la fuerza de sus propias lágrimas, la mudez del mastranto que crecía entre sus ingles, alrededor del ombligo y de los senos y en el ansía profunda de las axilas.

Esa noche calculaba Luis Barril cada uno de sus pasos, determinaba, porque en ello iba su vida, el bordoneo de la planta eléctrica del pueblo. El rítmico tableteo de los pistones le indicaba que todo el caserío se ocupaba de algo distinto a sus propios pensamientos

y que cada animal buscaba su sitio para aguardar la caída de su simiente negra.

El hombre se escondía al pie de la colina y temblaba pensando en sus pensamientos. Sobre sus hombros llevaba aquel fardo que a cada minuto pesaba más. Tomaba los datos que le venían de la noche y los inscribía en su memoria, mientras, constantemente, secaba su rostro con la sucia manga de la franela. Pero no veía el ojo verde de la radio, que de pronto silbaba como una gallina de monte.

"¿Qué era yo? —pensaba— ¿Qué era yo en aquella playa desierta? ¿Qué decían las cartas que escribía a las concubinas de los marineros y a los hombres que afinaban la puntería en los altos riscos, y cuyo orgullo legendario era un camión herrumbroso? ¿Qué importaba mi soledad junto a aquel hermoso mar, siempre desierto y eternamente habitado? Yo tengo el rostro curtido por la sal y el yodo y una frente de pájaro. Los alaridos de las gaviotas me despertarán. Me despertará el ruido amarillo del sol. Cuando mire hacia el oeste, veré el abandonado cementerio, lleno de clemones, muy cerca del mar y alguno me dirá que allí voy a ser enterrado".

El padre de Juana Faro es una gigantesca ballena podrida. Esta noche se ha sentado sobre la playa; se deja lamer los pies por el mar, que suena la arenilla con suave ritmo de cascabel. Sobre su nariz pudiera detenerse un pájaro y sus labios están resecos y partidos, su cabeza, con su gran melena negra, parece un viejo incunable, encuadernado en antigua piel de carnero. Aquel hombre grabó sobre la arena húmeda estas palabras: "Dicen que César escupió el espejo que le denunció su calvicie prematura. Yo hubiese mandado a cegar todos los espejos de Roma y los ojos y los pensamientos. Mañana serás mi mujer, tomaré tu cuerpo, hollaré tu cuerpo con mis pies y con mis manos, te haré inservible para los demás, te incendiaré como a un pozo de betún, te haré abrasar por el fuego, te amaré como un niño perdido, desolado. Toma mis manos, ponlas sobre

el yunque y hazlas incapaces de aprender la forma de tu rostro. El deseo es superior a todos los otros órdenes de insectos.

"Todo está donde lo dejaron mis ojos. La máquina de control aéreo con su único ojo verde; las serpientes labradas en mi memoria; las ventanas abiertas y el mar aullante.

"Estoy adormitado, estoy despierto, sueño. El piso de la casa está impregnado de insectos. Llevo dos días bebiendo su agua. Me llena el cántaro por la noche y yo me acerco y bebo como los perros. Me bebo también las estrellas y me bebo mi propia alma.

En el quinto día hacia atrás había llegado al pueblo. Lo había hecho tantas veces que ya no sentía ningún temor.

Todos le miraban, todos sabían que se dirigía a los montes más altos con su carga. Sus sueños se llenaban de serpientes: una niña mordida por una serpiente, una niña agonizante, una niña que había perdido sus pasos y sus ojos; una niña que había perdido su olfato y cuyo cuerpo temblaba sofocado por la fiebre. Las muñecas que había llevado para ella lloraban; los dulces que celosamente había guardado tantas veces en su corazón, se escarchaban derretidos y los lápices y los cuadernos que había escondido entre sus provisiones, ahora carecían de sentido. Pero el guía había ganado su amistad.

La niña era un tizón. Transpiraba. Sufría. Ya sabía lo que tenía que hacer. La jeringa. El suero. Su vida. Cuando volvió al camino, en el alba, el cielo se debatía entre la luz y la sombra.

"Yo te llamaré colina de sordos, mujer de sordos, hijo de sordos. Tocaré y cantaré para ti los poemas del día y de la noche. Te haré escuchar las encendidas palabras con que Ruth la moabita pedía a Booz tomara y poseyera su cuerpo".

Todavía escuchaba el rumor de las espigas y el ruido de la noche.

"No escuches —se decía— los pasos de la que quiere entrar, de la que ronda tu casa, de la que suena el cuerno deslumbrante. Entra y sumérgete en la tibieza de los aceites derramados y embriágate con el vino furtivo de los poemas. Toma la punta de un lápiz, cierra los

ojos y recorre el pergamino. En ese punto, encontrarás esta terrible escritura: 'Todo te será perdonado, pero el vaso impar que has roto serás tú'.

"Alguna vez en tu camino encontrarás un gallo enredado y herido. Suéltalo, cúralo. Devuélvele el orgullo de valerse por sí mismo, de ser dueño de su condición. 'Yo soy el que alerta, el que despierta toda especie viva'. Su canto te embriagará como el licor que sirven las mujeres del exilio. Piensa en la palabra lluvia y verás cómo el plumaje del gallo se tornará amarillo y luciente como un girasol.

Nada lo había turbado tanto como aquel sueño, era desde no sabía cuánto tiempo un hijo de la colina; conocía el secreto de los hombres que viajaban a través del ojo verde de la radio; conocía la milagrosa existencia de aquellos hombres de piel oscura que dormitaban todo el tiempo a los pies de la bahía.

Fue así que, desde el patio, allí donde destilaban los naranjos la honda miel de sus azahares, miraba él la blanca pared del fondo, sentía vértigo, como si estuviese al borde de un abismo sometido a la niebla.

Cuando sonó el silbato, sus rodillas temblaron y estuvo a punto de caerse. Sin embargo, se mantuvo firme, pensando que su pelo se hallaba erizado, que las plantas de los pies le sudaban y le dolían con un dolor tibio. Pero se hallaba firme, igual que los demás presos, como si aquel toque que el hombre le había dado con la punta del látigo, le hubiese congelado la sangre. No sentía cólera, el vejamen lo había dejado aparentemente tranquilo, recordando que sin desearlo se quedó mirando fijamente el rostro lampiño del hombrecillo uniformado; pensaba que los galones le venían extrañamente grandes, que el vientre le colgaba de su cuerpo pequeño y que las manos, como conejos fríos y enfermos, se le iban de las manos que sostenían el látigo humillante.

Alguien dijo su nombre. La voz sonó y con ella se llenó todo el patio, como si el viento hubiese arrojado un puñado de guijarros;

sus oídos se tapaban. Sin embargo, la voz continuó sonando como esas quebradas secas que de pronto estremecen la tierra con una creciente inesperada. La voz parecía el fuego del silbato, él pensaba que debía responder; se quedó allí tupido, mirando el día imaginario que volaba sobre la pared. Del otro lado, del lado de la libertad, le llegaba el crepitar imperioso de los árboles. Él los llamaba "jefes", eran altos pinos extranjeros, fluidos, elegantes, ejercitando siempre una extraña lengua, cuya fuerza lo había hecho sentirse en la más honda y oscura prisión del mundo.

En medio de aquel furor de sueños, en la exacta mitad de aquel limpio día de agosto, los marciales acordes de la banda anunciaban la despedida. Algunos choros vinieron y le dejaron sus objetos más preciosos: amolados pedazos de latón, punzones, pitos de marihuana, trozos de vidrio de aumento, cajas de cigarrillos, un lápiz.

Luis Barril recordaba ahora las notas de un vals. Cuando bajó del autobús, los vapores de la gasolina lo embriagaron. Entró en la cantina donde las mujeres y los hombres revoloteaban, en tanto que el humo del tabaco cambiaba lentamente de pulmones. Alguien le pidió dinero para que la sinfonola continuara quemando todas aquellas horas de tristeza. Una mujer extranjera dijo: "¿Por qué todos ustedes usan bigote?". Quiso balbucir una respuesta, pero apenas le salieron palabras. Ahora era un evadido y se sentía feliz. Sentía en el cuerpo la alegría de los perseguidos. Vivía y razonaba como los perseguidos. Estaba señalado. Para él comenzaba la gran marcha. Se acercó a un numeroso grupo de gente que pedía trabajo. Pero nadie lo escuchó. En algún sitio tenía que trabajar. No supo cómo, pero ahora cavaba. Cavaba un hondo pozo y era un perseguido, era un evadido. Cuando en su turbo bajaba a la sima, echaba una mirada al aire, que en un salto de cristal trepaba hasta los candeleros de la muerte. Cuando el día caía como una corteza podrida y exhumaba la tierra, Luis Barril, desde las profundidades del pozo, se embriagaba de estrellas. Con el rostro cubierto de barro y los ojos

lagrimeantes, sacudía el extraño rosal de las constelaciones y se sentía inerme en medio de aquel chapuzón de luz. Pero eso fue anteayer. En un día distante de sus pies, de sus rotos zapatos, de sus medias laceradas. De sus venas ardidas y de su sangre quemante. Eso fue un día lejano. Lejano porque ya su recuerdo no lo atormentaba. Lejano porque ahora sabía que la próxima vez era la muerte. Pero cuando hemos llegado a ese convencimiento, cuando ya es total para nosotros, cuando nos basta apenas un pedazo de pan, un trozo de ternura, una mirada amable, entonces el mundo verdaderamente cobra sentido; entonces es que comienza la vida, porque de allí en adelante conocemos el valor del matiz, de las relaciones profundas entre las cosas; de las conversaciones asordinadas de la noche de lo que apenas se oye; del canto de los gallos; del ruido de las serpientes; del traficar de los grillos y del grito de los pájaros nocturnos. Entonces cada voz, cada palabra, cada silencio es para nosotros ese conducto que nos lleva hacia el mundo ideal de nuestros sueños, hacia el mundo verdadero, donde todo, por una maravillosa suerte de trasmutación, se hace puro, se hace alegre y toma los colores amables de la fantasía. Es como si de pronto volviésemos a la niñez. Y eso era lo que sentía Luis Barril. Ahora estaba al pie de la colina. Sus pulmones se le ensanchaban. Sentía el olor de la mujer, como sentía el olor del mar. Un suave calor lo inundaba y le agitaba las entrañas; se sabía invadido por una cruel desesperación; como si a él no le hubiere, de ser posible, encontrar el camino para llegar al corazón de la colina, al corazón de la mujer, al tibio lar, allí donde la casa se hacía más casa, allí donde la casa se hacía más fogón, allí donde la casa tenía el puro metal insigne que ardía en torno de la mujer que no pronunciaba palabras, que era apenas una mariposa de lengua suave, estridulada, amorosa. Él quería llegar al botón profundo de la rosa que crecía bajo aquel tejado antiguo, como un trozo de emoción que de pronto llegara y se escapara gota a gota hacia un mundo desconocido, perseguida por bestias, por acariciadoras

vibraciones y por manos gigantescas, suplicantes, tumefactas y leprosas. Parecía que allí, de pronto, todo se fundía para él; que no acabaría de pronunciarse la palabra que lo desclavaría de su duda, que no acabaría de oír el módulo intenso de aquel cuerpo que en la noche siniestra lo abrazaba. Era feliz, era perseguido, era azotado, pero nada lo podría hacer cambiar, nada le impediría transformar aquellos minutos que el amor le había tatuado en el vientre, que el amor le había tatuado en el sexo; porque nada de lo inferior, de lo impuro, de lo humillante, había transcurrido. Ahora para él solo transcurría la cresta desafiante del gallo en la noche, su alarido, su angustioso quejido, su canto que se confundía con el gorgotear de las olas que constantemente caían sobre la playa, acomodando y desacomodando la arena, juntando y dispersando las piedras; volando y sumergiendo las ondas y cayendo para siempre, cada vez, en las inmediaciones de aquel farallón que rodeaba la colina, donde se alzaba la mujer sin ojos, donde se alzaba Juana Faro, con su vestido de blonda, de blonda nocturna y salvaje. Cuántos llorarían sobre su cuerpo extendido cuando la muerte hubiese pasado sobre él, como un gigantesco servicio de hormigas y de voraces y terribles insectos. Ahora que se hallaba al pie de la colina, todo le parecía falso, falsa la dentadura falsa de los negros oscuros que podía percibir en la noche; falsos los nombres que juntaba el viento, falsos los pasos que se acercaban a él con su látigo de sombras; falsos los objetos que junto con él miraban aquel inmenso cadáver de desesperación que crecía sobre el mar. Falsa la ubre de la vaca que goteaba leche impura; falsos los sueños de los animales, falso el tabardillo que hacía gritar el bosque.

(1964)

Cuando nuestros deseos huyen, el sol es oscurecido por planetas terribles

… bravas muertes de seres
únicos jamás hallados…

DYLAN THOMAS

I

Ya jamás volveremos por la polvorienta tierra; a nuestro paso encontraremos los tizones aún mojados por el tenue rocío. Será nuestra última visita a aquel inútil paisaje, donde solo persistían algunas casas rodeadas por un calenturiento polvo de sodio, adherido como escritura profunda a papiros antiguos.

Los dueños machacaron aquella tapia, a la cual se habían hecho subir innumerables cestos de arcilla pegajosa. Humo azul les brotaba de los poros, y entre calcinados pedruscos, el pisón devolvía al firme cuerpo de la argamasa una maravillosa colección de caracoles nocturnos. Ya el techo era viejo y, a trechos, hundido, de imbricadas tejas españolas, patinosas, recubiertas por un tiempo que quizás fue mejor. Ahora el humo se dispersaba fácil; salía por entre cañabravas terrosas, e imágenes fantasmagóricas colgaban, a veces mecidas por un viento ciego y último, de los cactus: seto plural y vivo. Un cují de esmeraldino verdor caminaba lentamente por su agua profunda. Desde la entrada podían verse, en los imbornales, nidos de golondrinas.

El solar de Ángel Resplandor parecía estar amarrado a aquella aciaga tormenta de miseria y extrañas cosas para coleccionar, por

pedazos, sin calibre preciso, de alambre de púas. Como única guía, en las papilas de esa lengua húmeda de pisada y roces, entrada a fauces inmisericordes, se erguía tenso, abisal y solitario, un caujil. Árbol de intemperies y de fuegos, nómada observador de las estrellas, su armadura semejaba el cuerpo de un hombre, azotado por hambres y sequías, mil veces clavado y desclavado, con su tronco, a trechos, de alisada y perlina superficie. Arriba, en mil codos protectores y desafiantes, después de recorrer en ángulos azarientos los caminos del viento, aparecían hojas toscas, pero anchas y firmes: daban sombra; el caujil era reloj de silencios y misterioso barómetro.

Ángel Resplandor, en los crepúsculos en los cuales realmente resplandecía porque el aguardiente lo encendía como lámpara de alcohol, decía del árbol: es caujil macho.

Nunca ni flor ni fruto, melancólica soledad, receptáculo de gritos y chillidos, anuncios y premoniciones: tropa de albañiles, pescadores con goteantes y pesadas redes sobre el hombro izquierdo, arreos con yesca para los fogones de las orgías campesinas, cántaros de leche sucia, cestas de huevos de gallinas perdidas. Pero flor y fruto jamás. Huella de hacha, sí, parte de la corteza tallada; pulitura de botalón. Estación de pájaros y dirección de viento.

II

Dídimo era una invocación al hartazgo, a la abundancia, a todo aquello con sentido de multiplicación. Su madre creía que la razón de su casi extinguida familia se debía al testículo único del Padre. Pensaba en lo mucho que sus piernas le habían dolido buscando aquel borracho, buscando aquel horno de desesperación, quien nunca la ofendió con palabras, porque cuando lo encontraba ya era incapaz de pronunciarlas. Solo un agónico gorgoteo, un extraño, temible deseo de expresión. Era como si quisiera decir: "La soledad, no hay

nada más hermoso". Pero ni siquiera tenía oportunidad de concretar eso, porque alguien lo agarraba de las piernas y de los brazos y lo tiraban, como saco apretado de cebollas, sobre un camión.

Pero en el fondo de todo eso estaba el achinado y moscabado color de aquel muchacho, de piel cerosa y ojos hundidos, con el pelo ralo y castaño. En el patio recogía con dedos mágicos las briznas de paja quemada o mataba con la china los lagartijos; los cuales, como espasmos relucientes, recorrían el solar, y luego los colgaba de las espinas de los cactus. Dibujaba sobre la tierra, con certeza admirable, cosas jamás vistas. Ese dibujo, ¿no tenía acaso la forma de un *Pomacanthus maculosus*? De pronto, soltaba la varita con la cual dibujaba y corría apresurado detrás de un coleóptero azul, cuyo ruido dehiscente lo alertaba. O el patio se inundaba de élitros de "maría"; traídos por el viento de sitios distantes y recogidos por el muchacho en los atardeceres, se convertían en feéricas bombillas moradas.

Un mollejón, antiguamente utilizado para trabajo legendario, pues allí su Padre, en mejores días, amolaba pacientemente su machete "cola de gallo", era ahora su asiento permanente. La piedra había perdido todo otro destino. Estaba recostada contra la tapia, montada sobre un viejo rin de camión. El aprendizaje del muchacho lo adquiría de aquel viento, el cual a veces giraba en remolinos iracundos recogiendo la basura, o de un alfabeto repetido incesantemente por su madre hasta la letra G; aparentemente, hasta allí le llegaba el aire de los pulmones y de la mente.

Cuando la luz solar se inclinaba sobre el cielo, el caujil se reproducía nítido sobre el piso blancuzco. Era la hora en la cual los brazos y manos de Dídimo aleteaban. Su corazón se agitaba y sus ojos, azulados de miel, adquirían una despigmentada mudanza.

III

Todos los días, como un río de aguas verdosas, sobre la carretera se alargaba la sombra de aquel hombre privado de sentido y de conciencia, a una misma hora, como si con ello humillara la soledad del árbol. Frente a aquella presencia, el alma de Dídimo se oscurecía, las preguntas se le agolpaban en el pecho: ¿por qué las velas encendidas en el rincón de la alcoba?, ¿por qué su madre lavaba con rabia la ropa del Padre?, ¿por qué sobre el marco de la puerta que daba a la alcoba conyugal se había formado aquel nido duro y plomizo de comején?, ¿por qué ahora no había ni ratones en la casa? Todas estas preguntas le sacudían el alma cuando veía venir detrás de su sombra el cuerpo desgonzado de Pedro Remedios. En medio de su soledad y de la solitaria efervescencia de los días, la presencia de Pedro Remedios le traía un olor oscuro y hostil resentimiento, porque con este hombre, cuya baba veía salirle por las comisuras de los labios, no podía entrelazar ningún rompecabezas, no podía ofrecer ninguna explicación a los fenómenos que con tan singular certidumbre lo comprometían diariamente. Si se le hablaba, producía un ruido gutural; si se le llamaba, reía broncamente; y si uno se le acercaba, despedía un hedor insoportable, como si algún herpes demoníaco le cubriera todo el cuerpo.

El insano recorría todos los días a una misma hora el camino, con un cántaro de leche o cesta de huesos sobre su cabeza de cabello raleado. Alelado, se quedaba mirando a Dídimo, aun después de pasar frente a él. Con frecuencia, este lo cubría de abalorios grotescos sacando su lengua y moviendo las manos, las cuales apoyaba con los pulgares sobre el tabique externo de las orejas. Cuando Pedro Remedios pretendía reflejar a Dídimo en el agua turbia de su mente, el cesto o el cántaro caían y el muchacho reía, con sórdida rebeldía, del espectáculo. Pedro resbalaba sobre su excremental desorden y

con gritos absurdos rompía la ambarina copa que el día alzaba, tibio y profundo, hasta el cénit.

De un cierto tiempo para acá la desesperación llenaba de luciérnagas la noche de Dídimo. La tristeza, como un pájaro herido, no hallaba donde posarse finalmente. No quería hacer daño; deseaba palmotear de alegría; ver las metras multicolores romper la monotonía del patio; escuchar el rugido del curricán cuando el trompo orbitaba sobre su afilado clavo; oír cuentos de fascinantes serpientes y tigres rampantes; y, sobre todo, competir con otros cuyos brazos y piernas fueran como los suyos. Pero de Pedro no podía esperarse eso, porque solo tenía ojos fijos y piernas y brazos rectos. Su rostro pertenecía a una geometría tiránica, la cual lo cuadriculaba o triangulaba según el caso. Sin embargo, Dídimo decidió forzar aquella amistad imposible. Escogió sus metras más grandes y brillantes, tornasoladas de azul y rojo; se desprendió de su china; legó aquella cajita, parecida al arcón del pirata, labrada por él mismo con tapa de sucio cinabrio y oloroso, por las raras semillas que contenía, a rizoma de jengibre; y, por último, apartó su amuleto preferido: una uña de halcón, pulida y adornada con esmero por él. Con el corazón apretado, doliéndole el bajo vientre, Dídimo esperó al día siguiente el paso de Pedro, pero este no apareció en varias semanas. El muchacho, inundado de desilusión, regresó sus tesoros a escondrijos secretos. Pero una rabia sorda lo envolvía. Algo le decía que el idiota era su primero y grande enemigo. Desde aquel día, sentado en el mollejón, esperaba pacientemente la sombra anunciadora.

Cuando Pedro reanudó su tránsito, en lugar de piruetas, le lanzó un rugido, un grito amenazante, un grito de alguien que está solo para siempre. El idiota reculó, y sin esperar a recoger sus cosas, se devolvió farfullando pensamientos sin expresión, arrojados por su garganta, como las agónicas imprecaciones escuchadas a quien se ahoga. El bobo vivía y sentía del instante; recaía cada vez aquella jugarreta, la cual se había constituido en una especie de venganza

para Dídimo. Día a día, cuando la sombra se espesaba sobre el camino, la sorpresa para el idiota era la misma. No tenía memoria, por lo tanto, el recordar no era para él la rehabilitación de su propia miseria. Sus gestos no recogían estigma alguno y aquellos gritos de Dídimo no pasaban de ser una mecánica reiteración.

Pero este juego llagaba interiormente a Dídimo. En cierto modo había perdido la gracia original de sus ojos, porque sobre todo sentía, con una vergüenza irremediable, la indefensión total del idiota; no es alguien que es sorprendido y se precave, armado por simple reacción. No. Pedro Remedio era un ser que se le imponía por su absoluta impotencia. Carecía de musculatura apropiada y de reflejos adecuados; todo él era una anochecida trampa, donde la lujuria del aire se calmaba y donde el calor o el frío encontraban su nudo y su escalera. Llegó a hacer del insano el punto de referencia, al cual, en momento de dolor o estrujamiento, de desorientación o de fracaso, enviaba a coincidir con su familia, sobre todo su Padre, cuyo ángel se perdía en las relumbrantes madrugadas y cuyo resplandor quedaba reducido a la insignificante aureola del amoníaco de sus propios orines.

IV

El día, en su digitación inicial, se abría como un hibiscus rojo. Las tapias se proyectaban bermejas sobre los límites trazados por las escobas efímeras de aquella eloína de las eloínas, pasadas y repasadas sobre el inextinguible frontal, de cráneo ya sin atributos humanos; patio de la casa de los Resplandores, sobre el cual solo se le reconocían sus habilidades para escribir una historia con extrañas espátulas, ya deshechas y ahora avivadoras de brasas nocturnales, de arañas glandulares y flavos escorpiones.

Cuando Dídimo quitó el palo de la puerta, esta se abrió de un golpe y a las alcobas entró la luz para llenar de cristales finísimos el borde sordo de todas las cosas. El muchacho también se iluminó todo, como una tímida y platirrina bestia en la copa de un árbol. Se desmanchó los ojos y respiró hondo, antes de ocupar su sitio en el mollejón de grano rojizo.

En el borde del patio, el caujil era un abismo verde; una comarca donde coleópteros moteados, avispones dorados y negros abejorros comenzaban a estañar las infinitas substancias de la vida. Dídimo lo miró con rara actividad. Ese día, el caujil se parecía a él; henchido, vigoroso y lleno de una energía nueva. Como cuando sacaba agua del pozo.

De pronto, sin embargo, Dídimo saltó hacia adelante. ¿Era una alucinación o el caujil tenía un fruto? No se atrevió a seguir. Se quedó allí de pie, mudo, con la fiebre cubriéndole los ojos. Tanto tiempo luchando contra los Resplandores, lo cual era tanto como luchar contra su propio Padre. Tanto tiempo conjurando el caujil para que saliera de su horra condición, para que se liberara de su liberación y se esclavizara a su verdadera plenitud. Pero no pudo seguir, no llegó a adquirir la certeza de que alguna flor vacilante y clandestina hubiese cuajado. Adolorido, con la fiebre cebándose en su garganta y en sus piernas, se refugió en la casa.

Cuando la eloína se dio cuenta de la fiebre del hijo, llenó de sahumerios la casa, invocó a los espíritus benignos y acrecentó el número de velas en el rincón. El indio consultado, ordenó oleos y no espermas, y algún zarcillo impar de un oro occiduo refrendó el trueque. El muchacho, con los ojos hundidos y el rostro ardiente, lentamente menguaba. Entre tanto, el caujil estirado reverdecía; su alegría era casi transparente y permitía ver el paso inocultable de la savia. Emplastos de hojas venidas de tierra adentro, zumos de amargas raíces y vehementes exorcismos fueron poco a poco devolviendo la serenidad al muchacho. Ya los sudores no le cubrían el cuerpo

ni los escalofríos lo dejaban exhausto. Ahora pasaba largo tiempo mirando el techo y sus salamandras protectoras. Dos semanas después, entró al cuarto un cigarrón anunciador. Ese día Dídimo curó.

Cuando salió de la casa, aún aturdido por la debilidad producto de la repentina fiebre, no tuvo destino diferente que acercarse, cauteloso, al caujil, cuyo pletórico verdor se elevaba nuevo y desafiante frente a él. Pudo decir que le había escuchado su risa amplia y sonora, cuando debajo de la mata contemplaba arrobado el fruto solitario, tapado por las hojas y protegido por la ramazón. Descubrió entonces líneas zigzagueantes introduciendo en su visión una perspectiva hasta ahora desconocida. Se palpó el cuerpo con deleitación y descubrió actos antes ignorados y sin explicación. No era uno más en el paisaje: era el Resplandor, el dueño de aquel guardado secreto, desconocido aún por sus eloínas preferidas, las que barrían y hacían la comida, aquellas que en altas horas de la noche velaban su lacerado sueño. Ese mismo día, Pedro Remedio igualó su sombra al detenerse y contemplar a Dídimo, a quien no veía desde hacía días. El insano, luchando con su desgonzamiento y haciendo un equilátero esfuerzo, siguió la cuerda que ataba la mirada del muchacho al árbol y algo así como un rubor de complicidad apareció en su tosco e imperturbable rostro. Dídimo ni lo tomó en cuenta. Ahora estaba seguro de la fertilidad del caujil. Este había perdido su cara de párvulo otoñal y comenzaba henchirse.

Aquel día, Dídimo limpió el mollejón y los alrededores de la casa, como queriendo comprarles su silencio porque pensaba que las viejas espuelas, la anuda soga, los engranajes de camión, por entre los cuales crecía la verdolaga y el propio mollejón sobre el oxidado rin, estaban ya enterados de su maravilloso secreto. Él, con su saliva y con su requetesaliva, con todos los leviatanes inventados sobre la arenilla y con la sabiduría, cuyo secreto solo a él pertenecía, acerca de la verdadera cueva de los bachacos, de mariposas exhibiendo sobre el umbral de la casa la aparente inseguridad del acróbata, y a

cuyo paso caía aquella como semilla de destrucción diseminada por la polilla, quería ser guardián celoso de la más áspera e inesperada revelación.

El lar, lenta pero inexorablemente, perecía; sin embargo, como una profecía, se alzaba airado y desafiante el caujil, cargado de aliento y esperanza. Su Padre, con todo su resplandor, tenía una opaca y estéril opinión del árbol: para él era inextinguible y vacía soledad.

Las gallinetas corrían, volaban por el solar y anunciaban toda novedad. Los zamuros planeaban sobre el cielo de aire refinado y los gallos, desde algún monumento, dejaban oír su sonoro clarín. Sin embargo, la línea del corazón solo pasaba para Dídimo por el solitario fruto del caujil.

Amarillearon algunas de sus hojas, pero las protectoras del fruto seguían verdes como él mismo. Los días formaron un muro entre Dídimo y el resto del mundo y se sucedían interminablemente. En cierta ocasión, el muchacho se dio cuenta de que el color verde del caujil comenzaba a transparentarse en un verde brillante y suave. Mientras el fruto se hacía más grande, su color verde se tornaba íntimo y luminoso. Sus ojos se le secaban y oscurecían de tanto mirar el fruto, que ahora parecía un estrambótico cuerno. El pedúnculo había engruesado y se notaba claramente la diferencia con la rama que lo sostenía. De cuando en cuando, un abejorro volaba a su alrededor, lo olisqueaba, lo medía y, rebotando contra él, se alejaba. Aquella fascinación se había transformado en una silenciosa lucha por un poder que contenía en sí un sentido oculto, pero profundo de coherencia y de legitimidad frente al mundo. Era un error hablar de hipnotismo. Realmente se estaba desarrollando una batalla campal entre dos fuerzas, entre dos potencias igualmente poderosas.

Un día cayó la hoja que separaba o tamizaba el caujil de los primeros rayos del sol. En el día siguiente, Dídimo observó el fruto; había desdoblado su verde resplandecimiento; tonalidades irisadas, aproximadas al ocre opaco y al rojo mercurial, lo cubrían; la parte

superior, ya sin espera, había adquirido una intensa gama desde el almagre al encarnado vivo. La semilla semejaba una corva nariz, de dureza córnea y personalidad indefinible. La parte superior del fruto, rojo sangre, se tornaba hacia su mitad rosado, pero aún el cuerpo —espejo recién azogado— mantenía un verde ligerísimo. Una semana más tarde, el cono del caujil resplandecía como una daga expuesta al sol del mediodía. El fruto todo sugería una zaranda de colores que enceguecían a Dídimo. El raquítico fruto verde se había llenado de jugos suaves y ambarinos.

Una tarde, mientras perseguía un escarabajo dorado, cayó una ligera lluvia y Dídimo pudo observar cómo el agua resbalaba con saturada delectación sobre la piel del caujil, limpiándolo de polvos e insectos. Ahora era un espléndido fruto, el más grande y maravilloso que alguna vez había visto Dídimo. Se dijo para sí: "Se parece al mundo".

Desde el día en que el fruto había adquirido los colores definitivos y era como una casa nocturna donde se daba una fiesta, encendida de brillantes luces y perfumada atmósfera, el muchacho solo se ocupaba de él. Pedro Remedio pasaba diariamente con su delirio de tatuajes indesteñibles, con sus pasos combados, y se quedaba mirando absorto al extasiado Resplandor, quien solamente tenía ojos enormes, dentro de un círculo de acero, para la hastiada madurez, que parecía reventar al solo espejar del viento.

V

El día final de las basuras recogidas, de las hojas apiladas, quemadas por las eloínas, y de las cuales se desprendía una columna de humo casi vertical, por la ausencia de viento, Dídimo oyó todos los abejorros de la tierra reunidos en la voz de su madre. Las eloínas machacaban nombres, desenterraban muertos y aludían a fantasmas

que no se resignaban a perderse definitivamente en la oscuridad arremolinaba del recuerdo.

Había accedido a enchaquetarse con aquel traje simbólico, cuyo azul estrenaba ese día nuevas vetas grisas, el cual, una vez había servido para acercarse a los grandes misterios del deseo y de la obediencia, en cumplimiento del sentido y la proximidad del verdadero amor. Dídimo ignoraba todo esto, porque el mundo para él estaba centrado en el caujil, vigilado irreverente desde el mollejón y desde los tesoros guardados en rincones abisales, en ocultas y alejadas cuevas, para dedos de espeleólogo.

El fruto espléndido empezaba a transformarse en amargura y angustia. Sabía que aquella maravillosa alcancía de sueños se quebraría alguna vez y este sentimiento lo mantenía en una tensión inaguantable. Cabía su resplandor en una uña de la madre, porque no quería oírla y menos a las eloínas de brazos lánguidos y labios descoloridos, las cuales deseaban alejarlo de la amada presencia del caujil. Por primera vez, la muerte fue como una fuente radiante, por primera vez auscultaba el corazón más íntimo de las cosas que hasta ese día le habían servido de cetrería ambigua, descubriéndole las aflechadas calcomanías del cielo, con sus pegujales de pitahayas florecidas. Nadie había hasta ahora intentado apagar aquella rabiosa llama de deseos y ardientes conjeturas. Pensó tantas cosas sobre aquella pequeña plenitud, que lo demás le sonaba insignificante. ¿Para qué servía? ¿Para qué tanto cuidado y tanta penetración? No era cuestión de gloria, sino de prisa, de verdad, de tentación, de cambio en su alma. Salía de la oscuridad hacia la luz; era su primera duda.

Desde lejos, con ese traje corto y esos zapatos que se le sabían estrechos, Dídimo se paró, con una horrible premonición frente al caujil. ¿Por qué pasaban las palomas selváticas a velocidad tan inusitada? ¿Por qué las nubes tenían ese color amarillento y se parecían a bestias gigantes? Casi no se atrevía a mirar la fruta impar, transformada, como una bella mujer, en una suerte de medida genital.

Hallándose en esa estática posición, se alargó por el camino la sombra ominosa de Pedro Remedios. Su cuerpo vacilante cubría la carretera y solo se sentía una densa y percutiente oscuridad moverse sobre la tierra vacía. Cuando llegó junto al árbol, sus ojos tenían el reflejo sórdido del último Judas. No traía impedimenta alguna. Dídimo quiso ignorarlo. Le aburrió su presencia. El idiota trató de decir algo con su boca abierta de chorreante baba. Las venas del cuello se le abultaron y de pronto soltó un grito monstruoso, ventral, que le hizo brillar, quizás por primera vez en su vida, lágrimas en los ojos.

Al solo grito, como si el sonido hubiese sido una piedra, o un maléfico conjuro, el resplandeciente caujil —aquella delicada fábrica de sueños y deseos—, con sordo ruido de hojas, se desprendió y vino a dar a tierra, donde quedó convertido en una estrella sanguinolenta y apagada.

(1969)

Andreas Baader[2]

—¿Llovía? —preguntó Andreas.

Ninguno supo qué contestar. Viajaban en algo parecido a un coche celular. Los cuatro iban aherrojados, con fuertes cadenas de acero, a las paredes laterales del vehículo. Dos a dos. Viajaban de sur a noroeste. Los habían mantenido, por breve tiempo, en la prisión de Múnich y ahora los conducían hacia Friburgo, quizás, desviándose definitivamente, en dirección norte, en busca de Kiel. Finalmente, volverían a la sede del crimen, a Stuttgart, a orillas del Nesenbach, afluente del dulce Neckar.

—Seguramente ha llovido —volvió a decir Andreas—. Vamos por la autoestrada muy lentamente —apuntó.

—¿Qué quieres decir realmente? —dijo Carl.

—Nada en particular —afirmó Andreas—. Solo que el olor a fósforo me produce náuseas.

—Si vamos por la campiña bávara, no veo por qué tiene que oler a fósforo —dijo Ulrike.

—Perdóname, Ulrike. Pero es que tu vagina es como una cámara de gas. Me marea ese almizcloso y poderoso olor. No es mi culpa —concluyó Andreas.

—Tienes razón, Andreas —dijo Ulrike disculpándose—. Sin embargo, llevo seis días con la menstruación y no me he podido lavar.

—No la recrimines —pidió suavemente Gudrun—. Todos olemos como una piara de cerdos.

---

2 Cuento inédito, fechado el 26 de septiembre de 2000.

—Tampoco me habéis comprendido —dijo con tono lastimero Andreas—. Si la amo tanto, qué puede importarme que huela mal. Qué pueden importarme los malos olores de Ulrike. Además, yo sé que el olor a fósforo viene de Auschwitz. Ese olor me ha sido transmitido de generación en generación. Fíjate —continuó—, yo nací en 1944. Cuando mis padres fueron a buscar trabajo a Holanda, los rechazó el Comité Judío de Bravante porque eran alemanes, eran arios, según dijeron ellos. Tuvimos que recurrir a un judío comunista que odiaba al sionismo. Y debes advertir que el sionismo, en aquella época, era una fuerza con las armas en la mano, que es la única forma de redimir todas las impurezas de la ideología. Los judíos sometían a los alemanes al ostracismo dentro de su propio país. Nos frotaron para siempre la chamusquina de Auschwitz.

—Tú eres un antisemita as-que-ro-so —dijo Carl.

—Yo no soy nada. Ni prosemita ni antisemita. Soy la próxima revolución. Todas las doctrinas judías, incluso el marxismo, son el combustible que alimenta la caldera donde se cocina el más profundo odio revolucionario. Yo sé que soy un terrorista, un terrorista puro, sin mezcla. Júzgame correctamente, Carl, mientras puedas —dijo Andreas.

—No agoten sus reservas, porque muy pronto nos privarán del derecho a pensar —dijo Ulrike.

—Parece que los judíos han inventado todo —dijo Gudrun.

—No todo, pero casi todo —recalcó Carl—. Por lo menos algunas cosas bellas no las han inventado los judíos —continuó Carl.

—Los sentidos no deben mezclarse con los propósitos de la revolución —dijo Andreas.

—¿Qué tiene que ver eso? —explotó Gudrun.

—Mucho. Demasiado. No es posible hacer el viaje revolucionario dentro de la bolsa plástica del trauma judío —dijo Andreas.

—Pero eso es lo que estamos haciendo. ¿O qué es esto? ¿Por qué me he transformado en este *utility*? ¿Por qué lo alemán puro me antagoniza? —dijo Carl, iracundo.

—Fíjate bien —dijo Andreas—, toda ideología de izquierda está programada para virar en un momento oportuno hacia la derecha. No existe ideología de raíz judía que no contenga este gen reaccionario. Tarde o temprano actuará su código y virará hacia la derecha.

—Y lo alemán no es lo mismo que lo judío —proyectó Ulrike.

—Posiblemente —dijo Andreas, emotivo—, pero nosotros los alemanes nos vaciamos y vomitamos en nuestra piel, en nuestro país. Los judíos son elementos extraños. Están presos para llegar y para irse. Son irreconocibles dentro de una entidad propia. No los concebimos dentro de una identidad alemana, como ellos no conciben a los árabes dentro de una identidad judía.

—Al fin voy entendiendo lo que quieres —dijo Gudrun.

—Vamos —dijo Andreas—, si lo sabes, dilo.

—No deseo ofenderte —señaló Gudrun—, pero alguien tiene que hablar. Tú no eres más que un nuevo mito. Voy, lo sé, a morir por otro mito. Quisiera vomitar hasta quedar reducida a puro hueso, limpio y blanco.

—Tú tienes algunos secretos que pueden valer por tu vida —dijo Andreas—. Anda y véndelos, vende a tus camaradas. Salvarás el pellejo.

—Por favor, Andreas —dijo Ulrike —, tienes la mente llena de grasa. Yo entiendo que es tarde para disentir. Pero tú no escuchas que nuestras palabras carecen de poder. Estamos rodeados. Somos un pequeño enjambre de abejas, asfixiadas por el humo. Entiéndelo así. Nuestra tarea está por concluir. Perdóname. Yo estoy hablando de tareas, cuando la verdad es que jamás hemos tenido una meta concreta. Pero yo los amo, porque hoy somos la única generación pura de Alemania.

—Dices hermosos discursos —dijo Andreas—. Tú y Gudrun no aceptan el reto. Pero nos han emplazado. Esforcemos hasta lo último de nuestras fuerzas. No dejemos que nos lastimen donde lastiman el rebaño. Somos superiores a todo lo alemán de este tiempo y por eso vamos a morir. Llevamos el distintivo de los que eligieron el lugar de la lucha. Estamos peleando en nuestro terreno. La historia señalará que la batalla se dio donde nosotros quisimos. Por eso vamos a cambiar el rumbo del hombre alemán, más, del pueblo alemán. Tenemos asegurado nuestro asiento bajo el gran árbol de la vida.

—Estás ebrio, estás ebrio —dijo, como saliendo de una anestesia, Carl.

—No quiero compartir esta borrachera —dijo Andreas—. Gudrun, pásame las jarras de vidrio. No dejes que se pierda ni una gota. Dame el bueno vino. Pásame la gran botella del mundo.

—¿Pero estamos entrando o estamos saliendo del mito? —dijo Carl.

—Es mejor aún —dijo Andreas—, tenemos un destino único: la tragedia.

—La verdadera tragedia del hombre es la realidad —dijo Ulrike.

—Tiene mil cabezas —pensó en voz alta Andreas.

—Mil brazos —rebotó Carl.

—Un millón de vientres —suspiró Gudrun.

—Mil millones de eructos —resbaló nuevamente Carl.

—No —dijo Ulrike —, la realidad es como una madre viuda. Es tan honesta que hace metódicamente el amor con un extraño y en esas ocasiones dice: "Voy a cumplir con Dios".

—Entonces, la realidad es como mi madre —dijo Carl—, con la diferencia de que mi madre cumplía con Dios con demasiada frecuencia.

— Me han decepcionado —dijo Andreas—. Yo pensaba que en cada uno de ustedes existía y persistía el misterio de la noche y el siniestro misterio del día. Pese alguna vez que, si respiraban, el

ozono volvería a ser restituido en la atmosfera. Pero no, ustedes no han sido pasados por el filtro.

”Van a morir y muestran su programa de muerte, como si en ello hubiese alguna gloria. Pero una cosa es cierta: Carl es un alemán hijo de puta, abrazado a la ideología de la col y de la papa. Es puro rito fisiológico, o como otros dirían: es acción. Y Gudrun es la tragedia del eterno renacer. Su fecundidad es porosa, amarilla, asiática, viral. Gudrun representa la suprema aspiración del vulgo. Su perfume es una atormentadora fermentación intestinal.

—¿Y tú qué? —dijo Ulrike.

—Yo soy el espíritu eterno del hombre —dijo Andreas. —Pero tú, Ulrike, eres la palmatoria con la luz que nos permite salir de la oscuridad. Además, eres el descanso.

—Yo no he programado mi muerte —dijo Carl con fiereza.

—Entonces, la muerte te ha programado a ti —dijo Andreas—, porque tienes todos sus atributos. Sus escamas, su caspa, su sarro.

—No puedo decirte ni estúpido —dijo Carl—. Me siento tan lejos de aquí, de todos ustedes. Me siento casi alegre porque este viaje va a terminar y yo voy a terminar. Quiero terminar, escúchenme. Quiero que de una vez me asesinen, me liquiden. Que quemen mi cuerpo con todos los ácidos de que los hijos de Adenauer puedan disponer. Que quemen la figura de mi madre cuando se disponía a invocar sus dioses de carne y hueso. Que quemen el retrato de mis abuelos que olía a tigre, porque siempre vivió atareado con los felinos del zoológico. Que quemen mi ropa y mis piojos. Que quemen el vientre de Alemania, que yo nací en él.

—Tú, Carl, eres un programa de muerte —dijo Andreas—. Te quitarán el aire, entiéndelo, y te dirán que vas a vivir mil años más solo, sin aire. Ningún aliento fétido te rodeará. Serás químicamente puro. ¿Qué tal? ¿Te gustará eso?

Se habían salido de la autopista y habían tomado una vía secundaria. Los prisioneros así lo sentían, porque la furgoneta celular

se movía como si una ola la empujara hacia un lado. Les llegaba el suave y salutífero aroma de un trigal recién cortado.

Gudrun pensó en los años de su niñez en el sur de Francia, cerca de la frontera italiana, donde vivían sus padres. Es decir, vivía su madre, porque el padre se hallaba en los últimos días debido un proceso diabético que lo había reducido a la impotencia. Estaba ciego. Pero nunca perdió su humor negro. Le satisfacía que lo informaran de cuantos detalles macabros sucedían en el mundo.

Tenía realmente una mente de legislador. Pero a ella lo afectaba poco. Una dama antigua la iba a buscar todas las mañanas, menos los días domingos, y la conducía a un poblado de las montañas que rodeaban la zona en que vivían. Le ponían un vestido tirolés, con sombrero, pluma y lo demás, y se dejaba conducir por aquella Caperucita anciana. Ella tomaba un viejo autobús y en él hacían silenciosamente el recorrido. La dama siempre tenía en su bolsa un libro que continuamente sacaba, leía un momento y volvía a guardar para darse cuenta de lo que sucedía en el camino. Hacía algunos gestos con las manos. Se acomodaba su viejo gorro y renunciaba a pronunciar palabra. Nunca le habló en alemán, pese a que ella sabía que era alemana. Cuando regresaron a Alemania, ya su padre no venía con ellas. Su madre no guardó luto. No porque no hubiese sentido la muerte del marido, sino porque, según decía, el marido merecía una real voluntad de lucha y jamás había aceptado el luto como una actitud de combate.

De pronto salió de su sueño, porque oyó la voz de Ulrike.

—¿Qué crees tú? —preguntó con honda finura y sutileza Ulrike.

—¿A quién se lo preguntas? —dijo Gudrun.

—No sé realmente. Pero seguro que no es a los guardianes —repuntó Ulrike.

—Yo te voy a responder —dijo Andreas—. Pienso que estamos recorriendo el camino de la inmortalidad.

—Entonces, ¿qué quieres decir? —preguntó Carl—, ¿qué vamos a morir pronto?

—Exactamente —precisó Andreas—. Lo único que da origen a la inmortalidad es seguridad de que vamos a morir. Es más, la muerte en ciertas condiciones. Nosotros, por ejemplo, necesitamos morir para que Alemania consolide su división, que es, en definitiva, la garantía de su unidad.

—Oye, yo prefiero no mezclarme en todo esto. Yo prefiero la simple mortalidad. Quiero ser una simple ficha del destino, no pretendo manejarme como un general de la razón. —dijo Carl.

—Sin embargo, ya eres un protagonista de la historia europea. Ya tienes, como yo y como todos nosotros, un programa de muerte. Va a ser destruido tu código biológico —dijo Andreas.

—Toda esta cháchara es puro aserrín —dijo Ulrike.

—En efecto —dijo Andreas —, todo esto es puro aserrín terrorista.

—Pero ¿qué sentido tiene nuestro terrorismo, como no sea político o simulacro de alguna clasificación política? —dijo Gudrun.

—El terrorismo alemán contemporáneo tiene implicaciones profundamente poéticas —dijo Andreas.

—¿Quieres decir —aportó Carl— que los alemanes, antes que filósofos, somos poetas?

—Justamente —dijo Andreas.

—Entonces el terrorismo alemán contemporáneo tiene el mismo sentido que el terrorismo palestino y que el japonés —dijo Ulrike.

—En la misma tragedia griega, pero con aparejos reales—dijo Andreas— o la misma enfermedad. Nosotros los alemanes necesitamos urgentemente algunos héroes paradigmáticos. Alemania no puede vivir sin esta clase de dioses, porque sería como quitarle al país su sistema plaquetario. Se desangraría históricamente. La inmortalidad de un pueblo está en la posibilidad de ser mortal. Esta posibilidad es la que da oportunidad a nuestra lucha.

—Pero, de todas maneras, nosotros vamos a morir muy pronto —dijo Ulrike— sin siquiera saber para qué sirve nuestro cuerpo y nuestra mente.

—Pero tú has matado para confirmar algunas cosas que te preocupaban —dijo Carl.

—Soy parte de un mecanismo de terror —dijo Ulrike.

—Pero ¿a quién se dirige el terror? —contestó Carl.

—El terror del grupo Baader-Meinhof, no se dirige a nada ni a nadie. Procede intuitivamente. Es un problema absolutamente animal. Pare porque tiene que parir —dijo Ulrike.

—Yo no siento eso —dijo Gudrun—. Para mí esta participación es algo peor. Para mí es el vacío. Yo, en este momento, me estoy dirigiendo en el sentido contrario a la flecha que vuela.

—No tienes idea de cuán verdadero es lo que dices —dijo Ulrike—. Se trata de que nos han manipulado para privarnos de los sentidos. Piensa un poco en eso.

—¿Desde cuándo se nos ha negado el olor cálido de la comida? Ahora todo el universo nos huele a ratón. Podrías comer carroña o caviar, pero siempre oliendo a ratón —dijo Carl.

—Nos han lavado la vista y ahora todo lo vemos gris —dijo Gudrun.

—Y en el mundo, todo lo que él representa, lo sientes como un peso, como un tumor —dijo Carl.

—Y lo que oyes solo son estampidos —dijo Ulrike.

—Te han degenerado tanto las papilas gustativas que ya no sientes deseos de comer o beber —dijo Carl.

—Pero el contraterrorismo oficial no podrá conmigo, mi cuerpo los ha engañado —dijo Gudrun.

—Pero es que ellos tienen todo el tiempo y tú muy poco. Tu vida se balancea sobre segundos. Dentro de la ley tú no existes. Eres parte de un experimento que solo tiene una demostración y un resultado: la muerte —dijo Ulrike.

—Pero —dijo Carl— la muerte forma parte de la constitución alemana.

—Es decir, la muerte como derecho de luchar contra ella, a considerarla como el juego más sucio que realiza el hombre, hay que suponer que sí —dijo Gudrun.

—No me refiero a eso. La muerte como predominio frente a la vida, la muerte como enjuague, sin riesgos, de unos hombres contra otros —dijo Carl.

—Eso no puede pensarse como legalidad —dijo Ulrike.

—Hablen de otra cosa. Hablen de los recuerdos —dijo nuevamente Ulrike.

—Hablen de la niñez —dijo Andreas.

—Los recuerdos son tontos y el futuro no existe —dijo Gudrun.

—Yo siempre creía que la vida era un rumor —aludió en voz alta Andreas— saliendo de un profundo aletargamiento. Entiéndame cuando era niño, un muchacho artista me regaló un perro de madera echado. Para mí fue un símbolo fatídico.

—El rumor para mí —dijo con voz apenas audible Ulrike— estaba en el anochecer y en voces que apenas susurraban misteriosas conversaciones, en la casa situada en la colina, donde olía a lento humo de cigarro y donde la tierra tenía también un olor lejano y apaciguado.

—El rumor para mí —dijo Carl— era un juego de gnomos debajo de un árbol de hierba de quince centímetros de altura, profusamente florecido y oliente. Allí se desarrollaba y vivía la vida infinita y larvaria, que yo imaginaba como la única posible.

—El rumor para mí —dijo Gudrun— era un pequeño jardín con una fuente en el centro, donde un Adonis escupía incesante un terso y blanquecino chorro de agua, que mojaba la yerba opaca y las hojas que lentamente caían de unos árboles antagónicos y solitarios.

—El rumor no siempre es lo que uno cree —repitió Andreas—, porque yo muchas veces leí los versos de Scardanelli. Me aprendí

algunos versos de su locura: Wenn ungesehn und nun vorüber sind die Bilder | Der Jahreszeit, so kommt des Winters Dauer3… Apenas sin darnos cuenta pasan las imágenes del verano, llegando el largo invierno.

—Ninguno de nosotros sentirá la llegada del largo invierno —dijo Carl.

—Primero te aterrorizarán —dijo Gudrun.

—Como tú no te aterrorizas —dijo Andreas.

—Te golpeará selectivamente —dijo Carl.

—Como tú los aterrorizas —dijo Andreas.

—Harán que pienses cómo podrías vivir sin los genitales —dijo Ulrike.

—Como el terror aumenta en ellos —dijo Gudrun.

—Dirán que la esquizofrenia es una virtud alemana y te escupirán en la boca y un loco vendrá, te pondrá boca arriba, te desnudará y te penetrará eyaculando entre gritos salvajes —dijo Ulrike.

—Pero como aún están aterrorizados —dijo Carl.

—Te traerán un pastor o un sacerdote católico, quienes te hablarán lentamente, sutilmente, de cosas que ni en la vida ni en la muerte podrás entender. Te hablarán de mundos extraños, incoherentes, donde no hay hambre ni dolor. Donde de la vida existe. En suma, tú doblas la cabeza por el fastidio más absoluto —dijo Andreas.

—Es esencia de lo reaccionario no caer si no se le derriba —recordó Ulrike.

—Mi vida es lo más reaccionario, no caer si no se le derriba —recordó Ulrike.

—Mi vida es lo más reaccionario que existe —dijo Carl.

—Cuando la vida existía en mí —dijo Andreas—, yo pensaba lo mismo.

---

3 Friedrich Hölderlin, "Der Winter" ["El invierno"], n.º 37, *Poemas de la locura*, Hiperión, Madrid, 1994.

—¿Es una herejía decir que tengo hambre? —dijo Gudrun.

—En absoluto. Deseas vivir. Desear estar fuera de este innecesario esquema. —dijo Ulrike.

—¡Desear ser nuevamente una niña con juguetes y muñeca de trapo y tías viejas amables, o no! —dijo Andreas.

—No hay tal —dijo Gudrun—. Nunca fui más enteramente yo que cuando ponía explosivos plásticos.

—Tú naciste terrorista y vas a morir terrorista —dijo Carl.

—No nos queda ya tiempo —dijo Ulrike—, Alemania nos llama.

—Ya jamás podré olvidarla. Me la han enseñado encadenado a un coche celular. Pero la tierra alemana, el vino de su fuerza y de su altivez, han penetrado en mí —dijo Andreas.

—¿Acaso ——dijo Gudrun— en este recorrido de tortura nos han paseado por la Sajonia brumosa, tu Sajonia?

—La última vez que fui a Emden ya no me interesaron los astilleros. Preferí el humo de los barcos. Todo lo que podía apartar de mí la emoción. Mi padre me llevó a los viejos búnkeres de la defensa antiaérea. Me paseó por los jardines donde crecía el minúsculo llantén de hojas ennegrecidas, arrugadas por el frío. Vi y olí sus canales inexpresivos —dijo Andreas.

—Yo he respirado el aire de toda Alemania. He sentido en mis pulmones sus plumas acariciadoras —dijo Ulrike.

—Yo he tenido la suerte de pasar por todos sus ríos. Por el clamor eterno de sus aguas. Para mí, Alemania es linfa húmeda. Serpiente de apremios genésicos. Vagina ofrecida a una estirpe de suicidas —dijo Gudrun.

—Yo —concluyó Carl— soy la mano y la lumbre artesana del hombre alemán. Siento que he logrado integrarme al inmenso submundo de la laboriosidad alemana. La valiente atmosfera de sus fábricas. Las muestras de su artesanía, donde se siente el pulso firme de la mano alemana. En cada puño y en cada mano abierta estará mi pequeña y azogada fiebre.

—Yo he repasado, lentamente, con ojos lacrimosos, cada uno de los infolios de la verdadera historia alemana. He permanecido en museos y universidades. He sido docente y alumno en todas ellas. He vigilado los incunables de su nacimiento y de su cólera. He tenido en mis manos, como un polluelo, el miedo alemán de esta época —dijo Andreas.

—Qué cosas hemos olvidado —recalcó Andreas.

—Hemos olvidado tu rescate, que nos dio a conocer al mundo —dijo Ulrike.

—Hemos olvidado nuestras aportaciones teóricas a la revolución —dijo Carl.

—Sobre todo, nos hemos olvidado de nuestra propia, personal e intransferible vida —dijo Gudrun.

Ya sin verlo, escucharon al río sonoro, amante del Neckar delicado. La rica fantasía gótica de su iglesia se les hizo actual. La representación clásica del arte colectivo, la artesanía alemana.

Pronto se detendrían a las puertas de la cárcel de Stuttgart, y escucharían los goznes de sus enormes puertas para abrirse y dejar pasar el coche hacia el vientre de esta, de donde ya no saldrían vivos; pero donde, igualmente, va a estar encerrado el genio alemán por más de cien años.

Scardanelli fechaba sus poemas en 1849. Andreas Baader y su pequeña familia la están fechando para el 2048.

Luego leeríamos en los diarios:
Agencia Alemana:

LOS CUATRO TERRORISTAS DEL GRUPO
BAADER-MEINHOF SE SUICIDARON.
HUBO TIRO DE GRACIA

(2000)

DOMBO SALAH HAR Y SUS 32 MUJERES

Todo se inicia en el aceite, lento, oscuro, penetrado de agua marcada por sucesos enterrados en el mismo limbo que gemía dentro de viejas botellas exiliadas y en las cuales, el sol había ido creando los ardientes temores de la vida, mucho más allá de las explicaciones, cerca quizás del temblor original que producen las cosas hechas por las manos habitadas del día.

Por eso, el cono de agua sembrada, olor agónico de la celosía del aire, lepra donde la sal había abierto surcos verdes. Allí todo bullía. O rebullía. Multitud de ojos delataban construcciones inoponibles al viento. Escalas de piedra y argamasa. Macizas murallas tejidas por la impaciencia de los verificadores. Arcilla blanca, tierra que rompía todos los horarios, resplandores donde se cocían los ojos y los labios se secaban como gritos de parturientas al amanecer. Violentas golondrinas abatiendo el fuego del mediodía. Garzas para blanquear la sórdida recurrencia de la angustia. Pájaros marinos somnolientos y huevos azules empollando en las crestas de inexistentes acantilados. Mujeres terminales de andar agobiado, acaparando la escasa sombra de vasijas de barro brillantes por el líquido derramado bajo el escándalo solar. Y arriba, dispersas en el azul, nubes de secreta brutalidad, moviéndose hostiles hacia las primeras raíces de la noche.

Precisamente en esos días, cuando era necesario averiguar desde las puertas de las casas, cuando cada ruido extraño era investigado con fidelidad absoluta por los dueños —los cálices— de aquellos espacios múltiples, llegó infelizmente Dombo Salah Har. ¿Quién lo trajo? ¿Con quién vino? En cierto modo había sido dejado al pairo como un barco viejo, que solo sirve para balancear los grandes pájaros

del mar. Su antiguo casco humano se veía cubierto de constelaciones marinas, algas multicolores y conchas secas, que le daban un extraño aspecto de ruina. Alguna mano poderosa, oculta, desde la tierra, lo había situado en el lugar exacto de las costumbres que endurecían los espejismos de las aguas afectadas de nostalgia.

Dombo Salah Har se sentía recubierto de melancolía. Su rostro verde, de pecas amarillas que se abrían paso entre una nube de moscas relucientes, le daban apariencia de lámpara rota. Sus trancos eran largos y dejaban huella de animal de sombra.

De estructura imperiosa, sus manos parecían hechas para agarrar en los paisajes sombríos a los negros habitantes de antiguas arenas desteñidas.

Capitán, porque su cuerpo era enjuto, sobrio, de reciedumbre culminante. Su nariz era lo mejor de su rostro. Alguna vez lo salvó de las tormentas y de la lujuria sin sentido. Pero fue su boca la que le confirió su influencia entre las hijas de los comunerantes, las flores que se marchitaban temprano, los charcos suaves y terribles de aquella tierra, donde los bosques comenzaban en la propia orilla del agua.

La gloria de Dombo Salah Har se iba a convertir en el punto de partida, para la más extensa e importante creación de las familias irreconocibles que de algún modo iban a construir el país. Primero ocurrió que, al dejar de ser un hombre común, realizaría incontables faenas donde la fuerza física rivalizaba con logros decisivos del espíritu. Llamaradas amargas de vicisitudes que nadie anteriormente había conocido, contribuían a servir de material erosivo, para limpiar las vías que apenas podrían transitarse en verano y que solo se abrían en toda su amplitud a los ejecutores de la tradición, los convencionalistas que decidirían dejarse martirizar por las nuevas y más crueles generaciones de todopoderosos insectos. Pero a esta gloria se oponía la fina e irónica sonrisa de la muerte.

¿Qué podía significar para él el ramaje subcutáneo de una mujer? ¿El íntimo conocimiento que poseen todos los animales de que tras las montañas púbicas existen simas profundas, donde van a educarse las sensaciones erigidas por las entrecortadas edades del hombre? ¿Que más allá de la piel merodean quemantes superficies y relámpagos instantáneos, los cuales agujerean el cerebro de olores a pan ázimo y a sales entrecruzadas y limpias? ¿Que, trascendiendo el horno de la boca, se entra en un río de vapores que mueven la inconciencia hacia lugares donde la miel recubre los labios y los líquidos del cuerpo fermentan en las grutas más íntimas, y lo cubren a uno de densos descubrimientos de la materia enclaustrada por los torbellinos de puras excrecencias destinadas a esconder las verdaderas simientes del placer, que nace de las fuentes más remotas del humus germinal? Los poderes que llenan el canto de los grupos cruzan el horizonte común y se deslizan hacia abisales columnas de humo entre períodos de hambre y cansancio.

Dombo Salah Har se había excluido hacia lo primario, en la estación de los líquidos tensos, para olvidar los rechinantes olvidos de muchas generaciones, su tierra de nacimiento, si es que había nacido sobre alguna tierra, porque pudo muy bien nacer sobre algún mar infinito o en la curvatura de algún río de meandros insólitos. Entonces, no es posible seguir a su parentela. Sus viejos odios y pasiones debían ser expuestos al sol de aquel mediodía, para que secaran su savia. Tenía que olvidar el almizcle de sus orines ácidos y fétidos. En adelante, no habría más aullidos, ni salmos, ni cantos de la antigua religión. Dombo Salah Har no podía decir que era libre, porque qué libertad podía encontrarse en aquella tierra limosa y oscura, perdida en llanuras y selvas hostiles. La única libertad allí era el agua, verde botón de un inmenso chaleco celeste, siempre cubierto de nubes que hacia el sur aparecían como inmensos cúmulus verticales y nimbos tormentosos. Y, sobre todo, para su

desesperación, aquel persistente relámpago que refajaba la frágil y misteriosa cuenca del copal inexplorado.

De sus pertenencias solo le estaba dado separar una faja de cuero de oveja sin curtir, que le cubría todo lo ancho del estómago. Allí guardaba y escondía algunos trozos de trapo escritos con símbolos y perplejidades, con extrañas letras y números y con un sol quemando, dentro de círculos concéntricos que significaban el pasado, el presente y el futuro de su vida. Aquella faja había sido reconstruida en muchos lugares. Pero aun así estaba rota y suelta. Constaba de una zona de cuero entretejido arriba y abajo y en el centro una sección de dos tapas. Ya no le quedaban sino dos o tres cuerdas para ajustarlas a la cintura. Para Dombo Salah Har significaba el tiempo, porque en ella estaba reflejada toda la isocronía de la tierra intermedia de su vida y, sobre todo, los silbidos que lo libraron de la muerte en su juventud. Nunca lo habían acostumbrado a limpiarse la piel. Salvo los chapuzones en el mar, que para él envolvían un contacto profundo con lo más oleaginoso de su origen remoto. Así fue en la sentina del barco: su método y su natural Mesopotamia vital. Conoció el agua de mar baldeada por ellos mismos, para limpiar los puentes o las sentinas de los desechos nauseabundos de día anterior. Agua de mar de las tormentas anticiclónicas o del mar de la última Thule. Agua de mar para curar heridas de los pies tumefactos, para vomitar, en los días en que el vómito era la única salida, de las inexploradas cuevas del cuerpo, de los ríos minerales que todopoderosos sacuden las zonas infectadas de nuestras palabras más adultas. No hay que olvidar que somos pura pulpa, pura palabra ardiente, pura oquedad en las fisuras más reconcentradas del doble esqueleto visceral que nos mantiene encerrados en el comunicante mundo de los animales. Somos tubos comunicantes, conexiones, tubos de secuencias infinitas. El hombre es un tubo que se comunica y palpita y difunde y tuerce y se mueve y recubre y contorna, pero tubo al fin.

Solo Dombo Salah Har podía nombrar las treinta y dos mujeres que lo acompañaron, porque con aquellas que llegaron y con las que no llegaron se iba a fundar una ciudad y la cornisa occipital de un país.

Solo él conoció cada una de aquellas acanaladas fibras, lotos maravilloso, escuerzas pobres u ocultas, tomos de redondez doméstica, virutas de café ordinario, papiros resecos del Nilo, trozos de carne de camello, aceite hediondo y tribal, trigo alumbrado en las costas berberiscas, uvas de las islas del Peloponeso, pasas de Corinto, higos de Anatolia, vino encerrado en antiguos toneles de piedra, sidra de Esmirna, especies de las islas orientales, incienso de Etiopía, pomadas de Egipto, ungüentos que bajaron por el Nilo Blanco, miel de Hebrón, limones de Alejandría, leche de camella y de cabra de Siria, dátiles de tierra de tuaregs, pan de Chipre, rosas de Skorpios, violetas de Rodas, almizcles de Libia, cueros con agua fresca de los oasis de Medina, y todos los metales y piedras preciosas que reflejaron la herencia espléndida de los varones mesopotamios.

Las cosas de la tierra no tienen padre, provienen de un fecundo y poderoso vientre, de la noche, del frío y del sol, del viento seco del desierto, de las tormentas que acicatean los flancos bosforianos, de las canículas que hacen más sedentaria la condición de los que caminan por las arenas cargadas con el aliento y la palabra de mil generaciones.

1

Adrascila, ojo de los retoños, de los repuntes.

Tenía los pies oscuros y finos, las uñas plantadas de una sola vez, como concha del mar recién descubierto. Eran una señal de su vida saludable y henchida, porque estaba acorazada contra la ponzoña y se sentía hermosa, llena de todas las fuerzas del equilibrio.

Todos los hilos puros de las fuentes fueron convenidos para suturar su vientre perfecto, allí donde los caballos del paraíso pisotearon la verde pradera, dejando hollados los tejidos que recubrían el gemido y la sordera de las interminables columnas de animales que enhebraban las viejísimas agujas del manto vegetal.

Nada fue tan absoluto como el piso de su rostro, quemado por los vientos de sudoeste. En su solitaria profundidad anidaban los cadabanes, especie a punto de extinguirse, conocidos también como aldamuces, porque tenían alas pequeñas pero audaces y podían volar desde el hiperbóreo hasta las zonas donde el verano era señalado por la tierra rojiza.

2

Benca, pan tierno y sensible al tacto de todos.

Murió al comenzar el viaje: mal de vientre. Las abejas hicieron un panal entre sus piernas. La miel tenía un olor barrenante. Un olor conocido por los que tenían mil años viajando por el desierto.

3

Climena, la de los tobillos crueles y redondos.

Tenía las rodillas como mandarinas. Olía a mandarina al anochecer. También murió porque la hicieron mujer apenas cumplía once años.

4

Dolia, que se hizo mujer y ramera para salvar la mosca azul de su padre, quien tocó el laúd hasta que los dedos se fueron cayendo, dejándole muñones violáceos.

Las cavernas de sus antepasados nunca la rozaron. Los grillos le hicieron una cuna de hipo y las falenas pintaron la fachada de su tumba. Fue siempre un riesgo la visitación de su parentela, pero ella propuso las medidas exactas de la hora en que el sol verificaba la vertical del hombre.

Todo giraba en torno a la rosa mística de su aliento. Pernoctaba en los pétalos intactos de los girasoles, porque la cumbre de su éxtasis se producía en las fechas próximas a los días en que su cuerpo se transformaba en masa de excrecencias ópticas.

La horizontal oscularia de sus senos sirvió más a los gestos que al mapa de su geografía íntima.

Como mujer fue solo un olor metafísico. Cuando quiso salvar el díptero posado en el pico del águila, de cuyos ojos provenían sus ascendientes, aparecieron, bajando los escalones de piedra de encantamiento, los reyes que siguieron al gran Príncipe que ordenó la construcción del monasterio de El Escorial. Todavía la podredumbre real continúa alimentando los jardines imperiales.

¿Quién sabe la razón de su nacimiento? ¿Quién puede dar noticia de las guerras, treguas, armisticios que se firmaron antes de pactar el nacimiento impuro de la mujer y la creación sin mancha de la ramera?

5

Daska, que embarcó porque creyó tener una hermana a bordo. Entre sus piernas ardía una religiosidad de apetitos triunfales. Pertenecía a los crueles dioses del agua.

6

Elinda, que era un gusano a punto de eclosión.

Quería una protección que no necesitaba. Era morena y tibia. Su bozo se le poblaba de puntos de olor.

La lluvia era su amante. En su lecho de excesos, de lenguas que tapiaban el intelecto, de millones de plumas que entumecían el aire que ella respiraba, amanecía su otra soledad, sus fuegos invariables, sus sonoros petardos inconscientes que volvieron ridícula la agalla de los saurios.

Los meteoros la llevaban en su seno. La limaban desde dentro, como si el canto del metal pudiese traducir la fatiga del poema. Amaba los perros que la reconocían en la oscuridad. Le habían fabricado uno a la medida de sus visiones genéticas.

Les puso el nombre de uno de los momentos de su piel. ¿Puede alguien provocar la jauría sin consecuencias? Escribía libros para que las palabras se escenificaran a sí mismas, creando no solo el gran teatro rómbico, sino el teatro del sexto sentido del hombre y del séptimo y creador sentido del animal. Por ellas, por esas palabras dominantes, veía el curso de la vida, los hechos cuya exploración definía todo el poder de la imaginación. Realmente escribía las memorias de quienes fueron sus antagonistas. Los mercenarios que cavaron la tumba de su generación. En su maravillosa sordomudez nos dio el sentido iconoclasta de una versión redonda del lenguaje, que jamás sufrió morbilidad inconfesable.

7

Eminda, la que lloraba porque tenía el corazón del lado derecho. Decía que su padre se había equivocado en la elección de mujer. Y su madre, quien estuvo entre el humo y el sueño, lanzando leña al

fuego, quemándose siempre los brazos. Su madre atraía las tarántulas, cuyos pétalos toleraban la finísima arena del desierto. Una mujer —decía ella— solo puede ser poseída por el dolor. En la hora en que comienza a mojarse la tierra reseca, dejando una capa de sedosa humedad, se abre como lo hace el este al aproximarse la mañana y alza también sus senos como faros de mendigos en torno a la tempestad. ¿Qué palabras podían llegarle distintas a aquellas por las cuales ella gritaba en la soledad de las calles, en la tinta tierna de las playas, en el unicornio que dibuja la melancolía del aire y encierra las aves en su espacio más claro? De los olivos, en brillante anochecer, se sentían volar los surucucúes entre los derruidos paredones y por las cuevas de los acantilados, en busca de los ratones e insectos que Eminda dejaba, mientras caminaba en busca de los ungüentos y de las gomas que exudaban los viejos haces de hojas fieras y permanente verdor, y según iba pisando los frutos que la hacían resbalar sobre la aceitosa pulpa de la sombra.

8

Fatza, jamás habría de conocer el placer que tiene su origen en el epidídimo del hombre. Tenía unos muslos inmensos y la verticalidad se le hacía cada día más difícil. La golpeaban los deseos como aletas de tiburón, pero nunca sentiría la dulce, la extraña sensación de la linfa distribuyéndose como un gran diapasón en los bosques y ensenadas de su cuerpo, viendo nacer miles de mariposas recién salidas del arcoíris. Nunca sentiría la piel recubierta por el polen disparado en los fuegos artificiales del mediodía del hombre.

9

Gidar, con sus senos brillantes al mediodía. Chispeaba de ardor carnal. Los senos eran redondos y curvos y apenas se tocaban los pezones, toda su redondez se volvía tersa y ensanchada. Llenaban gran parte de su pecho y se movían con un movimiento apenas perceptible alrededor de toda la piel del vientre, de las nalgas, de la espalda, de la nuca, de los bordes de las orejas, de la barbilla, de las mejillas, de los párpados, de los labios, de la parte baja de la boca, de los huesos de la nariz, de la nariz, de los hoyuelos, de la frente, del cuello, del hueco de la garganta.

10

Homsa, cuya cabellera retenía el brillo de las pomadas que especialmente le fabricaba el eunuco que la cuidaba. Cuando abordó la nave, no sabía a dónde se dirigía. No tenía ningún poder para obtener información. Estaba serena y apenas conversaba. Sus palabras cayeron como mosaicos retorcidos desde viejas pagodas, que relucían en las más occidentales regiones del mar Caspio. Catedrales de sal y fuego, moviéndose en el claroscuro de las dentelladas silenciosas y finales de lobos, que aún persistían en los páramos desolados y declinantes.

11

Ipatza, era una llama verde en medio del terror nocturno. Cuando la medianoche renunciaba al tiempo, se incorporaba al borde suave y dentado de todas las cosas, sin atreverse a pronunciar ninguna palabra que tuviera el sentido de un nombre, de la indicación de haber conocido el nacimiento del eco o de los labios sedientos. Se

sabía proporcionada y sin torpeza. Conocía sus limitaciones y jamás realizó ningún acto que no estuviera dentro de los pactos que sus antepasados habían difundido entre la espesa lluvia y la niebla de las épocas del frío, allí donde la estepa crecía como miel derramada, sin contención ni miedo.

12

Jardo, hermosa y sin oscuridad. Tenía los dedos como espárragos recién tocados por el aire. Como jacintos pintados para ser tocados. En ella, las azaleas crecían en las junturas de sus dedos y nadie hubiera podido asustarla, porque todo lo que ella odiaba había quedado atrás. Iba hacia el oeste con toda certidumbre, como una piedra muy fina para amolar; en ella se aplacaban todos los misterios de la necesidad y del deseo. Tenía horas en que la sangre no circulaba por sus venas, tal era la tensión de sus emociones. Esperaba que el aire en su momento más denso, la hiciera crecer hacia las partes de su interior, cercano a las presiones del cuerpo, donde el clima se difundía hasta los términos justos y donde solo era posible pensar en animales de cálida piel y suntuosas pezuñas.

13

Kalokar, la que exhibía una fantasía llena de marismas y fértiles tierras, cubierta de humus y de hongos crepusculares, que nacían de un minuto a otro. Si uno pudiera concretar el significado de las áridas sementeras donde nada crecía, salvo pequeños malvaviscos y plantas de tallos ovalados, la hubiera visto a ella. Quienes la conocieron, supieron que la muerte tenía una fuerte opositora.

14

Loghita, la que iluminaba la pasión con su saliva.

Hacía su entrada en la corteza de las frutas, buscando las espirales del olor, y de sus axilas drenaban líquidos en los cuales hervían fermentaciones espantosas, donde se abrían para siempre las floraciones estaminadas que recubrían las paredes de los vínculos entre mujeres y mujeres, entre sabores de una misma raza, creando densas aproximaciones y concentraciones alucinantes de insectos mágicos. Ella fue llevada a bordo, porque su palidez la asimilaba a los espejos donde se reproducían los ancianos espectros que carecían de futuro. Tuvo particular significación en el viaje y fue, en los momentos más crueles de la navegación, el signo de la resistencia y riesgo obediente y calculado. Hubo un hombre de a bordo que estuvo a su lado sin poseerla, porque el solo tocarla, dentro de su fría e insoportable paciencia, deshacía las reservas de toda pasión. Una vez, Dombo Salah Har quiso tocar sus manos y en la cuenca le quedó una ceniza de olor violento y taladrante que golpeaba el vientre y la espalda.

15

Mukia era fuerte en sus gestos y caminaba en dirección de los parajes libres y en dirección a regiones donde el desierto comenzaba a sentirse por la resequedad y el sonido fino de las cosas. Sus compañeras alguna vez la llamaron frontera de los persas, porque sus rasgos eran de caminante. Poseía un nomadismo inherente a su estilo y a la sensación que esparcía de mujer libre, abierta y ligera como el viento entre la arena cálida y tersa, donde la noche se lamía las suaves almadías de las junturas y donde el cerebro es concentrado y oloroso a mostaza.

16

Navir, la que se acaloraba por simplezas. No podía escuchar el zumbido de la abeja, porque sentía que todo se alteraba a su alrededor. Su rostro era ardoroso e impúdico, pero una vez que se le miraba el cuello, se corría el riesgo de vivir atraído por la dulce melancolía que de allí parecía bajar. En ella se posaban las mariposas verdes, que durante el viaje rodeaban al barco y lo mecieron y durmieron en los días de más intensa soledad. El barco durmió muchas veces mecido por aquel suave hilo de voces tenues que lo circulaban y que dejaban allí un olor a cristal resucitado y cubierto de apareamientos, provocando cercanías y lejanías que nos mantenían a todos temerosos de algo que está a punto de ocurrir y no ocurre, una sucesión de mínimos suspensos que nos dejaban sin sueño y sin fuerzas. A partir de ella, todo era intenso, movido en dirección a una flecha de rasgos y determinaciones, que uno no podía indicar con precisión, pero que seguramente se encontraban frente a uno para señalarle dónde quedaba la dirección correcta, la que debía seguir.

17

Olilma, que fumaba opio y que por esa razón era ineludible. Estaba tan habituada que si uno le seguía el rasgo del cuerpo y del alma, comenzaba a delirar y maldecir, a atronar con todas sus potencias, golpeando con su sangre y con sus humores, llenando el mundo de lo inefable y de lo sano, intentando librarse de aquellos demonios, que imperceptibles, cundían como una tropa de sucios recuerdos para no permitirle ya nunca un descanso, ni una pausa en torno a los trabajos que se debían cumplir, para acercarse a la pulpa de los equilibrios, libre de todo desafuero y de toda profanación.

18

Pusstip, que era cocinera celeste. Su repostería deambulaba por todos los rincones de la imaginación. Fabricaba pequeños bombones negros que se tomaban con palillos, bañados de una mezcla de cacao virgen y miel de abeja aliñada con ciertos licores, que no podían identificarse como de una nación en particular. Eran esencias raras, alcoholes de fuego y aromas suavísimos, que nos dejaban una honda melancolía por todo lo pasado. Sus aljófares tenían el sabor y la huella de sus dedos, porque los heñía lentamente, ahondando la pasión en el oficio y perfeccionando las virtudes que hacen que el hombre se sienta agradablemente instalado sobre la tierra.

19

Quenada, que como Pusstip sentía por el arte de la cocina terca predilección, se ocupaba de que todo reluciera. Sus frituras eran aclamadas por comensales inauditos, pero todos repetían sus bollos de manteca, levemente azucarados, unas veces amasados con harina de garbanzo, otras con harina de trigo, otras con pasta hecha de berenjena seca, o de lo que fuera, porque su horno estaba en todo momento en el calor suficiente, tenía la temperatura justa para cocer sus melindres a los que la sal no golpeaba, ni el azúcar creaba fermentos para impedir el sueño y la nostalgia. Muchas de sus frituras se helaban en la boca, por su delicadeza, y olían alrededor de la cocina, llamando la saliva de las lenguas en la hora del yantar. Eran como campanas silenciosas que rendían homenaje de gloria a los surcos donde el trigo se maduraba, donde balaban las ovejas y donde daban sus primeras pisadas los recentales recién deslechados.

Carnes magras de cerdo, salmones ahumados, cecinas precocidas por el tiempo y el humo acre de mirtáceas y algunos animales de cacería con sabor a historia fragante y húmeda, en la línea de fuego,

donde lo manido es lo más precioso de la cocina y del paladar, de los que conocen la plenitud y la inteligencia de la gula bendita, a diferencia de las harturas que nos dejan la sensación de que todo el universo es ácido.

20

Run voceaba el don de sus ojos para hacer atoles, a los cuales llegaba el alcohol como duende benéfico, pisando la acolchada fiebre de nuestro delirio, con delicada unción, para alojarse arriba en los laberintos de los sonidos, de la música y de la danza.

21

Saldova, que movía los labios para probar el agua tierna de las flores, para saber si ya habían dejado su aroma en los cuencos de leve alfarería, a fin de que los invitados, en su incansable locura, pudieran hundir los dedos colmados de las grasas acariciadoras y densas, donde las sápidas y elocuentes viandas contaban sus reláficas acerca de buenos y malos paladares, acerca de profesionales en el arte del buen comer y del sabio beber o de aquellos que estropeaban los manjares mezclándolos en arrebañada tortura.

22

Tuta, que mordía las frutas para separar aquellas que aún no dejaban escapar su néctar paradisíaco. Las limpiaba, las acogía entre la piel de sus senos y llenaba de pétalos de rosa, el pubis, para pulirlas. Manzanas rojas como entrañas; duraznos y albaricoques que venían

de lejanas costas y que ya aparecían un poco ajados, pero cuyo olor era aún más intenso, y que por la noche despertaba el humor de las mujeres. Uvas pasadas en su propia miel, cuyos pámpanos se recordaban para siempre. Higos de las costas fenicias, que los hijos de aquellas tierras habían empacado solo para ser tocados y probados en las mejores horas del vino y del amor. Si alguna arena quedaba entre sus levísimos pliegues, Tuta, con su aliento la rebatía, la traducía en polvo, y en el invierno solo quedaba un pozo de cal viva, reciente.

23

Urebeto, la que dominaba la suavidad de los lechos, el tibio regazo de los edredones y la amarilla y felpuda caparazón de los lienzos. Se sabía todos los secretos para hacer que todo lo tierno se concentrara en la claridad íntima de los aposentos. Marcaba con tizas de color la densa humareda con que en la entrenoche se fumigaban las alcobas. Albahaca, eucalipto, laurel, resinas de árboles secretos y mirras, que habían llegado en pequeños cubos de cristal. Esencia de rosas batía sobre las almohadas haciendo que las plumas de ganso se transformaran en pétalos anaranjados y oliváceos. Ella lanzaba una lluvia de perfumes inquietantes sobre la alfombra que rellenaba el cuarto. Lavaba con sándalo la vajilla destinada al lavado del cuerpo y apenas mojaba en vainilla las toallas, con las cuales pulía la piel después del baño.

24

Vilta, la que barría al alba el polvo que se esparcía por los cuartos y balcones, usando escobas de espliegos y verbenas; la que sacudía las cortinas y con suave ritmo movía colchas y cobijas, sábanas y

felpudos, iniciando el poder de las muñecas, allí donde las manos adquieren la fuerza y la destreza que las hace inexorables. Mediante livianos toques, lanza los dedos hacia esferas y cálidas mansiones moradas; la de los ungüentos y líquidos que servirán para desdoblar todas las figuras e imágenes que se van formando alrededor de la cintura palpitante y temerosa de aquello que nos separa y que nos mantiene uniformados a una sola palabra, a un rincón absoluto de miedo y de furor, que nos permite arder como leños untados de grasa en las noches secas del verano. A su bella cintura se asían las mariposas y los insectos benignos del atardecer, porque sus ardientes quehaceres eran una forma de prepararse para las más intensas y abrasadoras luchas amorosas, esas que ella buscaba furtivamente en medio de la oscuridad o en pleno mediodía; citas pedidas en voz baja, temblorosa, afanada, rabiosa. Citas que se daban y producían en las iniciaciones de una trémula y quemante contradicción. Lavar la ropa usada en muchos días de ahogo y de presiones interiores, de sentir que la vagina se contraía poderosamente, mientras los senos se ponían tensos y los pezones comenzaban a dejar salir líquidos adherentes. Entonces sentía que sus piernas se ponían ardientes, se le desollaba la piel, algo parecido a la miel le bajaba desde la vulva enrojecida, donde tenía lugar un juego maravilloso entre los pliegues saturados y tensos y los olores que chocaban como nubes cargadas de peligrosa electricidad. Cuando acudía a las citas, lo hacía en un tratamiento de autohipnosis que le permitía pasar desapercibida y llegar hasta las formas del tacto que están únicamente autorizadas a los dioses.

25

Walthirio, la que lloraba mientras tejía y hacía sonar el pedal de la rueca. Se deshacía mientras tornaba la lana bronca en vellón que se

inundaba de amanecer y en hilos finos y diestros para la tela de más honda sensación, aclamada por todas las criaturas que se dejaban rozar por ella, como si el agua tibia y lenta del mar medio penetrara en láminas acolchadas, y los parasiempres y los azahares rodarían por los cuerpos roturados y fieramente amados.

Entre lágrimas y palmatorias, entre humos y ruidos de tímidos cernícalos, en los altos sicomoros o en las brillantes copas de las araucarias que se dejaban acariciar por los vientos, que subían de los placeres de escualos y cetáceos de los mares meridionales. ¡Ah!, la felicidad de las lágrimas que se cumplen como un rito por lo que va a ser destruido y que ya está signado por la impotencia.

¿Para qué hace falta esta presencia, esta admiración y esta sangrante y perturbada garganta que grita y farfulla las expresiones inconexas, que tanto tienen que ver con las verdades últimas de la vida?

Entonces, para humedecer los tejidos, la lluvia comenzaba a crecer sola, como un látigo que se radica en la carne y la vuelve insensible, como cuando se comienza a cortar la hierba recién nacida, allí donde el fuego ha servido de huracán, de lobo depredador, de hoz segadora, que mientras ramonea las fibras terminales, perfuma los ijares de las bestias y los pasos menudos de las hilanderas.

26

Xixi, la que alimentaba los pájaros, cultivando una amistad con seres que pagaban con melancolía los cuidados mínimos que prestaban a las rosas. Multicolores avecillas de asombrosa perfección, en nidos suspendidos al borde de las rocas.

Sus pulmones de acero les permitían bajar hasta las simas más ocultas, allí donde florecían clamias, creveas, ropesgas, violandas y todas esas flores de laboriosa estructura, las cuales, sin embargo, están cargadas de elixires que abrigaban los nítidos pájaros detenidos

sobre aquellas copas, cuya muerte se rehacía en cada libación, en la succión de los seres que jamás se verían, ni conocerían a plenitud, ni la libertad de las fuentes que bañaban la vibración del néctar, ni la atracción de las criaturas al sueño y al deseo. Xixi lavaba los pajarillos y las sólidas aves atormentadas, los pájaros nocturnos y las aves crepusculares; perfumaba las pequeñas avecillas del sorgo; los búhos libertarios de las profundidades de la noche. La escuchadora de los surucucúes y aun de las más insignificantes lechuzas que se destacaban por algunos detalles conspicuos, pero generalmente raras. Se internaba en las selvas xerófilas, enervando espinas y seduciendo insectos, con los cuales alimentaba el ímpetu de los *Glaucidium jardinii*. Dirigía el vuelo de las rapaces que moteaban el cielo de círculos verdes y cilíndricos. Los gavilanes de vuelo corto y sorpresivo. Las aves que se procuraban en pleno mediodía descomunales cantidades de carroña y las águilas que se alojaban en las profundidades del éter. Y su predilección por las grandes guacamayas, por los loros reales, por las parlanchinas cotorras de cuello azul. Sentía ternura casi obscena por ágiles cucaracheros, que con saltos desafiantes entregaban el día sabático a los hondos y purificadores sentimientos del frío, mientras bebían la savia opalescente del rocío de la mañana y aturdían a los grillos con su habla de gitanos renuentes a atender la labranza, empeñados en hurgar dentro de los carromatos, en los bolsillos misteriosos de sus vestimentas marrones y en el canto, que detrás de los terrones de las tapias varicosas y en ruinas, anunciaban que habían encontrado, frente a frente, los suculentos bocados que les otorgaban su nombre.

27

Zaranbía, la que hacía el pan y lo horneaba. Cuando la noche ya esparcía su tiesto sobre los grandes castillos de aire y el viento

diezmaba las mariposas azules y las flores rojas que comenzaban a aparecer en las azaleas, en los dientes de viejas y en las suras tempranas, entonces cabía asomarse al seno lleno y entregado de quien, cuando el sol aparecía en el horizonte, comenzaba a mover sus manos sobre las harinas de centeno y avena, de trigos bien cernidos, dispersando la sal y el agua finísima para hacer la pasta de más sorpresivo sabor que cualquiera podía imaginarse. Ramuente y olorosa, con la fermentación apenas comenzada, movía los labios buscando las formas sagradas de la panificación. Elevaba a Dios todo su cuerpo, enseñando que lo primero es el don que da la savia de las mamas de la mujer, hechas para acrisolar los matices de la raza. Lo importante era el fuego. Había que limitarlo, había que expandirlo suficientemente y recintarlo a lo necesario. En cierto momento, el horno se cuajaba de alatuas, es decir, de fuerzas agónicas, de elementales espesuras, de tonos prolijamente cuidadosos en el manejo del esplendor y de los círculos que en recientes y establecidas iluminaciones daban al pan el tono de oro y el sabor residual y séptico que propagan con su mano hiperbórea los trigos más septentrionales, los que se escurrían por los canales de las brasas más escondidas y de las intensas y definitivas transformaciones, para que el migajón interior se vuelva masa críptica y satinada sensación de seda y pomos recubiertos de retornos lúbricos y amarfilados, sin ninguna debilidad en la estabilidad del gusto. Por cada ladrillo que aprende la lección del fuego interior, repartido prestamente dentro del horno dosificado, para que el trigo vuelto masa y debidamente ablandando por la mano suave y tersa de la mujer, hay un cuerpo en la divinidad y en la felicidad del hombre. Donde hay pan no hay llanto, ni división, ni cólera. El pan atrae la paz y la unidad. En él se disuelve toda contrariedad y por él se recomienza cada mañana la lucha eterna del Creador por admitir su hijo en los trigales del paraíso. No hay nada que eleve tanto la dignidad del hombre como el canto de la piedra movida por el agua que transforma el trigo

en harina y la harina en pan. Con él se juntan todas las flores y los productos del campo para que el cuerpo sin sombra de Zaranbía se aquiete en los ríos del amor, donde agua es simiente, fecundidad y canto en la garganta de aquellos que no tienen miedo, sino el único sentido que hace posible la levedad y la maravilla del mundo.

28

Canna, la que había construido la casa. Había amueblado sus habitaciones y les había dado su particular olor y calor a los colchones y edredones.

Con sus pies minúsculos había amasado el barro rojo y blanco de los adobones que ahora reflejaban los grandes cactus, las flaminias, los hibiscus y las acupuntias de aterciopeladas y finísimas espinas.

Con sus pies y manos había dado la primera forma a la eternidad del lar, donde iban a procrearse y fecundarse los fantasmas y sus epónimos, y donde alguna vez habrían de vivir los seres para los cuales se nace y se trabaja, se apaga el fuego y se enciende la lumbre. Ella misma había revocado las paredes, dándole el lustre suave de las frutas, con esponjas de rojas vetas luminosas. Ella había dicho: "Por fuera, la casa puede ser un establo; solo por dentro deben hallarse los símbolos y los recintos de todos los dioses".

Ella sabía dónde debe dejarse penetrar el falo solar.

29

Olanfar, la que hacía lucir los múltiples trebejos de la casa. Sacaba brillo de extrañas y subidas o apagadas tonalidades a los aldabones de las puertas, a las bisagras, a los clavos decorativos de amplia cabeza, a las gárgolas diminutas y a toda la herrería de bronce y cobre que

daban a la madera, de colores clásicos, sus profundas y difuminadas sombras. Los herrajes de todas las puertas sudaban un extraño látex bajo la mano profética de Olanfar, quien no se imaginaba las consecuencias que aquel vaciado de goma detonaría en la vida interna de los metales, cuyas bocanadas producían una luz intensa y suave, y provocaba el sueño de las piezas de madera y de los cristales, abarcando todos los trasfondos y repicantes abalorios, inspirados en las íntimas sonoridades de las fibras y afirmados sobre las paredes. Puertas quemadas y clavos brillantes. La densidad del pulimento, renovaba lentamente el agua madre de los ojos sumergidos en la piel madura del tornasol y los fumigados golpes de la trampa, o de las trampas, que la diestra mano de Olanfar sabía trabajar. La inquietud de darle a todos los herrajes de la casa su pulitura adecuada, le procuraba un intenso sufrimiento. Era la forma de canalizar el quieto interés de la luz, donde los reflejados metales constituían un cono de sonoridad interior de aquello que significaba la casa y sus defensas cerradas. Un aldabón mal pulido advertía que las voces suntuosas de la casa no responderían. Se habría limitado el sabor que de alguna manera producía el metal bruñido acertadamente, para satisfacer en todo el horizonte de la arborización que sobre cada puerta y sobre cada alacena implicaba el hierro, el estaño y cobre forjado. Así era la nota comunicante del sonido para aquellos días en que todo era sutil, sorprendente.

30

Wetal, la que conocía todos los secretos de las plantas. Para ella, las combinaciones del tomillo, de las salvias, de las pimpinelas, de los dragos, de los hongos, de los peyotes, de los alamuces, del orégano, de las sábilas, de la amapola, de la coca, eran llave de revelación. Cada hoja, cada desecho, tenían leyes propias de destrucción, un

código preparado desde mucho antes de su nacimiento, un código que pertenecía a los padres de los padres, que alguna vez fue colateral y que por razones que solo ahora entraban en su compresión, había cambiado de signo, primero levemente y después con violencia, hasta aceptar el nuevo rango genético. Pero Wetal acumulaba pequeños y densos conocimientos, desde la hoja más pequeña e inadvertida, hasta la rama mortal de los grandes y morbosos dragos o de los triunfales araucos, que ornaban las nubes y la humedad de los grandes bosques con su almacén de bituminosa trementina. En su alcoba recogía todas las medidas y porciones que permitían entregar la salud, la cual no era otra cosa que esperanza, lo único que se entrega sin respuesta.

31

Refanta, la que cuidaba de los oratorios y de las hornacinas, donde la multitud de imágenes se debatían por desaparecer nuevamente en los ojos de los otros. Con qué paciencia inundaba la vida de los íconos de suaves lavandas y los vestía con trajes propios de la estación. A cada virgen cosía un calzón apropiado, dejándole siempre en su cintura un cordón elástico por si tenía alguna necesidad, no precisamente de santos, pero sí de santones. Los vestidos los elaboraba de finos brocados y no ahorraba tela para la ejecución de los anchos faldones. Se especializaba en la elaboración del calzado. Sandalias de finísimo fieltro y correas de cuero recental, bien curtido y perfumado. Medias de algodón de Pérgamo y Orifante, a las cuales coloreaba con bermellón y amarillos de pájaros dionisios disecados. Los verdes más extraños, provenientes de severas alquimias, donde seguramente el cobre intervenía de alguna manera. De vez en cuando, les hacía tatuajes en alguna que otra parte del cuerpo, por ejemplo, en la entrepierna de las mujeres y en los glúteos de los hombres.

Se entretenía diseñando con fuertes azules los ojos de las vírgenes y con carmesí, los labios de los hombres. Nunca para un solo lado. Siempre tenía soluciones que no dejaban al azar la realización de su trabajo. Pero algunas veces se podía observar en las hornacinas la aparición de una figura que no pertenecía al santoral. Una diablesa vestida de virgen o algún íncubo o súcubo extraños y que le daban un tratamiento intemporal. Ninguna pasión, ningún sentimiento, ninguna emoción, solo visiones y soliloquios, arduas faenas de espíritu y sangrientas dosis de razón. Así era la vocación de toda su vida, la levadura que insinuaba un erotismo lejano, abismal, fuera de todo conocimiento verdadero, sumido en la más honda miel de los pies arrastrados e inconscientes.

32

Anantefer, la que se ocupaba de todas las operaciones de la muerte. Que no sabía otra cosa distinta a vestir difuntos y lavar cadáveres. Ni una sola operación quedó jamás fuera de planes bien establecidos, planes y programas concretos y eficaces. La cadaverina era su perfume y solo se paseaba por los oratorios de la muerte. Tenía su corte de mariposas y de ruidos preparados para los ritos que asomaba por sus ojos, donde se reunía la perla con la cual comienza el anochecer y el cobrizo tono del agua estancada. Llave en mano, sostenía en una sola el candelabro que derramaba espigas violentas por los salones mortuorios y crecía con las sombras que azotaban su silueta atenaceada a las paredes y a las redondas columnas de las criptas. Nada rechinaba a su paso y los grillos dejaban sus élitros inmóviles cuando ella transcurría su pasantía por las tumbas.

(1983)

DISCURSO PRONUNCIADO CON MOTIVO DEL REENCUENTRO DE CHIGUARÁ

Con la venia de esta audiencia, que es ala luminosa de pueblo, empeñosa vocación fraterna y pulso de hidalgo gentilicio, vengo desde mi sangre y desde mi emoción a cumplir el altísimo mandato que como hijo y como hombre, como ciudadano y como amigo, me ha sido encomendado, sin más merecimientos que el de ser nativo de esta tierra, por la Junta Pro Reencuentro de Chiguará, seccional Caracas.

Se me ha designado para decir un discurso de orden que yo he preferido llamar oración, porque realmente ese será su tono, su motivo y su salmo final.

*

El mundo comienza donde el hombre planta su casa y su soledad, porque desde allí le tocará asistir a los grandes misterios y a los más hondos deslumbramientos; desde allí contemplará el nacimiento de los hijos y cumplirá los ritos funerales de aquellos que lo han precedido en el amanecer; participará día a día en la hechura de su historia, que es, en primer lugar, la lucha por la existencia. Renovará la ciencia del fuego, en donde toda revelación tiene su imagen, y arrancará a la tierra el don maravilloso del condumio. Se hará pescador en los meandros del río tutelar y cazará con sabia medida las especies que lo conducirán, a través de una biología de sueños, hasta el seno mismo de la divinidad. Crecerá así su arquitectura

humana, de simple, débil, imponderable espiga, para hallarse de pronto en medio de la duda, de las preguntas sin respuestas y del grito agónico, que es como se manifiesta el espíritu en el hombre. Entonces, solo entonces, comenzará la forja de las cosas, el fluir de su humedad esencial por los atajos de la intuición y del instinto, por la vía franca de la inteligencia y de la voluntad, hacia todos los objetos que habrán de presidir su alegría y su llanto, y que al propio tiempo, le ayudarán a dilucidar la época del verano y del invierno, la necesidad de la sal, los frutos en agraz de los que ya revientan de plenitud; le propondrá los enigmas de la luz y el calor y aprenderá que el tacto es la fuente de toda fraternidad. Todo esto es el convivir. Aparecen sus semejantes y lo que fue aislado signo humano empieza a cobrar fuerza de destino en la multiplicación de ojos y manos, de deseos y de vivencias, de sonidos que favorecen la comunicación y de los olores que exaltan el sentimiento activo de la vida. Entonces el hombre entra en su parentela, les entrega a los otros bienes fundamentales del espíritu y todo se traduce en el intercambio que mueve el celo y el poder de la raza. Emerge la necesidad de defensa y el hombre busca al hombre, lo mismo que la bestia busca a las de su especie. Nace aquí el detonante de todo hecho social: el lenguaje, y a través de él, el hombre explica su circunstancia para obtener radicación definitiva y transformar lo que fue casa y soledad en comunidad de intereses y en sociedad organizada. Aparecen los conceptos deslindantes y los sucesos adquieren un significado propio; se enriquece lo humano y trasciende hasta integrar lo que cada uno considera su fuero esencial. Por primera vez, como un alto fuego en la noche, nace el conflicto y el manejo y uso de las cosas adquieren contornos definidos y límites precisos. El que más caza y pesca, el que obtiene mejores cosechas, aquel cuya fuerza lo hace inmune al peligro y, sobre todo, el que posee el don de explicar los incontrolables fenómenos de la naturaleza, ese

se erige en jefe. Es el cacique, es la autoridad, es el que conduce a la comunidad hacia su felicidad o hacia su destrucción.

Cuando todo esto era monte y río, cuando el viento ululaba entre las peñas, cuando el eco era un retumbo oscuro y sin horizonte, aquí tenían su heredad los chiguaraes. Vinieron de las tierras bajas donde la selva y el agua sepultaban toda vida. Por el principio de supervivencia que acompaña a todas las especies, levitaron, es decir, ascendieron, buscaron las abras de la cordillera y se aposentaron allí donde el clima, por su benignidad, les hizo leve la existencia. Desde los oteros vigilaban la presencia de los enemigos y el blando migajón de la tierra les dio sustento y calor. Los grandes vapores del trópico calaban sus descalzos pies, pero desde allí, como desde un profundo socavón, podían contemplar el único espectáculo que invalida el hastío humano: el inmenso piélago estrellado que rodea nuestra galaxia.

El doctor Julio C. Salas, en su *Etnografía de Venezuela*, al referirse a los habitantes que el conquistador encontró en esta tierra, dice lo siguiente:

> De los quiriquires del Chama, llamados también guaruníes o guaroríes, tribu donde estuvo el soldado español Francisco Martín de la expedición de Íñigo de Bascona, fue sometida la tribu de los chiguaraes, con los que se fundó una doctrina indígena; en cambio, nada resta de los quiriquires…

De manera que los chiguaraes representaban una singular formación étnica, un pueblo de virtudes excepcionales o de características no comunes en el resto de las comunidades indígenas de origen motilón, que poblaban los valles del Chama; solo así se explica el que mi ilustre pariente señalase en forma tan explícita y rotunda que los chiguaraes sirvieran para fundar una doctrina indígena. A lo largo de la obra del gran etnólogo merideño, se encuentran expresiones muy ricas para situar las variadas tribus que poblaron a las vertientes occidentales, pero en forma muy particular hemos advertido que solo con respecto a los chiguaraes se inquieta su espíritu de investigador,

de tal forma que lo lleva a hincar toda su sabiduría en una frase que queda como una misteriosa atalaya, sin explicación aparente dentro de la bibliografía etnológica de la Cordillera de los Andes venezolanos. ¿Quién fundó esa doctrina indígena? Porque si eso es así, el que la fundó ha debido encontrar algo más que una tribu dispersa, algo más que un conjunto de pueblos vacíos de estructura y organización, algo más que simples comunidades desbordando la gibosa geografía, que como bíceps rotundo precede a la mano abierta de las ciénagas del Onia y del Chama feudal. Quizás porque fueron los chiguaraes pórtico o alcabala, señaleros o vigías de una vasta nación, cuyos últimos vestigios representaran, o quizás porque entre ellos se encontrara alguna excitante forma de cultura, de preeminencia en el vaticinio o de carismática premonición, que los definiera como una especie de sagrada raza solar, altísimos sacerdotes todos en el culto de los dioses del destino, porque a su manera, seguramente, conocían que una nueva imagen del hombre —poseedor de horizontales fuegos de muerte y caballero en bestia resoplante— vendría a ocupar el eco de las serranías y la botrópica lujuria de la selva macrotérmica; llegarían a hipotecar a una rígida fantasía de ídolos el rumor matizado del viento y la crispadura inicial que provocaba el fruto de cesalpíneo esplendor. Si a nosotros, los hijos de esta tierra, se nos ocurriese alguna vez invocar como estandarte o símbolo de nuestra desgarrada o desgarradora sensibilidad por las esencias que importan, y efectivamente sacuden al hombre y le comunican legitimidad y le dan un sentido de orden frente al caos y la anarquía y le imprimen garra de conductor o lo inflaman de soberbia humildad, tendríamos necesariamente que pensar en ese pacto que los antepasados indígenas, de cuya sangre, para nuestro orgullo, algo nos debe haber quedado, realizaron con sus dioses ancestrales como constructores y fundadores de una doctrina que trasladó su sabiduría y su omnipresencia fuera del inmenso ámbito de la cordillera.

Se funda una doctrina sobre el pacifismo de un pueblo, sobre su belicosidad, sobre las altas condiciones de su cultura, sobre sus extraordinarias virtudes religiosas o sobre acusados perfiles de pueblo rector en la vida y en el destino de comunidades que le son dependientes. De manera que algunas muy singulares características y dones han debido poseer los chiguaraes, para que una personalidad tan discreta y acuciosa científicamente asentara la afirmación que ha motivado estas reflexiones. Se nos ocurre pensar que los aborígenes pobladores de estas serranías se negaron a renunciar a sus hábitos y costumbres ancestrales bajo el solo imperio de la demonización o sacralización que el conquistador, como exorcismo ritual, les ofreció al esgrimir frente a ellos en una mano la cruz y en la otra la espada posesiva; o que quizás no fueron dóciles renegados de su propia raza, fáciles para la esclavitud y el vasallaje; o, en fin, que se negaron a abjurar de su fe, es decir, de su libertad. Algo de esto ha debido suceder para que la historia los nombrase, porque un pueblo que ha entrado en ella, con capacidad para fundar una doctrina indígena, tiene que haber tenido sobre sus hombros la tremenda responsabilidad crepuscular de ser el mandatario y depositario de las mayores excelencias de la raza. Si ellos conmovieron a su modo y rompieron la imagen omnipotente del conquistador fue porque no pudieron ser subyugados, ni sometidos, ni esclavizados. Hubo, sin duda alguna, un comportamiento y participación civil y guerrera que obligó a los hombres de piel color de sal a tratarlos de igual a igual y a aceptar el hecho irremediable de que no se hallaban frente a un pueblo vencido, sino, por el contrario, superados por la instancia espiritual de quienes expresaban su señorío, su dominio y las fuerzas creadoras de su irradiante personalidad, mediante una conducta establecida sobre riesgos calculados y por la voluntad de conservar para sí y para sus mandantes el derecho a morir de su propia muerte. No les bastó saberse amenazados por hombres de acorazadas mallas, no les fue suficiente el peligro que implicaba rechazar los símbolos

que traían los emisarios, no cayeron a los primeros ofrecimientos de suculentas dádivas que quisieron entregarles los adelantos, y no estimaron como mejores que las suyas las palabras y los gestos de aquellos que vistiendo traje talar intentaron asombrarlos con la presencia de una demoníaca figura, cuyos poderes maléficos no solo los dejó indiferentes, sino para la cual tenían luminosos conjuros. Este hontanar de espléndida certidumbre acerca de la influencia y de la autoridad con que estaba revestida la tribu de los chiguaraes, se confirma en la última frase del eminente etnólogo andino. En efecto, dice el doctor Salas que "en cambio, nada resta de los quiriquires". Este soplo magistral conque el citado científico aviva el fuego legendario de un pueblo que hizo de la libertad su más preciosa heredad, introduce a los antepasados de los que hoy habitan estas colinas en el más puro clamor de la historia. Por algo, en las horas más oscuras de nuestro acontecer personal o colectivo, sentimos la entrañable asistencia de una tea encendida que, aun a nuestro pesar,nos viene siendo entregada de mano en mano y de generación en generación. Ningún hombre de esta tierra podrá dar la espalda, sin sentir que la vergüenza le corroe los tuétanos más hondos, a aquel legado de dignidad y de coraje que recibimos de los antepasados.

Si otras tribus de América pasaron por la dura experiencia del *apartheid*, es decir, de la separación física entre indígenas y peninsulares, en tierra de los indios chiguaraes nos encontramos con el fenómeno de que una poderosa fuerza de gravedad social, o quizás una misteriosa y telúrica desinencia, se conjugó para que el apartamiento se transformara en generoso y definitivo encuentro. Y no fue por caprichoso azar que aquel soldado de Íñigo de Bascona se aposentara y hallara refugio permanente en el seno de una comunidad que llevaba tatuada en su carne un mandato de libertad y de historia. Francisco Martín fue el primer español que volcó el torrente de su sangre levantina en aquel vientre fecundo. Él comenzó una gesta que dio nacimiento y sentido a una nueva raza

y si no puede decirse que ello constituyó una derrota de la ibérica ambición, sí puede afirmarse, en cambio, que aquí la conquista no fue degradación, ni desmembramiento, sino encomienda común y, por lo mismo, empresa de dos culturas, de dos mundos sentenciados inexorablemente a morir y a vivir juntos. Si algo resultó superado en este cruce de razas fue la trágica e irreversible desaparición que en otras zonas señaló la Conquista para los aborígenes. En cambio, aquí se inició la fusión de vencedores y vencidos, de conquistadores y conquistados, sin saberse en definitiva cuáles eran unos y cuáles los otros, para la formación de un pueblo que aún hoy se empina, migratorio o sedentario, con una contundente legitimidad y con unas virtudes y una calidad heroica que hacen posible el que aún en esta región, ecológicamente desmantelada, aparezca el milagro de hombres y mujeres de admirable temple.

Sabemos que una cruzada de duras pruebas aún aguarda a los hijos de esta densa república de aislada estirpe visionaria, pero también tenemos plena y absoluta conciencia de que podemos alegar una hidalguía que no hemos hurtado a nadie. A la perspectiva arcifinia de nuestra gente, se debe en parte su singular tipología espiritual. De temperamento fronterizo, accedían a las relaciones permanentes, a los oficios definidos, pero al mismo tiempo, destechaban iconoclastas los grandes templos de su intimidad, para dejar que sobre el bramante del joven río impaciente se marchase el mapa de una fantasía irredenta y se perpetuase así el carácter de la más desvelada y agónica insatisfacción. Del botuto eglógico fluía la nostalgia por una pragmática de la vida, que vendría luego a convertirse en peculiar idiosincrasia de una raza, porque si es verdad que hemos sido brillantemente dotados para las cosas del espíritu, no es menos cierto que de la apropiación de bienes y riquezas estamos muy lejos de ser factores preferentes. Quizás a eso se deba nuestra contemplativa vocación por los trebejos, que produce una artesanía huérfana de todo relieve fenicio, o por el hecho de que apenas nos sintamos

angustiados ante el cuerpo yacente y pasivo que se desangra lenta e inexorablemente por la rota vena del Chama, herido de muerte y ya sin alma: porque si los chiguaraes fueron grandes mientras pudieron apoyarse en su río, hoy esta misma tierra acantona la miseria, la ruina y el hastío, a medida que el río castrado envejece.

Cuando Francisco Fernández de Rojas y Castrillón, más que como conquistador como encomendero, fue notificado de que un poco más al sur se hallaban las fragantes colinas que habitaban los chiguaraes, las cuales, a su vez, constituían un balcón natural que dominaba toda la perspectiva de las selvas motilonas, emprendió seguramente el penoso ascenso para fundar el 13 de junio de 1657 esta villa de Chiguará. Para ello, asaeteó la cordillera y le devolvió su parábola al tembloroso arcoíris que bañaba su multicolor plumaje en la linfa del río amnésico. A su encuentro salió don Francisco Martín, rodeado de extensa prole mocetona que ya imprimía un nuevo y desusado acento a una sonora y tierna mezcla dialectal. El lenguaje de un tal Miguel de Cervantes y Saavedra, por conducto de un romántico incidente, comenzó a enriquecerse y a hacerse universal en esta latitud.

Procedió el capitán Fernández de Rojas a fundar esta villa, con la invocación del Todopoderoso, tomando posesión de la tierra y de la grey a nombre de su majestad el rey de España. Solemnemente, según lo ordenaban las leyes de la Conquista, ordenó colocar en lo que sería el centro de la Plaza Mayor, el rollo o padrón, formado por un grueso madero de por lo menos dos metros de altura. La villa se llamaría "San Antonio de Padua de Chiguará". Colocado frente al madero, el capitán Fernández de Rojas echaría mano de la espada y golpeando por dos veces al padrón, retaría a los pobladores y testigos en estos o semejantes términos: "Si alguno es tan osado o villano que contradijera este muy grande acto, por el cual tomo posesión de este territorio, en nombre de su majestad el rey de España, que comparezca y diga". Por tres veces repetiría el fundador sus palabras.

Luego, en señal de posesión, cortaría la hierba y plantas del sitio. Pregonaría seguidamente al público que ninguna persona podría ser osada a quitar aquel padrón, "so pena de muerte o de perdimiento de todos sus bienes", indicando que la posesión se habría efectuado "quieta, pacífica y tranquila, sin contradicción de persona alguna". Inmediatamente, comenzaría la ceremonia de protestación. Tomaría el capitán un cuchillo y hundiéndolo en el rollo o madero, gritaría:

> Caballeros, soldados y compañeros míos y los que presentes estáis, aquí señalo horca y cuchillo, fundo y sitio la villa, la cual guarde Dios por muchos años, con aditamentos de reedificarla en la parte que más conviniera, la cual pueblo en nombre de su Majestad, y en su real nombre guardaré y mantendré paz y justicia a todos los españoles, conquistadores, vecinos, habitantes y forasteros y a todos los naturales.

Más tarde serían constituidas las primeras autoridades. Eso ocurrió, como se tiene dicho, el 13 de junio de 1657, de manera que esta villa del Señor tiene para tres siglos de fundada por aquel gentilhombre, quien no solo realizó el acto simbólico, sino que insertó su sangre y la de los suyos a la genealogía de todos los habitantes de esta comarca. Muchas ciudades y villas fueron fundadas durante la Colonia, y no pocas de ellas desaparecieron definitivamente o fueron reedificadas en lugares distintos, pero esta villa de San Antonio de Padua de Chiguará ha permanecido inmutable, como especie de homenaje y de tributo a sus pobladores primitivos y a sus nobles fundadores. Es cierto que la villa no ha advenido a la condición de metrópoli y que, como en otras latitudes del continente avasallado, no pasó por aquí un ejército de arquitectos, canteros, ebanistas, pintores, vidrieros y loceros coloniales. Es cierto también que no fue el latín la lengua predilecta de sus habitantes. Es igualmente una verdad que ni en la época en que esta tierra formó parte del Virreinato de Bogotá, ni cuando entró en los términos de Capitanía General de Venezuela, fueron los terciopelos, damascos, comidas suculentas, porcelanas y esculturas, fachadas barrocas, el paso de los carruajes,

las bordadas casacas, los guardainfantes, los biselados espejos, los óleos oscuros, las reliquias del Santo Sepulcro, los obispos, los nobles, los palios, las casullas, los lechos con baldaquino, las cúpulas y sus brillantes azulejos, las formas de vida que presidieron la dura y labriega vida colonial, pero sí podemos decir que así como en relación a sus antiguos pobladores se fundó una doctrina indígena, así también sobre esta topografía de colinas y laderas quedó fundada una doctrina de tenacidad, de aguante y de templadas virtudes cívicas. Por la historia de este pueblo podría comenzar con todo derecho la historia de la más pura venezolanidad y aun cuando se perdieran los infolios del gentilicio, la permanencia de esta villa podría servir para encontrar y rediseñar los rasgos más acusados y salientes del inmenso país que, definido por la mole andina, se extiende entre las sabanas de Barinas y las augustas selvas del sur del Lago. Por eso, este acto rebasa los aspectos anecdóticos del mismo y adquiere jerarquía de genuino replanteo del madero fundador. En adelante podremos ir por todos los hitos de Venezuela y caminar insomnes sobre su pellejo ecológico seguros de que trescientos años de huesos, de sangre y lealtad son credencial de autenticidad. Podemos ser generosos porque no somos semilla advenediza y por lo mismo estamos más listos a dar, a ofrecer, a entregar que a recibir. Que los tesoros de esta villa, los cuales no se cuentan en lingotes de oro ni en bienes perecederos, sino en inagotable pozo de dones del espíritu, se conserven intactos para las generaciones que han de sucedernos. En el entendimiento de que la república comienza aquí para nosotros, como comienza para el resto de los venezolanos en su lugar de origen, se encuentra la clave de los ideales y del desarrollo del futuro país nacional.

Todo alumbramiento produce cansancio y una inevitable necesidad de reposo. Sin duda alguna, fue un asueto largo, apenas matizado por la mohedana rubiácea que vino a enriquecer la faena agrícola del territorio y que se constituyó en la espina dorsal de una

economía, cuya parábola está en su momento declinante y la cual, por eso mismo, provocó la diáspora que aventó a numerosas familias de esta villa hacia ángulos más propicios de la patria.

La Independencia no nos encuentra ausentes. Si muchos varones ilustres de esta villa formaron parte del cortejo que homenajeó al Padre de la Patria a su paso por Mérida, podemos señalar con legítimo orgullo que numerosos contingentes de chiguareros fueron a engrosar los ejércitos de la libertad y es así como la gesta heroica de la Campaña Admirable, que condujo al Libertador a la recuperación de la República, contó con el aporte de coraje y de sangre de nuestra valerosa estirpe.

Pero a nosotros habría de afectarnos en una medida, que aún no ha sido recogida por la palabra escrita, lo que en la historia contemporánea se califica como "los horrores de la colonización". Si no al nivel genocida como fueron barridos otros pueblos y civilizaciones y hasta culturas notables por el poder español en su violenta cruzada de cristianización, sí podemos afirmar que tribus enteras desaparecieron bajo el rigor de los que se presentaron como dueños y portaestandartes de la nueva fe. No solo fue el hecho de que en gran porción del territorio que constituyó la Capitanía General de Venezuela, se sometiera a los aborígenes a la más abyecta esclavitud y a trabajos duros aun para las bestias, sino que fueron cazados como animales salvajes y conducidos en las sentinas de los viejos galeones españoles para nutrir la muscular faena en las islas antillanas. Esta fue nuestra contribución a la Conquista. Sin embargo, la República no fue menos exigente y despiadada. ¿Quiénes sino formaron los ejércitos para la lucha contra España? ¿Quiénes constituyeron los cuerpos armados y las montoneras en nuestras guerras civiles? Nuestra gente conoció todos los caudillajes, todas las traiciones, todas las defecciones y todos los incontables sufrimientos de la descolonización. En el orden moral también habría de conocer la abyección política, la cobardía, el odio de las facciones y la falta de patriotismo. Pocas naciones han

tenido que pagar tan alto precio por el orden y la libertad, por la paz y por la justicia. La razón y la legitimidad de nuestro liderazgo independentista se alimentaron, sin pausa y pródigamente, de la bizarra sangre del hombre común. Rescatamos para América un destino ejemplar, a costa de nuestra perspectiva demográfica; y si para otras colectividades fuimos macabeos victoriosos, en nuestra propia tierra dejamos sembrado el signo de Atila. No puede una nación ofrecer tanto y tan generosamente sin exponerse a su extinción definitiva, y solo la Providencia, el coraje y la tenacidad de los que quedaron han hecho posible el milagro de que la patria aun pueda empinarse y entonar, como lo hacemos hoy, un canto de gloria a los que en el seno de su inmortalidad innominada nos mantienen el mandato irrenunciable de luchar y conservar los valores que le dan sentido y densidad histórica a la nacionalidad. Por eso, este pueblo no es un perdido eslabón geográfico, ni una vaga y olvidada quimera de humanidad en trance de desaparición.

Este período de descolonización nos condujo con pasos contados hasta la guerra Federal. Ya antes, los convencionistas de Valencia habían desmontado pieza a pieza la formidable armazón política creada por el genio del Estatuto de Jamaica. Asistimos atónitos a la destrucción de la República que había fundado Bolívar y a la recomposición de los factores de poder que con tanto ahínco y cruentos sacrificios intentó liquidar la generación de la Independencia. Los títulos nobiliarios y su ámbito feudal fueron sustituidos por los caudillos que se repartieron el país en inmensos latifundios. Esta pugna contra los nuevos amos condujo al país a una etapa de desgarrada violencia, de guerras intestinas que desmembraron y asolaron aún más lo poco que había quedado de un país, cuyas reservas humanas y riqueza espiritual y material forjaron el triunfo de los ideales americanistas. De parte y parte, el afán de destrucción no conoció límites. Surgió oscuro y cenagoso el odio de los odios: el odio mellizal. Una oligarquía sucedía a la otra y entre compadres y amigos

volvió a repetirse la repartición del país, en la cual nunca contó el pueblo. Hubo un momento en que no pocos estuvieron, privada o públicamente, pronunciándose por la recolonización. Así llegamos al umbral del siglo XX, presenciando el espectáculo de un país profundamente deteriorado en su base política, económica y social. Abogado en mediocridad y apatía, inorgánico y descentralizado en su régimen civil y municipal. Pero en ese momento, se produce un hecho histórico cuya justa evaluación no se ha hecho hasta ahora: la incorporación de los Andes venezolanos, en toda su dimensión social, como factor dinámico de primera importancia, al proceso y al desarrollo institucional del país. Desde lo más profundo de la frontera occidental, con objetivos ideológicos no totalmente perfilados, pero que respondían a una vertiente de rescate nacional que se proyectaba a todo lo largo y ancho del territorio de la República, se pone en marcha el movimiento que, por primera vez, si exceptuamos la epopeya auroral, estaba destinado a reconstruir las bases de la nación moderna que hoy conocemos, pese a que aún estamos lejos de las grandes metas de soberanía, de justicia y de paz. En este esfuerzo, en este movimiento, participó activamente la gente de esta región. Nuestros antepasados se sumaron a esa marcha y estuvieron siempre alrededor del vivac de las grandes decisiones, con el fusil o el código en la mano. Por eso digo que desde aquí, desde este pueblo, hemos ayudado a construir la República, hemos participado en el drama y, por qué no decirlo, somos parejamente responsables de que el país aún no haya encontrado el rumbo definitivo; pero si hay algo que nadie se atreverá a negarnos, que nadie podrá discutirnos, es nuestra contribución cualitativa a la fe, a la dignidad, a la lealtad y al honor de nuestra nación.

Pero detengámonos aquí, porque hemos llegado a la hora del ver y a la hora del recordar que son algo más que los paramentos del existir. El que no recuerda está muerto y el dilema se plantea entre el ver o perecer, porque, como decía el sabio, "toda la vida consiste en

esto: es la supremacía del ser pensante". Y yo no puedo retirarme de esta tribuna sin ver primero dentro de mi sangre, en su espejo multiforme, la aguerrida sombra de mi estirpe, el manantial prometeico de mi genealogía, a cuya cabeza ve no la prestancia de un varón sino el temple, el carácter y la vigorosa figura de una mujer, imagen del más alto matronazgo fundador: mi abuela, doña Justa Márquez. En ella pudo beber la raza de los míos, porque generosa y hospitalaria ofreció al sediento la linfa pura de su espíritu en vientre de eternidad; y por ella tuve padre que llevó el apellido que orgullosamente enarbolo y que como bandera de triunfo he entregado a mi prole, para que a su vez la siembre como heredad totémica en la entraña más honda de la patria. Y en este ver o perecer debo nombrar a otros a título de simple mención fragmentaria, porque no todos sus nombres me son conocidos, pero que representan el ejemplo de la más señera patronímica que me es dable invocar. Los Ramírez, los Vivas, los Santana, los Pulido, los Varela, los Uzcátegui, los Valero, los Herrera, los Angarita, los Quintero, los García, los Trujillo, los Rondón, los Zerpa, los Espinoza, los Sandia, los Fernández, los Rojas, los Guillén, los Ferrigni, los Morales, los Paredes, los Molina, los Márquez, los Dávila, los Alarcón, los Pérez, los Dugarte, los Hernández, los Araque, los Velásquez, los Montilla y así podría extender, como en el libro de los números, las estirpes de chiguareros que la han edificado, que la han defendido y que reverentes han ofrendado a su Dios. De estas familias me cansaría citando varones ilustres y matronas honorables. A título de ejemplo, nombraré a los doctores Juan Ignacio Varela, Florencio Ramírez, J. J. Márquez Molina, López Vivas, ilustres miembros del foro venezolano; al padre Fernández Rojas, gran sacerdote y humilde hijo de Dios; a sor María Pulido, que hizo de la caridad su camino y su signo; a las grandes matronas, Damiana Varela de Uzcátegui, Cerina Valero de Herrera, Carmela Santana, Nacha Uzcátegui de Pérez, Pancha Angarita de Espinoza, Josefa Nicolielli, Trina Sandia de Espinoza,

Juanita de Sandia, Juanita Paredes de Molina, María de Rojas, Cruz de Dávila, Carmen Elena de Ramírez, Demetria Ramírez, Rafaela Contreras de Márquez, Adela Quintero de García, Silviana Pérez de Dugarte, unas ya desaparecidas y las otras señalando aún con su ejemplo el camino de la honestidad y el deber; a doña María Edilia Valero, cifra del periodismo y la poesía venezolanos; a doña Yolanda Ferrigni, pionera de la enfermería en Venezuela e incansable luchadora civil; al general Marcelo Rondón, al coronel Abel Trujillo, a don Elías Zerpa, a don Patrocinio Guillén, a don Pablo Morales, a don Rafael Uzcátegui Varela, a don Joaquín Ramírez, a don Braulio Alarcón, a don Salomón Uzcátegui, a don Pantaleón Sandia, a don Hilarión Briceño, a don Fernando Márquez, a don Hermes Ramírez, a don Rodolfo Uzcátegui, a don Servelión Espinoza, a don Rafael Angarita, a don Jaime Hernández, a don Miguel Araque, a don Rafael Herrera, a don Amadeo Ferrigni Varela, a don Juan Montilla, a don Matías Varela, a don Ramón Velázquez, a don Ruperto Varela, a don Espíritu Santo Márquez, a don Gonzalo Pulido, quienes, ya muertos o aún vivos, son padres tutelares de nuestra heredad. Cabe recordar entre otros, igualmente, al venerable maestro de generaciones don Florencio Bencomo y al doctor Oris; el primero, insigne educador trujillano, quien vivió durante muchos años en el pueblo, y al segundo, generoso y sabio discípulo de Hipócrates, quien desde Lutecia vino a entregar su ciencia para aliviar los males de nuestra gente. Puede habérseme olvidado algún meritorio ciudadano o alguna de las grandes damas que le han dado jerarquía o han iluminado nuestro gentilicio, pero la falta de mi memoria será suplida por el cariño y la devoción de todos ustedes.

Nos ha sido entregada una enseña de honor y lealtad, de sacrificio y dignidad, que las presentes generaciones están obligadas a conservar, porque nuestra obra y la obra de nuestros mayores está muy lejos de haber llegado a término. Así como lo universal comienza en la tierra original del hombre, también lo nacional se proyecta en

términos de grandeza desde esta humanidad y desde estas colinas arcifinias. Hoy más que nunca esta contribución es necesaria, cuando el cisma y la fragmentación de la voluntad del país nos amenaza, cuando surge, como en los peores días de la República, el peligro del vacío de poder civil; cuando atenacean a la patria graves problemas ligados al desarrollo económico, al progreso social y a las estructuras políticas. Este reencuentro nos halla precisamente en la hora en que el país debe empinarse para cumplir, si no quiere perecer, las inexorables exigencias del cambio, porque o nos transformamos aceleradamente en una nación con vocación y empuje suficiente para cumplir las grandes tareas del desarrollo o pasaremos a la categoría de país mendicante, en espera de la dádiva deshonrosa de los que no han sabido conquistar, con audacia y decisión, un lugar de preeminencia entre los pueblos del continente y del mundo. Que la libertad no sea una vana palabra, solo útil para esconder nuestras urgencias; que la democracia no se quede en un artefacto político con misión minoritaria, apta únicamente para servir los intereses de una determinada parcela política, cualquiera que ella sea, sino que tanto una como la otra constituyan los pilares del crecimiento de la república hacia soluciones de permanencia institucional y de empleo totalizador de nuestras riquezas, en beneficio de las grandes mayorías y de las colectividades interioranas que aún esperan, con agónica incertidumbre, la realización de una patria, con la contribución y para la felicidad de todos sus hijos.

Este y no otro tiene que ser el mensaje de este reencuentro para los hombres y mujeres de este pueblo, porque sería una traición a los ideales de nuestros mayores hacer de estos actos una transitoria y anecdótica festividad, sin más aliento que la satisfacción de los apetitos diametrales del espíritu. Nuestra conciencia y nuestra fidelidad a esta tierra nos obligan a comunicar a los actos que hoy celebramos, el sentido de una convocatoria formal que nos ha sido dirigida por los antepasados, para venir aquí ante sus huesos a rendir

cuentas del patrimonio moral y espiritual que nos fue entregado. Para eso llegamos, y todos, por mis palabras, estoy seguro de que podemos afirmar que en la medida de nuestra capacidad hemos cumplido nuestro deber. Pero es ahora cuando este deber se hace más obligante, ya que la perspectiva que se abre ante nosotros no es de simple expectativa, sino de desafío y reto. Que este reencuentro sirva para reagrupar nuestras fuerzas, para ordenar y jerarquizar nuestros propósitos y para municionarnos de nuevos y vigorosos estímulos, a la sombra de nuestros mayores, a fin de contribuir a la gran batalla que esta generación debe librar contra la desunión, el atraso y el subdesarrollo en todos los niveles. De aquí debemos partir provistos de una renacida fe en nuestro destino de pueblo noble a llevar la jurada decisión, que los invito a tomar aquí, de traducir en esfuerzo, en lucha permanente y sin desmayo la doctrina admirable, fundamento del carácter, de la idiosincrasia y de la voluntad de esta estirpe eólica: servir a todo lo puro, a todo lo hermoso y a todo lo grande, que como en el misterio de la trinidad, nos ha de conducir al servicio por excelencia: el servicio de la patria.

Señores

(1968)

Ese salvaje resplandor de incertidumbre
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
julio de 2023

Ese salvaje resplandor de incertidumbre

La narrativa de Márquez Salas fue distinguida por sus contemporáneos como excepcional. Su característica interpretación de la naturaleza —alejada del entonces sobresaturado criollismo—, convertida casi en personificación mitológica, le da cabida a temas explorados desde una perspectiva única, como el deseo y la sexualidad femenina (aspecto poco estudiado de su obra), retratados lejos de convencionalismos morales. Creador de un lenguaje portentoso, la potencia de sus imágenes sintetiza lo grotesco, lo poético y lo trágico. La presente edición recoge por primera vez la obra cuentística íntegra del autor merideño, compuesta por treinta y dos cuentos (uno de ellos inédito), seguidos de *Dombo Salah Har y sus 32 mujeres* y el *Discurso pronunciado con motivo del reencuentro de Chiguará*, un entrañable manifiesto acerca de la historia y la cultura andina.

ANTONIO MÁRQUEZ SALAS (1919–2002)

Abogado y escritor, la impronta que la obra de Márquez Salas ha dejado en la literatura venezolana lo ha inmortalizado (con justicia) como uno de los más importantes escritores del siglo XX. Destacado narrador, su escritura lírica, sensorial y sobrecogedora brilló con luz propia en el género en el que sobresalió con maestría: el cuento. Fue miembro del grupo Contrapunto y ganador en tres ocasiones el Concurso Anual de Cuentos de El Nacional con los relatos: "Como Dios" (1942), "El hombre y su verde caballo" (1947) y "Solo, en campo descubierto" (1967). Su primera recopilación de cuentos fue editada por la Asociación de Escritores Venezolanos, bajo el título *Las hormigas viajan de noche* (1953). *Dombo Salah Har y sus 32 mujeres* (1983), sería la última obra publicada en vida, donde, muy alejado del cuento, muestra su prosa poética en estado puro.

IMPRESO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura